



Cristina Morales

# **TERRORISTAS MODERNOS**

# **TERRORISTAS MODERNOS**

CRISTINA MORALES

## CRISTINA MORALES



Cristina Morales (Granada, 1985) es licenciada en Derecho y Ciencias Políticas y especializada en Relaciones Internacionales.

Ha escrito las novelas *Lectura fácil* (2018), *Terroristas Modernos* (2017), *Malas palabras* (2015), *Los combatientes* (Premio INJUVE de Narrativa 2012 y Finalista del Festival du Premier Roman de Chambéry a la mejor primera novela publicada en España en 2013), y el libro de relatos *La merienda de las niñas* (2008). Sus cuentos han aparecido, entre otras antologías, en *Riesgo. Antología de textos :Rata\_* (2017), *Última temporada: Nuevos narradores españoles 1980-1988* y *Bajo treinta: Antología de nueva narrativa española* (ambas en 2013).

En 2015 le fue concedida la Beca de Creación Literaria de la Fundación Han Nefkens y en el curso 2007-2008 fue residente de la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores. En 2018 obtuvo el Premio Herralde de Novela y en 2019 el Premio Nacional de Narrativa, confirmando a Cristina Morales como una de las escritoras con más calidad y proyección de su generación.

© Cristina Morales, 2017  
Primera edición impresa: marzo de 2017

© Editorial Candaya S.L.  
Camí de l'Arboçar, 4 - Les Gunyoles  
08793 Avinyonet del Penedès (Barcelona)  
[www.candaya.com](http://www.candaya.com)  
[facebook.com/edcandaya](https://facebook.com/edcandaya)

**Diseño de la colección:**  
Francesc Fernández

**Imagen de la cubierta:**  
Anup Mathew Thomas

**Maquetación y composición epub**  
Miquel Robles

**BIC:** FA  
**ISBN:** 978-84-15934-73-8  
**Depósito Legal:** B 6125-2017

Este libro se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2019 en los talleres de Estugraf Impresores SL, en Ciempozuelos (Madrid).

Un jurado formado por los escritores Eloy Fernández Porta, Elvira Navarro y Miguel Serrano Larraz concedió por unanimidad a Cristina Morales la Tercera Beca de Creación Literaria convocada por la Fundación Han Nefkens en colaboración con el Máster en Creación Literaria de la UPF Barcelona School of Management, con la ayuda de la cual se escribió *Terroristas modernos*.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin la previa autorización del editor.

Hay una situación política especial que suele darse cuando están acabando las dictaduras personales (...). En estas situaciones conspirar y vivir son casi lo mismo. La conspiración tiende a ser un quehacer literario popular en el que se ejercita la imaginación. Si no se conspira se dice que se conspira y prácticamente es igual.

Enrique Tierno Galván, *Anatomía de la conspiración*, 1962

# TERRORISTAS PRINCIPALES

## Por orden de aparición

**Catalina Castillejos:** Propietaria latifundista y comerciante de aceite, administradora de un negocio familiar. Integrada en la conspiración pero no en su estructura triangular.

**Vicente Plaza:** Excapitán de Húsares del ejército regular español, combatió en la Guerra de Independencia y fue degradado tras la vuelta al trono de Fernando VII. Es ángulo inferior de Diego Lasso.

**Francisco Espoz y Mina:** Excomandante del ejército regular español así como de guerrilla. Combatió en la Guerra de Independencia y fue degradado tras la vuelta al trono de Fernando VII. Exiliado en París, es el ángulo superior de Juan Antonio Yandiola.

**Juan Antonio Yandiola:** Exsecretario de Hacienda antes de la Guerra de Independencia y exdiputado de las Cortes Cádiz. Es uno de los ángulos superiores de Richart.

**Mariano Renovales:** Excoronel de los Húsares del ejército regular español, combatió durante la Guerra de Independencia y fue degradado tras la vuelta al trono de Fernando VII. Es otro de los ángulos superiores de Richart.

**Diego Lasso:** Exteniente de Húsares del ejército regular español, combatió en la Guerra de Independencia. Amigo y compañero de batalla de Vicente Plaza y, como él, degradado tras la vuelta de Fernando VII. Es el ángulo superior de Vicente Plaza y José Vargas, y uno de los ángulos inferiores de Richart.

**Domingo Torres:** Exmiembro de la Junta Censora de las Cortes de Cádiz. Poeta, editor y autor del fanzín *Las Amenidades Literarias*. Redactor asimismo de *La Gaceta de Madrid* y compañero de cuarto de Juan Antonio Yandiola. Es ángulo inferior de Juan O'Donojú O'Brien y superior de Jaime Somorrín.

**José Vargas:** Exguerrillero de la Guerra de Independencia. Es ángulo inferior de Diego Lasso y superior de Mateo Arruchi y Arnaldo Cuesta.

**Juan O'Donojú O'Brien:** Exteniente de Húsares del ejército regular español, combatió durante la Guerra de Independencia. Oficial del Ministerio de Guerra. Ángulo superior de Domingo Torres.

**Arnaldo Cuesta:** Exguerrillero de la Guerra de Independencia, trabaja como tramoyista en la compañía de fantasmagorías González Mantilla. Es ángulo inferior de José Vargas y superior de Lolo Martínez y Fermín Carnicero. Marido de Ana Luisa Gil.

**Ana Luisa Gil:** Colaboradora de la compañía de fantasmagorías González Mantilla y esposa

de Arnaldo Cuesta.

**Mateo Arruchi:** Empleado de panadería y conspirador con dos ángulos superiores: José Vargas, su padrino, y Jesús Molina, compañero de trabajo de la panadería donde está empleado.

**Richart:** Exespía y exintendente al servicio del ejército regular español y de algunas partidas guerrilleras en la Guerra de Independencia, exoficial del Ministerio de Guerra y exabogado de los Reales Consejos. Artífice de la conspiración y nexo de unión entre diversos ángulos inferiores y superiores.

**Francisco Esbri:** Exguerrillero de la Guerra de Independencia. Es ángulo inferior de Vicente Plaza.

**Ramona Pont (Moneta):** Prima de Richart, el cual vive en su casa y al cual encubre. Es madre de Josete (José Velázquez) y esposa de Blas Velázquez.

**Petra Montes:** Dueña de un taller de costura clandestino. Se encuentra en la órbita de la conspiración pero no en su estructura. Esposa del sastre Tomás Álvarez.

**Tomás Álvarez:** Dueño de un taller legal de costura. Marido de Petra Montes, de quien es cómplice.

**Antuán Bombón:** Dueño de una moderna tienda de trajes fabricados en serie, exiliado en Madrid debido a la persecución de los opositores de Napoleón en Francia. Se encuentra en la órbita de la conspiración pero no en su estructura.

**María Manuela López de Ulloa:** Poeta regalista autora de versos en apoyo absolutismo. Perseguida y condenada por la censura dirigida por Domingo Torres durante las Cortes de Cádiz. Asiste al baile clandestino de la conspiración.

**Jesús Molina:** Exguerrillero de la Guerra de Independencia. Trabaja como vendedor ambulante de bollos. Es ángulo superior de Mateo Arruchi, Pedro Pomares y Manolo Montalvo. Se desconoce su ángulo superior.

**Pedro Pomares:** Exguerrillero de la Guerra de Independencia. Ángulo inferior de Jesús Molina.

**Manolo Montalvo:** Exguerrillero de la Guerra de Independencia. Ángulo inferior de Jesús Molina.

**Alfonso Beiro:** Mozo de cordel y músico. Integrado en la conspiración pero fuera de la estructura triangular.

**Leonardo Güemes:** Mozo de cordel y músico. Integrado en la conspiración pero fuera de la estructura triangular.

**Aleixo Prado:** Mozo de cordel y músico. Integrado en la conspiración pero fuera de la estructura triangular.

**Jaime Somorrín:** Artista de la compañía de fantasmagorías González Mantilla. Es ángulo inferior de Domingo Torres.

**González Mantilla (el dueño):** Dueño y artífice de la compañía de fantasmagorías de su mismo nombre y con la que participa en el baile clandestino de la conspiración.

**Sargento Núñez:** Guardia de Corps del rey. Es ángulo inferior del coronel Rovira, también Guardia de Corps.

**Coronel Rovira:** Guardia de Corps del rey. Es ángulo superior del sargento Núñez, también Guardia de Corps.

**Coronel Solana:** Guardia de Corps del rey. Integrado en la conspiración aunque se

desconocen sus ángulos inferiores y superiores.

**Ramón Calatrava:** Oficial de un Ministerio. Es otro de los ángulos superiores de Richart.

**Blas Velázquez:** Primo político de Richart por ser el marido de su prima carnal Ramona Pont (Moneta) y padre de José Velázquez. Encubridor de Richart.

**Jan Hipolit Wisniewski:** Excapitán del ejército polaco en la Guerra de Independencia, aliado de las tropas napoleónicas. Está integrado en las altas esferas de la conspiración, aunque se desconocen sus ángulos inferiores y superiores.

**Marqués de Santa Cruz:** Encargado del vestuario de los conspiradores y de la decoración del baile. Está integrado en las altas esferas de la conspiración, aunque se desconocen sus ángulos inferiores y superiores.



# **I**

**NACIMIENTO DEL ESTADO MODERNO: DE LA CONSPIRACIÓN LIBERAL AL  
TERRORISMO CONSTITUCIONAL. CIUDADANOS INDIGNADOS**

# 1

La razón era una sola. El notario. Porque el notario era un liberal de los primeros, era amigo de los de la Constitución. Pasó las fiebres en Cádiz. El notario odiaba a Fernando séptimo y no le importaba jugarse el puesto porque tenía buenos amigos, los de la Constitución, que podrían colocarlo en una capital liberal, en la misma Zaragoza. Por eso se pasaba por los cojones los decretos de marzo de 1814 y no los aplicaba. Si le venía un terrateniente que no quería pagarle el diezmo a la Iglesia, le hacía un papel diciendo que no tenía medios suficientes para mantener a su familia y lo excusaba del diezmo. Si le venía un criollo diciendo que no le dejaban ejercer de médico por criollo, el notario le hacía un papel diciendo que su padre y su madre eran españoles y que la negrura le venía de los bisabuelos, y que ganó una medalla en Bailén. Si le llegaba una mujer diciendo que era la mayor de cinco hermanos, todos machos, y que el padre en su testamento la había ignorado, el notario hacía un papel que decía que la hermana mayor se hacía cargo de toda la herencia porque también se tenía que hacer cargo de los cuatro hermanos, y con viento fresco el mayorazgo.

Esa era la razón. Que el notario le había bailado el agua a Catalina Castillejos, que Castillejos se iba a quedar con doce hectáreas de olivos y él con ninguna. No se da cuenta el notario de que convertir el mayorazgo en mayorazgo de hembra también es injusto, es una injusticia pero moderna, que puestos a ser avanzados habría que dividir la tierra en partes iguales. De eso me doy cuenta hasta yo, que me importan una mierda la Constitución, Napoleón y el rey. Eso es porque la pretende, y pretendiéndola se queda él también con las doce hectáreas de olivos. Qué ama más el notario: la Constitución del doce o las doce hectáreas. Esa es la razón, el notario, porque a su hermana la adora. La ha abandonado en la taberna y ha enfilado el camino al Escorial solo con el mozo y el cochero. El cochero no ha tirado del caballo inmediatamente. Ha mirado antes a los lados y ha preguntado por la señorita, y en respuesta ha recibido la misma orden, más vigorosa y aguda, de que arranque. El mozo, sentado frente a él, lo ha mirado con una interrogación pavorosa. El hermano no ha soportado la censura y lo ha mandado al pescante. A ver si la lluvia te quita esa cara de retrasado, le grita, y se repite la única razón, el notario, sin pensar ni en lo que le dirá al padre ni en que se arrepentirá, ni en que dentro de una semana, cuando cierre el trato en Valladolid, volverá a por Castillejos desesperado y culpable porque la adora, de verdad que la adora.

## 2

Tú come tranquila que está diluviando. Ya aparejamos nosotros el coche. Le dejó el baúl afuera del mesón con la esperanza de que lo viera antes que nadie, y veinte napoleones entre la ropa. Catalina Castillejos terminó de cenar y fue al establo. Llamó al hermano preguntando su nombre, luego al mozo y al cochero, y sólo oyó el resoplido de una yegua y la lluvia a sus espaldas. Era cálido el establo. Salió y gritó Ángel, Migue, Filo, Migue, en mitad de la tormenta y de la plaza. Migue, Migueli. Vio un desorden por el suelo y perdió la prisa de estar mojándose. Reconoció los objetos como pistas escabrosas e inverosímiles, hasta que divisó su baúl saqueado. Agarrada a una camisa pensó nos han robado, los han matado, y corrió adentro. Los caballeros que estaban conmigo, ¿los ha visto usted? Cuáles. Un señorito recio algo más alto que yo, rubiasco, con terno azul, no, verde, con terno verde y con un mozo así flaco y otroah sí, la interrumpió el mesonero. Lo suyo lo han dejado pagado, no debe usted nada. ¿Que se han ido? El mesonero evitaba interesarse por ahorrarse la molestia del socorro. Sí señora. ¿Los ha visto usted irse? Sí señora, mi zagal les ha acompañado al establo y les ha cobrado la alfalfa, concluyó. ¿No le han dicho nada al chico antes de irse, ni a usted? ¿Dónde está el chico que le pregunte? No señora, no le han dicho nada al chico, volvió a concluir. ¿Es ese de ahí? ¡Eh! Oye, ¿no te han dejado un recado para mí los señores que se acaban de ir? Cuáles. Unos con un coche grande, como una diligencia pequeña. De cuántos caballos. De cuatro. Pardos. Sí. No, ningún recado. ¿Estás seguro? Sí señora. Tres pardos y uno más gris. ¿Con una mancha en la oreja el gris? ¡Exactamente! Ningún recado. ¿Y estaban normales o nerviosos? Muy normales y muy calmos, uno medio dormido. ¿El señorito iba medio dormido? No, señora, un caballo. El chico se acercó a Castillejos y susurró el señorito tenía prisa por irse, porque no me ha dado lugar ni a devolverle el cambio.

Depuso cualquier estrategia. El límite de la mente de Catalina Castillejos era su frente: esperaré aquí. Volvió a la lluvia y se puso a doblar la ropa mojada sobre el regazo mojado. Pero con qué dinero, pensó. Pasó la mano por el interior del baúl, sacudió la ropa que acababa de doblar, recorrió el baúl de nuevo. Esperaré aquí. El pensamiento seguro, de ida y vuelta, el muro de contención de los demás, acabó por derrumbarse. Pero con qué dinero. ¡Con qué dinero espero, ladrones!, dijo, y luego gritó con qué dinero, hijos de puta. Mal dolor te diera, ni un olivo vas a ver, ni una aceituna hijo de puta, y lloraba y se dejaba conducir por los brazos del mesonero niña, me espantas la gente. La llevó adentro, la sentó en una banqueta poco visible, le dio una manta y le soltó sus cosas a los pies. Esperas a que escampe y te vas.

Se hundía en las yemas de los dedos las varillas despuntadas de uno de sus corsés. Recordó la letra del cliente de Ciudad Real, tan amplia, tan bien separada, una caligrafía francesa que ella alabó. El de Ciudad Real cerró la compra por mi simpatía y por lo guapa que iba esa mañana.

Recordó lo rojo que se puso su hermano y lo que le temblaron las manos cuando le pidió que le apretara el corsé, y ella tenía que decirle más fuerte, hombre. Ese recuerdo le espabiló un hijo de puta, a ver lo que eres capaz tú de vender con esa cara de malfollao, putero de mierda, te ahogues en aceite, masticó. Vio entonces a Vicente Plaza viéndola. Levantó la cabeza y vio a más hombres mirándola. Se le acercó uno y desde la mano cuajada de anillos le preguntó cuánto. Castillejos enderezó la espalda y apretó el corsé contra el corsé. Si quieres un anillo vas a tener que ser buena, ¿eh? Castillejos hizo una bola de sus cosas, se deslizó hasta el extremo de la banca y Vicente Plaza se le plantó delante. ¿Adónde vas? La pregunta se estampó en la frente de Castillejos como un sello: adónde voy. Yo te doy más, continuó Plaza. La hizo retroceder en la tabla de madera, se sentó a su lado y al otro le dijo vete. Eh que yo he llegado aunque te vayas, ordenó Plaza, y el hombre obedeció quejoso. Se habrán creído estos bandoleros violaviejas; que te estoy escuchando, te estoy escuchando! ¡A joderla!, replicó. ¡Cuestión de minutos!, se rio Plaza, y atrajo las risas de otras mesas. Hablar no hablas, pero maldices como el demonio, le dijo Plaza a Castillejos. Igual que un músculo se pone tenso, Castillejos puso la mente compacta: chaquetilla y dolmán desabrochados, colbac tiñoso, fajín flojo, peste a vino, cartuchera vacía. ¿Te vienes o no? Mente compacta: cartuchera vacía. Respondió sí con la cabeza.

Quítate eso de encima, por lo que más quieras, dijo Vicente Plaza sacándose las botas, ya en su silla, en su casa, en un tercer piso. Castillejos no supo dónde soltar la manta. Buscó la mirada de Plaza para que le indicara pero sólo le encontró la nuez prominente proyectando su pequeña sombra en la piel tersa. Posó la manta en el suelo, frente a sí y junto al baúl, a modo de frontera. Plaza vio el abrazo quieto de Castillejos entre el bulto de ropas y su cuerpo y le dijo suelta eso, está hecho un asco. Ven. Castillejos sumó el hatillo a la vana trinchera. Lo hizo despacio, se quedó en su sitio. ¡Ven!, gritó Plaza, y subió una pierna al reposabrazos. Castillejos miró directamente al centro del pantalón, el centro del pantalón miró directamente a Castillejos. Avanzó sobre el crujido de la madera. Llegó. Más, dijo Plaza. Volvió el agrio olor a vino. ¿Estás temblando? ¿No te gusto? Cuando la agarró por la cintura, cuando iba a besarla, Castillejos estornudó. Plaza bufó un torrente de aire y se limpió el moco de la cara. ¿Tienes la sífilis? Castillejos retrocedió, aturdida, a punto de llorar, culpándose la boca. ¡Que si tienes la sífilis! No señor no, respondió, y rodó la primera lágrima. Vicente Plaza se restregó la mano en la pechera, se levantó tirando la silla y desapareció en lo hondo de la casa. No me haga usted daño, me voy ahora mismo, suplicaba Castillejos, y los estornudos interrumpían su ruego a la oscuridad. Me iré ahora mismo señor no me haga daño, repetía, cada vez más ininteligible, hasta convertirse en un rezo señor por favor no me haga daño, se arrodillaba en el suelo, cruzaba las manos. Apareció una luz y un chisporroteo. Ven, la llamó. ¡Señor, señor, por favor! ¡Que vengas! Castillejos anduvo pesando los talones, pisando la llorera. Plaza avivaba la lumbre en cuclillas y se dejó caer con el culo. Quítate esa ropa, está chorreando. Vas a ponerte mala. La voz de Vicente Plaza era siseante, firme en algunas sílabas y luego imprecisa, doblada. La llama creció hasta descubrir un salón desordenado a pesar de sus pocos muebles, una mesa, un canapé. Duerme donde quieras. Cierras la puerta cuando te vayas. Se le resbaló un codo al intentar levantarse, ronroneó, se levantó al fin. Entró en la oscuridad, regresó con las cosas de Castillejos y las tiró a sus pies. Cierras la puerta cuando te vayas, repitió, y desapareció por último.

### 3

Estimado señor diputado don Juan Antonio Yandiola:

No reconocerá ni esta letra ni el lacre que la guarda, y por eso se hace necesaria, antes de avanzar sus intenciones, una presentación y una justificación por mi parte para que pueda usted leerlas confiando en el remitente.

Soy Francisco Espoz y Mina, general de la División de Navarra, tío del bravísimo comandante del Corso Terrestre de Navarra Xabier Mina El Estudiante,

>A Juan Antonio Yandiola se le redondeó la cara de sorpresa.

hoy, como yo, exiliado. He sabido de su paradero de usted gracias a don Mariano Renovales, coronel de los Húsares de Palafox y brigadier de su ejército. Mi relación con el comandante Renovales procede de la guerra,

¿Mariano Renovales?, hizo memoria Yandiola.

pues yo desde Navarra y él desde el Alto Aragón nos codeamos en más de un combate, en más de una emboscada y en más de una fiesta cuando el combate y la emboscada se decantaban de nuestro lado. El coronel Renovales tuvo la fortuna de no tener que exiliarse, aunque llamar fortuna a vivir en Madrid es demasiado decir, dadas las circunstancias.

Renovales lo conoce a usted desde hace tiempo, porque él es natural de Arcentales y, según puso en mi conocimiento, usted lo es de San Esteban, y pertenecen ambos a dos de las familias más ilustres de las Vascongadas, unidas en abolengo, en negocios y en simpatía. Concretamente me habla el brigadier de una verbena celebrada en el todavía pacífico año de 1807, con ocasión de la feria de ganado de Galdames, de la cual guarda un vivo recuerdo por la grata impresión que le causó su imagen y su carácter de usted, ya erudito a los veintiún años, preparando su viaje a Méjico con una resolución y una madurez impropias de un joven de su edad. Renovales apoyó su candidatura de diputado a Cortes por Vizcaya, admira la labor que desempeñó en Cádiz y sus trabajos hacendísticos, admiración que comparto. Su “Plan de una visita general que convendría practicar en el reino de Nueva España” y su “Informe biográfico reservado anónimo” corrieron primero de mano en mano en Cádiz y de boca en boca en todo el mundo después. Como ve, el carácter reservado que usted quiso imprimirle no fue tal, pero si no fue así se debe precisamente a la elocuencia y a las verdades que el mismo plasma, con las cuales todos los liberales hemos querido ilustrarnos y las cuales hemos querido difundir, y puedo asegurarle que en Francia y en Inglaterra su academia resuena, señor Yandiola, como la de un avanzado economista. Lamento profundamente que no pueda usted gozar del crédito que las naciones extranjeras le brindan, estando como está bajo el yugo y la miseria del

absolutismo.

Sé lo que es vivir constantemente bajo sospecha, señor diputado, sin ser mi delito otro que la defensa de la libertad y la consecución de la justicia debida. Los tres mil quinientos hombres que lucharon bajo mi mando por la independencia de España y por el trono Borbón son tratados a día de hoy como bandoleros y asaltantes y yo mismo soy visto en mi propia tierra y por mis propios vecinos como el rey de los ladrones, en vez de como el rey de Navarra que en otra hora fui, nombrado por esos mismos vecinos.

Al principio comprobé sorprendido que los franceses lo tratan a uno como abanderado de la libertad, título que ni en sueños había creído merecerme, pero que, visto desde la distancia en la que me encuentro, no es tan desatinado. Tanto usted como yo hicimos posible la carta magna que insufló en los españoles el primer aire de la nueva civilización, usted desde las tribunas y los papeles y yo desde los cerros y las plazas, y aunque el vil Fernando haya arrancado la flor que tímida pero brillantemente empezaba a brotar, la semilla sigue preñada bajo tierra. Sólo hace falta que un grupo de hombres decididos y patriotas la riegue, y con apenas unas gotas aparecerá el tallo. Entre esos hombres está usted, admirado Yandiola. Cádiz era bombardeada por el invasor mientras usted seguía discurriendo sus ponencias para las sesiones futuras, anotando en sus pliegos las arengas de libertad y ese hermoso verso llamado artículo dos: la nación española es libre e independiente y no es ni puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona.

Los extremos de la sonrisilla le movieron la cabeza a Yandiola: Pero si yo no estuve en las Cortes Constituyentes.

Pero por grande que sea la desdicha del emigrado, poco tiene que envidiarle en lo que a penalidades se refiere a la desdicha del que no puede emigrar. El señor Renovales me informa de que su familia de usted quedó bastante mal parada tras la guerra, me describe su precaria tesitura, no lejos de la que él mismo sufre. Madrid ha dejado de ser la capital

¿Renovales de Arcentales, Renovales de Arcentales...?, se inquirió, sin ver una cara, Yandiola.

imperial que era para convertirse en un barrizal hediondo. ¡Con cuánto pesar he de dar la razón a los viajeros europeos cuando, a la vuelta de sus andanzas, comentan en los salones que España es el norte de África! En esos momentos la sangre me hierve, precisamente, como la de un abencerraje, y me entran ganas de responderles que quienes destrozaron nuestras iglesias, nuestros

El trescientos treinta y nueve, no el dos, caray, pensó Yandiola. El que yo informé fue el trescientos treinta y nueve. El pensamiento se le sembró en los labios y habló: Nadie se acuerda del artículo trescientos treinta y nueve.

jardines, nuestros conventos, nuestros mercados, nuestras escuelas, nuestros cuarteles, nuestros caminos y nuestros puentes fueron los franceses, quienes echaron sal en nuestros campos fueron los franceses, quienes envenenaron nuestros ganados y nuestras fuentes fueron los franceses. Y he aquí la miseria del exiliado, señor Yandiola, y es que uno tiene que callarse las verdades porque está de prestado, porque nunca sabe si su anfitrión es adicto a los Bonaparte o a los Borbones, porque nunca se sabe quién es de fiar y quién espía, y espía de qué facción, y lo que es más importante: porque nunca sabe uno si ha matado al hijo o al hermano o al padre o al nieto o al sobrino del francés con el que está hablando.

No dejaba de sorprenderme en los primeros tiempos de mi emigración que el gobierno de Luis XVIII tratase con mucha más consideración a los afrancesados, seguidores de las usurpaciones de Napoleón y su familia contra la casa de los Borbones en todos los reinos que ocupaba en Europa, que a los que habíamos peleado a favor de ella y contra las usurpaciones de los Bonaparte. Y por otra parte, franceses hay también, y de alta categoría, que me aseguran que varios de los afrancesados españoles se prostituyen para Luis XVIII y para Fernando VII, haciéndose pasar por constitucionales, para espiar y delatar todo cuanto averiguan en materia de nuestras relaciones a un lado y a otro de los Pirineos.

Y en esas estamos, señor Yandiola: usted de un lado de los Pirineos y yo del otro, así como mi sobrino, como el brigadier Renovales, como el Conde de Toreno, como Blanco White, como Calatrava y Quintana y Martínez de la Rosa, como Argüelles y O'Donnell, y tantos y tantos otros héroes de la patria, renombrados o anónimos, estando bajo el amargor del exilio o bajo la opresión del ingrato Fernando, debemos figurar entre los grandes hombres de la Revolución. Pero eso sólo se hará visible para la Historia si es usted capaz de sacar de su pecho un último impulso de valor y audacia y unirse a la conspiración que desde nuestros bastiones en las capitales del exilio y en Madrid se está planeando para restablecer la Constitución, remover los parásitos del Gobierno y constituir uno mejor, de hombres más elevados. Me proponen a mí entre esos hombres, y aunque creo que soy el menos idóneo y que mis carencias son tan grandes como las de cualquier español nacido en estos tiempos, me congratularé en prestar mis humildes habilidades para servir al destino de la nave hispánica, si bien ese destino ya está marcado desde 1812 y es imparable.

No le quepa duda que, si nuestra empresa llega a buen puerto, otro de esos nuevos gobernantes será usted. Se me asegura, y yo no lo niego, que es usted de espíritu armonioso y de una sensibilidad en asuntos de Estado comparables a los de un Pericles o un Cicerón, y eso es algo raro en este siglo que, a su corta edad, ya ha sido sometido a sátrapas y a lobos con piel de cordero que abundan en las naciones que se llaman democráticas. No es de extrañar, por tanto, que llegado a sus dieciséis años, el siglo diecinueve estalle en una voluptuosa y rebelde adolescencia, como el joven que ha sido maltratado por sus padres en la infancia y en cuanto alcanza raciocinio suficiente se rebela contra ellos, abandona el hogar y marcha en busca de los placeres que la vida le negó. Esas admirables ansias de libertad necesitan, no obstante, de unos buenos tutores que las encarrilen, porque si algo podemos decir en descargo de los franceses es que nos han enseñado que la fuerza de la libertad es tan grande que puede acabar con ella misma.

Imagino que ya habrá abierto usted la talega que junto a esta misiva le adjunto. Van mil reales que ya son suyos, sin empréstitos ni más condiciones que la condición de liberal, patriota y mártir de la causa que honrosamente a usted me relaciona. Son suyos se una a los planes o no, pero se multiplicarán por tres en un plazo breve si se une. Así pues, si considera usted positivamente la propuesta que le hago, diga a mi emisario “sí” cuando termine de leer esta carta y él le dará una segunda.

Llegados a este punto de mi narración me aventuro a leerle el pensamiento: no es de extrañar que usted dude de la autenticidad de mis palabras y de la propia identidad del que las escribe. Habrá pensado que esto bien puede ser una trampa que le tiende el Ministerio

de Gracia y Justicia para obtener pruebas y acusarlo. Cómo me gustaría no comprender sus recelos, señor mío, pero los comprendo porque yo mismo los padezco de continuo. ¿Qué puedo decirle, amigo mío, para que confíe? Mire cómo pinta mi emisario, mire sus botas, sus ojeras, después de haber cabalgado de París a Madrid habiendo parado sólo dos noches en todo el camino. Pregúntele algo y comprobará que es alemán de Suiza. ¿Cree usted que Fernando puede tener algún suizo a sus servicios? ¿Cree usted que algún suizo va a Madrid si no es para dilapidar sus buenos francos en nuestras pobres tabernas, con nuestras pobres mujeres? Pero sobre todo, ¿cree que las arcas públicas tienen dinero para tenderle una trampa tan cara? ¿Y cree usted que la Corte hace negocios en reales, no ya de plata y de oro, como los que yo le mando, sino de vellón siquiera? Usted como hacendista

Un hacendista, eso es, un hacendista es el único que puede proponer el artículo trescientos treinta y nueve.

lo sabe mejor que nadie: la Corona es la primera que está traficando con los napoleones que nos dejaron los franceses, es la primera que quita de la circulación los reales, es la principal especuladora. ¡Apuesto que ni Alagón, ni Elío, ni Macanaz cobran su sueldo en reales, y se tienen que aguantar con Napoleón en los bolsillos por la avaricia de su deseado Fernando! Usted sabe mejor que yo que actualmente sólo hay numerario español en las colonias, y de ahí precisamente nos llega. Tenemos en Lima muchos adeptos a nuestro partido. No se me ocurren más avales, señor, para ganar su confianza.

Yandiola asiente con flemática resignación: Desde luego que no le compensa al contable del absolutismo ponerme a mí una trampa tan cara.

Para terminar le ruego que no se demore mucho en tomar una decisión, dos días a lo sumo, ya que el tiempo apremia y el emisario sólo lleva dinero para pasar dos noches en la villa. No tema por el aprecio y las nóminas que de usted hago si al final resuelve negativamente, porque estoy seguro de que sus buenas razones tendrá, si bien me entristecería porque no encontraré en todo Madrid aliado mejor preparado que usted y, además, porque si yo gozara del triunfo de esta trama y no lo hiciera usted habiendo tenido la oportunidad, no me perdonaría jamás a mí mismo no haber sido lo suficientemente persuasivo.

Reciba los respetos y los mejores deseos de

Francisco Espoz y Mina

Se quitó las lentes, se frotó los ojos, parpadeó con toda la cara y dio un sí afónico. Juan Antonio Yandiola y el emisario estaban frente a frente en el umbral de la puerta. El emisario extrajo del zurrón otra carta con olor a cuero. Aún cerrada Yandiola la levantó por encima de la cabeza para ponerla al trasluz, se la acercó y alejó varias veces calibrando la distancia apropiada para su miopía. Observó el dibujo del lacre, lo memorizó y lo rompió. Un papel el doble de largo que el anterior se desplegó como un biombo. Yandiola se puso las lentes y el emisario resopló.

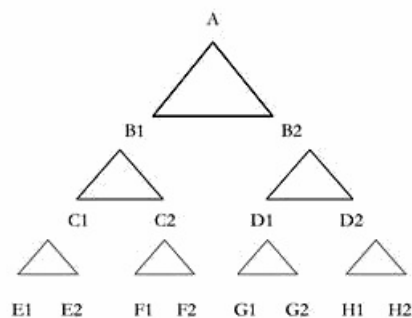
Me alegra que haya dicho sí, diputado Yandiola. Sé que está de más recordárselo, pero desde este momento le ruego la más absoluta discreción con respecto a lo que enseguida le anuncio. Por extremar las precauciones le recomiendo también que se deshaga de este papel nada más leerlo y comprenderlo.

En la última semana del mes de febrero procederemos a un cambio de Gobierno con el



respaldo de la Constitución. Se hará sin recurrir al ejército más que lo imprescindible, pues bastante escarmentado ha salido ya uno, viéndome traicionado por algunos de mis hombres más allegados. Pero me miro y tengo que alegrarme porque peor suerte corrió mi camarada el Marquesito Porlier, Dios lo tenga en Su Gloria, depositando en la soldadesca unas responsabilidades que, por su natural tendencia al exabrupto, necesaria no obstante para el oficio de la guerra y la guerrilla, fueron incapaces de desempeñar sin dejarse llevar por fanatismos. En cambio, para esta ocasión nos estamos dotando de personalidades bendecidas con el don de la intriga y el disimulo. Esto no es un pronunciamiento sino una conspiración, y conspirar es un arte, y como arte que es nace tanto del talento natural del artista como de su afán de superación.

La conspiración que tenemos entre manos trata del encadenamiento de los conjurados mediante una estructura triangular en virtud de la cual cada uno solamente conoce a otros tres: su superior, del que recibe órdenes e información, y dos subordinados, a los que transmite las mismas órdenes y la misma información. Así pues, cobra sentido la metáfora de que cada conjurado es el vértice de un triángulo. El entendimiento entre todos los participantes, aun sin conocerlos, es perfecto en virtud de la siguiente figura.



Yo soy B1, usted es C1, y C2 es una persona que está exactamente en la misma posición que usted con respecto a mí. E1 y E2 serán dos personas nombradas por usted para que se constituyan en ángulos de su triángulo. B1 y B2 no se conocen entre sí, ni tampoco C1 conoce a C2, y así con todas las parejas de letras. Las muchas ventajas y los escasos inconvenientes nos

El mensajero tosió por tercera vez y especialmente fuerte. Esperó a que Yandiola levantara la vista para decirle señor, ¿le parece bien que vuelva mañana a la misma hora por si quiere enviar usted algún mensaje al remitente? Yandiola agitó la mano sí, sí, márchese, y cerró la puerta cuando todavía el emisario se estaba despidiendo. Aproveché que Domingo Torres no estaba para sentarse en su sillón, poner las piernas sobre su banqueta y liarse un cigarro con su tabaco. Los velones que robaron de la iglesia de la esquina volvían naranja la pieza. El fuerte olor a cera viciaba tanto el pequeño espacio, fingía tan bien el calor, que momentáneamente dejaban de necesitar una estufa.

La bolsa con los mil reales se le clavaba en un muslo. Miró nuevamente los triángulos, revisó el esquema y continuó. Las muchas ventajas y escasos inconvenientes de los que le hablaba el remitente le molestaron. Le ofendió que le instruyera en nociones tan básicas de masonería y por eso las pasó rápido, viajó en el papel rastreando el final de la

enumeración o el principio de algo nuevo, alguna palabra clave, hasta que localizó Dinero. Retrocedió hasta el comienzo de la frase en la que se integraba y siguió leyendo.

La peculiaridad de esta estructura con respecto a la concepción original de los iluministas es que nosotros y el resto de conjurados utilizamos los eslabones, además de para el tráfico de información, para el de dinero. Con idéntico secreto los vértices superiores entregan dinero a sus dos inferiores para los gastos y las recompensas que la trama vaya exigiendo, de manera que no se generan envidias. Cuantos más triángulos tiene un conjurado por debajo, más dinero maneja. Juzgue usted por la cantidad que le entrego a qué altura se encuentra.

Yandiola se rio: La altura de mil reales. ¿Puestos uno sobre otro?

En adelante me comunicaré con usted cada cinco o seis días por este mismo medio pero con mensajeros distintos cada vez, en primer lugar porque toda precaución es poca, y además porque la distancia que nos separa mataría a cualquier jinete, por experto que fuera, si se le obliga a ir y venir de París a Madrid cada semana. Si necesitara comunicarme algún dato vital para el asunto, o informarme acerca de la marcha del mismo, no dude en entregarle una carta al emisario que yo le mande, pues es de mi gusto facilitarle las cosas, señor diputado, unido al hecho de que mis emisarios me harán llegar sus mensajes mucho más rápidamente y con más garantías que cualquier otro que usted pueda pagar.

Feliz de poder contar con un hombre de su talla se despide

Francisco Espoz y Mina

Se quitó las lentes y al frotarse los ojos le picaron más porque le quedaban briznas de tabaco en los dedos. Blasfemó automática y quedamente. Dobló la carta hasta convertirla en un cuadrado que se metió en el calzón. El tacto del papel era más amable que su ropa y se acarició con él la barriga hundida, dando una calada al cigarro. Expulsó el humo en una tos larga como un montón de clavos viejos. Apagó el cigarro a medias en el marco de la ventana, se enroscó en la manta que llevaba sobre los hombros y antes de quedarse dormido se aseguró de que la talega seguía hincándosele en el muslo.

## 4

Castillejos se despierta tibia, con peso en los costados, y quiere algo caliente. Sopa, vino, leche, un baño. Robar leche no es robar, le dirá Vicente Plaza por la tarde, cuando la vea husmeando en su despensa. Castillejos dará un respingo y al girarse encontrará a Vicente Plaza que se le acerca y le busca el vientre por debajo de la blusa. Pero robar una mantilla de encaje sí es robar. Devuélvamela, dirá ella retirándole la mano. Para qué necesitas tú una mantilla tan fina, zorra, susurrará él no con voz, con vaho, en la oreja de Catalina Castillejos. Para que no se la ponga usted a falta de chaqueta, maricón, responderá ella con el vello del cogote de punta, y mientras estará acariciando la jarra de leche. Plaza ya le habrá encontrado el vientre y se lo apretará a la vez que se mete la otra mano dentro del pantalón. Castillejos agarrará el recipiente, dejará que Plaza se recline sobre su espalda y ella, con la boca entreabierta y las aletas de la nariz dilatadas, levantará la jarra, tanteará la mejilla de Plaza, dejará que le chupe los dedos y entonces se la romperá en la cabeza. Plaza retrocederá pero alcanzará a Castillejos antes de que le dé tiempo a salir corriendo, le pegará un puñetazo en la cara y los dos caerán al suelo. Castillejos hundirá la cabeza en las rodillas, gemirá y se mareará al percibir el olor, el color y el sabor de su propia sangre. La sangre empezará a discurrir por la sien y por la frente de Plaza y se mezclará con la leche que le gotea por el pelo, las patillas, la nariz, las cejas y las cuencas de los ojos, y los riachuelos rosados seguirán las curvas a un lado y otro de la mandíbula. Hasta la barbilla llegarán y de allí se precipitarán al pecho como un rosario de nácar al que se le salen las cuentas. Niña, no llores. Estaba agría.

Esa tarde sabrá Castillejos que robar leche no es robar pero ahora no lo sabe y se queda con las ganas. Le laten las sienas, la saliva encuentra estrecho el paso de la garganta y a la garganta se le clava la saliva. Está blanda Castillejos y por eso nota más duro el suelo. Una urgencia la despereza. Tarda unos momentos en ubicarse y al abrir los ojos se gira hacia el catre de al lado para despertar a su hermano porque hay que ir a cerrar el trato de Valladolid. Al no encontrarlo, al ver a su alrededor la poca ropa que no le robaron extendida en las sillas y en el suelo, los botines comidos de barro y el corsé destrozado, al verse a sí misma en paños, reacciona. Hijos de la gran puta, bastardos, os lleven los diablos os coja la inquisición por marranos judíos gitanos boabdiles.

Tiene vergüenza y frío y al toser le vienen mocos. Se levanta del canapé, escupe en la chimenea y decide irse antes de que Plaza la vea: Vendo el baúl, junto diez napoleones y me voy, vendo la mantilla de bordado granadino, así la vendo, de bordado granadino, carísimo, finísimo, y me voy a mi casa. La resolución le disipa el cansancio. Se pone la enagua arrugada, sacude el vestido que está menos húmedo y al ajustárselo le da un escalofrío y empiezan a castañearle los

dientes. Cuando está subiéndose las medias se da cuenta de que están llenas de enganchones y de que se le han puesto las uñas moradas. Se detiene y se mira: Pordiosera. Quién va a querer este vestido sucio y este corsé deformado, piensa, en Madrid que hablan tan bien todos, y cuando se está agachando para cogerlo y abrazarlo y romper a llorar, alguien llama a la puerta. Duda si es Vicente Plaza golpeando alguna puerta interior de la casa, pidiendo permiso para pasar, o si es alguien desde fuera. Llaman de nuevo, más fuerte y con más insistencia y su voz acompaña a los nudillos: Vicente, soy yo. Castillejos intenta apretarse los cordones del corsé agitándose como si quisiera echar a volar, pero sólo consigue darse pellizcos en la espalda. También se quiere poner las medias y recoger sus cosas, todo al mismo tiempo, y en eso tropieza con la silla y con el fuelle de la chimenea. Te estoy oyendo, sal, dicen desde el otro lado, y sube el volumen. ¡Mi capitán, son más de las diez! Castillejos congela la mirada en el recodo por donde se metió anoche Vicente Plaza y espera que salga y no se acuerde de ella y la eche. ¡Vicente, joder!, dicen, y golpean con el puño. ¡Vicente! Ya voy, joder, ya voy, responde Plaza desde su habitación. Castillejos se pega a la pared y se abraza al corpiño abierto. Plaza camina con los hombros ligeramente hacia atrás, lleva el torso desnudo y se está colocando una navaja oxidada dentro del fajín, y no repara en Catalina Castillejos. Ya voy, hostias. Descorre los dos cerrojos y al darse la vuelta la ve. Dice ah, tú, y vuelve a su habitación.

Diego Lasso entra y Castillejos hunde de inmediato la barbilla. Lasso echa uno de los dos cerrojos y le habla a Plaza desde el salón. ¿Desde cuándo te traes las furcias a casa? Desde que no me da la gana pagarle al Cosme un cuartucho para una chupadita. Al oírlo se le agudiza el frío a Castillejos, como si Vicente Plaza le estuviera acariciando la nuca con la navaja. Se relame los labios, succiona dentro de la boca y pasea la lengua por el paladar buscando un sabor ajeno o una pista, pero traga saliva y sólo se cerciora del dolor de garganta. Date prisa. Ya sabes cómo se pone Preciados los sábados por la mañana. No me gusta estar fuera de casa con tanta gente merodeando. Vicente Plaza se pasea por la habitación remetiéndose la camisa, canturrea. ¡Que te des prisa! Tu puta madre, Dieguito. Contento tienes que estar de esperarme a mí un sábado. Se da el visto bueno en el espejo y va al salón, sobrepasa a Lasso y se balancea hasta Castillejos. Apesta, Vicente. Pues cómprame perfume francés, gilipollas. ¿A que a ti no te parece que apeste? ¡Dilo alto que se entere el teniente de húsares de Castilla la Vieja! No señor no apesta usted, dice Castillejos con una sola bocanada de aire. ¿Ves? Una dama de esta categoría no se habría dignado a venirse conmigo si no oliera a rosas. Vicente, vamos, dice Lasso, y Vicente Plaza pone un pie detrás de otro, dobla las rodillas, ladea la cabeza y exclama en falsete a sus órdenes, mi teniente. Así se queda y explica así se saluda cuando uno huele a rosas y continúa niña, qué modales son esos, saluda al teniente Lasso que nos honra con su levita deshinchada y sus botas de suela de esparto. Castillejos se separa de la pared, se queda un paso por detrás de Vicente Plaza y saluda. Ahí no van las manos, guapa, le indica, de qué corte de Napoleón te has escapado. Plaza se yergue y descubre los cordones embrollados en la espalda de Castillejos. Señor es que se me cae el corsé si estiro los brazos. Plaza declama ¡oh! ¡La dama necesita ayuda para vestirse! ¡Haga el favor, don Diego, de prestarnos su doncella! Diego Lasso chista una sonrisa y dice vamos tarde. Plaza desliza un dedo por la espalda desnuda y sale. ¿Ahí la vas a dejar?, pregunta Lasso. Total, si lo único que puede robar es leche, responde Plaza. Castillejos escucha la cerradura tragándose los pestillos, suelta el aire y deja caer los brazos.

## 5

Domingo Torres no hizo ruido al entrar salvo el crujir de la madera, pero el crujir de la madera forma parte del silencio de estas casas. Soltó una montaña de papeles en la mesa, los de arriba estaban ondulados y sus letras borrosas por la lluvia. Buscó el tabaco alrededor de Yandiola y Yandiola dio un espasmo de dormido. Al moverse, las gafas y la caja de tabaco cayeron al suelo. La línea de fractura que ya asomaba por una de las lentes se alargó hasta chocarse con la montura y el cristal se desprendió en los dedos de Domingo Torres. Intentó encajarlo ejerciendo una leve presión, imprimió huellas dactilares de tinta en el cristal. Mejor no limpiarlo, pensó. Sujetó las circunferencias con las dos manos y las posó en la mesilla. Se llevó la palmatoria y el tabaco a la mesa, acercó la silla y se sentó de espaldas a Yandiola. Se quitó las botas y las medias y se agarró los pies desnudos, cruzó los dedos de las manos con los dedos de los pies. La levita le tiraba de las mangas y el pantalón de la entrepierna, y los ronquidos de Yandiola lo arrullaban.

Al aflojarse el corbatín las manos frías le dieron frío y las resguardó entre la camisa y el cuello. Se acercó la vela y cogió el primer papel del montón. Sacó del bolsillo del chaleco el frasco de tinta que traía de la imprenta, sacó un pañuelo y desenvolvió la plumilla, le echó vaho y la frotó. La dirigió al tintero como un tenedor al plato, con apetito, y al introducirla chocó con la tinta helada, como si el tenedor encontrara el plato vacío. Domingo Torres insistió con unos golpecitos, se aproximó al vidrio y lo agitó en el aire. Acercó el bote a la llama y lo balanceó hasta que la tinta acompañó al movimiento. Realizó la operación con un gozo audaz e íntimo. Pensó se congela porque es tinta buena. Las cosas delicadas se congelan. Mojó la pluma y escribió en los márgenes de la hoja: las cosas delicadas se congelan. Se congelan las simientes bajo tierra, se congelan las mariposas despistadas, se congelan los salarios de los militares. Lanzó lejos el bucle de la ese. Separó la pluma del papel y la dejó apuntando al techo. El gesto le recordó el cigarro. A Domingo Torres le gusta escribir cuando tiene muchas ganas de fumar porque la ansiedad lo estimula. Dilata el deseo y escribe hasta que le tiembla el pulso. Ahora escribía así, con los primeros impulsos que le nacían del cogote y con la boca abierta, pisándose alternativamente los pies.

Yandiola notó a Torres, se estiró y las monedas se chocaron debajo de sus nalgas. Se paralizó y farfulló ¿ya es de noche? Se palpó el cuerpo buscando los anteojos. Sólo está oscuro, apenas han dado las seis, respondió Torres. Yandiola los encontró junto a la ventana y al cogerlos la sección quebrada de la esfera se separó. No recordaba haberlos roto. Domingo Torres arrancó poco a poco la vista del papel, conforme terminaba una frase, hasta colocar la cabeza por encima del hombro para decir se te cayeron mientras dormías. Juan Antonio Yandiola se inquietó. Pensó que también se pudo caer la talega o la carta. Intenté arreglarlos, continuó Domingo Torres, perono

importa, lo cortó Yandiola. Estos ya no me hacen nada. Repasó el filo del cristal roto con la vehemencia justa para no cortarse, los limpió con el extremo del camisón. A Juan Antonio Yandiola le gusta mirar la calle sin las gafas puestas. Las formas pierden su perfil, las personas son bultos sin sexo y sin posición, las luces se difuminan. Le sosiega ese mundo simplificado. Desde hace unas semanas no hace otra cosa. Se quita las gafas y mira.

Pensaba quedarse quieto en la butaca hasta que Domingo Torres saliera o se acostara porque no quería volver a provocar el ruido de las monedas. Le picó la pierna y al ir a rascarse volvió a oírlas. Pensó qué barbaridad lo que suena el dinero y se aguantó el picor. Después de un rato le entró vértigo, una garra al final de la espalda, un temor de viejo. Retiró la mirada de la calle y formuló la sensación en su cabeza antes de decir vivo ocioso pero me sigue afectando el tiempo. Me molesta la división del tiempo que nos hemos inventado. Precisó me molesta la división humana del tiempo. Entonces, dijo Torres sin separarse de la escritura, también te molesta el tiempo en sí mismo. El tiempo es una invención. Pues me molesta el tiempo, concluyó Yandiola. No es que no me guste envejecer o que no me gusten los horarios. No es que no me guste que el tiempo pase. Me molesta el tiempo en sí mismo. Me molestan los días, las horas, las estaciones. El movimiento de la Tierra me molesta. Dejó caer un brazo por encima del sillón y se mordió el pulgar de la otra mano. Tampoco es que no lo soporte, añadió. Simplemente me molesta. Domingo Torres apuró el resto violeta para escribir la fecha y rubricar, pero no quedó satisfecho. Empapó de nuevo la pluma, retintó los números y la firma, separó la silla de la mesa y se lanzó a por su cigarro. Dentro de la boca de Juan Antonio Yandiola, detrás, al borde de la garganta, se formaba una sonrisa. Confirmó que el mundo era poca cosa y quería celebrarlo. Dame, Domingo. Torres terminó de liar su cigarro y le voleó la caja del tabaco. Se desabrochó el rectángulo de los calzones y se resguardó la mano fría en los calientes genitales dormidos. Se sentó de medio lado hacia Yandiola y le dijo deberías titular ese libro que no estás escribiendo Revelaciones en Camisón. No lo estoy escribiendo porque no hace falta. Es un libro que se declama, es un libro para las tribunas, aclaró Yandiola. La gente no sabe leer. Cada vez hay más analfabetos. La imprenta está condenada a la extinción. Claro, corroboró Domingo Torres. Y las tribunas de las Cortes están en su mejor momento. Dieron una calada simultánea. Se miraron y se rieron y las monedas tañeron un poco.

A mí no es que el tiempo me moleste, dijo Domingo Torres. Más bien me distrae. Pienso que para mañana tengo que escribir un artículo para la Gaceta, un cuento y un poema para Las Amenidades Literarias y sólo veo los minutos que faltan para que llegue mañana, sólo veo las horas y calculo si en las horas cabrán el artículo, el cuento y el poema. Con la distracción del tiempo nunca me da tiempo a terminar las cosas. Había aplastado la colilla en una esquina de la mesa y ahora se estaba terminando de bajar los calzones sin levantarse del asiento. Juan Antonio Yandiola introdujo el dedo índice en el aro hueco de las gafas y lo hizo girar. El dinero estaba contra la carne. ¿Has dicho que eran las seis?, preguntó. Ya serán cerca de las siete, respondió Domingo Torres. Un artículo cabe en cuarenta minutos, añadió. ¿No tienes frío así, en paños?, le preguntó Yandiola. Sí, bueno. Tengo trabajo. Así no me quedo dormido.

Juan Antonio Yandiola esperaba el momento para escurrir la talega en la manta, hacerla un ovillo, desplazarla al gabán e irse. La experiencia de la prisa se le hizo rara, lejanísima. Se entretuvo en desenredarse la melena con los dedos. Pensó en una barbería limpia. ¿Va a ser un cuento de fábula o realista?, preguntó, y acompañó la pausa de Torres. Será fabulado, respondió al fin. Artemisa se enamorará de un león y decidirá no matarlo. Algo así. El león luego cazará al

cervatillo que ella acechaba. ¿Yacerán Artemisa y el león?, preguntó Yandiola. Torres se pausó de nuevo, respondió al cabo: No lo había pensado pero me gusta. Yacerá con el león y el león será Zeus, padre de Artemisa, transformado. Le dará un toque edípico. La voz de Domingo Torres es fresca, sutilmente femenina. Supura las eses y acompaña la curva melódica dirigiendo la barbilla, agitando el largo flequillo, acelerando o alargando el parpadeo. Suena bien, dijo Yandiola. Domingo Torres se quitó la levita tirando de las mangas por detrás del respaldo de la silla. La dejó del revés pendiendo de los puños, arrastrando los faldones. Y a Artemisa le encantará y al león también. El mejor revolcón de sus vidas. De sus eternidades, sugirió Yandiola. Bueno, pues si quiero describir el mejor revolcón de la eternidad olímpica será mejor que empiece ya, dijo, y la determinación excitó a Yandiola. Aguardó la acción de Torres para dar paso a su acción. Todavía estaba Domingo Torres con los calzones en los tobillos y la levita en los puños, dispuesto a empezar, pero la orden se quedaba a medio camino entre su cerebro y sus músculos, en la corteza de los huesos, hasta que tiritó, agitó los brazos, se terminó de desnudar y se quedó en camisa. Acercó la silla a la mesa y anunció: Un revolcón olímpico. Primera parte.

Juan Antonio Yandiola se dio unos segundos y entonces lo hizo. Se pegó a un lado del sillón y contuvo la bolsa de dinero. Estiró la manta hasta cubrir la talega, la arrugó y la estrujó con las dos manos, se apretó el gurrño al cuerpo y se levantó. De tener la cabeza reposada durante horas la negra melena se le había arremolinado por detrás y formaba un claro. La maraña se condensaba alrededor de la frente en rizos amplios y tiesos. Las raíces brillaban. Algunos pelos se habían quedado en el respaldo del asiento y otros pendían del camión. Depositó la manta en la cama, abrió el arcón y bostezó de mentira. Dijo ¿y cuál va a ser la moraleja de la historia? También de mentira rebuscó entre sus chorreras. Torres habló flojo, sin interrumpir la escritura. Una apología del incesto. Oh, dijo Yandiola extendiendo unas medias, unos calzones y una chaqueta en su regazo. También será una crítica a la figura paternal, ¡ah!, y una apología de las pasiones animales. Se debe joder como bestias, o con las bestias, ya veremos.

Juan Antonio Yandiola vio que ninguna de las dos chorreras estaba limpia y le estimuló pensar que en vez de lavarlas compraría nuevas. Se dejó la carta dentro de los calzoncillos, se puso el pantalón y dijo Artemisa siempre a cuatro patas, ¿no? Cómo no, respondió Torres al cabo, cuando terminaba una línea. Y el león le hace cosquillitas con la garra muy sensiblemente. Puso la palma de la mano hacia arriba y movió frenético el dedo corazón. Lo que no sé es si ponerme con metáforas de las cuatro patas del tipo... Levantó la vista del papel y leyó: Una mesa de roble agitada por una salvia que le devuelve la condición arbólea. ¿Sales a la calle? Yandiola daba vueltas a un pañuelo en torno al cuello y respondió sí, y se lo ponía mal a propósito esperando que Domingo Torres bajara la cabeza para trasladar la talega ahora de la manta al abrigo. Sí, voy a cenar algo, respondió Yandiola. Pues que no sé si metáfora o elipsis. La polla peluda del león abría la carne rosada de Artemisa. Domingo Torres garabateó en una esquina del papel un león que mostraba los dientes, con el pene erecto. A su lado dibujó una mujer con un manchurrón negro entre las piernas y con cara de espanto. Quizás debiera follarme a mi madre para comprender el verdadero alcance de la historia, y dibujó unas gotas cayendo del manchurrón. Yo también voy a tener que follarme a tu madre para comprender el alcance, sí, dijo Yandiola. Hombre, lo ideal sería que tú te follaras a la tuya... ah, no, que es una apología del incesto, no de la necrofilia, dijo Torres mojando la pluma, y alargó el pene del león hasta situarlo debajo de las gotas de la mujer. Yandiola pensó en mandar a un mensajero hasta Vizcaya con el solo encargo de ponerle flores a su madre, entusiasmado ante la posibilidad del derroche. Pues sí, vas a tener que follarte a la mía,

concluyó Torres.

El cervatillo representa la honra perdida. El padre, siempre preocupado por preservar la honra de la hija, es quien la deshonor. Torres se aceleraba por el rodar del razonamiento. La sobreprotección doméstica hacia la hija conlleva la desprotección en los extramuros familiaro dejan a la catalana que se case contigo, lo interrumpió Yandiola. No, aseveró Torres, pero bueno. Tampoco son tan ricos. El padre es un servil ignorante. Dice que ni editor ni poeta ni periodista son oficios ningunos. José Antonio Yandiola estiró los dos bucles del lazo y lo oreó. Se sentó en la cama girado hacia la manta, de espaldas a Domingo Torres, y asintió ahí lleva razón el viejo. Torres volvió al papel y también asintió y dijo sí, en realidad tiene razón. Ser diputado de cortes en una monarquía absoluta es lo que da dinero hoy en día, y en el trascurso de esa frase Yandiola concluyó la operación. Se levantó pertrechado, con ganas ahora sí de demorarse. Pensó en la estufa que tenía en su anterior casa, en su panza rayada, en el pequeño infierno de su interior. ¿Sabes?, dijo. Voy a comprar una estufa. Domingo Torres arqueó las cejas mientras escribía. Tengo algo de dinero ahorrado y, bueno, tú compraste los colchones. Ya he comprado yo una estufa, dijo Torres. Mañana nos la traen. Es que pesaba mucho para cargarla yo solo. Juan Antonio Yandiola terminó de abotonarse el abrigo y susurró ah. Yo también tenía algo ahorrado, añadió Torres. También he comprado un poco de carne y de vino, por si no tienes ganas de salir a la calle con este mal tiempo. Está en mi bolsa. ¿Carne?, preguntó Yandiola. Para celebrar el año de malvivir que llevamos aquí juntos, respondió Torres. Juan Antonio Yandiola se sintió sospechoso, descubierto. Se vio a sí mismo de pie y desgarbado. Bueno. Me hace falta... dijo, y se obligó a necesitar algo, a encapricharse por algo, y volvió a experimentar el vértigo de viejo. Me hace falta un reloj. Para que luego digáis que no tengo oficio ni beneficio, exclamó Torres, y añadió cierra por fuera, no tengo ganas de levantarme.



## 6

El hijo de la casera se puso en la puerta de José Vargas a la hora de la siesta y empezó a gritar don José, la mensualidad, don José, la mensualidad, don José, la mensualidad, la mensualidad la mensualidad mensualidad mensualidad. Los vecinos se asomaron y comentaron lo gentuza que eran la casera o el Vargas o los dos, el poco respeto por los demás. El niño cogía aire y repetía. Al cabo de cinco minutos se cansó y se fue a su casa, y su madre le dio un bollo. Al día siguiente a la misma hora el niño regresó a la puerta de José Vargas y gritó de nuevo. Al asomarse los vecinos, los niños aprovecharon y salieron corriendo. Unos bajaron y otros subieron las escaleras para encontrarse en el rellano donde estaba el hijo de la casera y se pusieron a gritar con él mensualidad don José mensualidad. Hicieron competiciones de a ver quién aguantaba más o quién lo decía más rápido o más alto, jugaron a decirlo más grave y más agudo, y a la vez zapateaban en el suelo y golpeaban la puerta. Los vecinos se unieron al griterío llamando a sus hijos y maldiciendo a su madre y al niño de Satanás, al moroso, a la lluvia, al frío y a los franceses. Dentro, José Vargas se tapaba los oídos. Las madres fueron a por los hijos y se los llevaron a rastras, y todavía en el camino a sus casas gritaban mensualidad don José hasta que les pegaban o les tiraban de las orejas y lloraban. El hijo de la casera siguió ahí, mucho más motivado que el día anterior, y cuando todos los demás niños ya se habían ido exclamó ¡ah, he ganado yo! y lo cantaba ¡he ganado yo-o, he ganado yo-o! Volvió a su casa y se comió el bollo paseándose por la cocina. Al tercer día almorzó más deprisa y fue a la puerta de José Vargas sin que la madre tuviera que ordenárselo. Carraspeó, cogió aire e inició su perorata. Ningún vecino se asomó al pasillo, así que gritó más fuerte, más y más hasta que tosió y se puso rojo, pero nadie le mandó callar ni se le unió nadie. Exclamó malhumorado los últimos señor don José mensualidad y fue a exigir su bollo.

La casera gritó por la ventana la próxima vez no le mando al niño sino a los guardas, choricero, y José Vargas pensó sí, por dios, mejor la inquisición que el niño, y dobló la esquina sin hacer vuelo con la capa. Llegó a San Antonio y le preguntó a un viejo si ya había pasado la ronda y le dijo no. José Vargas retiró los guijarros que guardaban su sitio y se sentó apoyándose en la pared menos iluminada. Se subió el embozo de la capa dejando la cara visible a medias. La luz era leve y terminaba en sus cicatrices. Se abrazó las piernas y se balanceó. El fraile que dirigía la ronda de pan y huevo era expeditivo e implacable. Señalaba a un mendigo considerando su apariencia y sus quejidos y ahí se dirigían las monjas y los cofrades para darle dos mendrugos de pan y dos huevos duros, o para subirlo al carro y llevárselo al hospital. No permitía que ninguno de los benefactores se desviara para socorrer a alguien que él no hubiera marcado como digno de piedad cristiana. Hay que saber distinguir a los desgraciados de verdad de los

merodeantes, les recordaba antes de salir a las señoras.

José Vargas veía avanzar la comitiva y se preparaba. El fraile hizo un gesto con la cabeza y una mujer con un tocado de puntillas y una novicia con un cesto de mimbre se le acercaron. La señora se sujetó el tocado para que no se lo llevara el viento, le dijo dios te bendiga y sacó de la cesta un envoltorio. José Vargas dio las gracias y repitió dios la bendiga a usted y a su familia mientras buscaba los ojos de la novicia. Doña Leonor, vaya usted a atender al siguiente, que les alegra usted la cena con esa simpatía suya, ya me quedo yo dándole de comer a este pobre. La mujer sonrió ampliamente, mostrando todos los dientes y todos sus huecos. A cuantos más pobres se arrima una, más se arrima una a dios, dijo. Le dio la bolsa a la novicia Julia Fuentes y corrió dando pequeños saltos hasta ponerse detrás del fraile. José Vargas observó los dedos rechonchos y despellejados de Julia Fuentes desanudando la servilleta. Mientras ella sacaba el huevo y se lo acercaba a la boca, las manos de Vargas, cubiertas por la capa, se ponían en los bultos que las rodillas formaban en el hábito, y al morder el huevo las apretaba. Fuentes separó un poco las piernas y le puso un pedazo de pan en los labios. José Vargas mordisqueaba la corteza mientras se introducía en el hábito y encontraba la tiesa enagua de lienzo y la superaba, y entonces ella le sujetaba el pan en la boca, se sujetaba ella al pan porque José Vargas ya le tanteaba el sexo. Incidió en la firme carne de la vagina con una mano y en los pliegues de la vulva con la otra. Julia Fuentes cogió el segundo huevo y lo alimentó. José Vargas comía despacio y Fuentes se esforzaba por no cerrar los ojos y por no apretarse. El racimo que crecía y se hacía frondoso por las articulaciones de la novicia ardió y un espasmo zarandeó la cruz de madera del pecho, se cayó de rodillas apresando momentáneamente las manos de José Vargas, ya calientes, entre sus piernas. Rezaron dando gracias a nuestro señor Jesucristo por estos alimentos, le tendió ella el chusco de pan que aún quedaba en la servilleta y se marchó con prisa y sonrosada. José Vargas se olía los dedos royendo el mendrugo, y cuanto más aspiraba más frenéticamente mordía.

Diego Lasso va ligero por los márgenes de la calle. Estira las solapas de la levita y lleva el sombrero ajustado hasta las orejas. Desde hace una semana se va fijando en los abrigos que llevan los señores bien vestidos e imagina cómo le encargará al sastre el suyo. Se viene recitando la nación española es libre e independiente y no es ni puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona. Cuando cree que ya se lo sabe para en seco y lo dice en voz alta, de carrerilla. Si se equivoca chasquea la lengua y empieza de nuevo. Le pasa en libre e independiente, que junta las tres palabras y se traba al decirlo tan rápido, y lo mismo en no es ni puede ser. Tensa las manos y se dice a ver: ¿qué es la nación española? Es libre e independiente. ¿Y qué no es ni puede ser la nación española? No es ni puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona. No es ni puede ser, no es ni puede ser, no es ni puede ser, es libre e independiente, in, de, pen, dien, te, sí, pa, tri, mo, nio, no.

Se cruza con la cofradía de la ronda y el pensamiento de estar cerca lo espolea. Mira las caras de los pordioseros, reconoce a algunos y algunos lo reconocen y lo llaman ¡eh, eh!, sin atinar su nombre. Pasa de largo hasta que identifica la nariz grande y cuadrada y entonces sale del refugio de la levita y el sombrero, alza la visera y se planta delante de José Vargas. Vargas está recostado, ensoñando una digestión menos breve, cuando oye Vargas, ¿verdad?, y apenas molesta a la barbilla para dirigirse a Lasso. Ya me han dado mi ración, señor. No es honrado que yo reciba doble y otros nada, dice, y Lasso advierte el reseco acento extremeño. José Vargas de Trujillo, eres tú. No vengo a darte caridad. Vengo a darte trabajo. La atención de José Vargas se moviliza ahora. Como un Diógenes que le dijera al emperador quítese, me tapa el sol, José Vargas dice

quítese, me espanta las limosnas. Ven conmigo, dice Lasso. Venga conmigo, rectifica. No puedo hablarle aquí. Desconfianza razonable, piensa Lasso, y está contento de tener respuestas y de poder aplicar lo que Richart le ha enseñado: le tiende una mano enguantada de blanco con dos monedas. Decía usted que no venía a darme limosna. No es limosna, es un adelanto. Vargas ve en los ojos de Lasso la misma sugestiva autoridad que en los ojos de Julia Fuentes: jóvenes con algo que ofrecer. Se sorprende más de ver divisa española, sobados carlos terceros en lugar de angulosos napoleones, que del ofrecimiento. Los coge y se los mete en el refajo. Se eleva del suelo, negro y abrupto como un precipicio, más alto que Diego Lasso, y a Lasso le excita temerle un poco. José Vargas pateá cuidadosamente los pedazos de cerámica, los cristales, los cantos rodados y los jirones hasta colocarlos en su sitio, componiendo un flaco bodegón. Caminan juntos y en silencio hasta la calle Preciados.

## 7

Salvo por algunos detalles de estilo, el encuentro de día con Vicente Plaza y de noche con José Vargas han sido idénticos, pensará Diego Lasso cuando el sábado esté a punto de acabarse. Reflexionará: sí: ha habido simetría, he construido un triángulo equilátero. Esta es la igualdad de los liberales. Elucubrará los motivos de su éxito y descubrirá una mágica combinación que lo predestina. Hoy es día once del mes dos, once dos, lo que en realidad oculta uno, dos, uno. Un uno es Plaza y el otro uno es Vargas. Yo estoy en el centro, soy el dos porque los englobo a ambos. Tengo veintiún años, dos más uno son tres, los tres vértices del triángulo. Las entrevistas con uno y otro se produjeron en torno a las doce del día y de la noche, doce es uno y dos, y uno más dos suman tres. Seguirá desquiciándose alegremente. Tengo dos hermanos, me enamoraré una vez más porque serán tres las mujeres de mi vida, tendré tres hijos, en un costado tengo tres lunares, me quedan trescientos reales y tres lonchas de jamón en el plato. Libertad, igualdad y fraternidad son tres palabras, determinará Diego Lasso con los latidos del corazón dentro de la oreja cuando se tumba de medio lado en la cama. Se quedará dormido repasando las proféticas coincidencias, pero eso será cuando el sábado esté a punto de acabarse, dentro de doce horas, porque ahora aún son las once de la mañana y Diego Lasso tiene el sábado entero por delante. Está invitando a entrar a Vicente Plaza en su buhardilla de la calle Preciados. Le dice es aquí y doce horas después, de manera idéntica o equilátera, se repite la invitación a entrar en la buhardilla de la calle Preciados, es aquí, pero el invitado es José Vargas.

Le dice a Vicente Plaza ahora estamos los dos solos, y mientras tanto entorna los postigos, y lo mismo le dice a José Vargas pero a la par que enciende unas velas. Les ofrece vino en la misma copa y asiento en la misma silla. Que la casa esté digna, le había dicho Richart: limpia, pon una colcha en la cama, compra jamón y queso pero sácalo sólo si dudan, y en todo caso al final para celebrar el acuerdo. Vicente Plaza bebe primero y luego se sienta, y José Vargas, doce horas más tarde, al revés. Buen vino, dicen ambos, y recordando en la cama que los dos, con doce horas de diferencia, dieron la misma respuesta, identificará esa como la primera señal de armonía trigonométrica. Diego Lasso se mete la mano en el abrigo y saca, sujetándola por el cañón con dos dedos, una pistolita, y la deja cuidadosamente en el centro de la mesa, con el mismo estudiado gesto a mediodía y a medianoche. Plaza y Vargas sacan sus cuchillos. Plaza lo tira, Vargas se incorpora un poco y lo pone junto a la pistola. Plaza eructa y dice para enseñarme una pistola no me tienes que causar tanta molestia. Vargas se quita el pañuelo de la cabeza, se rasca y lo orea. Dice disculpe y Lasso le responde no se excuse. Está usted en su casa. Al mediodía Lasso está más nervioso que a medianoche y Plaza se lo dice: pasmarote, atontado, y al inquirirle más nervioso lo pone. Le pica la frase en los labios cuando está a punto de pronunciarla y entonces se

la traga de nuevo y divaga no es mal sitio Madrid, cada vez tiene más vida, se empiezan a abrir comercios, y finalmente Fernando séptimo es un ingrato, hace una pausa y respira hondo. Lo dice de pie, con las manos sobre la mesa, ¡un ingrato!, y la golpea. Vargas mira los puños de Lasso, Plaza se balancea en la silla. Nosotros le hemos devuelto el trono y nos lo agradece relegándonos o pasándonos por garrote. Diego Lasso había ensayado el discurso frente al espejo: mirar a los ojos y no bajar la cara, le aconsejó Richart. ¡Un ingrato! Al repetirlo los ojos se le humedecen y el mentón le tiembla. Eso ya te lo he dicho yo mil veces, responde Plaza, ¿me puedo echar más vino? Yo no me meto en política, responde Vargas, a lo que Lasso responde usted combatió en la guerra como yo. Usted es un verdadero político. Un político de las villas y del campo, de los caminos, de los humildes. Usted ha hecho política para las viudas vengando la muerte de sus maridos, ha hecho política para los niños quitándose el bocado para alimentarlos, y lo mismo le dice a Plaza, pero tuteándolo, y este se atraganta con el vino de la carcajada que le entra. ¿Desde cuándo te juntas con poetas? ¡Militar y poeta como Garcilaso de la Vega! Desde ahora te llamas, en vez de Diego Lasso, Diego Garcilaso, ¡claro, lo llevas en el apellido!, y se ríe repitiendo Diego Garcilaso Diego Garcilaso.

¿Usted combatió?, le pregunta Vargas. ¿Dónde? Castilla la Vieja, responde Lasso. Teniente de húsares. En qué le puede servir un desgraciado sin oficio como yo a un teniente. Usted es un hombre de valor, José. Le cuesta mirar a los ojos pero recuerda a Richart diciendo míralos a los ojos. Levanta la cabeza hasta contactar con los ojos claros de José Vargas que lo interrogan o los opacos de Vicente Plaza que se burlan a la vez que Lasso dice, subiendo paulatinamente el volumen hasta hacerse redondo, focalizado, teatral, vamos a poner en planta la constitución. Ah, no, Dieguito, ninguno de los dos es un Porlier, le dice Plaza. A ti todavía te quedan seis años para morir con veintisiete, y yo ya hace ocho años que los pasé y perdí la oportunidad de ser mártir. Publicaremos la constitución que nos hará felices. José Vargas se apunta con la barbilla al pecho y dice señor Lasso, cómo me va a hacer feliz un libro si no sé leer. No hay que leerla para comprenderla, José. ¿Acaso hay que ser un doctor para comprender que la nación española eslibrindependiente y no es, no es...? Lasso tamborilea con las uñas en la madera. La vergüenza le calienta las mejillas igual a mediodía que a medianoche, pero a medianoche piensa cuanto más lo repito más se me olvida, e intenta recordar pellizcándose suavemente el entrecejo, hasta que exclama no es ni puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona. José Vargas responde lo que yo comprendo, señor, es que mientras un servidor estaba en Hinojosa tirando rocas desde lo alto de una peña a un escuadrón de franceses, el diputado que escribió eso estaba exiliado cenando con los primos de los mismos franceses. Vicente Plaza se ha quedado en silencio, perplejo, y su respiración se define perfectamente entre el griterío que viene de fuera. Esa concentración reconforta a Lasso, que va a decirle sí, tú lo comprendes, y la mirada que Plaza le dirige es severa, a punto de devolver la hermandad, pero en lugar de eso, declama: En tanto que de rosa y dazucena se muestra la color en vuestro gesto, y que vuestro mirar ardiente, honesto, con clara luz la tempestad serena.

La respuesta de José Vargas dibuja en Lasso una sonrisa apretada de pudor, y acto seguido va a la alacena y saca un plato de jamón y queso que perfuma el cuarto y sube la temperatura. Vicente Plaza se rellena la copa diciendo y en tanto quel cabello, quen la vena del oro rescogió, y Lasso no saca el plato de jamón y queso porque, se dice, es un maldito arrogante, por qué me tuvo que salvar la vida un maldito arrogante del que sin embargo admira su arrogancia, admira su pelliza de lana roída y de cordones deshilachados y de puños de astracán pelones, y piensa ese es el

abrigo que quiero.

Si proclamamos la constitución la vida cambiará. A Vicente Plaza le dice tú cobrarás tus haberes, y a José Vargas usted podrá ingresar en el ejército con el mismo rango que le otorgó el general Cuevas. Sargento primero, si no me equivoco. José Vargas cierra los ojos mientras mastica el jamón. Cuando lo traga sonrío y respondo sargento primero, sí. O ascender incluso a teniente. Como usted. Sí, como yo. Usted ascendería entonces a capitán por lo menos, señor Lasso. Al oír eso, Lasso piensa capitán como Vicente Plaza, con su pelliza de lana azul y cuello y puños de astracán y cordones de oro, pelliza que Plaza se quita y tira al suelo porque el vino empieza a acalorarlo. Si yo cobrara mis haberes me tendrían que dar los sueldos desde noviembre de mil ochocientos trece hasta agosto de mil ochocientos catorce, que suman dos mil doscientos reales. Eso es, Vicente, asiente Lasso. No, eso no es, Diego: es dos mil doscientos reales, un ascenso a coronel sin pasar por teniente coronel, una docena de condecoraciones, una esposa y una hija. Ahora sí que saca Lasso el plato. De cualquier forma, dice José Vargas jugueteando con un dado de queso, yo siempre sería su subordinado, y se lo mete en la boca. Seremos amigos ante todo, José, responde Lasso con un aspaviento que casi apaga la vela. Pero usted no ha ido a buscarme porque necesite amigos, porque ni usted necesita amigos ni yo necesito rangos. Vicente Plaza coge aliento y el olor del queso y el vino le expande los poros de la nariz. Con la boca llena le dice a Lasso bien, mi querido Diego, ahora que eres literato y de los finos conocerás ese poema que dice para puta y en chancletas, mejor me quedo quieta. Sí, Vicente. Será en beneficio nuestro y de la patria, suelta Lasso la frase como el niño desganado al que le toman la lección, y Plaza sigue masticando y abre la boca para responder en beneficio nuestro y de la patria yo la invito a mi casa y nos la beneficiamos si ella quiere. Empezaremos por cuatrocientos reales, les dice a Vargas y a Plaza, y conforme se avance en la... el asunto, se corrige Lasso, porque no debe mentar la palabra conspiración hasta estar bien seguro de sus prosélitos. Conforme se avance subiremos a quinientos más. Además, cuando el golpe se haya estabilizado, se entregarán sesenta mil reales de recompensa a los más fieles. A ver los cuatrocientos, reclaman ambos con la misma premura: segunda señal de excelencia triangular. Diego Lasso saca del bolsillo interior de la levita una bolsa de cuero que deposita en la mesa, amortiguando el tintineo de las monedas. Vicente Plaza la menea al lado de la oreja. José Vargas tira del lazo y mira dentro. Si no consiente usted ahora, no puedo seguir hablando. A Vicente Plaza le dice bueno, qué. Sí, dicen ambos: tercera señal que descubrirá Lasso haciendo memoria en la cama, y por ser la tercera coincidencia se emocionará tanto que se levantará a orinar.

Repara por primera vez en la cicatriz de la frente de José Vargas, que baja hasta la sien y que impregna de fatalidad todos sus gestos. En esa posición en la que está Lasso, cerca de la vela por la noche o frotándose los dedos por la mañana, susurra sorprenderemos al rey para que jure la constitución. Agravando el tono y deslizando su mirada de un ojo a otro de su interlocutor, no deja que ni Plaza ni Vargas lo interrumpen. Se entregarán armas y caballos a los oficiales de cuerpos francos, a cuyo frente estarán dos o tres generales, y se unirán muchas tropas. Hay que apoderarse de la guardia de escolta del rey, bien en una casa particular donde suele concurrir... y en ese instante no puede reprimir a Plaza: ¡En lo de Pepa la malagueña! ¡Shh!, le regaña Lasso. ¡Las paredes son de papel! Eso lo puedes decir en voz alta y sin secretos, que lo sabe todo el mundo. A su majestad la única Pepa que le gusta es Pepa la malagueña. ¡Sssh!, insiste Lasso brincando en la silla, pero le ha hecho gracia y ahora es él quien se reprime la sonrisa, lo blancos que son los dientes de Lasso, se sorprende Vargas, porque a medianoche Lasso recuerda el chiste y vuelve a

reírse, pero tampoco se atreve a reproducirlo porque no quiere sustraerle seriedad al tema, porque tiene razón Vargas en que él no va buscando amigos sino compinches. Pepa tiene las gitanas más gustosas de Madrid, dice Plaza, y remata un día de estos te llevo.

En una casa particular o bien en el paseo, retoma Lasso. Donde se decida nos reuniremos y cuando se ordene nos encontraremos con la partida de guardias de corps, que no van a ofrecer ninguna resistencia porque serían elegidos para ese día los de nuestra facción. A la par, uno de los generales estará próximo con una porción de oficiales de infantería o de artillería, y pondrán en medio al rey y lo conducirán al palacio para que jure la constitución. Habrá un abogado de los Reales Consejos que levantará acta, y nada más la firme el rey se oirá por todo Madrid la voz de viva la constitución, y lo mismo en el resto de las provincias. Vargas mantiene un ritmo automático de llevarse a la boca pequeños pedazos de comida y masticarlos pausadamente, y la cicatriz que le atraviesa los labios se frunce y se estira mientras come. Lasso dice no faltarán armas ni caballos. No hay peligro. Esta vez funcionará. Hay una sociedad, hay un código. ¿Masones?, preguntan Vicente Plaza y José Vargas, y ahí encontrará Lasso la cuarta señal de comunión equilátera, pero no le hace la ilusión de la tercera. El triángulo, responde Lasso. Cada conjurado sólo conoce a tres personas de toda la trama: a su inmediato superior y a dos de un orden inferior. Es decir, explica Lasso, y levanta el índice de la mano derecha: Yo soy tu superior porque te he elegido a ti. Y levantando el índice y el corazón de la otra mano: Y ahora tú debes elegir dos conjurados más, que serán tus subordinados. ¿Que tú vas a ser mi superior?, dice Plaza, y su pregunta revuelve los dedos indicadores de Lasso. No exactamente superior, responde. Yo sólo te daré las órdenes que a mí me transmitan otros. ¿Que tú me vas a dar órdenes a mí, niño? Lasso se acaricia el peinado por la nuca y exclama no no no, no has entendido bien. Se acerca, coge la pistola y la pone en el centro de la mesa. Dice yo soy la pistola y levanta las cejas interrogando a Plaza, que asiente poco convencido. Coge el cuchillo, lo pone al lado de la pistola y dice tú eres el cuchillo. Arrastra la bolsa hasta situarla a la misma distancia del cuchillo y la pistola y vocaliza la bolsa es otra persona. Pues estas tres personas forman un grupo de tres, un triángulo, ¿ves? Veo, masca Plaza. Bien, pues... Lasso echa un vistazo por la habitación, buscando algo. Resuelve quitarse los guantes y los coloca frente al cuchillo. El cuchillo soy yo, afirma Plaza conforme Lasso se acerca. ¡Eso es!, le felicita, y estos dos guantes son tus dos subordinados. Así los dos guantes y el cuchillo forman otro triángulo. Vicente Plaza observa los objetos en silencio y al fin pregunta quién es la bolsa. Es mi otro subordinado, le aclara Lasso. Ah, reacciona Plaza abandonando la contemplación, de manera que yo soy uno de tus subordinados, ¿no? ¡Eso es!, se entusiasma Lasso, pero rectifica al ver el reproche en la cara de Plaza, quien se explica a sí mismo en voz alta: Vamos a ver. Tú has elegido al cuchillo, que soy yo, y a la bolsa, entonces la bolsa y yo somos ángulos tuyos. Exactamente Vicente. ¿Y quién es tu otro ángulo? Vuelve a envararse en la espalda de Lasso el discurso aprendido: No puedes saber quién es. No puedes conocerlo ni él tampoco te conoce a ti. Es para guardar el secreto de la conspiración. Si cada uno sólo conoce a su ángulo superior y a sus dos ángulos inferiores, sólo podría delatarlos a ellos, ni aunque lo sometieran a tormento podría delatar más que a tres personas. Los demás conjurados seguirían en la sombra y la trama sobreviviría, y el vacío dejado por el triángulo caído se podría suplir nombrándose nuevos ángulos. Hace una pausa, y como si le sacaran la vara antes insertada deja el peso sobre una sola pierna, cruza la otra por delante, bebe de la copa de Plaza y concluye es infalible.

A José Vargas le expone el asunto sin ejemplos y sin moverse de la silla porque para

medianoche Diego Lasso siente que sabe hacerlo, que es el caballero con honor que vio en él Richart, y poco a poco va sacando el orgullo. No le pregunta a José Vargas si entiende, aunque tampoco José Vargas duda. Come y escucha, asiente a veces. Nota Lasso que lo comprende todo porque al final dice muy bien, señor Lasso, sólo dígame si los ángulos que yo elija tienen que reunir algún requisito, y le incomoda un poco comprobar que comparte inteligencia con un analfabeto. Que sean intrépidos, responde Lasso. Que necesiten el dinero, apostilla Vargas. De los cuatrocientos reales que le doy, usted debe emplear lo suficiente para hacerse con la confianza plena de sus dos ángulos por separado, y les anuncia que recibirán más de aquí a dos días, cuando volvamos a entrevistarnos usted y yo, cuando le dé una nueva suma, dice Lasso ya dando órdenes, y lo mismo le dice a Plaza pero evitando ser imperativo. Total, pollo, resuelve Plaza: que me vas a dar órdenes. Y dinero, responde Lasso: no hay lo uno sin lo otro. Y quién les da las órdenes a todos, quién está en la cabeza. No lo sé, porque de superiores sólo conozco a mi ángulo, pero yo deduzco que hay gente del mismísimo palacio. No hay que temer si nos hacen presos porque hay muchos agarres para que nos suelten y nos socorran. Hay dinero para todo. José Vargas coge el último taco de jamón y su pañuelo, y a la par que come se lo anuda y dice ¿me deja preguntarle una cosa? Cómo no. Por qué me escoge usted a mí. Lasso, al haber concluido el trabajo encomendado, al sentirse liberado piensa esto es el liberalismo, soy un liberal, y es sincero sin transiciones. Me lo recomendaron a usted por sanguinario. José Vargas sonrío como la mujer que se esfuerza en no sonreír cuando la piropean por la calle. Pues si no tiene usted nada más que decirme, dice con un regusto coqueto, me marchó. Nada más, responde Lasso levantándose y tendiéndole una mano. Vargas apenas aprieta. Se gira en dirección a la puerta, espera a que Diego Lasso le abra, se dicen gracias y salen. ¿Sale usted también?, se interesa Vargas. No, es que la puerta de la calle hay que abrirla y cerrarla. Ah. No hay portero en esta casa, dice Lasso. ¿Y en la suya?, añadiría en una salvaje fantasía de insolencia que consistiría en humillar la falta de hogar de un mendigo, que lo asemejaría a Vicente Plaza ahora que Lasso se sabe líder, pero apelando a su recién estrenada autoridad, se censura. En la mía tampoco, responde Vargas sin dar más explicaciones y sin necesidad de que Lasso sea insolente, dejándolo por ello íntimamente sonrojado.

Está bien, Dieguito, están bien los pronunciamientos. No me pierdo yo a Fernando jurando la Pepa mientras monta a la Pepa, y en ese momento recuerda que tiene a una mujer encerrada en casa, lo lee en su cabeza: una mujer encerrada en casa y cincuenta duros cerca del rabo. Coge la bolsa, el cuchillo y la pelliza, dice muy rico todo y baja las escaleras de dos en dos. Diego Lasso está contento. Enjuaga la copa y prepara un nuevo plato de jamón y queso para cuando lleve a José Vargas a medianoche.



## 8

En cuclillas y con la boca goteando sangre en el regazo, Castillejos le ofrece a Plaza la toalla que tenía puesta a secar al lado de la chimenea. La pulsación de la herida la seda. Sin apenas fuerzas ha ido de la cocina al salón y se ha agachado, mirándose la suave percusión de lunares de sangre que se expanden en el vestido. La toalla se desparrama por la mano floja, la mano se apoya en el codo débil, el codo en muslo y Castillejos dice tome, capitán, con su amabilidad instintiva.

Vicente Plaza saca una botella de anís y se rocía la cabeza. Le escuece en más puntos de los que le duelen. Coge la toalla, se seca y deja el anís junto a Castillejos. Va a su cuarto y llena una palangana. Se enjuaga el pelo y se lava, moja una esquina de la toalla y se la pasa por las axilas y el cuello. Descansa en la jofaina, reposa la toalla en la nuca. Oye, llama a Castillejos. Ven a limpiarte. Está más adormecida porque le ha llegado como un himno de paz el sonido del agua acompañado de los suspiros y las exclamaciones de alivio de Vicente Plaza, por eso y porque empieza a perder mucha sangre. Eh, insiste Plaza. Regresa él a la cocina y al agacharse a su lado se marea un poco, las brechas de la cabeza le bullen. Se asoma por el hueco que forma el tronco doblado de Castillejos y le busca la mirada, y encuentra los ojos cerrados y la cara pálida. Le aprieta las mejillas con una mano y la zarandea eh, eh. El cuello de Castillejos cede y las rodillas dejan de sostenerse, golpean el suelo. Vicente Plaza la agarra por la cintura, se quita la toalla del hombro y le limpia la boca, restregándole la sangre, y descubre el labio superior abierto. Le echa la cabeza hacia atrás, coge la botella y le derrama en la boca un chorro cristalino. Catalina Castillejos espabila y tose en la cara de Vicente Plaza, gime roncamente y deja caer en el vestido una baba de sangre y anís. Las roturas de la piel refulgen al contacto con el alcohol y se define una veta ancha y curva desde más arriba de la boca. Vicente Plaza empapa de anís la toalla y la posa sobre la herida de ella, que se queja ahogadamente, le arde el tabique nasal y le pica la garganta. Ahora ve Plaza a Castillejos. Ve los ojos verdes y las intensas ojeras, ve la frente ancha, la nariz algo combada, las cejas despeinadas, la calidad del hilo de su vestido que trasluce la puntilla de las enaguas. La respiración de Castillejos va calmándose y sus pupilas dejan de vagar. Se detienen en las suyas. Vicente Plaza retira la toalla y susurra estás mejor. Castillejos responde mejor, mejor, tosiendo entremedias, con cara de asco porque le ha vuelto el sabor a sangre y anís. Toma, escupe, y le pone la toalla en las manos y la endereza, dejándola sentada. Ella apenas deposita un silbido en la toalla. Agua, pide. Mejor enjuágate con el anís, para las heridas de dentro, dice Plaza, y le alcanza la botella. Castillejos se recoge el pelo detrás de las orejas, posa la abertura en el labio inferior y da un traguito, aprieta los ojos, tose de nuevo. No lo tragues, métete un buche largo pero no tragues, le dice Plaza. Espera, te traigo un cacharro, espera, y de un salto se levanta y trae del dormitorio la palangana donde flotan islotes de saliva y leche. Castillejos chupa la

botella y estira el cuello. Con los ojos apretados agita el líquido dentro de la boca, un poco más, dice Plaza. Se le salen dos hilillos por los labios apretados, y dos lágrimas. Se vuelca sobre la vasija y escupe rosado y dulzón, salpicándose a ella y a Plaza, y regurgita. Venga, vomita, la anima. Con una mano le sujeta el barreño y con otra la melena, pesada de sudor y de algo de barro seco y de perfume que todavía emana. Desciende una flema temblorosa hasta sumergirse en el mejunje, y Castillejos eructa. ¿Ya? Agua, responde ella. Vicente Plaza suelta la palangana y la melena, se vuelve a levantar y trae un botijo. Le ayuda a beber sosteniendo la base e inclinándolo. Castillejos se aferra a las asas, se atrae el pitorro a la boca y engulle el agua sonoramente, se le derrama por el pecho y dirige el botijo y la mano de Plaza para que le moje la frente, la dirige de nuevo para seguir bebiendo. Ya, respira Castillejos con gozo de saciedad. Gracias. Su sonrisa está agotada pero alcanza a enseñar los dientes vueltos marrones, y brilla Castillejos empapada.

Vicente Plaza se levanta y dice no tengo nada para comer. Ya lo sé, responde Castillejos, y también se levanta. Hace frío, dice Plaza, y ella asiente. Vamos a un café. No tengo dinero. Ya lo sé, responde Plaza, y Castillejos piensa en la mantilla que no encuentra en su baúl, pero no dice nada. Cámbiate y vamos a un café. Vicente Plaza recoge la toalla del suelo, engurrugada y apestosa, y dice en el dormitorio hay unos trapos. No son tan exquisitos como esto pero están limpios. Y una jarra de agua entera. La tiro, ¿no? ¿El qué?, pregunta Castillejos. La toalla, dice Plaza, ¿o quieres lavarla? No no, sí, si... ya de exquisita tiene poco. Castillejos coge el baúlte ayuda, pregunta Plaza, y ella se acuerda de la mantilla. Pesa poco, responde ella, y se mete en la habitación. Aunque retiene el chorro para que no se adivine lo que está haciendo, Vicente Plaza la oye orinar. El tintineo en la escupidera se extiende unos segundos largos y en su discurrir Vicente Plaza presencia el salón oscureciéndose y la tarde invernal recostándose como plomo sobre las casas. Aísla en el silencio las percusiones de la orina contra el recipiente y de los coches contra los adoquines, pero luego sólo la orina y luego sólo las bisagras del baúl, el trájín de las capas de ropa ajustándose al cuerpo de Castillejos, el cepillo rascando los nudos del pelo, su tos. Ve a su hija cuando creciera o a su esposa cuando se conocieron. Reconoce los gestos domésticos de una mujer: el roce de su trasiego, su gratitud hacia los muebles, el gesto altivo frente a la desatención. Enciende unas cuantas velas y se abotona hasta arriba la camisa. Tira la toalla de Castillejos por la ventana, se abrocha el dolmán y se pone la pelliza a un hombro. Pasa la mano por encima del pantalón y aprieta la bolsa de dinero. Espera de pie, atento, imaginándola. Castillejos abre la puerta y Plaza la reconoce: una mujer bonita. Vicente Plaza, capitán de húsares de Castilla la Vieja, visitador y comandante general de rentas, cesante, claro. Natural de Cebico de la Torre, Valladolid, que no me he presentado, dice, y reverencia escuetamente. Catalina Castillejos de Alhama, dice Castillejos en una corta flexión de rodillas, y duda si añadir propietaria de doce hectáreas de olivos. Tasa las ventajas y los inconvenientes de su presentación. Propietaria de doce hectáreas de olivos, resuelve. Vicente Plaza acaba de descubrir su acento acatarrado y difícil. Mucho gusto. Igualmente. Castillejos se balancea en el sitio, poniéndose un poco de puntillas y rebotando en los talones. ¿Cómo se encuentra su labio? Ella se lo toca y reprime una mueca dolorida. Mejor, gracias. A Plaza lo asalta la culpa y mira a los lados para evitar la mirada de Castillejos, aunque esa mirada no contiene ni reproche ni abatimiento sino un destello ansioso. ¿Y usted? Mejor, mejor, responde. Me alegro, dice ella, que también siente vergüenza y por eso mira abajo, aunque tampoco hay insulto en la mirada de Plaza. Pero porque sus ojos se rehúyen tienen que masticar el remordimiento a la vez que los bizcochos, tiene Castillejos que censurarse la gracia que le hace que Plaza se rasque la cabeza y extraiga unos trocitos de cerámica diciendo es

caspa rebelde, aunque no se reiría mucho porque le tiraría la raja del labio. Castillejos anda ocultándose la boca y Plaza siguiendo los movimientos del camarero, haciendo como que despioja el colbac y frotando su insignia. Castillejos rechaza la invitación de Plaza de pedir algo más y ante su negativa Plaza tampoco repite. Vuelven a casa temprano y hambrientos.

Se empeña ella en limpiar el estropicio de la cocina a pesar de que Plaza le dice no, mujer, no importa, de verdad. Es verdad que no le importa porque a Vicente Plaza le disgusta su casa y se congratula de sus pequeños accidentes, contemplar cómo se arruina. Pero después de insistir Castillejos, ya remangándose el vestido, poniéndose de rodillas en el suelo y pidiendo un paño, Vicente Plaza experimenta la antigua tibieza de la servidumbre femenina. La deja limpiar y mientras tanto le prepara la cama de su habitación y vacía la escupidera por la ventana. Le enseña la estufa y le indica el carbón está casi todo quemado pero algo calentará. Plaza enciende la chimenea y da unos golpes a los cojines del canapé. Conforme se desviste va doblando las prendas del uniforme o extendiéndolas, sorprendido de reencontrarse con esa vieja costumbre.

## 9

Aunque viven entre dos iglesias y detrás tienen una parroquia, las tres parejas de campanas que llaman a misa de las doce no despiertan ni a Domingo Torres ni a Juan Antonio Yandiola. Cuando las campanadas se extinguen Torres empieza a roncar, y son los ronquidos lo que despierta a Yandiola. Se tapa la cabeza con la almohada, se pone de cara a la pared, luego chasquea insistentemente la lengua. Entra en una duermevela agotadora que hace suyos los golpes en la puerta. Sólo cuando se vuelven violentos se levanta con el corazón loco, y para hacer las dos varas que separan su cama de la puerta tiene que saltar por encima de los dos sillones nuevos y tiene que chocarse con las dos estufas nuevas. Domingo Torres da un espasmo de sueño profundo y sigue durmiendo.

Un hombre apuesto y bien abrigado dice hola. La respiración abrumada de Yandiola responde buenos, días, perdón, no le, entretengo, más, y tiende la mano. ¿Mensaje, verdad?, añade. El hombre asiente y pregunta ¿es usted el señor don Domingo Torres? Yandiola recoge la mano tendida y se la mete por la pechera del camisón. El cambio de temperatura del cuarto caldeado y líquido al rellano frío y seco le ha despertado también la piel. Eh... No, responde. El señor don Domingo Torres, por favor, dice el mensajero. Yandiola se gira hacia el interior del cuarto y ve el bulto bajo las mantas. Está indispuerto. Puedo dárselo yo. Le agradezco, responde el mensajero, pero debo hacer la entrega personalmente. Yandiola mira al mensajero unos segundos, se gira de nuevo hacia el interior del cuarto y grita señor don Domingo Torres, señor don Domingo Torres, y el bulto ronronea apenas. Domingo es que no se levanta los domingos, sabe usted, le dice Yandiola al mensajero, y cruza los brazos y se reclina en el quicio de la puerta. El mensajero se acerca a Yandiola y dice disculpe, señor... Yandiola, dice Yandiola. Señor Yandiola, retoma el mensajero. Me hace el favor de despertar a su amigo Domingo aunque sea domingo. Yandiola bosteza en su cara y musita Do Domingo, y luego alza un poco la voz, Domingo. El mensajero respira con resolución, dice con su permiso y traspasa el umbral de medio lado. Sorteaa ágilmente los muebles de la habitación atestada. Se sube en los dos sillones, salta por encima de las dos consolas, eh, cuidado con rayarlo, advierte Yandiola sin efusividad, hasta que el mensajero alcanza el catre. Grita ¡señor don Domingo Torres!, y la cabeza de Torres aparece por el lado opuesto de la cama qué berridos, qué pasa, dice ahogado en bostezos. El mensajero lo destapa y pone delante de él una pequeña valija. El señor don Domingo Torres es usted. Ay, sí, qué frío, responde. Disculpe que le moleste en domingo y en su casa, pero no podía esperar a entregarle el mensaje mañana en la imprenta. Es urgente. Domingo Torres mira al mensajero pero no atiende. Dice gracias, se abraza al paquete y se vuelve a tapar. El mensajero salva otra vez los obstáculos del mobiliario, pasa por encima de las piernas de Yandiola y masculla a los buenos días. Yandiola

empuja la puerta para cerrar de un portazo pero se le queda entornada y tiene que volver, girar el pomo y encajarla.

Torres trastea el cofrecillo abollado y Yandiola oye las monedas amortiguadas por las tres capas de cobertores. Una mano de Domingo Torres asoma y tantea el aguamanil hasta que encuentra su navaja de afeitar. La mano regresa a la cama, la navaja rompe los cierres y Domingo Torres saca el rollo. Bracea entre las mantas hasta abrirse un hueco de cara a la pared.

Estimado Domingo:

Mi salud mejora, gracias por interesarse, y la mejoría se debe sobre todo al aliciente que nuestro heroico menester representa. He cogido peso y color, ayer paseé por el jardín. Hay que ver. Uno no se enferma en seis años de lucha sanguinaria y ahora, con nada que cambie el tiempo, una neumonía. Mi cuerpo está acostumbrado a la acción. La comodidad del despacho y la rutina me lo corrompen. Y también que uno tiene ocho años más que hace ocho, todo sea dicho. Disculpará entonces mi indisposición para verle personalmente, aun mediando tan poca distancia entre su casa y la mía. Además, es más seguro de esta forma. Yo ya noté que me miraban con extrañeza sus compañeros los otros escribientes de la Imprenta Real, el día que me presenté con los dos soldados que se dicen guardas de mi persona pero que en verdad están para no quitarme el ojo de encima. ¡Se pensaban, incluso usted mismo, que había hecho aparición la Junta Censora! Qué más quisiera yo, querido amigo, que tan delicada institución estuviera en mis manos o en las tuyas, como lo estuvo en Cádiz, y no entre las pezuñas del séptimo diablo y sus diablillos. Tiempo al tiempo, tiempo al tiempo.

El golpe se dará el día diez y ocho del corriente. Es la fecha más propicia según me informa nuestro comisario encargado, y no le falta razón. No es ningún secreto que Su Bajeza Real gusta de visitar los domingos la casa de cierta meretriz, gitana no sé pero andaluza seguro, apodada Pepa la malagueña. Visitas para las cuales, por la discreción que su inmerecido rango le impone, ni se hace acompañar por su escolta habitual, ni va en su Real carruaje ni viste sus Reales ropas. Muy al contrario, va a caballo en la sola compañía de su amigo de correrías el Duque de Alagón y de un par de Guardias de Corps de los más veteranos, y los cuatro disfrazados. Además, el día diez y ocho todavía faltarán diez días largos para que sea carnaval, que es en carnaval cuando los hombres del Corregidor están más pendientes de hacer preso a cualquier desgraciado que parezca que va a un baile aunque sólo vaya a por huevos. En resumidas cuentas, el domingo es un día insospechado, y es la insospecha lo que pretendemos. Así pues, el viernes próximo día diez y seis tienen que estar ganados todos los que deban intervenir, incluidos los de cuerpos francos y oficios viles, y el sábado y el domingo dejarlos sólo para afinar detalles de situación y táctica, pero de eso se hace cargo el comisario valenciano. Usted no tiene más que comunicar a sus ángulos la cercanía del atentado, darles dinero, revolucionarlos un poco y esperar órdenes. También les dice usted que vayan sobornando a los menos instruidos, mendigos incluso, para que corran el rumor y creen confusión y barullo el día en cuestión en las inmediaciones de la Venta del Espíritu Santo, el arroyo de Abroñigal y la calle Alcalá sobre todo, que de ello podrán sacar beneficio. Pero ni una palabra más, ni rey, ni conjura, ni Constitución.

También disculpará usted la entrega irregular de esta carta, en su casa en vez de en su

trabajo, y en su día de descanso, pero la empresa está a punto de consumarse y los preparativos deben ser ultimados, y pasado mañana es martes y trece. Para ese día hay orden expresa y tajante de no realizar ningún movimiento en ningún nivel del triángulo, ni en los altos ni en los bajos; ni citarnos, ni escribirnos, ni mandar emisarios, ni darnos dinero, ni mencionar el asunto, ni pensarlo siquiera. En día de mal agüero, que toda la estructura se paralice. Por eso mismo, ya mañana día doce una comitiva triangular de orden inferior se reúne para hacer algunas compras, nombrar algunos cargos y adelantar trabajo. Dedique usted el martes trece a sus poemas y a sus escritos.

Al respecto de sus escritos, tengo el honor de hacerle llegar las enhorabuenas de nuestro amado y blanco, blanquísimo patriota desde su penoso exilio inglés, con quien tuve la suerte de contactar hace unos meses, dadas nuestras afinidades ilustradas. Porque lo admiro a usted, Domingo, y creo en su talento, le hablé al blanco patriota de usted y de sus inolvidables colaboraciones en La Abeja Madrileña, de aquellos gloriosos tiempos en que zumbaba en los oídos de los facciosos. También le he enviado algunos ejemplares de Las Amenidades Literarias y me ha respondido que le conmueve ver la calidad de las letras españolas sobrepuestas a las adversidades, a la pobreza y al tirano. Que la miseria material no está reñida a la miseria del espíritu. Es más, las carencias materiales y la opresión insuflan en los espíritus la superación y el arte, opina el blanco héroe. Nuestro amado patriota y paladín del periodismo se congratula ante sus crónicas y su crítica que, siendo necesariamente disimulada o enmascarada bajo el semblante de cuento o fábula, es mordaz y justiciera, y pone a cada uno en su sitio, además de entretenerle y dibujarle una sonrisa en mitad de la aflicción de estar lejos de su tierra venerada por la que tanta tinta ha derramado. Reciba por tanto, querido Domingo, el beneplácito y el ánimo de ese blanco espíritu, de esa blanca alma defensora de la Libertad que le alienta a seguir publicando las Verdades Morales y Políticas, de tal forma que, y trascibo sus palabras fielmente, el Periodista es el Mesías Moderno.

Le estima,

Juan O'Donoghú O'Brien

Juan Antonio Yandiola ha estado hurgándose las uñas de los pies y de la postura ahora le duelen los riñones. Domingo Torres guarda la carta en el cofre y se tumba boca arriba. Yandiola marea la pregunta: Quién te ha escrito. Torres hace entera su media sonrisa y responde me ha escrito José María Blanco White. Qué dices, ¿Blanco White el del Semanario? Desde Londres me encomienda la creación de una segunda época del Semanario Patriótico, responde Domingo Torres. Me paga en libras esterlinas. Yandiola hace como que lee, sin gafas, un libro que coge al azar de la mesilla. Sus sospechas se confirman. Un terremoto de elucubraciones con desconocidos que lo apuñalan, guardias que lo hacen preso, Domingo Torres publicando su dirección en clave en el periódico, guardias que hacen preso a Domingo Torres y a él de paso, Domingo Torres vencido por el orgullo y publicando la trama, una legión de periodistas parlanchines pronunciando su nombre, dibujándolo, su cara en La Gaceta, José María Blanco White fumando en pipa y leyendo el periódico en la misma cama en la que él ahora hace como que lee sin gafas, y él preguntándole desea usted alguna cosa, señor Blanco. Y... dice. Domingo Torres se vuelve hacia Yandiola en la cama y remata los puntos suspensivos: Y qué. ¿Y hace mucho que te cartea con Blanco White? ¿Y tú, con quién te cartea tanto que hasta te has comprado una escribanía de plata?

¿Que está el suelo lleno de pedacitos de lacre rojo?, ¿que tienes el dedo negro? Domingo Torres lo interroga con alegre desafío y Yandiola se altera, sube y baja la mirada, retoma la falsa lectura hasta que la silenciosa ironía de Torres lo vence, lo seduce, lo contagia y responde me escribo con James Madison. ¿Te escribes con el presidente de los Estados Unidos? Como lo oyes, responde Yandiola pasando mecánicamente las páginas del libro. Domingo Torres se levanta con su cofre bajo el brazo, le agarra un hombro y le dice sabía que ocurriría. Todos los partidos te quieren en sus tribunas. Yandiola se humedece los labios y continúa no te lo he dicho antes porque no me gusta alardear. Carraspea, engola la voz, y no le voy a escribir al presidente con una plumilla de paloma. Es que anda que no se nota cuando la punta es mala, dice Domingo Torres. Vaya que si se nota, dice Yandiola. No sabía que supieras inglés. ¡Hombre que si sé! Yandiola suelta el libro y ayuda a Domingo Torres a preparar una de las estufas. Lord Wellington me enseñó. Clases magistrales. Mi inglés, al venir de la metrópoli, es mucho más refinado que el de Madison. Pero tú harás un esfuerzo y te pondrás a su altura, dice Domingo Torres. Cómo no, cómo no. Uno es un caballero, dice Yandiola, y se limpia el tizne de las manos en el camión. No te lo digo por caballero, que lo eres, sino más bien por precaución. Si ofendes al presidente de los Estados Unidos... Domingo Torres le da un golpecito en la espalda a Juan Antonio Yandiola porque se ha dado la vuelta para desvestirse. Escúchame, que esto es importante, le regaña, y Yandiola obedece. Se gira en calzones, con los brazos cruzados, y escucha. Si evidencias la inferioridad intelectual del presidente de los Estados Unidos, explica con el índice levantado, mandará a una tribu de indios cheroqui para que te aten desnudo a un tótem y bailen alrededor tuya, con muchos tambores pam pam pam, pam pam pam, cantando como lobas en celo en noche de luna llena, fumando hierbas alucinantes, alucinógenas, lo corrige Yandiola. Alucinógenas y alucinantes, Juan Antonio, continúa, hasta que te vuelvas loco, y entonces desearás estar atado a un mástil, con el fuego subiéndote por los pies y escuchando el soniquete de un cura antes que soportar el rito de iniciación cheroqui. Yandiola interpreta una sorpresa y exclama dios mío. Pero espera, que eso no es lo peor. La estufa empieza a calentar y Torres y Yandiola se arriman. Torres le agarra la nuca y susurra lo peor es cuando aparecen los púberes. Te desatan, te ponen con el culo en pompa y colocan a todos los varones púberes detrás de ti, ya empalmaditos de sus tipis o cascándosela allí sobre la marcha, y uno a uno te empalan hasta que se corren dentro. Joder con los indios, dice Yandiola, accidentado de risa. Estás cagando semen una semana, concluye Domingo Torres, y se sienta a la mesa lacada, coloca el cofre frente a él, agita la cabeza para retirarse el flequillo de los ojos, lo abre y saca dos paquetitos sonoros. Los desenvuelve y desparrama las monedas. Se frota las manos y empieza a hacer montones de piezas de oro, plata y vellón. La exhibición del dinero ridiculiza la desconfianza de Yandiola, le abrillanta su amistad con Torres y le da sentido a aquella frase de la que se burlaba: Juzgue usted por la cantidad que le entrego a qué altura se encuentra. A qué altura se encuentra Torres, se pregunta Yandiola.

Una de las puertas de uno de los armarios está bloqueada por una de las butacas, de manera que Juan Antonio Yandiola sólo puede abrir la otra y sólo un poco, porque se choca con el aparador de corbatas de Domingo Torres. Yandiola tiene que apalancarse en la ranura, estirar el brazo y dar manotazos a la ropa colgada para poder cogerla. Se quita el calzón de espaldas a la ventana y dice deberíamos comprar cortinas, ¿no? Se queda a medio vestir y va a abrir un cajón cerrado bajo llave. No, no creo que debamos comprar cortinas. Ni que tuviéramos algo que ocultar, dice Domingo Torres sin abandonar sus cálculos. Yandiola saca una carta con las marcas de haber estado doblada en tres partes. Cuando va a cerrar el cajón no lo cierra, y esa dejadez le

reconforta. Se sienta frente a Domingo Torres, se acerca la escribanía de plata y coge un papel limpio. Saca las gafas de su nueva funda de madera y esmalte, se las pone y escribe. El peso del caballete en la nariz lo dota de esa profesionalidad llevadera y natural, a la que no se le da importancia, de los expertos. Las lentes le fabrican una habitación llena de ángulos y un Domingo Torres nítido con el que comparte escritorio y silencio. Yandiola ve la intimidad. Piensa esta intimidad de calzoncillos y conjura es propia de grandes almas. Siente Yandiola una brisa de satisfacción más sutil, más refinada que la del éxito. Es el poder el que respira, imperceptiblemente, como un criado que aguarda. Domingo Torres conduce al centro los primeros montones de monedas para hacer hueco a los siguientes y dice cuidado con lo que le dices al señor Madison. Estará Torres a más altura que yo, o yo más alto, se pregunta Yandiola mientras escribe la primera línea, y se ríe al percatarse de que sin darse cuenta ha escrito Ilustre señor don James Madison: Mis ángulos responden favorablemente.



## **II**

**CONSPIRAR Y ENAMORAR SON LO MISMO: LA PROPAGANDA DE LA LIBERTAD**

## 10

José Vargas tenía pensada la respuesta: Dos hombres de honor. Los dos han quedado satisfechos, dice al preguntarle Lasso ¿cumplió usted?, porque José Vargas sabe que Lasso no lo cree un hombre de honor y que lo seguirá de cerca. También tenía pensada su expresión: la cabeza un poco gacha y la mirada amplia y constante en los ojos, la voz baja pero nítida. Lasso tarda en asentir. Pensé que lo encontraría en su casa. ¿Qué hace usted aquí?, le pregunta, y Vargas activa su segunda respuesta: Señor, un pobre, aunque tenga dinero, sigue siendo pobre. Yo no sé ponerme un traje ni comer en un restaurante. Con la cabeza dibuja un lento arco, señalando a los pedigüeños del otro lado de la calle. Estos son mis amigos, dice, y a Diego Lasso le asoma por los hombros una dignidad intrusa, de caballero, nueva y brillante. Se siente rico. El miércoles tenemos que vernos otra vez, ordena. La cosa se precipita, dice arrancando un hilito que sale de la abertura del guante. De pronto no está a gusto al lado de José Vargas. Le molestan el roce de sus harapos y la visión cercana de sus poros tachados de barba enquistada, su cálido hedor. Vendrá usted a la Plaza de Santa Ana el miércoles entre las nueve y las diez. ¿De la mañana o de la noche? De la mañana, de la mañana. Así haré, señor, dice José Vargas cerrando pesadamente los párpados. Diego Lasso se toca la visera del sombrero y se va. Su nuevo instinto le acaricia los labios y la punta de los dedos. Saca un real y sin detenerse lo lanza en el hatillo de una pedigüeña. A sus espaldas escucha dios se lo pague. Está colmado, se ve hermoso, a cada paso suyo el mundo se despliega, el barro se adapta a sus botas.

José Vargas ve alejarse a Diego Lasso y confirma que conoce a los hombres. Durante un rato se abandona contra el muro y lo invade una serena suficiencia. También se conoce a sí mismo. Su resignación es sabia: no avanza porque no puede. Cuando intenta explorar más allá, se paraliza. No lamenta sus fracasos. Se reprocha el intento de desafiar sus propias leyes, de buscar aventuras, aunque esta vez estuvo a punto de atreverse. Agarrar a la novicia Julia Fuentes de la muñeca, dejar que los cofrades doblaran la esquina y llevársela a su casa. Su casa, sí, porque las mensualidades ya están pagadas y el niño de la casera durmiendo. Pero no lo hizo. Se consuela pensando que la casa también será suya mañana y pasado mañana y lo que le queda a febrero. Planearé una huida o un paseo, piensa, pero se arrepiente. Precisamente hoy Fuentes venía la última, a bastante distancia del resto de la comitiva. Es como si hubiera adivinado lo de llevársela a casa, pero en seguida desecha ese pensamiento por inverosímil y concluye que simplemente la novicia estaba ansiosa.

Llegó cuando las campanas de San Antonio doblaban a entierro. La gente bajaba las escalinatas formando una mancha oscura que la novicia atravesó deprisa, persignándose y murmurando. El hábito blanco se frotaba con los abrigos negros y se abría paso sin esfuerzo. Los

dos últimos cuerpos se separaron y Julia Fuentes siguió caminando, ahora expandida y ondulada, sujetándose los faldones, hacia el rincón de penumbra de José Vargas. Se ha muerto un rico, dijo al arrodillarse, y él se estiró y vio el ataúd penetrando en la masa y acallándola. La cara de Fuentes estaba encendida y bullía dentro del óvalo blanco. Deslizó un dedo dentro de la cofia para refrescarse el cuello. José Vargas le acarició las mejillas con la palma abierta y ella la acompañó arremetiendo con suaves cabezadas. Hoy no traigo nada, dijo Fuentes. Vargas encogió los hombros quitándole importancia.

El paso fúnebre asediaba la calle. Hacía retroceder a los coches de caballos y ladrar fuerte a los perros; detenía a los transeúntes. Maldita sea, era el momento, se repite José Vargas. Hace media hora, cuando la sonrisa temblona de Fuentes le mostraba sus dientes sobrepuestos, también sabía que era el momento y lo único que hizo fue arrullarse en la posibilidad, en el tenso gusto y en su nombre, Julia, Julia, repetía a la vez que ella se estiraba sobre las rodillas y estampaba un beso largo y húmedo en su frente. Lo taladró como una bala tierna y le estalló en el cerebro, volviéndolo líquido. Julia, sí, le dijo Fuentes al entrecejo de José Vargas, tú José, y el momento se esfumó. Los ojos saltones de la novicia revolotearon por el rostro de José Vargas y por la calle. Ya estarán preguntando por mí, dijo. En paz por la decepción Vargas dijo sí, y con la clara conciencia de que la oportunidad había pasado y de que ya no tenía nada que perder, fue cobarde y le besó ruidosamente las manos. Fuentes gimió y las retiró, y se fue trotando de alegría.

Los mendigos comen huevos cocidos y pan duro. A la pedigüeña se le ha caído el bocado al suelo cuando decía dios se lo pague. Recoge el pedazo, le sacude la tierra y se lo mete otra vez en la boca. La moneda está caliente porque Diego Lasso la llevaba en el bolsillo interior del chaleco y la mujer, al guardarla también en el costado, siente alivio. Es como una pequeña brasa. Los reales de José Vargas están fríos porque están prácticamente intactos. Desde que Diego Lasso le diera la bolsa la noche anterior ha permanecido atada a su cintura, traqueteando como una alforja. Sólo los sacó por la mañana para comprar una botella de marrasquino, y a media tarde, cuando fue a pagarle la mensualidad a la casera.

Subió los dos pisos y esperó unos segundos antes de llamar. Reconoció el lloriqueo del niño que grita mensualidad entre el de los demás hermanos. El dinero pesaba en la bolsa y en su cabeza, en sus músculos y en sus párpados. Le hacía moverse lenta y gravemente, el suelo tiraba de sus articulaciones como sedal. Lo invadió un sopor dulce porque había almorzado dos veces, una en casa de Arnaldo Cuesta y otra con Mateo Arruchi.

Ana Luisa Gil miraba a José Vargas desde el fondo de la casa con los brazos cruzados. Los dos hombres cuchicheaban alrededor de una tabla de madera apoyada sobre dos tocones. Cuando José Vargas le dijo en el umbral de la puerta que quería tratar con él un asunto de importancia, le propuso salir a dar un paseo porque su mujer estaba en casa y la casa sólo tenía una pieza. José Vargas respondió la calle no es segura y las mujeres no tienen entendimiento para esto. Cuesta dio un paso atrás diciendo Ana Luisa, un amigo de la guerra. José Vargas entró y dijo señora. La casa oscura olía a caldo de pollo.

Hasta ministros, Arnaldo, hay hasta ministros, decía, y Arnaldo Cuesta se rascaba la barba. ¿Y cuánto tiempo hace que no montas a caballo? ¿No tienes ganas? En la cara de Cuesta se izó media sonrisa y dijo decían que era buen jinete. José Vargas le devolvió el gesto diciendo matabas franceses pero curabas las heridas de sus caballos. Arnaldo Cuesta rio hacia abajo y dijo una vez nos comimos uno. ¡Y lo que sufriste, Arnaldo!, exclamó José Vargas zarandeándole. ¡Todo Trujillo de fiesta porque cenábamos el caballo del enemigo y a ti la pena no te dejaba tragar! Ana Luisa

Gil meneaba el puchero y las ráfagas calientes que recorrían la estancia excitaban a José Vargas, hablaba más efusivo. Pues tú podrías dirigir la caballería, dijo, y Arnaldo Cuesta respondió ese caballo sirvió a los invasores y a nosotros sin traicionar a ninguno. De eso sólo son capaces los animales. José Vargas dio un golpecito en la madera y repitió dirigir una caballería, ¿eh?, ¡cualquier cosa!, arqueando las cejas, arremetiendo con su mirada a Cuesta. Me gustaría, dijo, y con el pecho quemado preguntó ¿llegará el dinero pronto? El pequeño oleaje del puchero se detuvo. Esa misma noche se premiará a los fieles con dinero y con los bienes que haya en palacio. Dos mil reales lo menos, Arnaldo, concluyó Vargas. Arnaldo Cuesta dijo es arriesgado. Sí. Por eso he venido en busca tuya. Arnaldo Cuesta se rascó la barba más fuerte y provocó una nevada de partículas. Ofreció su mano nerviosa a José Vargas, que la recibió y la aplacó con su mugre tibia.

Arnaldo Cuesta ordenó a su esposa sírvenos. Ana Luisa Gil retiró el cocido del fuego y lo puso en el centro de la mesa. Trajo dos platos y dos vasos que colocó cuidadosamente. Los tres guardaron silencio mientras llenaba y vaciaba el cucharón y volcaba el tonelillo de vino. Dejó un pequeño círculo blanco en el fondo de la olla, dio cuatro pasos hasta la cama, se sentó y bebió la sopa en cuatro sorbos. Se enjuagó la boca con ellos antes de tragarlos. Se dejó el cacharro caliente en el regazo, pegado a la barriga, mientras su marido y José Vargas almorzaban. Cuando terminaron retiró los platos y los llevó a la tina del agua. Antes de sumergirlos rebañó con el dedo un resto de tocino.

Mateo Arruchi se sacudió las manos en los pantalones levantando una nube de harina. Al abrazarse, José Vargas envolvió con la capa su cuerpo delgado, como si lo acunara o lo devorara, y le dijo estás guapo, ¿eh? Cuando se separaron, Mateo Arruchi lo había impregnado de polvo blanco y pidió perdón, perdón, ha sido la alegría que me has dado, padrino, y diciéndolo lo palmoteaba para limpiarle. Vargas le agarró las manos. Cómo va el negocio, preguntó. Arruchi se bajó las mangas de la camisa y se apoyó en el mostrador. No llega trigo. Ya va el bollo grande por tres reales y medio. Vamos, que yo puedo comer porque el patrón es bueno. José Vargas miró al fondo. Dos hombres colorados trabajaban apresuradamente y en silencio. Estamos con un encargo de pasteles, aclaró Arruchi. En su voz brillante, en el recinto claro y perfumado de masas frescas o tostadas, la palabra pasteles adquirió el poder de una invitación, una tenaza para los deseos. José Vargas se acercó a Mateo Arruchi, lo cogió de un hombro y con un temblor le susurró están dando tres mil reales a quien simpatice con una trama contra el gobierno. Uno de los tahoneros gritó Mateo, despacha rápido y vente. Arruchi le dijo a Vargas espérame, salgo en media hora. Fue detrás del mostrador, se agachó y sacó un pan redondo y rugoso. Ten, es de la hornada de esta mañana, dijo dando un saltito, y remangándose de nuevo entró en la panadería. José Vargas le guiñó con esfuerzo, arrancó un pico de la corteza y lo mordisqueó. Salió, atravesó la plaza y se sentó en la fuente seca. Agarró el pan con las dos manos y dio un gran bocado. Se aflojó la cuerda de la cintura y deslizó la arandela de una cantimplora. Dio un trago largo al marrasquino y, para enfriar la garganta, volvió a hurgar en la miga y a engullirla.

Mazapanes, padrino. El tahonero es buena persona y nos da los dulces que salen mal, dijo Mateo Arruchi abriendo el paquetito. José Vargas cogió una flor con los pétalos hundidos y animó a Mateo Arruchi a acompañarle. Ahora que te vas a juntar con masones tienes que comer y beber como ellos, y le ofreció licor. Mateo Arruchi dijo no con vergüenza, pero gracias. Es que mi barriga... No me sienta bien el azúcar. Unos cólicos terribles, dijo, y le entró angustia al pensar que iba a ser un conspirador enfermizo, que en mitad de la operación iba a sentir la llama en la vesícula y se le iba a caer el cuchillo con el que amenazara a un lacayo. Con el dinero que nos den

te operarás esos dolores, le dijo José Vargas acariciándole el pelo, y al tacto descubrió algunos gránulos de masa seca en los mechones. ¿Y tú qué harás con el dinero que te den, padrino?, preguntó Mateo Arruchi emocionado, sosteniendo la caja de mazapanes mientras José Vargas los manoseaba antes de seleccionar una paloma con el buche reventado. Yo volveré a Trujillo, compraré tierras y ganado y me casaré con tu madre, se sonrió Vargas a la vez que apuraba la cantimplora. La tiró por detrás de su hombro y sonó hueco al caer en la fuente. Mateo Arruchi se agitó y los mazapanes brincaron. Sus músculos finos se endurecieron porque la garra hirviente empezaba a arañarle el lado derecho. Bajó la vista y calló un momento. Luego musitó entonces me busco dos amigos y se lo cuento. José Vargas se levantó despacio, se puso las manos en los riñones y se estiró. Sí, Mateo. Que no se conozcan, dijo Arruchi levantándose también. No, dijo José Vargas. ¿No que no se conozcan o no que sí se conozcan? Que no se conozcan, respondió Vargas, y que sean valientes como tú y de corazón puro y amantes de la patria. Le entró hipo. Aunque casi me mata por desertor, yo quería a tu padre. Extendió una mano y Mateo Arruchi le devolvió la caja. Él estaría orgulloso de ti, le dijo José Vargas, y le dio un beso en la sien y una palmada en la nuca. Mateo Arruchi sintió sus dedos pegajosos por el marrasquino, por los dulces y por la saliva de habérselos chupado, y dijo padrino, lo voy a hacer bien.

Vargas hizo el camino de vuelta a casa basculando de un pie a otro y comiendo mazapán. Observaba los edificios, los objetos y las personas con una vehemencia inconsciente. Se detenía delante de un caballo e intentaba sostenerle la mirada, acariciaba las columnas, perseguía a los perros callejeros, apoyaba la frente en las paredes. Cuando ya llevaba un minuto en la puerta de la casera cogió la bolsa de dinero y sacó un puñado de monedas. Entonces llamó tan suavemente que ni él mismo oyó el golpe. La casera no se enteró hasta que José Vargas perdió el equilibrio y cayó de medio lado en la puerta. Lo llamó borracho y ateo y le dijo no le da vergüenza en una casa decente, presentarse a molestar. José Vargas había detenido los ojos en sus pechos grandes que eran uno solo, un terraplén hacia el suelo. Permaneció inmóvil y desconcertado porque no recordaba qué había venido a hacer a la puerta de la casera hasta que de entre la regañina distinguió la palabra mensualidad. Mensualidad, repitió Vargas. La mensualidad, sí señor, la mensualidad, continuó ella con energías renovadas y más azul la vena de encima de la ceja, si la culpa la tengo yo por no haberle llevado a usted ya al corregidpues si no lo ha llamado usted antes será que por algo que no quiere llamarlo, ¿no?, la calló por primera vez en su vida José Vargas. Elevó la mano en la que se agolpaban las monedas, cogió con la otra la mano de la casera y la puso boca arriba. Ella, súbitamente silenciada, la fue ahuecando conforme José Vargas depositaba una moneda y otra y contaba veinte, cuarenta y cincuenta, sesenta, ochenta y cien enero, y doscientos febrero y cien más marzo, y así no tenemos que vernos hasta abril, señora, dijo. Se levantó la capa, abrió la bolsa y metió las monedas que sobraron. La casera frotó algunas, golpeó con ellas el dintel y antes de cerrar dijo a más ver. Volvió el griterío de niños y la voz mandando a callar con amenazas del demonio, la inquisición, el garrote y los franceses.

José Vargas bajó al primer piso, agarró la llave que pendía de la cuerda y acercó la pelvis a la cerradura. Dentro hizo lo mismo para cerrar. Se arrancó el pañuelo de la cabeza, arrojó la capa y las botas. Como la escupidera estaba debajo del ventanal orinó mirando a la calle, enmarcado en el vidrio. Se subió los pantalones y se tiró bocabajo en el jergón. Durmió profundamente hasta que el sol dejó de caldear el cuarto. El atardecer de febrero dejaba la ciudad en duermevela, en una inercia moribunda de carruajes devolviendo pasajeros y gente regresando. Esa quietud de las ciudades en el ocaso, de mamífero cansado como él, lo ponía de buen humor. Notaba que Madrid

y él se entendían y salió a pasear. Estaba contento, se movía con rapidez, se sentía dueño. Había comido, había echado una siesta, tenía una casa y una cita con una mujer. Iba a hablarle a Julia Fuentes, iba a cogerla de la mano, iba a llevarla a cenar.

José Vargas es indemne a la noche cerrada. La escarcha empieza a humedecer los cristales y él no se encoge. Los coches de caballos con prisa o con enfermos le salpican barro y él sólo parpadea. Cómo voy a llevar a una monja a cenar vestida de monja, se burla, resopla. Desde hace un rato piensa que con lo que le cuesta la cena tiene para una gitana flaca, pero no se decide. Es el dinero, piensa. Siempre que tiene dinero se sume en algún tipo de reflexión vital. Los ricos celebran el dinero gastándolo, los pobres celebramos el dinero pagando, piensa. Si yo le hubiera dado su parte a Cuesta la habría usado para comprarse una camisa igual de asquerosa que la que tiene ahora, y Mateo para pagarle a un médico y a un boticario que le dirían que se va a morir sin remedio, como su padre. Los dos habrían quedado igual de desgraciados. Mensualidad o conspiración, se había preguntado José Vargas esa mañana delante de la bolsa. No tuvo que hacer cuentas. Al peso supo que no le llegaba.

## 11

Castillejos se levanta esbelta. Lo nota. La clavícula más marcada, como una percha de la que colgara el cuerpo. Las muñecas frágiles, las puntas de los dedos afiladas, las uñas cortantes, más firme el descenso del cuello, los pezones rígidos portando el camisón, el vientre plano de haber comido poco. Mete la mano por debajo de la ropa y lo acaricia. El cuerpo de Castillejos es un trazo. Sus movimientos son pequeños y ciegos, la rodea un aire denso. La habitación es clara y tiende al azul. No sabe si ha dormido mucho, ni sabe si está cansada por no haber dormido o es que no se ha terminado de desperezar de un sueño largo. Mira de cerca los objetos, toca el borde del lavabo y se asoma un rato a la ventana. Recorre la extensión de tejados, una llanura seca. La detienen los reflejos de los tragaluzes de las buhardillas. Los supera como de una zancada un charco. Las buhardillas se le hacen endebles, de juguete. Un tragaluz parece un recortable de papel que se dobla por las esquinas y se adhiere al tejado con una pestaña. Los tejados parecen de cartón. Las cúpulas y los campanarios parecen decorados de un teatro de marionetas. Castillejos se acuerda de su teatrillo y sus figuras pero no recuerda dónde los tiene guardados o si los tiene su hermano el mayor pero todavía pequeño, si él seguirá jugando, y piensa en que la ha abandonado y por primera vez le da pena. Unos mosqueteros, unos mariscales, unas princesas. Todavía a veces los saca y los monta en el suelo, pero ya no se pone a jugar. Sólo los observa y tararea una cancioncilla que se inventa, y de improvisar se le saltan las lágrimas como ahora mismo. Siempre inventa la misma cancioncilla y siempre llora. No sabe si vestirse, debe vestirse, va a vestirse, se queda como está pero debo vestirme, piensa. Catalina Castillejos es dueña de su turbación. Se cruza de brazos y así se queda.

Percibe el espacio distinto a ayer. Encuentra el hogar en el sitio del hogar y piensa ahí dormí anteanoche. Encuentra el sillón en el sitio del sillón y piensa ahí se sentó el capitán Plaza anteanoche, ahí ha dormido hoy. Encuentra la cocina y piensa es la cocina de la jarra de leche. Recrea el golpe, la sangre, el desmayo, el anís. La complace estar ubicada. En su mente formula la oración me abandonaron, estoy en una casa, estoy bien con el batín de raso y los tirabuzones deshechos, porque en ese momento ha descubierto, volcado junto a un armario, un espejo grande cubierto de polvo. Lo ha cogido y ha pasado la mano por la superficie, y se ha sacudido la suciedad dando suaves palmadas. Se ha visto la boca hinchada y ha dado un respingo. Ha dirigido las yemas de los dedos al archipiélago de heridas de los labios. Eso ha sido en ese momento, porque ahora está formulando en su mente la oración estoy en una casa, me abandonaron, estoy bien con el batín de raso, y así, inventariando sus circunstancias, cae en la cuenta de que es domingo y de que debería aprovechar que Vicente Plaza va a la iglesia.

Él dudaba si ofrecerle su brazo. Al final lo hizo llamado por su antigua instrucción de noble.

Castillejos lo tomó sin apoyarse y tuvo el puño cerrado todo el camino. Se han soltado al cederle Plaza el paso en la puerta, y Castillejos, con suave reprimenda, le ha dicho ya va por el credo, y ha desenfundado el misal.

En la segunda fila de baldosas de mármol Castillejos dobla una rodilla y se persigna. Tras ella, Vicente Plaza se descubre y hace lo mismo más rápido. Todas las cabezas y casi la del cura se giran porque las espuelas de Vicente Plaza están arañando el suelo, marcando un ritmo de enormes cascabeles, como un rico y lento carruaje. También Castillejos se da la vuelta y lo mira pero sin censura, y con los labios gesticula no hay sitio. Diego Lasso ha visto a Vicente Plaza y lo saluda por encima del hombro. Plaza recoloca los omóplatos y pisa más fuerte.

Castillejos se pone al lado de Lasso y, al lado de Castillejos, Plaza, quien mira al techo y a los lados y perezosamente se suma a la oración qui ex Patre Filióque prócedit, negando de incredulidad con la cabeza y aplanando los picos de la escarapela. Al otro lado de la iglesia identifica la chaqueta de dragón de Francisco Esbri, todavía amarilla brillante, y cuando está a punto de atravesar el pasillo e ir a buscarlo un pudor molesto lo hace esperar a que acabe el credo. Se inclina para llamar a Lasso desde la mejilla izquierda de Castillejos, y Lasso se inclina a la altura de la mejilla derecha. Qué sorpresa verlo en misa, capitán. Vicente Plaza susurra he visto a Esbri. Voy a decirle lo de la conspiración ¡ssh!, exclama ahogadamente Lasso. ¿No te dije que yo no puedo conocer a tus ángulos? Castillejos pega los codos al cuerpo porque Vicente Plaza y Diego Lasso se van acercando más el uno al otro y la comprimen, la miran de reojo, y ella intenta no perderse en la página. ¿Que no puedes conocer qué? ¡Los ángulos tuyos! ¡Yo no puedo conocer a Esbri!, susurra Lasso. ¿Cómo que no conoces a Esbri, atontado? El espartero del sitio de Valencia, el que se juntó con los dragones. Diego Lasso contiene la rabia cerrando los ojos y después dice no le digas nada de mí a Francisco Esbri, ¿estamos? Resurrecciónem mortuórum et ventura saéculi amén, dice Castillejos, y ha terminado de rezar antes que nadie. Bueno, que te quedes con esta, dice Vicente Plaza, que voy a lo de los ángulos. También me ha parecido ver a Garcés, y en ese momento Diego Lasso se tapa los oídos y vuelve a ponerse recto, y así aprovecho y hablo con los dos hoy mismo, concluye Plaza, añade ¿pero qué te pasa? Y sale del banco. Anda pegado a la pared de hornacinas huecas. Castillejos ha abstraído el eco de las espuelas del pedimos a nuestro señor Jesucristo por la pacificación de las Américas y la condenación de los traidores, te rogamos, óyenos, y se ha sentido por segunda vez en dos días abandonada, pero ahora piensa esto es una aventura, esto es una novela, y hasta el hambre la estimula. Se une a la plegaria con energía y sonrío a Diego Lasso te rogamos, óyenos. Diego Lasso también ruega animado. No se puede creer que Vicente Plaza lo invite a una puta tan fina.

José Vargas está sentado en la penúltima fila. El aire que ha movido Vicente Plaza al pasar por su lado le ha devuelto un olor a tierra y a hierro que lo ha sacado del ensueño del latín te ígitur, clementíssime Páter, y ha retomado su inspección. Por los huecos que quedan entre las cabezas busca conocidos. Ya ha descartado a unos cuantos porque van con niños y a otros porque van solos. A otros porque se han dado cuenta de que los estaba mirando. A otros porque fueron amigos y los conocen bien. Finalmente, pegado a la capilla expoliada, ve las espaldas de Arnaldo Cuesta y de su mujer que se contraen para la consagración del pan.

Castillejos enfoca y desenfoca la cordillera de nudillos del reclinatorio. Mira arriba con la boca entreabierta como en señal de súplica, pero lo que está es observando los techos planos, las columnas cuadradas, las paredes desconchadas y los lienzos ennegrecidos, y se pregunta dónde está la grandeza del Señor. Cuando divisó el edificio al final de la calle ya pensó que lo mismo



podía ser una iglesia o un granero, con esos ladrillos pequeños y oscuros y la campana al descubierto. Le dan pena las pequeñas imágenes de escayola, la penumbra de los candelabros y las vidrieras y el retablo dorado pero sin brillo, echado hacia delante como si pendiera de una puntilla mal clavada. Le resulta todo tan accesible: los santos son muñecos, la forja es de pasta, el celebrante una marioneta, los fieles una serie repetida de hileras recortables, y ella está en una de esas hileras; la iglesia entera de cartón. Madrid le parece fácil. Vicente Plaza va hacia Francisco Esbri durante el Padre Nuestro. La gente lo recita más fuerte y con ritmo y Vicente Plaza marca los acentos con sus metálicos pasos, espoleando el rezo. Castillejos escucha las espuelas y es como escuchar un sonajero. *Hic est enim cáliz sánguini mei*, dice el cura levantando el cáliz, y José Vargas levanta su cantimplora. *In mei memóriam faciétis*, concluye el cura y bebe. José Vargas da por bendecido el marrasquino y bebe también.

Lasso está detrás de Castillejos haciendo cola. Observa su perfil roto por la boca y especula por qué le habrá pegado Vicente Plaza, tan dama como la ve, e imaginándose resistencias y malas contestaciones empieza a desearla y a desear que acabe la misa. Cuando llega su turno Castillejos levanta los ojos al cura, responde amén y de hambre devora la hostia. *Támtum ergo sacraméntum venerémur cernúi* se mezcla con el tumulto ordenado de gente yendo a los pies del altar o volviendo a su asiento. José Vargas repara una última vez en Arnaldo Cuesta y sale de la iglesia. Se aposta al otro lado de la calle y aguarda dando unos tragos. A Castillejos le gusta el acento tan claro de Diego Lasso rezando, sin omisiones fonéticas, y piensa a la salida pienso decirle que habla mejor que el cura. Se da cuenta de su atrevimiento y se santigua tres veces seguidas, pero ahora que ya han salido y han dado una vuelta por el patio trasero buscando a Vicente Plaza, ahora que corroboran que lo han perdido de vista, entre un par de lápidas Castillejos se sonroja para decir ¿sabe? Habla usted latín mejor que el cura. Diego Lasso se sonroja también y dice Diego Lasso, teniente de húsares de Castilla la Vieja. Ya, responde Castillejos. Lo conocí a usted ayer. Catalina Castillejos de Alhama, propietaria de doce hectáreas de olivos al este de Sierra Elvira. Diego Lasso piensa está loca, y decide seguirle el juego: Es la hora del aperitivo. Tengo jamón, queso y vino, ha dicho Lasso. ¿Que lo tiene? En mi casa, ha respondido Lasso, y acceder a acompañarlo ha sido para Castillejos el hambre y para Lasso prostitución, y así ha sido fácil entenderse. José Vargas ha esperado que Arnaldo Cuesta y su mujer doblen la esquina para empezar a seguirlos. Los ve entrar en la casa baja y marrón y espera todavía a que den la una y media, y entonces espera a que las campanadas se extingan por completo. Llama y abre Arnaldo Cuesta, y sale un olor a caldo de pollo. Se besan y se palmean. José Vargas le dice quiero tratar contigo un asunto de importancia.

Doña Catalina. Este es el parque de artillería de los héroes Daoíz y Velarde. Oh, responde Castillejos. Por allí abajo venían tres mil franceses y por allí ocho mil, por la calle de San Bernardo. ¿Esa?, señala Castillejos. Esa. Y esta es la Puerta del Sol. Aquí fue la carnicería de los mamelucos. El primer campo de batalla de la guerra. Los valerosos supervivientes que intentaron huir cayeron bajo las balas y las bayonetas de Murat. Usted debía ser un niño, dice Castillejos. ¿Vio todo eso? No, porque era yo zagal y vivía en Villadiego de León, pero puedo imaginármelo y, permítame la expresión, se me ponen los pelos de punta. ¿A usted no? A mí también, responde Castillejos. Violando a las mujeres en plena calle, delante de sus hijos y sus maridos, añade Lasso, y Castillejos le aprieta el brazo y niega con la cabeza. Disculpe si la impresiono, señorita. No, no se preocupe. Lo que pasó, pasó. Estas cosas hay que saberlas. Castillejos desliza el asa de su bolsito hasta el codo y usa la mano de visera. Dice sale el sol en la Puerta del Sol, y se ríe para

adentro. Diego Lasso dice el dos de mayo también hacía sol. Menos mal, responde Castillejos. Se callan hasta que les da la sombra de la calle Preciados y Castillejos dice don Diego de Villadiego, y se ríe otra vez con su risa cuidadosa y seca. Lasso de Garcilaso, recuerda él sin importarle que ella pueda no entender el chiste.

A Diego Lasso se le acelera el pulso en el rellano y tarda en encontrar la llave. Mientras tanto Castillejos se asoma por el hueco de la escalera, azorada por la subida de los cuatro pisos, pero más azorada por la sensación de respirar hondo a través de un tronco sin comprimir, sin corsé, y es casi como si se alimentara. Adelante. Castillejos abarca toda la sala de un golpe de vista y exclama con sorpresa, con su aire libre desde el estómago, es una buhardilla. Diego Lasso la adelanta y deja el sombrero encima de la mesa. Y esto es jamón y esto es queso, y colocando por último la jarra dice y esto es vino. Esto es un vaso. Catalina Castillejos se está divirtiendo y espera que Diego Lasso le diga esto es una silla, siéntase y coma. Esto es una silla, dice Diego Lasso retirándola. Se pone detrás de ella y dice, señalándole el culo, esto son unas posaderas. Coloca las manos en sus hombros, hace un poco de presión y dice esto es sentarse, y la sienta. Castillejos de puro nerviosa se está riendo y le está doliendo la herida, así que se serena y se quita los guantes. Diego Lasso le mira los huesecillos de las muñecas y las uñas de mugre. Castillejos dice esto es un dedo índice, esto es un dedo pulgar, esto es coger y esto es comer. Esto es masticar, dice, y se tapa la boca de pronto, con un gemidito. Diego Lasso se desabrocha el abrigo y la acompaña. Le sirve vino y dice esto es vino. Ya lo has dicho, responde Castillejos bebiendo. Diego Lasso siente el duelo y la mira a los ojos. Castillejos le sostiene la mirada más o menos, la desvía lo justo hacia el plato. Entonces Lasso le guiña y le saca la lengua y ella se sobresalta, derrama un poco y él dice ¡eso es mancharse de vino! Ella se hace atrás en el asiento y se estira el vestido. Súbitamente sería pide una servilleta o un trapo, por favor, y agua con limón y sal. Lasso pide un perdón acalorado. Enseguida. Abre el armario, se agacha y duda si darle una corbata o unos calcetines rotos o unos calzones sucios.

Castillejos ve unas figuras en un estante por encima de la cabeza de Lasso y pregunta ¿esos son soldados Pellerín? ¿Disculpe? En lo alto del armario, dice ella acercándose. ¿Esto?, dice Lasso, y coge una fila de soldados de papel, erguidos gracias a una lengüeta. Parecen bailarines más que guerreros, sin una arruga en la ropa, tan redonditos, dice Castillejos. Son los más baratos y los más variados, pero cuesta encontrarlos, y más ahora. Tengo más, anuncia Lasso, se pone de puntillas y alcanza una caja escondida detrás de la cornisa del armario. La abre y sonríe detrás de la tapa. Se los quitábamos a los correos franceses. Muchas láminas venían con mensajes por detrás. Castillejos abre mucho los ojos, dice me permite y coge la primera hilera del montón. Granaderos, dice. Coge la siguiente y dice infantería. Estos son lanceros polacos, por el penacho, dice Lasso, y se sienta en la cama para seguir rebuscando. Se pone la caja en el regazo y dice creo que tengo un Napoleón grande a caballo. ¿Sí?, pregunta Castillejos, y se sienta a su lado. Cuando jugábamos en la universidad o en la academia siempre lo quemábamos con una cerilla, o terminábamos ahogándolo en un vaso de agua, y ya no sé si me quedan. Castillejos está a punto de preguntarle a qué universidad fue usted, qué estudios tiene, a qué academia, pero en ese momento Diego Lasso dice aquí está y saca una figura del tamaño de la palma de su mano. Qué bonito que es. No es Pellerín. Demasiado bien hecho para ser un Pellerín, dice Castillejos. Es de Didier o de Georgin por lo menos. Ya decía yo que lo había guardado por algo. Antes me ha parecido ver un gato con botas, dice Castillejos, se inclina hacia el interior de la caja y al subir le da a Diego Lasso con la peineta. ¡Uy, usted perdone! Nada, nada, responde Lasso frotándose la nariz. Aquí

está el gato con botas, dice Lasso. ¿Se sabe usted la fábula? Sí, responde Castillejos, bah, y hace un mohín a medias, hasta que el labio le tira. Ya, yo también prefiero los cuentos de toda la vida, responde Lasso, y sigue sacando soldados. Zapadores, ingenieros, la banda. ¡Yo tengo una igual!, dice Castillejos, ¡igual, igual! ¿A que los de la corneta están bizcos? ¡Lo sabía!

Diego Lasso observa una lámina entera sin recortar, con cuatro filas de siete soldados al galope cada una. Castillejos lee en un francés correcto *husars français à cheval*, G. Silbermann, Strasbourg. Húsares como usted. Tan viejos, sin colorear ni nada, pueden ser lo mismo franceses que españoles que rusos. Este es usted, dice Castillejos. Lasso sonríe y ve su herida muy de cerca. Piensa que no la afea del todo porque es del morado de la blusa y del marrón de las manchas de vino. Y este es el capitán Plaza, dice Lasso señalando al húsar de detrás. ¿Un teniente al frente de un capitán? ¿En qué academia militar se ha formado usted? Se aclara la voz y responde, mirándola a los ojos, en Zamora. Pero se pasaba usted el día quemando a Napoleón. Lasso coge una alegórica Marianne de la república francesa con dos dedos y dice esta es usted. Mire qué bien le queda el gorro frigio y la toga. ¡Le veo una pierna! Castillejos hace que se ofende y le da un codazo. ¡Oh, Marián, alimenta a los hijos de la república con tu jamón! ¡Pego es tan vastá la patgia! ¡Nu hay sufisienté con unó! ¡Tendgás que dagnós el otgó yamón, Maguián! Castillejos contiene el falso enfado de espaldas a Lasso y a la pequeña Marianne que se agita en su hombro, le roza la oreja y le da un escalofrío, y le pega a Lasso con palmaditas frenéticas. Lasso se sienta en el suelo, coge una hilera de guardias imperiales con la otra mano y declama ¡gasiás, Maguián! ¡Pero es tan dura la campaña en Egipto, son tan fieros los soldados españoles! ¡Necesitamos pechuga, Marián, tenemos hambre! Poniendo voz de pito acerca la Marianne a los soldados y exclama tomad, ciudadanos, tomad mi pechuga de utilidad común. Coge la lámina de Napoleón y la restriega con la de la Marianne diciendo Marián, Marián, procreemos naciones libres, oh, sí, fraternidad entre los hombres, y frota varios recortables juntos, ¡fraternité!, ¡fraternité! A Castillejos se le escapa la risa sin querer, a ronquiditos, con una lástima burlona ante las imágenes arrugadas. Diego Lasso se limpia una lágrima, suspira la última risa, ay, y trae un cuchillo. Pega la lámina de húsares al suelo y hace un corte recto bajo cada fila de jinetes. Anda, dame que les haga las pestañas, dice Castillejos.

## 12

Unos churretes de chocolate caliente le coloreaban la boca y le rellenaban las costras que empezaban a cerrar la herida. Catalina Castillejos se relamió porque no tenía con qué limpiarse y Diego Lasso no le ofreció su pañuelo porque le daba vergüenza que lo viera sucio y roído, y por eso tampoco él se limpió. Pensó es ineludible comprar un pañuelo nuevo.

Richart se encontró con Diego Lasso y no dio muestras de sorpresa. Lo seguía desde que salió de casa y aguardaba el momento para acercarse. Vio oportuno el corro de personas en torno al chocolatero y ahí lo abordó. Señorita, dijo Richart, y Castillejos se inclinó un poco. Lasso dudó si ser cortés y presentarlos o si ser prudente y no hacerlo. Richart decidió por él y dijo mañana en la plaza del Ángel a mediodía. Lleve a uno de sus ángulos y que su ángulo se lleve otro suyo. Y para el miércoles los va avisando, ya le diré sitio y hora. Diego Lasso repitió mañana mediodía, plaza del Ángel, mi ángulo y un ángulo de mi ángulo, miércoles también. Eso es, dijo Richart, y mirando a Castillejos de soslayo le dijo señorita y Castillejos se inclinó otro poco. A Lasso le pareció que debía aportar algo y exclamó ¡comisario!, ¿nos acompaña usted con un chocolate? Richart agitó el dedo índice por encima del hombro y se fue. Lasso, cruzado de brazos, veía la marcha de Richart. Así se quedó después de perderlo de vista, pensando bueno, este es mi trabajo, y le parecía poca cosa, tan fácil, tan conforme. Comprar pañuelos, bordar iniciales, y miró a Castillejos. ¿Ha terminado usted? Sisí, parpadeó ella. Lasso tomó la taza de sus manos y los dedos de Castillejos se abrieron sujetando todavía una forma en el aire. Después los cruzó y se frotó, y la fricción de los encajes de los guantes le devolvió el sentido: la boca dolorida, la tarde oscura. ¿Quiere usted otro? Lo caliente le hace bien a la herida. ¿O prefiere ir a un café? Castillejos mostró una jocosa indiferencia. Como usted guste. El viento revolvía las mantillas y las capas, los mendigos se juntaban en las esquinas, Castillejos se retiraba el pelo de la cara. A un café entonces, dijo Lasso. Le dio las tazas al chocolatero y ella se apartó porque Vicente Plaza irrumpió abalanzándose sobre Lasso. Te quiero, Dieguito, te quiero, decía, y le estampaba besos en las orejas. Y me pone usted un chocolate para mi amigo, le dijo Lasso al chocolatero.

Vente conmigo, Dieguito, vamos al Malta. Hoy es domingo, no hay nada en el Malta, respondió Lasso. Anda, bebe, y le tendió el chocolate. ¡A beber al Malta! ¡Tú y yo y Virgilio! Vicente Plaza sudaba a través del dolmán desabrochado. Vio a Catalina Castillejos y dijo ¡y Carmina viene con nosotros! Catalina, corrigió Lasso. ¡Y Catalina que se venga también!, dijo Plaza. Bebe, anda. Beba usted, dijo Castillejos, y lo asistieron cada uno a un lado. Coño, me quemo. Diego Lasso sopló y el humito llegó a la nariz de Castillejos y su respiración hizo una onda en el chocolate.

El peso de Vicente Plaza fue cediendo hasta que tuvieron que agarrarlo y acompañarlo a sentarse en el tranco de una iglesia. Ni en el día que descansa el Señor descansan los borrachos,

se persignó una mujer que entraba. El día que descansa el señor descansan las putas y van a misa, respondió Plaza, y Castillejos hizo sssh. Siéntate, Vicente, le dijo Lasso presionándole los hombros, y Castillejos le secó el sudor con una esquina de la mantilla. Lasso le abotonó la camisa y el dolmán y le puso la pelliza acariciándola, queriéndola. Beeebe, repitió, e inclinó el borde de la taza en sus labios. Plaza bebió, eructó y entre Lasso y Castillejos lo levantaron. No se moleste, yo solo puedo. ¿Puede usted solo? Lo he hecho unas cinco veces en lo que va de mes, respondió Lasso. Con una mano agarró a Plaza por la cintura y le encajó los dedos en las costillas. Con la otra se pasó el brazo de Plaza por encima de los hombros y le agarró la muñeca. Camina, Vicente, le dijo. Plaza balbucía la Rocío está trabajando en el Malta, si la invito me invita y te invit; Camina! Cada vez que Plaza renqueaba Castillejos daba un respingo e iba a auxiliarlo, pero apenas lo tocaba antes de que Lasso lo enderezara de nuevo. Cuando resbalaba las espuelas chirriaban contra los adoquines.

Entonces estudió en el colegio militar de Zamora, don Diego. Tiene planta de noble, sí. No, dijo Lasso asomándose por la nuca de Vicente Plaza. Ya habían quitado las pruebas de nobleza. Pero gracias por el cumplido. Estaba estudiando en Salamanca. Derecho. Voy derecho, copón, exclamó Plaza, y Diego Lasso volvió a acomodarlo a su cuerpo. Que estudié Derecho, doña Catalina. Me faltaba un curso para terminar. Entré en el colegio de Zamora el tercer año de la guerra. ¿Y la ha terminado usted ya, la universidad? Es que llegué a teniente. No podía estudiar y luchar a la vez. Ah, de teniente sí que tiene planta, don Diego. Bueno, la verdad es que ya no soy teniente, oficialmente, sabe usted. El decreto de marzo del catorce; yo soy noble!, interrumpió Plaza. ¡Y capitán, señorita! ¡Mire, aquí sí que hay planta, eh, eh! ¡Vizconde de Santa Águeda de Valladolid! ¡Setenta y cinco toros! Entonces lo mejor que puede hacer usted es licenciarse, ¿no?, dijo Castillejos. Y no me dirá ahora que no tiene planta de estudiante.

Conforme se ensanchaba la calle de Toledo, Catalina Castillejos se pegaba a Diego Lasso. Dijo dicen que es muy peligroso Madrid. La noche es igual de negra en todos sitios, barbulló Vicente Plaza, y le vino una arcada. Diego Lasso se detuvo, lo agarró por la nuca y lo inclinó hacia delante. Plaza carraspeó y le salió un espumarajo amarillo. Vomita, venga. Y dicen que en Madrid te puedes encontrar con el rey paseando por donde va todo el mundo, y tocarlo, ¿sí, don Diego? No sé, yo nunca lo he visto, respondió. Sale disfrazado, farfulló Plaza. La Puerta de Alcalá para abajo, allí. Diego Lasso le apretó la nuca con saña. ¿Sí, está cerca? ¿Me llevaría usted?, dijo Castillejos correteándolos. Lasso colocó a Plaza delante de su portal y le preguntó llevas las llaves. Plaza apoyó la frente por debajo de la aldaba y dijo llaves, sí. Pues buenas noches, dijo Lasso, se dio la vuelta y ofreció su brazo a Castillejos. La llevo a usted al Café de Mostenses, si le parece. Tienen unos dulces exquisitos. Castillejos rozó la mano dispuesta de Diego Lasso y respondió le agradezco, pero me encuentro en deuda con mi anfitrión, y posó la otra mano en la espalda de Vicente Plaza. Diego Lasso permaneció todavía con el codo dispuesto. El capitán Plaza estará bien. Sabe cuidarse solo. No lo dudo, don Diego, pero... A Vicente Plaza se le cayeron las llaves al suelo y estiraba los brazos intentando alcanzarlas. Castillejos se agachó para cogerlas y desde abajo dijo pero qué clase de invitada haría eso. Lasso la miró con rígido desconcierto desde arriba. Estoy segura de que entiende usted. Sí, cómo no, resolvió Lasso, y a Vicente Plaza oye, oye. Se interpuso entre Castillejos y él, lo levantó por el pecho y le dio unas suaves bofetadas que querían ser grandes. Vicente, escucha. Mañana a las doce en la Plaza del Ángel. Te traes a uno de tus ángulos. ¿Me escuchas? Qué te he dicho, y le apretaba las mejillas con una mano. A las doce, en la plaza del Ángel, con un ángulo. Otra vez. ¡Otra vez, Vicente!, gritó. ¡A

las doce en la Plaza del Ángel con un ángulo, mierda!, gritó Plaza, e intentaba desprenderse de él a flojas embestidas. Lasso lo empujó y al golpe de Plaza gimió la aldaba. Estuvo a punto de decirle a Castillejos te doy el doble, vente, lo que cobres, lo que sea. Pero es porque Castillejos se quedó con Vicente Plaza, lo condujo hasta el tercer piso, lo desnudó, le dio agua y lo metió en la cama, y porque esta mañana lo despertó a las diez diciéndole al oído capitán Plaza, a las doce ha quedado usted con el señor don Diego Lasso en la Plaza del Ángel, y que se lleve usted un ángulo; es por eso por lo que Vicente Plaza ha llegado puntual acompañado de Francisco Esbri y de Castillejos, a pesar de que Castillejos ha insistido en quedarse en la casa para no ser un estorbo. Voy a preparar algo para almorzar, le ha dicho, y Vicente Plaza ha respondido nada de eso, Madrid es muy peligroso, se viene usted. Han parado a desayunar en el café de Mostenses porque, le ha dicho Vicente Plaza, allí tienen unos dulces exquisitos, señorita. ¿Le deja ya la herida masticar?

Este es mi trabajo, lidiar con putas y borrachos, pensaba Lasso, y conforme se lo repetía una sonrisa se le accidentaba en los labios. Un trabajo tan meritorio como cualquier otro, concluyó. Fue en busca de José Vargas para preguntarle por sus ángulos y anunciarle la cita del miércoles. Lo encontró hundido al lado de San Antonio y pensó si me agacho se me embarra la levita, pero este es mi trabajo, y se sintió desautorizado cuando José Vargas se puso de pie y le hizo una reverencia.

Ahora son las doce de la mañana y Diego Lasso está con Richart en la Plaza del Ángel hablando de la temperatura, las medias de seda muy bonitas pero no abrigan, dice Richart. Cuando se hace un silencio y Richart se pone a seguir con la mirada perros y palomas, Lasso le pregunta señor, disculpe, pero va a ver usted a mi ángulo, ¿no? Richart no lo mira y responde así es. Disculpe, comisario, y corrijame si me equivoco, ¿pero no infringe eso la estructura del plan? Richart despega la vista de la calle y responde sí y no. Verá, y ya lo está mirando a los ojos lentamente. Se infringe en el sentido de que yo voy a conocer a más conjurados de los tres que en teoría debo conocer, es decir, usted, mi otro ángulo subordinado y mi superior. Su subordinado me conocerá a mí, y el subordinado que traiga su subordinado también. El labio inferior de Richart es el que vocaliza y sus párpados densos lo siguen. Pero, y entonces Richart junta los dedos índice y forma un vértice, el conocimiento es en cascada jerárquica. De superior a inferior, nunca dos ángulos del mismo nivel. Yo superior, y empieza a dibujar arquitos descendentes en el aire, usted inferior, su subordinado, y por último el subordinado de su subordinado. Diego Lasso asiente, asiente, asiente. Así se refuerza la confianza entre los conjurados, y la disciplina. Y ahorramos tiempo en canales de comunicación. Claro, dice Lasso. Pero esto es algo excepcional entre nosotros, dice Richart, y se pone a mirar la persecución de una niña y un cachorro. El resto de la estructura es férrea. Lasso observa su perfil blando. Le aflora una sonrisita redondeada cuando la niña se precipita sobre el cachorro y los dos chillan. De una diagonal de la plaza sale Catalina Castillejos corriendo para socorrerla, pero cuando llega la niña ya se ha levantado sola y el cachorro la está lamiendo. En la misma dirección aparecen Vicente Plaza y Francisco Esbri. Lasso les dirige la barbilla y los dos se acercan. Castillejos espera en la distancia y saluda a Lasso moviendo los dedos al lado de la cara.

Francisco Esbri exclama hombre, Diego Lasso. Estás hecho un señor, levita y todo, y le da una palmada en el pecho. ¿Se conocían ustedes?, pregunta Richart, y Diego Lasso se apresura a responder de vez en cuando coincidimos en las tertulias. ¡En las tertulias dice! Y en las tabernas y en las sociedades y en las casas más decentes. Comisario, le presento a Vicente Plaza. Richart y

Vicente Plaza se dan un apretón de manos. Comisario Richart, bachiller en Filosofía y Leyes, antiguo abogado del Consejo de Castilla, espía e intendente a las órdenes de Joaquín Blake y Ministro de la Real Hacienda de la División del Empecinado en Cuenca, dice Lasso. Richart atiende mirando al suelo. Lasso concluye natural de Biar, Alicante. ¡Anda, mi esposa es de Alicante!, exclama Francisco Esbri. Será una mujer excepcional, dice Richart, y le tiende la mano. No lo sabe usted bien, una chiquilla para comérsela, dice Vicente Plaza, y acto seguido estrecha la mano de Richart. Un gusto conocerles. Miembros de cuerpos francos los dos, ¿verdad? Vicente Plaza resopla llámenos usted como quiera. Sí señor, comandante de guerrilla de Valencia, dice Esbri. Ahora más bien comandante alpargatero, dice Plaza. Francisco Esbri le da un empujón y añade a las órdenes del fraile Asensio. Un buen hombre, dice Richart, y antes de que Francisco Esbri empiece a hablar de emboscadas lo corta en seco dirigiéndose a Plaza. ¿Y usted? Capitán. ¿Regular? Excelente, responde Plaza, y ambos se encuentran por debajo de las viseras de sus sombreros.

Ya están ustedes al tanto pero me van a permitir que se lo repita. En los últimos dos años veinte mil presos entre afrancesados y liberales, a diez parientes cada uno, doscientos mil, y reuniendo los amigos de todos estos tenemos una masa millonaria de resentidos. Diego Lasso echa una ojeada por encima del hombro de Esbri y encuentra a Castillejos jugando con la niña y el cachorro. Ustedes y yo somos parte del núcleo pensante y ejecutor de esa masa. Si algo sale mal, en ella nos resguardaremos, pero si todo sale bien, saldremos de la masa y la dirigiremos por el camino de la felicidad. Richart hace una pausa y todos siguen la mano que se introduce en el chaleco. Saca una bolsa de dinero, se la entrega a Lasso y le dice dos mil reales. Gaste treinta y dos duros en armas y cincuenta en ropas nuevas, para que pasen desapercibidos ustedes tres. Las deja encargadas y ya le diré yo dónde llevarlas. Lo que sobre se lo reparten en partes iguales. El día del plan tienen ustedes que ir bien arreglados y bien armados. El dieciocho del corriente. ¿Domingo?, pregunta Esbri. Los domingos son tranquilos, dice Richart. Señor, ¿y la cosa es segura?, pregunta Esbri. Hay conjurados hasta en la cárcel de Corte y en la Guardia Real, y en todos los ejércitos. Mi mujer es que está encinta del primero, sabe usted. Mi enhorabuena. Gracias, gracias, sonríe Esbri, da un paso hacia Richart y continúa me pasa a mí algo y tiene que ponerse a pedir con el niño en brazos. No, hombre, Paco, me la llevo yo a mi casa, para qué están los amigos, dice Vicente Plaza. Señor comisario, me jura que si me cogen se encargará usted personalmente de que me suelten. Francisco, ha sobrevivido usted a la guerra más monstruosa que ha sufrido España. A su lado esto es un juego de prendas. Júreme usted. Le juro, jura Richart, y aprieta la mano tensa de Esbri

Lo último. Mañana martes trece queda prohibido hacer nada que tenga que ver con la trama. ¿Es usted supersticioso?, pregunta Plaza. Son órdenes, responde Richart. Si compran las armas y los trajes, lo hacen hoy o lo dejan para el miércoles. No se citen con sus ángulos, no mencionen el asunto, nada. Mañana toda la estructura se paraliza, los de arriba y los de abajo. Se lo dicen a sus subordinados hoy mismo. ¿Todo claro? Lasso, Plaza y Esbri asienten. Tendrán noticias por los canales habituales el miércoles. Buenos días, mis mejores deseos para su señora, dice Richart, y Lasso, Plaza y Esbri le abren paso y se quedan deambulando un rato yo voy a querer una capa de lana, no, de paño, y negra y el forro de raso rojo, yo unas botas de piel fina, yo botines de hebilla grande, eso es de gabacho, no, es de afrancesado, que es peor, pues no, que en el teatro los he visto yo a los comediantes que los llevan, porque van disfrazados, animal, pues como vamos a ir nosotros, yo lo que quiero es un trabuco con mi nombre en plata en el gatillo, muy inteligente, y

que el armero te delate, sí, el Romero que no sabe leer me va a delatar, y entonces cómo te va a grabar el nombre, se hace una plantilla para las inscripciones, qué te crees, hostia al Romero hace yo que le debo de una cadena que le compré a la Encarni... Mejor no se lo compramos al Romero, mejor, que es un chorizo el pájaro, todo lo que pilla lo funde. Castillejos los ve de espaldas, dice adiós a la niña, menea la cabecita del cachorro y se acerca a ellos. El cachorro y la niña la siguen, el cachorro ladrando y la niña imitando los ladridos del cachorro. Castillejos va dándose la vuelta y diciendo adiós, adiós, me tengo que ir, y conforme lo dice le crece un buen fantasma que la sigue, una revelación, un ¡ja!, ¡no me tengo que ir, me voy porque quiero! Se sacude las manos en el vestido y después se sacude el vestido porque se le ha llenado de pelos del perro y de gravilla. Diego Lasso se saca un pañuelo cuadrado de la manga, lo despliega de una sacudida, se lo extiende en la palma de la mano y se lo ofrece. Castillejos lo coge por la esquina en la que están bordadas las iniciales y al hacerlo lo pellizca suavemente.



## 13

Al verlos entrar, la sastra Petra Montes remata de un golpe el bolero que estaba marcando con los nudillos y estira el índice hacia Diego Lasso: Disfraces, ¿a que sí?, dice, y el sastre Tomás Álvarez le aprieta la pierna por debajo del mantel. Petra Montes se lo sacude tirando de la falda y dice qué ajeteo te traes, ¿no? Parriba y pabajo y cada día con una visita distinta, y a la Petra la ves asomada al balcón aburrída y no le dices vente. Petra Montes empala las frases en las jotas. Qué te crees, ¿que por estar tú ahí arriba del todo en el palo el gallinero y yo abajo del todo no me entero de las cosas? Se destapa del brasero, rodea la mesa y se pone delante de Diego Lasso. Chasquea los dedos en su cara y dice vaya que si me entero. Y ese traje nuevecico flamante tampoco te lo has hecho aquí, desalmaa. Mira, Tomás, dice levantándole un brazo a Diego Lasso. Esta sisa tan picuda es de Utrilla, y lo suelta con desaire. Lasso se recoloca la chaqueta y dice tu mujer lo cala a uno a la primera, qué tesoro. El tesoro de Montezuma, dice el sastre, se levanta y se va a ordenar los cajones de la cómoda.

Castillejos y Plaza están unos pasos por detrás. Plaza deja el peso en una cadera y se presiona las sienas. Castillejos mariposea en torno a él y ojea las ilustraciones colgadas en las puertas de los armarios. La señorita de ayer, ¿verdad?, dice Petra Montes, y Diego Lasso y Castillejos se ruborizan mal. Moda de París, madmuasél. ¿No le gustaría un disfraz tipo Versalles?, dice la sastra, y el sastre Álvarez la reprende con la mirada y con una sonora respiración. Tomás, jomío, si hasta el rey que ha prohibido el carnaval se va de carnaval. Su Majestad nos ha encargado un disfraz de Napoleón. ¡Petra!: Álvarez lanza el tirador de un cajón, los dedales chocan dentro. También tiene derecho la criatura a divertirse, bastante ha sufrido, responde Petra Montes, y Vicente Plaza emite una risita gutural que le levanta los hombros y le hace decir espero fuera. Pero a ver qué ropa quieres, Vicente, exclama Lasso. El capitán de arlequín estaría estupendo, le rejuvenecería, dice Petra Montes, y a Castillejos le sale una risa de ratita detrás de los dedos. ¿O a usted, señorita? Hay disfraces de arlequín para mujer muy graciosos muy graciosos, y se dirige al armario con el modelo de una reina de corazones. No son ese tipo de disfraces lo que buscamos, dice Lasso cuando Petra Montes ya tiene la mano en el pomo. ¿Algo más castizo? ¿A lo Cid Campeador? Algo más discreto, responde Lasso. ¿Qué discreto ni discreto! ¿Pero a qué carnaval vais? El sastre saca de la cómoda una capa negra y pesada y la desenrolla en el mostrador. Eso, dice Lasso. ¿A esta belleza la vas a tapar con una capa de bandolero?, dice Montes. Diego Lasso repasa la tela mientras construye una réplica apropiada. En efecto, esta belleza está guapa con lo que se ponga, dice al fin, y Castillejos simula halagarse. La tela oscura la ha desanimado. Imagina colores brillantísimos y cortes fantásticos aguardando dentro de los armarios renegridos.

Lana, veinte reales, dice Tomás Álvarez. ¿Y de paño? Trece reales. ¿Y si te encargo tres? Cincuenta y cinco lana, treinta y cinco paño. ¿Y si me llevo además unos ternos de majo? Diez duros el traje completo, si te llevas tres, a nueve cada uno. A Castillejos le parece un regateo poco digno, le da vergüenza y mira para otro lado. Por la puerta entornada ve a Vicente Plaza tumbado en la base de una estatua y le parece más caballero que Diego Lasso diciendo es carísimo. Más rebaja no te puedo hacer, dice el sastre Álvarez. Todavía le parece a Castillejos más cortés Vicente Plaza espantando niños con la espada que Diego Lasso diciendo gracias, preguntaré en otro sitio. Como guste el vecino, dice el sastre sin afectación. Pues que sepas que no lo vas a encontrar más barato, dice Petra Montes acompañándolos a la salida. Cuéntaselo tú, Tomás, a cómo está la lana. Álvarez dobla la capa, la guarda, se arrodilla frente a la cómoda y sigue ordenando los cajones. Luego vendrás a pedirme pan o a pedirme arroz y yo te diré Petra, la interrumpe el sastre. El arroz huele a que se te está pegando. Petra Montes se mete en la casa diciendo ya bajarás a pedirme algo, desabrío. Encaje usted bien la puerta al salir, haga el favor, dice Tomás Álvarez, y a Castillejos le parece más galán Vicente Plaza rumiando una grosería al paso de una mujer que Diego Lasso diciéndole por favor, señorita, y cediéndole el paso.

El prendero francés saca un poco los labios y se acaricia con la yema del meñique el bigote fino y rubio. Durante una semana se lo afeita a diario porque piensa que así crece más fuerte, las dos semanas siguientes observa los resultados y luego comienza de nuevo el ciclo. Se pone al sol el mayor tiempo posible porque piensa que eso acelera el crecimiento y la dureza del vello, y ahora aprovecha que no hay clientes y que está soleado y sale. Si es que tiene menos barba y más coloretos que mi hijo, ¿no ves?, ¿qué tiene, treinta años? ¡Y lampiño! ¿Será lo mismo en todo el cuerpo?, y rompen a reír las modistas y las esposas de los sastres arriba y abajo de la calle del Carmen, y lo saludan buenos días, Antuán, de lejos y en corros, Antuán Bombón. Se ponen a coser en la puerta para decirle Antuán, ¿quieres que te haga una camisa nueva? ¡Siempre llevas la misma lo mismo de tesa y de gris! No es la misma, madam, responde el prendero francés con su acento voluminoso. Es el mismo modelo de una misma prenda de la misma medida. Es el futuro de la costura. So tontas, no veis la pinta hugonote que tiene, dice un sastre que acaba de salir de la peña de la hermandad. ¡Futuro ni futuro! Yo te voy a hacer una levita para que no vayas siempre con esa chaquetilla tan abrochada tan triste. El sol ya le ha puesto la cara roja cuando Diego Lasso, vocalizando lentamente, le dice supongo que es usted el prendero francés.

Cara de hugonote y lo que no es la cara, dice el sastre que sostiene la botella. Su amigo va a tirar el dinero. ¿Cómo van a valerle a usted los mismos pantalones que a él, y costando cuatro ochavos? Vicente Plaza apura el vino y dice ya ha visto usted que yo he intentado retenerle, y se queda mirando el vaso para que le vuelva a servir. Ya he visto, porque usted es capitán y sabe la calidad de las cosas, dice, y le rellena. ¿Vas a comparar eso con los patrones de París que te cortan mis cuatro mozuelos? Los encajes yo personalmente, con más floritura o como usted quiera, dice el sastre que está haciendo cuentas en una hoja. ¿Vas a comparar? Póngale a la señorita un chatillo, dice Plaza, que hace frío. Castillejos va bien pertrechada de compostura para enfrentarse a un ambiente de hombres: toma asiento exhibiéndose obligada pero cada vez le gusta más el vino malo. La melodía de Antuán Bombón unanisetAntuanbombón de las tenderas que llega a través de la puerta entreabierta de la hermandad levanta ruidosamente a uno de los tertulianos ¡aniset ni aniset! Sale a la calle para gritar en mi hermandad no entra un prendero calvinista de los cojones, que me duele la boca de decirlo, que sois tontas, y cierra de un portazo. Han vuelto los gremios y no nos hemos enterado, porque es que no nos hemos enterado. Ha llegado gente que no sabe ni

coser un botón. Pero es que ni aunque costara cuatro ochavos y fuera bueno, arremete otro. ¿Vas a darle dinero a un francés?, se interpelan. Vicente Plaza asiente severamente delante del vaso y Castillejos se contagia de su carcajada interior.

El prendero francés cuelga la gorra de un gancho e invita a Diego Lasso a que haga lo mismo con su sombrero. Se orea la melena rubia, arrastra un taburete al lado de la estufa y dice sé lo que se habla de mí, sobre todo en la hermandad, sobre todo los tres hermanos mayores, e invita a Diego Lasso a sentarse en otra banqueta. Tras comprobar la fluidez de su español, Lasso depone la meticulosidad fonética y dice precisamente por eso que hablan vengo, señor. He oído que vende usted más barato que ninguna sastrería de Madrid. Yo no soy señor de nadie, dice el prendero francés cerrando los ojos para pronunciar la eñe. Háblame de tú. Me llamo Antuán, y le tiende la mano. Diego Lasso la estrecha y la nota suave. Se levanta los faldones de la levita, se estira un poco el pantalón y se sienta a su lado. Eres un hombre sin prejuicios, dice Antuán Bombón, hay pocos como tú en estos tiempos. Bueno, más bien soy un hombre con poco dinero, dice Lasso. Bombón cruza una pierna sobre otra y dice es un motivo tan bueno como cualquier otro.

Aparte del entorno naranja de la estufa, toda la luz que entra en la tienda es la de un ventanuco alto de la fachada. Las otras ventanas están cubiertas por las estanterías llenas de ropa doblada y organizada por colores. Lasso se levanta y desliza los dedos por los anaqueles mientras el prendero francés va diciendo camisas de algodón, camisas de lienzo, chaquetas de lana, chaquetas de hilo, pantalones, calzones de lana, calzones de hilo, y le gusta a Lasso la alternancia de tejidos, se le adormece el tacto. ¿Hace usted...? ¿Haces tú todo esto?, pregunta. Antuán Bombón se levanta y responde yo sólo lo vendo. Soy miembro de una sociedad cooperativa. Me llega de Besançon y de Londres. Es el futuro. Es armonía. Coge la primera chaqueta de un montón y la despliega. Recta y lisa, sin solapas ni bolsillos. Coge el primer pantalón de otro montón. Recto y ancho, sin presión en la entrepierna. Igualdad y comodidad. Acabar con la moda como elemento opresor. Y la calidad no disminuye, dice frotando una manga. Su gesto satisfecho, sus ojos claros adaptados a la penumbra y su dicción correcta e inmóvil producen en Diego Lasso la sensación de no estar ante un vendedor y de no estar en una tienda. Le ha entrado un ridículo pudor por preguntar el precio. ¿Sociedad cooperativa?, sustituye finalmente la pregunta. Phalanstère, responde Antuán Bombón, y añade perdón por mi acento, quería decir... y ahora habla despacio y sus labios gruesos y rosas se manifiestan por primera vez y trastornan a Diego Lasso: fa lans te rió. Un grupo de asociados explotamos una industria y recibimos beneficios proporcionales a nuestro trabajo y nuestro talento. Diego Lasso atiende sobrado disculpe, disculpa. ¿Y dónde están tus socios? Están en Francia y en Inglaterra. Yo soy el primero en España, y otra vez mastica la eñe con los párpados. Yo construiré el primer falansterio madrileño, vuelve a cerrar los ojos: ño. Da un suave golpe en la madera y sella la explicación con su sonrisa de nube nacarada. Diego Lasso asiente cortés, ajá, tanteando el silencio apropiado para preguntar por la cantidad y el precio. Atraviesa la sala hasta la estantería de la ropa blanca y oye a sus espaldas quizás tú, Diego, puedes ayudarme. Eres un hombre sin prejuicios. ¿No has oído hablar de Charles Fourier, del furierismo? Diego Lasso hace un gran aspaviento para sacar el reloj y responde no. Todavía lo mira cuando Bombón está tras su hombro diciéndole el furierismo no es sólo un concepto económico, es toda una filosofía de vida. Es la liberación de las pasiones y Lasso mira la hora sin verla, observa los números romanos, sigue el segundero. La vida del falansterio es una continua orgía del sentimiento, del pensamiento y de la actividad, y Lasso se desplaza, la cadena suena, Antuán Bombón le toca el antebrazo, una sociedad de amantes y salvajes entusiastas, Lasso se

suelta, se pega al estante, Bombón cerca a Lasso con un brazo, la sublimación de los sentidos y el placer como ley, los cabellos rubios le rozan a Lasso una oreja, la civilización abolida; cuánto cuestan cinco trajes completos de estos de aquí, estos?, exclama Lasso de puntillas, alcanzando el último anaquel. A un falansterio no le costaría nada. Demasiado caro, responde Lasso y se aleja, lleva la barbilla al hombro en una teatral negación que Antuán Bombón contempla mientras Lasso raciona cada dosis de aire. Bueno, le sonrío con los fuertes labios rosas en el reajo de Lasso, te lo dejo en veinte reales cada uno, da media vuelta y empieza a anotar en un papel. Lasso se recompone el corbatín y ahora está quieto y callado tratando de resolver el íntimo debate que lo asalta.

## 14

Salieron y era noche helada, y no se abrocharon los abrigos. Tras ellos cerraron el restaurante. Con dios, señores, dijo el mesero. A ustedes, y al marrano, que estaba riquísimo, dijo Plaza. Plaza, Lasso y Castillejos caminaban alineados al principio, luego desperdigados y hablándose a voces. Bueno bueno bueno..., dijo Lasso. ¿Unos billares? Han abierto unos nuevos en la botillería de Canosa. Abrazó a Plaza por la espalda y juntos corrieron hasta Castillejos. Lasso los estrechó a ambos y dijo yo pago. ¡Concurso de vaho!, dijo Castillejos, y la nubecilla se desintegró conforme la exhalaba. Lasso dijo vaya chufra de vaho. Cogió impulso, adelantó la cabeza, redondeó los labios y expulsó una bocanada de aire gris y opaco. Vicente Plaza se puso las manos a los lados de la boca, inspiró por la nariz y su aliento dibujó toda una niebla blanca. Con las manos no vale, dijo Lasso. He ganado yo, dijo Plaza. Revancha, dijo Castillejos. Se sujetó al abrigo de Lasso, combó la espalda y salió disparada detrás de un chorro de aire que acabó en una pedorreta. Le dolió la boca y se quejó agudo y riéndose. Diego Lasso se detuvo, se puso recto, carraspeó, hinchó las aletas de la nariz y el pecho, esta vez los labios encuadrando los dientes frontales, y espiró una ráfaga húmeda, lejos, le sonó la garganta, se sujetó la frente, retrocedió. Te ha llegado el aire al cerebro, tonto del culo, dijo Plaza. Pero he ganado., así que vamos a los billares, respondió. A los del Malta mejor, Dieguín. Los lunes en el Malta no hay ni masones, Vicente. En el Malta hay cerveza, respondió. Anda ya, qué asco. Yo he ganado y digo que vamos a los billares nuevos. Lasso se abrochó la casaca y adelantó al grupo, un gato maulló con eco. Castillejos se había quedado atrás, con la cara cubierta por la capota del sombrero y el fular arrastrando. Vicente Plaza la miraba sin atención, con los brazos en jarra, y daba pasos irregulares hacia ella. Otra tonta con aire en el cerebro, dijo. Aire y lo que no es aire, dijo Lasso. Ay, dijo Castillejos, y su risa era un gruñido. Plaza le dio un empujoncito en el pecho. Ay, retrocedió ella. Te vas a poner mala, dijo Plaza enroscándole el fular en el cuello. Trae, bruto, dijo Lasso apartando a Vicente Plaza: que eso no es una bufanda. Al arreglarle Lasso el fular un rumor líquido afloró en Castillejos. Cosquillas, balbució. Las manos de Lasso se detuvieron, sus dedos teclaron el aire. Vicente Plaza acariciaba al gato y decía rápido, carajo, que hace frío. Al tirar de los bordes del abrigo de Castillejos sus vientres chocaron y el rumor líquido de ella se derramó por toda la calle. Gracias, don Diego. ¡Gracias, don Diego!, gritó Plaza, y su eco se extinguió con el del gato. ¿Vamos, doña Catalina?, dijo Lasso, y primero la tomó del brazo y luego de la cintura. ¿Juega usted al billar? ¿Le gusta? Si no, yo le enseño. Castillejos bostezó tan largamente como le dejó la herida, dijo ay, vio a Vicente Plaza y gritó capitán Plaza, capitán Plaza. Plaza dijo oye, Diegbueeeeno, lo interrumpió Lasso. Vamos al Malta también, todos contentos. Que es que yo me estoy amuermando, continuó Plaza. Que el marrano me ha

destrozado, y bostezó. Pero Vicente, pero que no son ni las once y media. Hora ya de que venga el sereno a regañarnos, respondió, y reanudó su marcha. ¡Capitán Plaza!, gritó Castillejos. ¡Capitán Plaza!, gritó Lasso. ¿Ves? La señorita también quiere un licorcito. Pues váyase usted con la señorita, teniente, dijo Plaza sin darse la vuelta. La cabeza de Castillejos se abandonó en el hombro de Lasso y un segundo después volcó el cuerpo entero. ¿Pero cómo voy a llevarla yo solo? ¡Vicente!, gritó. ¡Vicente!, gritó Castillejos contra el pecho de Lasso. La agarró por los hombros y le dijo ¿quiere usted acompañarme a tomar un licor, eh? El cuello de Castillejos cedió y la capota de su sombrero chocó con la cara de Lasso. ¡Vicente, carajo! Plaza suspiró, dio media vuelta y fue hacia ellos gritando queréis no gritar más, por dios. A ver, qué os pasa. ¿Cómo que qué? Que qué hacemos. Yo, irme a mi casa. Mentira, te vas al Malta sin mí, dijo Lasso. Pero qué dices, alelado. Si te tiras todas las noches hasta las tantas en la calle, ¿por qué hoy no, que estoy yo? Porque tengo sueño, te lo estoy diciendo. No, porque no quieres salir conmigo, porque te avergüenzas. Eres gilipollas, Diego Lasso. Porque te vas con la gente esa que te vas, el Esbri, el Gallego, y con mujeres. Vicente Plaza miraba al cielo y bostezaba. Te quejas de que no conoces mujeres y tienes una encima, dijo. Dime tú a mí si eso no es de gilipollas. Lasso lo miró ofendido. ¡Pero no seas tonto y llévate! ¡Con nada que le hagas la espabilas! Ella no quiere, dijo Lasso levantándola por las axilas, acomodándosela en un abrazo. Que sí quiere, hombre. ¿No ves que no se separa de ti? Tú sí que eres gilipollas, Vicente. Buenoyaestá, vamos a preguntárselo a la interesada, dijo Plaza. Levantó a Castillejos por la capota del sombrero y le dirigió la cabeza. A ver, señorita. ¿Con quién quieres irte? Castillejos se frotó los ojos y dijo quiero dormir. Ya te lo he dicho, dijo Lasso. ¿A que quieres dormir con el teniente Lasso?, dijo Plaza, y movió arriba y abajo la cabeza de Castillejos, haciéndola asentir. ¿Ves, Diego? Quiero dormir con el capitán Plaza. Lasso empujó a Castillejos contra Plaza y salió despedido por la indignación, apretando las monedas dentro de los bolsillos. ¡No te enfades, Diego, coño! ¿No ves que está borracha? ¡Diego! Ay, no grite usted, nos va a regañar el sereno. Vicente Plaza intentó echarse el brazo de Castillejos por los hombros pero al hacerlo los pies de ella no tocaban el suelo, así que probó a pasarle un brazo por la espalda. Tanteó una fuerza adecuada para poder conducirla sin hacerle daño. Caminó dos pasos y Castillejos cuatro y se desplomó, farfullando entre hipidos mi madre hace hojaldres, mejor que esos del postre, la crema tan amarillilla y con tropezoncillos eso no es bueno, y se escapó correteando. Plaza la alcanzó de un brazo y ella soltó una risotada, otra risotada cuando Plaza se agachó por debajo de su cabeza, otra cuando le agarró las rodillas y otra, la más escandalosa, cuando la levantó y se la echó al hombro. Con una mano le apretó los tobillos para que no pataleara.

Al mediodía siguiente están en una fonda y una moza trae costillas. No se les empache, les dice. Lasso, Plaza y Castillejos responden un gracias grave y exacto y se inclinan para comer, Castillejos la última, y sólo mancha el pan de salsa. Por qué no ha venido Román, pregunta Lasso mirando el bocado que acaba de dejar en la carne. ¿Ese está metido también?, dice Plaza. Lasso lo mira censurándolo. Plaza hace un gesto exagerado de alarma y enseguida y radicalmente se relaja y vuelve al plato. No sé por qué, no habrá podido, responde Plaza. Ni que tuviera algo que hacer, dice Lasso. Plaza arranca una costilla y pone la otra mano debajo para conducirla hasta la boca. ¿Y el Martín? Qué Martín. El de la relojería. ¿Dándole cuerda a los relojes?, responde Plaza. ¡Yo qué sé, Diego!, añade. Escupe una ternilla en el suelo y echándose el vino dice cantarín ¿y Catalina, dónde está Catalina que ni se la oye? Castillejos no consigue hacer la curva entera de una sonrisa. Lasso la mira desde detrás de la chuleta y piensa no la mires. Dice pues Pereda viene

siempre aquí y tampoco está. Vicente Plaza da un trago directamente de la jarra y responde la gente es muy supersticiosa y muy fanática, no salen en martes y trece. Castillejos se persigna en el reducto de su barbilla bajada. ¿Ves?, la señala Plaza. Anda, niña, come algo. Gracias, pero... Castillejos se aclara la voz ronca, pero no tengo hambre. Pues bebe, que algo alimenta. Gracias, señor Plaza, pero no tengo sed. Qué sed va a tener si se bebió anoche media botillería, dice Lasso, y acto seguido piensa cállate, no la mires, y Castillejos vuelve a pegar la barbilla al pecho. ¡Y la otra media si hace falta también se la bebe!, exclama Plaza, ¡será por bodegas en Madrid! Le sirve vino, le levanta una mano y le planta una chuleta. Porque una gota de sangre aceitosa empieza a chorrearle pulgar abajo Castillejos se remanga el bolero. Se aclara la voz y dice gracias, y más bajito capitán, ¿podría beber agua en vez de vino, por favor? Lasso piensa no la mires y le mira la gota de aceite recorriendo la muñeca desnuda. La nuez de Vicente Plaza sale del astracán y vibra al gritar moza, agua. No hay, responde desde la cocina. Hasta que no pase el aguador otra vez a las cuatro o así, nada. Si es que han venido ustedes muy tarde. Plaza arquea el gesto con divertida resignación y Castillejos da un mordisco pequeño a la chuleta, sacando apenas los incisivos. Diego Lasso dice luego la llevo yo a usted a una fuente que hay cerca, sin mirarla y pensando mírala ahora. Ella se chupa un dedo y dice gracias, y esta vez no disimula la ronquera.

Catalina es mi tercer amor, piensa Lasso, y cada paso que da en esa certeza lo excita más y más la ama, y más la mira. Tenía que aparecer ahora. Porque no se puede conspirar si no se está enamorado, piensa. Y ella me ama, o me amará. Se conspira y se conquista al mismo tiempo, son casi la misma cosa, se avivan mutuamente. Conquistarla es conspirar contra su sentido, conspirar es conquistar la libertad, y la revelación le ha parecido tan fabulosa que el hormigueo del estómago no le deja comer. De reojo ve un pendiente de Castillejos y piensa tiene tres piedras. Quedan tres costillas. Las campanadas de las iglesias de alrededor asolan la taberna. Son las tres de la tarde, piensa Lasso. Hora de pedir unos pimientitos fritos, exclama Plaza cuando aún no se ha extinguido el campaneó. Sólo me quedan tres, ¿los quiere?, dice la moza. Lasso exclama un sí brillante. Uno para cada uno ni nos enteramos, dice Plaza, pero bueno. Diego Lasso los observa en el plato, arrugados y brillantes, y percibe la metáfora, el aura de la providencia. Coge uno, se lo mete entero en la boca, lo mastica con delectación. Lo traga y es como un bautismo, algo crece dentro de Diego Lasso, un nuevo hálito de pimienta y de destino.

# **III**

**NACIMIENTO DEL TERRORISMO MODERNO EN ESPAÑA: DEL TERRORISMO  
CONSTITUCIONAL AL TERRORISMO POPULAR. CUALQUIERA PUEDE SER  
TERRORISTA**



## 15

Ana Luisa Gil adelanta la nariz hacia el montón de naranjas y aspira. A real la libra, le dice el tendero, y ella avanza con los brazos cruzados hasta el siguiente puesto. Adelanta la nariz hacia el montón de berenjenas y aspira. A real y cuarto la libra o treinta y dos céntimos de franco si no tiene usted reales, le dice el tendero, y coge una y añade todavía le duran una semana buenas. Ana Luisa Gil aprieta los labios poco convencida y va al siguiente puesto. Descruza un brazo para agarrar por las patas traseras un conejo. Lo gira en el gancho y dice esto lleva muerto dos días lo menos. La mujer que hay a su lado agarra otra pieza y también la observa. A tres y dos cuartos te lo dejo, le dice el tendero. Setenta y nueve céntimos de franco. Gil suelta el conejo y lo deja balanceándose, recoloca el brazo debajo del pecho y se va. Encarni Luzón, la esposa de Francisco Esbri, la llama ¡Ana Luisa, Ana Luisa! Encarnita, vas cargada. Trae que te ayude. Nada, mujer, responde la otra. Para una vez que hay conejos medio lustrosos, me llevo la cesta llena, dice, y la deja en el suelo y se sujeta la cintura. Ana Luisa Gil se queda en silencio mirando el interior. Por fin se agacha y la recoge. ¡Que no que no, que yo puedo!, replica Encarni Luzón tirándole de la manga. Tú ya tienes bastante con el barrigón, so tonta, dice Gil. Añade ¿no ves que yo no llevo nada? y la coge del brazo.

Hilaria Esteban, la esposa de Santiago Garcés, discute esto no es olivo. Que sí es olivo, señora, responde el sillero. A ver. El sillero se descarga una silla de la espalda y ella la coge, la sube y la baja. Es pino, sentencia. El olivo es más ligero y más duro y más claro. El sillero se sienta en el suelo apoyándose en los respaldos invertidos que lleva a cuestras. Le dice pino, olivo o marfil, cuestan siete, y empieza a vocear siete reales la silla de olivooiga, siete y se la llevo a su casa ahora mismoseñora. Gil y Luzón la saludan qué, Hilaria. Pues aquí. Que estamos comiendo en la cama porque no tenemos donde poner el culo, responde. Me voy a llevar cuatro. ¿Seguro? Un napoleón de plata y dos francos, dice el sillero. Le pago en reales. ¿En reales, seguro? Mire que no me levanto para luego sentarme otra vez, dice el sillero. Ana Luisa Gil pregunta en qué está Santiago ahora. ¡Seguro, seguro!, ¡veintiocho reales, majo!, responde Hilaria Esteban, y continúa Santiago está con lo que le viene. En lo de los vizcaínos estuvo treinta y tantos días. Tiene buen jornal, ¿no?, dice Gil, y Esteban se encoge de hombros y dice es muy trabajador. Señora, apura el sillero. Bueno, Encarni, y le palmea la barriga. Anita, andad con dios. Llama a los niños a voces Santiago, Dolores, Fonsita, venga, de la mano, y se va.

¿Vas a dar la leche, Encarnita?, le pregunta Ana Luisa Gil. No sé, según. Yo quería, por llevar dinero a la casa, pero me ha dicho Francisco que no hay necesidad, que en la espartería le están llegando encargos. ¿Sí?, pregunta Ana Luisa Gil. ¿Estando como está el cáñamo que lo tienen que traer de Almería?, y mete la mano en el saco de lentejas de un puesto. A cincuenta y nueve,

morena. No sé, no entiendo yo de eso. Pero mejor. Toda la leche para mi niño, responde, se da un beso en la mano y se frota la barriga. ¿Es varón seguro? Para mí que sí, con lo que se me ha hinchado la cara, y ponme diez onzas. ¿Te llevas las lentejas, Ana Luisa? Gil dice no, trae que te ayude con eso. Te presto dinero si te hace falta, dice Encarni Luzón. Qué va, maja, si tengo en casa de todo, sólo he salido a dar una vuelta, no traigo ni cesta, dice. ¿De verdad no necesitas nada? Que no, de verdad, responde Gil, y dobla la cara. Dos duros, señora. ¿De verdad? Que sí. Encarni Luzón se saca un monedero del pecho y dice y me pones otra libra de lentejas, y Ana Luisa Gil dice ni hablar, Encarni, no te consiento. Pero si no es nada, boba, la semana que viene me lo das, y forcejean blandamente entre las manos y el dinero, boba tú, que te digo que no me hace falta. Ni caso, le dice Luzón al tendero. Estira la falda. Cuánto es todo. Real y tres cuartos, y paga en reales y cuartos. Ana Luisa Gil le dice ay qué tonta. Gracias.

Hay cola en la carnicería y en la relojería y Richart sonríe. Piensa obra mía. Familias que comerán ternera y hombres con reloj en el bolsillo, y mira su reloj. El pueblo feliz, la nación feliz, piensa, e inicia un paseo entre las tiendas. Inspecciona y memoriza: la semana pasada no había coliflores. Hoy, tres puestos. Comprueba que la semana pasada no había escarolas y hoy hay dos puestos, que la semana pasada sólo había tres burros y hoy los burros se amontonan en los márgenes de la calle. La semana pasada sólo había un sartenero y hoy está el mismo pero con más sartenes, comprueba. Y ha salido el sol, se dice, y se siente un gran hombre ajeno, caminando desubicado unos pasos, de pura alegría. Toma su leche y su tortilla y piensa en las próximas citas pero sin planearlas. Trabaja como cualquiera que ama su oficio: ser brillante sin que lo devore el orgullo, darse domésticas recompensas. Su oficio es pasar desapercibido y su oficio pasa desapercibido ante él. No es mi oficio, es mi condición, piensa. Ahora que se atisba ministro o juez general, ahora que va a ser una figura pública y va a tener que hablar y dejar que lo retraten, tiene que encontrar dentro de sí al gran hombre. Debería dejar el calzón y pasarme a los pantalones, piensa.

Avista a Juan Antonio Yandiola e intenta evitarlo. Hace como que no lo ha visto pero Yandiola camina a su encuentro. Señor diputado, dice Richart en voz baja. No crea que le niego el saludo, pero hay orden expresa de no vernos hoy. Es que mañana me será imposible reunirme con usted, responde Yandiola. Una cosa que me ha salido en Hacienda, una entrevista. Cubriéndose la boca Richart farfulla pero es martes trece, señor. ¡Y esta noche hay luna llena!, exclama Yandiola haciendo un aspavento hacia el cielo. Por dios, comisario, que usted es un ilustrado. ¡Bizcochos de canela y almendras, bollos de leche!, dice Jesús Molina columpiando el asa de la cesta en el codo. ¿Gusta usted?, le pregunta Yandiola a Richart. No, gracias. Yandiola llama eh, tú, y Molina gira sobre sus talones y levanta la servilleta de la cesta. A tres cuartos el trozo de bizcocho, a cuarto el bollo. ¿A tres cuartos?, dice Yandiola. ¿Es que los traes de Palacio? Los bollos emergen de las gruesas manos de Molina como roedorcillos acunados.

Yandiola espera a que Molina se haya alejado y entonces le dice a Richart bueno, qué. Richart mira al cielo y murmura sin gesticular, como si rezara: Ya están todos los importantes. Esperamos recibir órdenes de París en unos días. Yandiola mastica y asiente. Cuando todavía le queda algo de bizcocho en la boca le dice oiga, se queja de que cometamos insubordinación viéndonos en martes trece, pero esto que hace usted es más irregular, ¿no?, y se traga un eructo. Que usted tenga contacto con mis ángulos superiores. Eso rompe el secreto triangular. Richart se aclara la voz y dice es más un contacto de amistad que de conjura, señor. Yo soy el enlace de confianza porque también me codeo con los rufianes. Las condiciones en las que hay que iniciar a esos miserables,

y los sitios en los que hay que reunirse, señor... No se lo recomiendo a usted. Yandiola le ofrece el último bocado y Richart niega. Pero es usted quien recibe el dinero y es usted quien me lo entrega. Sin usted estoy perdido, señor, concluye, y se mira los zapatos. Yandiola lo interrumpe, agita una mano, dice está bien, está bien, si yo no le reprocho, si yo le estoy agradecido por ahorrarme tratar con bandolerillos.

¡A cuarto el abanico!, grita una muchacha que se abanica a dos manos. ¿Quiere usted?, pregunta Yandiola, y guarda el bizcocho que le queda en el bolsillo del abrigo. Richart dice no y Yandiola llama a la muchacha apuntándola con la barbilla tú, abanicos. La chica se acerca a cuarto, a cuarto, para su esposa, para su madre, para su hija y para su abuela. Se pone entre Richart y Yandiola, los abanica y les sonríe simultánea y simétricamente. Richart se aparta y Yandiola mira el saco abierto atado a la cintura. Sírvase usted mismo, caballero, dice la muchacha, y adelanta la cadera. Juan Antonio Yandiola se agacha un poco, mete la mano y remueve. Este no, este no, este tampoco, dice, y le palpa la pierna a través del saco. Tengo uno de Agustina de Aragón con su cañón. Está al fondo del todo, dice la muchacha. Busque. Yandiola tose un poco y va agolpando los abanicos hasta que llega al muslo y lo agarra. La muchacha tose también y dice creo que no es ese. Yandiola desplaza la mano por la curva de carne. ¿Este, niña? Creo que tampoco, dice ella, y se han caído tres abanicos al suelo. Yandiola asciende pero se pasa, llega al bajo vientre y la muchacha dice no lo va a encontrar usted en la vida, deje que le ayude. Introduce la mano en el saco, tantea los abanicos, aprieta uno y junto a él aprieta también la mano de Yandiola. Dirige el abanico a la vulva y recorre con él su hendidura. Este es, dice la muchacha mirándolo a los ojos, a las gafas, y saca la mano de Yandiola y el abanico. Yandiola lo abre y dice una Agustina de Aragón preciosa. Pues tengo otro de Manuela Malasaña, dice la muchacha, pero en mi cuarto. Comisario, me marchó, le dice Yandiola a Richart, y le entrega una bolsa. Esta es la tercera cantidad que me ha llegado. Ya he cogido yo mi parte. Richart pregunta ¿todo en reales de vellón? Y reales de plata, y duros, responde Yandiola. Richart se abre la levita y guarda el dinero. ¿Seguro que no quiere usted también un abanico?, le grita la muchacha a las breves espaldas de Richart.

Domingo Torres vuelve de la imprenta real con un fardo de Gacetas de Madrid pegado al cuerpo y un fardillo de pasquines pendientes de un cordón. Saluda al del puesto de papeles públicos y suelta el fajo en el mostrador. El papelerero dice ya era hora, rompe el cordel y empieza a colgar ejemplares.

Domingo Torres se sienta en un tonel junto al puesto y se coloca el taco de pasquines entre las piernas. Tararea con el vito, vito, vito, con el vito, vito, va, y garabatea en la Gaceta del día, alrededor del titular Extracto de una carta particular de Cartagena de Indias. De la primera línea subraya 94 días de sitio. De la segunda línea subraya caballos, mulas y burros, y de la siguiente línea perros y gatos y otros animales peores. Tararea con el vito, vito, vito, Cartagena sitiá, burrosmu, lasga, tos pe rros, un menúde, restau, raán. Se la repite y copia la composición en un margen del periódico. Piensa para el jueves lo tengo.

El papelerero grita con desgana gaceta gaceta, diario diario, y bosteza. Al otro lado del puesto, una mujer ricamente vestida acaba de llegar con su criado. El criado trae un reposapiés, lo deja en el suelo y lo ofrece a su señora. Se sienta con la espalda erguida y las rodillas juntas, desdobra unos pliegos y empieza a declamar españoles viles imbuidos, en el orgullo y voces seductivas, de igualdad libertad y qué delirio, nación independencia ciudadanos, derechos naturales e imprescriptos. Domingo Torres ve el perfil de la mujer al otro lado del quiosco. Le dice al

papelero la Ulloa, y resopla. María Manuela López de Ulloa continúa intentan olvidar de entre nosotros, y aun infamar, ¡horror me da decirlo!, este amado monarca virtuoso, que de su reino la delicia ha sido. Cada vez que alguien se acerca al puesto y pide el Diario o la Gaceta, Domingo Torres interviene: Por tres cuartos se lleva Las Amenidades Literarias, por tres cuartos dos días de entretenimiento y por doce reales de vellón suscripción mensual. Pequeñas novelas, cuentos, chistes, poesías, no todas inéditas pero buenas y poco comunes, y agita el libelo delante de su cara, con sonriente oferta. ¡Oh Fernando, oscurecer el resplandor pretenden del trono, que por tantos siglos ha colocado en él tantas virtudes!, pisa la recitadora Ulloa el anuncio de Torres al siguiente comprador: ¿Y la actualidad literaria? Un humanista como usted habrá de mantener lo mismo una conversación sobre política que de arte, comentar los negocios atlánticos y luego cautivar con un chiste fino. El hombre dice para chistes está uno y Torres congela la sonrisa, preparada para el siguiente.

En las pausas entre una estrofa y otra, el criado de la poeta grita a tres cuartos el poema patriótico, o grita escuchen el poema censurado por los liberales, o bien María Manuela López de Ulloa la censurada en Cádiz. La recitadora saluda a Domingo Torres con las cejas, mirándolo a los ojos mientras dice todos en una voz decimos ¡Fernando, Fernando! Alarga y ralentiza las sílabas, frunce el ceño, saca pecho y suspira largo, y en ese éxtasis el criado aprovecha para decir ningún liberal acalla a María Manuela López de Ulloa. Domingo Torres se cubre el perfil exterior de la cara con un número de Las Amenidades Literarias y vocaliza puta, puta, puta. Ella le sonríe y se besa el crucifijo. Se ha puesto de pie y exclama día infeliz en unos tiempos en que el soberbio, bárbaro ateísmo, con la filosofía disfrazado y de las demás sectas asistido, ha declarado la guerra sin rebozo al soberano, místico edificio. Un hombre pide el diario y le dice al papelero está usted aquí más entretenido que en una tertulia. Precisamente Las Amenidades Literarias patrocinan una tertulia en el coliseo de los Caños del Peral este jueves desde las siete en adelante, anuncia Domingo Torres. ¿Pero los Caños del Peral no lo cerraron por ruina?, dice el papelero. Ay, estoy atontado. Quería decir en el teatro de la Cruz. De verdad que estás tonto tonto. Así cómo vas a darte a conocer ni vas a hacer negocio ni nada. Fíjate en la Ulloa, el corrillo que se le ha formado.

Al corrillo llega un adolescente. Se recoloca la peluca y le pregunta a López de Ulloa ¿es usted poeta? Sí señorito. ¿Hace poemas? Sí, poemas dulcísimos. ¿Poéticos?, dice el adolescente. Claro, dice López de Ulloa. Escucha: ¿veremos destrozadas las cabañas, dispersos los pastores, y el ganado oprimido, sin que pueda exhalar su dolor entre balidos? El adolescente le mira el pecho encajado que sube y baja. ¿No volverán a ver ya nuestros ojos este rey tan amado y perseguido? Hace una pausa y pide agua al criado. ¿Ves qué bien rima todo? ¿Tú también quieres ser poeta? El adolescente dice no, es mi amo. Mi amo me pide toda la... Se atropella al decir todos los papeles de noticias, sucesos y poetas, literaturas poéticas, y va rebuscando el dinero en los bolsillos, el mundo literario todo. ¿Cuánto vale todo? López de Ulloa lo mira enternecida y dice tú también puedes ser poeta si lees como tu señor y amas a tu rey. Son dos reales si te llevas uno de cada. El adolescente le entrega un real de a ocho y el criado le devuelve un napoleón y medio. Gracias, guapo, dice López de Ulloa, y le acaricia la grasienta mejilla. El criado de un patriota no paga en napoleones y no acepta cambio en napoleones, recita esta vez el adolescente. Cariño, ¿cómo dices? El adolescente extiende la mano y repite mi amo dice que el criado de un patriota no paga en napoleones y no acepta cambio en napoleones. Pero niño, no tengo cambio en reales, nadie tiene reales, dice López de Ulloa, mira a su criado y su criado niega con la cabeza. Pues no me lo

puedo llevar, dice. Me devuelve los ocho reales. Pues peor para ti y para el imbécil de tu amo, dice Ulloa, le pide la moneda al criado y se la tira al suelo. El adolescente la recoge sin aprensión y llega al puesto de papeles públicos, mira los pliegos en la cuerda e intenta leer. El papelerero le dice sí, hijo, estos son noticias y sucesos del mundo, e inmediatamente el adolescente extiende el real de a ocho. Pero no tengo cambio en reales. Ulloa interviene desde su lado del quiosco pero usted se cree, la tontería. ¿No tiene cambio en reales la imprenta real?, pregunta el adolescente. Domingo Torres le quita la peluca, pone frente a sus ojos Las Amenidades Literarias y le dice a ver, qué pone aquí. El adolescente se rasca la enredada cabeza y dice trabajosamente lasss ame, ni, daaaades lit tera, rías. ¡Bravo!, dice Domingo Torres. Esto es lo que necesita tu amo. ¿Qué pone más abajo? Discur, sos, currio, sos. Domingo Torres se impacienta y continúa él mismo: sobre todas las materias, máximas políticas y morales que pulan las costumbres, pequeñas novelas, cuentos, chistes, poesías, no todas inéditas pero buenas y poco comunes, y más y más. ¿Es usted poeta?, pregunta el adolescente. Editor y poeta, por un real de vellón te hace una saeta, y por doce una suscripción. El adolescente sonrío y saca las monedas. Contrae la mano bruscamente cuando Domingo Torres va a cogerlas y dice ¿tiene usted cambio en reales? Domingo Torres abre una bolsa de piel rebosante de metales castaños. En qué lo prefieres: ¿en maravedíes, en ochavos, en cuartos o en reales de a ocho? El adolescente se encoge de hombros. Torres deposita una a una las piezas del cambio recitando maravedíes de Carlos tercero, ochavos de Carlos cuarto y cuartos de Fernando séptimo, hacen dieciséis. Y este cuarto de más para ti. Martes, jueves y sábados, Las Amenidades Literarias puntuales a partir de las once de la mañana, le entrega el pasquín y le encaja la peluca. López de Ulloa, desde el otro lado del quiosco, mira de reojo a Domingo Torres, bebe de su cáliz y se levanta, se abre la mantilla y comienza de nuevo oh, Fernando, recibe nuestros votos, y el criado repite ningún liberal silencia a María Manuela López de Ulloa.

## 16

Pomares y Montalvo miraban a los mozos de cordel bajar un piano de un quinto piso. La dueña del piano estaba arrojada sobre el balcón y exclamaba más lento, por Dios, más lento, y extendía la mano hasta la cuerda para notar su paso áspero. El piano descendía con un grave balanceo, cuajado de nudos. A cada chirrido de la polea la dueña apretaba el brazo del mozo de cordel Aleixo Prado. Un poquito más amodo, gritaba Prado desde el balcón a los mozos de abajo, Leonardo Güemes y Alfonso Beiro. El piano se chocó con la fachada del edificio y emitió unas notas largas, mamíferas, y la voz de la dueña entonó con el piano para gemir. Montalvo gritó ¡más lento, chaval!, y Pomares ¡que no tenéis cuidado ninguno! ¡No les pague usted, señora!

Alfonso Beiro y Leonardo Güemes sujetaron el piano cuando estaba cerca del suelo. Gritaron solta un poquito más, un poquito más, y la dueña cuidado que viene un coche, y bajó corriendo los cinco pisos cuando los mozos empezaron a desatarlo. Lo inspeccionaba y se agitaba, se apretaba los volantes del vestido. ¡Mira qué marcas de sogas! ¿Qué ibais, a ahorcarlo?, dijo, y siguió el recorrido de la marca con los dedos, reclinando todo el cuerpo. Iso arraxáse con barniz, señora, non sexa dramática, dijo Aleixo Prado. No les pague usted, repitió Pomares.

Jesús Molina dobló la esquina y vociferó Pedro, Manolo. Se unió a ellos y los condujo a un callejón. Facilísimo, les dijo. Abrid los bolsillos, y de su puño grande y peludo las monedas discurrían como arena. Facilísimo, repitió. El día dieciocho domingo a la tarde nos vamos al paseo del Prado y saqueamos lo que haya. Si después oímos ruido de armas nos vamos corriendo a la plaza de Santa Ana, que allí un jefe nos indica lo que tenemos que hacer. Los gestos de Montalvo y Pomares se contrajeron. Nosotros solos no, alelados. Quien me lo ha dicho a mí está corriendo la voz por todo Madrid, y nosotros tenemos que hacer lo mismo. Cuanta más gente, más fácil, más beneficio. Pomares dijo no me fio yo. A ver si nos vamos a presentar nosotros tres solos allí... Que no, verás qué fácil. Jesús Molina salió a la calle principal y miró en varias direcciones. Se acercó a Leonardo Güemes, sentado en el suelo, de espaldas a la discusión del piano, y lo llamó chico, chico. Güemes levantó la vista a los brillantes ojos azules de Molina. Ven, ven. Qué quieres. Molina señaló con la cabeza el callejón y Leonardo Güemes dio unos pasos desconfiados tras él, girando recurrentemente la cabeza hacia la querrela del piano. En la sombra Molina le dijo te doy treinta duros para un trabajo. Güemes se agravó en presencia de Pomares y Montalvo, de sus miradas saltonas. Cruzó los brazos. Que cousa. Le dices a tus amigos que el domingo por la tarde vayáis por la zona del Paseo del Prado a montar desorden, también vamos nosotros y mucha gente, a saquear lo que haya, lo que cojas para ti. Por que iso, dijo Güemes. Un ajuste de cuentas, respondió Molina. Leonardo Güemes quedó conforme y extendió la palma de la mano, recibió el dinero y dijo sonriendo el domingo que viene por la tarde. Agitó las

monedas. Chámome, dijo, y se corrigió rápidamente: me llamo Leonardo Güemes. Molina bajó los párpados con amable aprobación. Chámame... me llama usted para lo que necesite cando sexa, calquera cousa, vivo en el mesón vigués de la rúa Hortaleza, no dude. Güemes se despidió y se fue corriendo con los otros. ¿Veis?, dijo Molina. ¿Y quién te dice que te hace caso?, dijo Pomares.

Alfonso Beiro irrumpió en el corro que se había formado en torno al piano dando codazos, llamando eh, eh, y se puso entre la dueña, Leonardo Güemes y Aleixo Prado. Esta agora non nos quere pagar, gritaba Beiro, y la dueña del piano se ponía de puntillas y chillaba ¡pero esta gentuza, qué sabréis vosotros lo que es un Kuschel, no es por el dinero, es que era de mi abuelo, de mi abuelo! Pois que nos pague o seu abuelo!, dijo Prado echando los brazos hacia atrás como un torero, y Beiro ponía las manos como garras y se mordía los pulgares para contenerse. Mira, Alfonso, que deixes aí á bruxa, dijo poniéndole las manos en los hombros, y los tres juntos salieron del bullicio. Estos gallegos son gentuza todos, dijo un hombre, y se le unieron más abucheos. Jesús Molina saludó brevemente cuando Leonardo Güemes lo señaló mientras le contaba la historia a los otros dos mozos de cordel. Pero é cuestión de orgullo, dijo Prado. Os meus dous reales son meus. Bobo, non insistas que é peor, dijo Beiro. Vénnos isto trabado do domingo como agasallo da virxe, pois xa está. Que non nos vexan máis a cara por aquí, recién chegados a Madrid e xa con fama. Pero os meus dous reales...!, insistió Prado. Xa pasou!, le advirtió con grito ahogado Leonardo Güemes. Aleixo Prado se abrió paso hasta la dueña y el piano. En su mejor español exclamó usted quédase con su diñeiro, con su maldito piano e, apretó la navaja por debajo del fajín, con un regalito, dijo, y rayó un lateral, rechinó el lacado y salió corriendo con la navaja por delante y Güemes y Beiro por detrás. Estás tolo, que se foda a bruxa, tolo de atar, non estamos en Vigo, isto é Madrid, por iso mesmo, por iso mesmo!, se reía Aleixo Prado. ¿Veis?, les dijo Molina a Pomares y a Montalvo. Pues vosotros igual. Y que hay un baile en el Caños del Peral este jueves a las nueve y hay que ir. ¡Coño, el Caños! ¡No hace tiempo que no voy! Es más caro ahora hecho pedazos que cuando estaba nuevo. ¿A reventar la fiesta hay que ir?, dijo Pomares. No, hombre, no seas bruto. Lo han montado los señores del asunto este, y dicen que vayamos que así vemos a la gente que va a dar el golpe con nosotros, y que se lo digamos a los amigos de confianza y que vayan también, dijo Molina. Sí que parece esto una cosa importante, me está dando hasta miedo. Os lo estoy diciendo, que está todo muy bien pensado. Pero el Caños ya sabéis que es la cosa más prohibida del mundo. Si hay que ir al baile se va al baile, dijo Montalvo. Si ya sabía yo que para esto no poníais pegas.

Ana Luisa Gil tenía los codos en el mostrador de la tahona cuando Jesús Molina llegó. La parte trasera de la falda, redonda y gris, apuntaba a la puerta y se mecía. La mirada de Molina se mecía también antes de decir buenos días, antes de que Gil se girara y respondiera buenos días, Jesús. Entonces eso, le han hecho una licencia a La Habana para el azúcar, la traen baratísima, decía Gil enfocando la voz hacia el interior de la tahona. Beneficios para los negros y para el rey, gritó el jefe panadero desde el fondo. Siempre salen ganando los mismos, gritó Mateo Arruchi. ¡Mateo!, lo llamó Jesús Molina. Qué te cuentas, Ana Luisa. Nada, ya ves. Se puso de medio lado y Molina miró el ángulo de su cintura y Gil le miró el grueso inicio de la clavícula. Aquí se está más calentito que en mi casa. Y huele mejor, dijo, y respiró profundamente. Tu Arnaldo, qué, está todavía con los comediantes, dijo Jesús Molina. Sí, algo saca montando el teatrillo en Caballero de Gracia. Ahí lo he dejado. Yo a veces le ayudo, le lavo y le coso los trapos de los titiriteros... En fin, achuchados. Como todos, mujer. Tampoco quiere que trabaje yo mucho y que me canse, dice que así no me preño. En eso tiene razón, dijo Molina, y exclamó ¡Mateo! No, si ya, pero es

que ya no podemos ni ir al teatro, dijo Ana Luisa Gil. Para lo que ponen. Si no es por lo que pongan, Jesús, es por salir y entretenernos.

Mateo Arruchi entró con una plancha de bollos y un bizcocho cuadrado. En el trayecto desde el horno tosía hacia atrás, alejando los brazos. Llegó al mostrador, soltó la bandeja y se dobló y tosió en el delantal. Todavía estás con esa tos, dijo Molina. Mateo Arruchi se incorporó con la cara roja y las lágrimas saltadas, carraspeó y dijo no es nada. Ya mismo me curo. Arruchi llevaba desde el día anterior recordando la risa bobalicona de José Vargas al decir tres mil reales, y cada vez que oía la campanilla de la entrada sentía el zarpazo en la vesícula y se asomaba corriendo. No se producía entonces una decepción sino una viril prueba a su paciencia.

Son cuatro reales el bizcocho entero. Qué menos que cobres a cuarto el pedazo, dijo Mateo Arruchi mientras lo troceaba. De pronto se detuvo, gimió ronco y apretó los ojos. Ya lo troceo yo, dijo Molina. Que no es nada, te digo que no es nada, gritó Arruchi, y agarró más fuerte el cuchillo. ¡Qué pasa, Mateo!, gritó el jefe desde dentro. ¡Nada, patrón!, respondió Arruchi. Ana Luisa Gil atendía al sonido de espuma del cuchillo penetrando el bizcocho, aspiró el aire horneado y al soltarlo exclamó pues una vergüenza lo de Cuba. Bueno, y la lana. ¡La lana se pudre en las cañadas! Arruchi cortó el último pedazo y dijo espérate que traigo otro. Molina levantó la vista y lo siguió adentro del obrador. Gil avanzó hasta el filo de mármol y aspiró la caliente emanación de la bandeja.

Mateo, dijo Molina. Eres un pesado, te digo que puedo solo, dijo Arruchi dirigiendo la pala al horno. Molina se puso de espaldas a los otros panaderos y le susurró hay un trabajo por cuarenta duros, muy fácil. Arruchi se rio y un olor ácido salió de entre la cordillera de sus dientes. Qué me vas a dar tú a mí, bollero. Molina le agarró la muñeca y le metió la mano en su chaqueta. Esos cuarenta duros en reales de a ocho, dijo. Unos señores están pagando a gente para un ajuste de cuentas. El domingo hay que saquear Atocha. Mateo Arruchi apretó el bolsillo de Molina y sonrió. ¿En reales? ¿Un ajuste de cuentas? La quemazón le volvió intensa y percibió la úlcera como la herida de un valiente. Pensó derrocaré un gobierno con tres mil reales y con el padrino, asaltaré una bodega con cuarenta duros y con Molina. Se sintió dueño de la intriga y de un secreto, un eslabón imprescindible. Lo que consigas del saqueo te lo quedas, dijo Molina. Será fácil, habrá mucha gente, si se lo dices a más gente más dinero nos dan, pero sé discreto. Luego te cuento los pormenores. ¡Mateo, vamos!, chilló el jefe. Arruchi sacó el segundo bizcocho del horno, lo puso en la bandeja, se apretó el costado y sonrió. Murmuró está bien, sí, lo hago, y dijo en voz alta este es de nueces y dátiles. ¡A dos cuartos y ochavo me vendes el pedazo, Jesús!, exclamó el tahonero al oírlo. ¡A tres si usted quiere!, respondió, y siguió diciendo ¡yo sé a quién venderle y con qué cara!, mientras sacaba la bolsa de dinero, ¡por los mercados de muebles hay mucha señora!, se la daba a Mateo Arruchi, ¡muy desocupada que se los echan a las palomas!, y Mateo Arruchi se la metía en el refajo. ¡Pues qué desperdicio, una cosa tan buena para las palomas!, dijo el jefe. ¡La gente no aprecia nada!, dijo desde fuera Ana Luisa Gil. ¡Y menos los ricos, que tienen de todo! Jesús Molina cogió dos pedazos y se los ofreció toma, Ana Luisa. Ay, qué más quisiera yo, con tres cuartos hacemos yo y mi Arnaldo tres comidas. Te invito yo, dijo Molina. Pero si tú eres una rata lo mismo de pobre que yo, anda anda. Que sí, mujer, por una vez no pasa nada, insistió, y puso cuatro reales y dos ochavos en el poyete. Gil dijo pero si no tengo ganas, de verdad, si acabo de desayunar en lo de mi prima. No seas tonta, dijo Molina abriéndole las manos y depositándolos. No seas tonta, dijo Mateo Arruchi. Aprovecha que le acaba de tocar la lotería. ¿Sí, Jesús? Molina le sacudió un hombro a Arruchi y dijo si me hubiera tocado la lotería no



invitaba a Ana Luisa a un bizcocho sino a una cena en La Esmeralda. Gil expandió los ojos y apiñó la boca. Te mata Arnaldo, dijo. Que me mate, dijo Molina, y empezó a llenar la cesta que Arruchi le había sacado del mostrador.

Ana Luisa Gil se guardó un pedazo para el día siguiente y ahora en el mercado, cuando se ha despedido de Encarni Luzón, con una mano ha contenido las lentejas en la primera capa de la falda y con la otra ha desenvuelto el bizcocho. Lo ha comido despacio, ha recogido con las yemas de los dedos las migas que se le han quedado en las manos y en el pecho y se las ha llevado a la punta de la lengua. Se ha quedado en mitad de la plaza mareando las lentejas en la falda hasta que ha escuchado alcachofas, alcachofas, a tres cuartos el manajo de alcachofas, aligeran las digestiones. ¿A tres cuartos dice usted? Sí señora. Estoy que las regalo. Mire qué hermosura, dice el verdulero levantando una por el tallo. Gil se acerca, la observa y da media vuelta para marcharse. El vendedor la adelanta, regatea a dos cuartos y seis ochavos. Con esas lentejas que lleva usted le queda un guiso precioso para dos o tres días. No sé no sé, dice ella. Las veo pelín pasadas, muy abiertas. ¡Claro que están abiertas, señora, porque son flores!, replica el verdulero, y Gil se ríe y sigue andando. La alcachofa es una flor, cynara scolymus. El verdulero se acerca la alcachofa a la nariz y la huele con los ojos cerrados. A la alcachofa no se la valora como la fragante y nutritiva flor que es, se lo digo yo que fui botánico antes de que los franceses nos dejaran sin jardines. Huela huela, dice, y se la acerca a la cara. Ana Luisa Gil cede, se detiene y aspira. ¿No nota el olor a roca húmeda y a tierra oreada? Ana Luisa Gil cierra los ojos y responde sí, y a caracol que sale cuando llueve. El verdulero hace un gesto envolvente alrededor de la alcachofa y dice a uva moscatel vieja. Gil aspira más profundamente y dice a hocico de gato. Al principio del óxido, dice el verdulero. A tabaco mojado, dice ella. A polvo, dice el vendedor, y le pasa el tallo. La alcachofa es la flor que huele a más cosas distintas, añade. Gil boquea intentando decir algo hasta que resuelve sopa de flores, y a la hora del almuerzo eso mismo le dirá a Arnaldo Cuesta cuando le pregunte qué hay de almorzar. Él responderá no soy un burro, no como margaritas. No son margaritas, son alcachofas, las alcachofas son flores, dirá Gil acercándole la olla a la mesa. No soy un burro, no como cardos, le responderá él. Mira qué bien huele, Arnaldo, mira qué rica me ha salido. Lleva lentejas también. La respiración de Arnaldo Cuesta se girará hacia la olla, fijará una mueca de asco en la cara y dirá huele a óxido, a polvo, qué mierda es esta. Es sopa de flores, responderá su esposa, introducirá el cucharón y empezará a servirle. Las flores no huelen a mierda, Ana Luisa, qué mierda de olfato tienes, dirá mientras ella remueva la sopa. Gil se irá irritando silenciosa y fríamente mientras se sirva el guiso y lo coma, y mientras su marido saque los pedazos de alcachofa y vuelva a zambullirlos, salpicándose a él mismo y a ella. Arnaldo Cuesta soltará el cubierto, separará el plato y dirá te comes tú la sopa de flores asquerosa si tanto te gusta. Hará una pausa y alzaré la voz: Tú me engañas, mujer. En qué gastas el dinero que te doy, ¿en comida para burros? Ana Luisa Gil llenará cada vez menos la cuchara y cada vez tragará con más esfuerzo. ¡Tú me engañas! ¡En qué te gastas el dinero!, y entonces Gil se pondrá de pie tirando la silla y gritará ¿sabes quién te está engañando? ¡Todo el mundo menos yo te engaña, Arnaldo, todo el mundo! ¡Ese hombre que vino el domingo a engatusarte ¡Lo que sea pasa que están repartiendo dinero por todo Madrid menos a ti, porque eres tonto, Arnaldo! Alargando el brazo desde el otro lado de la mesa Arnaldo Cuesta le dará una bofetada que no la callará sino que la azuzará ¡la esposa de Francisco Esbri va como una señora comprando la carne que le da la gana, la esposa de Santiago Garcés está comprando sillas y mesas y hasta camas nuevas, en la relojería estaba hasta el David el ciego comprándose un reloj, Arnaldo! ¡Jesús

Molina va por la calle regalando los dulces! ¡Jesús Molina, que mendigaba por las tardes! ¡El viernes pasado las tiendas vacías y desde ayer las tiendas llenas! ¡Qué casualidad!, ¿no?, ¡qué casualidad! Ana Luisa Gil retirará los platos y la olla. Los soltará tan bruscamente en la pila que se resquebrajarán y el guiso empezará a salirse. Tú sí que tienes un olfato de mierda, añadirá, pero ahora Gil camina haciendo saltar las lentejas y las alcachofas en la primera capa de la falda, sonrío y masculla sopa de flores, sopa de flores, y aspira, aspira y aspira imaginándose un olor.

## 17

Jaime Somorrín se desabrocha los primeros botones de la camisa, se afloja el corbatín y se sirve un vaso de ginebra. Se llena la boca y hace gárgaras, escupe en la vasija y relincha. Arnaldo Cuesta está a cuatro patas en el tejado colocando un pararrayos. El dueño de la compañía le indica desde el suelo póngase de pie, que así no puede enderezarlo. ¡Claro, como usted no está aquí subido! Tiene que estar en ángulo recto, y equidistante, dice el dueño. ¿Equiquéee?, grita Arnaldo Cuesta, porque un relincho poderoso de Jaime Somorrín se ha sobrepuesto. ¡Que tiene que estar en ángulo recto! ¡Lo más derecho posible! Jaime Somorrín se asoma, escupe ginebra y mira al tejado. Haga el favor, súbase con don Arnaldo y le ayuda, le dice el dueño, y Jaime Somorrín hace como que no lo ha oído, entra de nuevo en la casa y sigue ensayando. ¡Esto es el espectáculo de la electricidad, señoras y señores!, dice voluminosamente el dueño. ¡Las fuerzas de la naturaleza bajarán de las nubes al teatro, sólo hoy, señoras y señores, presencien una tormenta dentro de un salón! ¡La ciencia se aliará con los espíritus, la física con el arte!, y en este punto ya hay gente diciendo ese hombre se mata, desde luego los titiriteros cada vez tienen menos garbo. ¡A las cuatro de la tarde aquí mismo, Caballero de Gracia número treinta y cuatro, cuarto principal interior, entrada general cuatro reales! Se coloca entre los carteles que flanquean la puerta, los señala y los ofrece. ¡El arca infernal, la liberación de los caballos, esqueletos, fantasmas, retratos de hombres célebres, la cabeza del gigante Goliat y la nueva linterna mágica! ¡La máquina de fantasmagoría, señoras y señores! ¡Desde Londres por primera vez en Madrid! ¡Tres semanas en escena! ¡Cuatro de la tarde! ¡Dentro de veinte minutos de reloj! ¿Van a dejar que les pille la tormenta al raso? Arnaldo Cuesta se ha sentado a horcajadas en el sotabanco y desde ahí ajusta la placa metálica. ¡Ni hablar!, dice el vecino asomado a la buhardilla, y del susto a Cuesta casi se le cae el martillo. ¡Pero ni se te ocurra poner eso encima mía! A mí no me mire, que eso es cosa de González Mantilla, responde Cuesta, y al señalarlo le da vértigo. Mantilla, tú quieres que te denuncie a regiduría o qué te pasa. No hay peligro, don Fermín, todo lo contrario. Repele los rayos, es un pararrayos. ¡Tú sí que eres un papagayo, que no inventas nada bueno!, responde el vecino con medio cuerpo volcado en el tragaluz. El Fermín tiene más razón que un santo, dice una vecina desde la ventana, y otra vamos, yo es que no sé este hombre por qué no hace comedias como todo el mundo, y otra para la porquería que hay en el Príncipe y en el Cruz. Tiene usted más razón que una santa, dice un hombre desde abajo. Las comedias son para llorar y las tragedias dan risa. Las no sé qué de Babilonia, que lleva desde el año pasado, con menos lustre... Ah, esa la hemos visto mi señora y yo, todas las actrices melladas, ¿a que sí? Esa misma. Y uno de los bailarines cojo. A Alcalá sí que van compañías buenas. Volatines, operetas y de todo. Lo preciosos que eran los autos sacramentales, yo no sé cómo ya no están de moda. No es

que no estén de moda, es que los prohibieron. Qué me dice usted. Una que se llama El honor de las nazarenas está ahora en el Príncipe y está entretenida, dice Vicente Plaza. Pero nada que ver con las de antes de la guerra, añade, y en todos los presentes cunde una vigorosa aprobación. ¡Don Jaime, bájese enseguida a cobrar los billetes! González Mantilla, tú no me escuches, Mantilla, pero te juro que como pase algo en el tejado o en los cristales o lo que sea me lo pagas y encima te mando al corregidor! El dueño suspira ay dios mío y después, más imperativo que antes, grita don Arnaldo, dese prisa que ya está chispeando y entonces el pararrayos va a ser usted.

Me da tres asientos de silla, le dice Lasso a Somorrín. ¿De verdad vamos a entrar en eso?, pregunta Castillejos. Es que hoy no hay nada más, porque los comediantes es que son más supersticiosos que nadie y no trabajan en martes y trece, responde Plaza. Somorrín dice qué tontería. Martes y trece es un día tan maldito como cualquier otro, y sonrío. Plaza sonrío con él y añade además, invita Lasso. Castillejos da un paso atrás, se choca con el anterior en la fila, uy perdón, y con los nudillos posados en los labios le habla a Plaza. Capitán, verá. Verá, señor, yo... Usted me tiene acogida en su casa me da cama y comida y me lleva a que conozca sitios, y lo mismo el teniente Lasso no sabe usted la gratitud que me inspira, de llorar de gratitud ya he llorado y yo no tengo con qué pagarle, señor, me siento inútil, no tengo con qué pagarle déjeme que entre a servirle, para compensar de alguna manera yo entro a servirle, al teniente Lasso también si necesitara alguna cosa pero él tiene un cuarto chico y no le es menester me parece a mí. La barba de Vicente Plaza hace ruido de lija cuando se rasca. En cuanto su pensamiento necesita hacer combinaciones y una idea llevarlo a otra, pierde de vista la reflexión inicial, hacer memoria lo marea y su respuesta sólo se refiere superficialmente a la pregunta. ¿Cuándo has estado tú en el cuarto de Lasso? El domingo después de misa. ¿No recuerda que se lo conté? Ah, sí, fuimos a misa el domingo. Me cago en los curas. La blasfemia yergue a Castillejos y la persigna.

El dueño halaga a quienes esperan para comprar el billete, y a quienes ya lo tienen y se arremolinan los invita a pasar. Esperen en el pasillo, no se mojen, dice, en diez minutos empezamos, va a ser una tormenta espléndida, ¡espléndida! Jaime Somorrín se pega a un extremo del vano para recibir al público, Castillejos la primera porque Lasso le ha dado pie diciéndole señora con un cadencioso bajar de párpados, y ella contiene un irritado suspiro. El dueño abre de una patadita la puerta del final del pasillo y Arnaldo Cuesta cierra tras de sí de un portazo.

Del pararrayos nace un alambre rodeado de cuerda fina que baja por el tejado y las paredes, siguiendo su contorno sin tocarlo. A la altura de la única ventana del cuarto, el alambre se dobla y entra por un agujerito hecho en el postigo, minuciosamente colocado para que tampoco lo roce. Dentro de la sala el alambre bordea el alféizar y de ahí baja en una tensa diagonal a una garrafa de vidrio situada en el centro, penetrando el tapón de corcho. La mitad inferior de la garrafa está forrada de estaño por dentro y por fuera. El alambre hace firme contacto con la lámina interior de estaño. Dentro de la garrafa un gorrión revolotea y pía con escándalo. El trino llega ahogado a la sala. Arnaldo Cuesta está en cuclillas desmenuzando miguitas de pan duro e introduciéndolas por el pequeño orificio de la tapadera, pero el gorrión no come. Sáquele brillo, don Arnaldo, dice el dueño desordenando ruidosamente los asientos. Los asientos forman sucesivos círculos alrededor de la garrafa. Y moje el alambre y el cordón bien mojados. Jaime Somorrín entra en la sala y tras la puerta que cierra aumenta el alborozo del público. Ya está todo el mundo esperando. ¿Cuántos? Más de quince, responde Somorrín, y le entrega una bolsa hinchada por las costuras. Mínimos y arrugados, los ojos como uvas pasas del dueño se dilatan de entusiasmo. Dios bendiga los martes y trece, dice, y se guarda en el chaleco la bolsa y las entradas sobrantes. Se paraliza de pronto y

dice ¿lo han oído? Sin esperar respuesta continúa ¡un trueno! Encaje bien las contraventanas, don Arnaldo. ¿Están las candilejas en su sitio? Todo en su sitio, responde Cuesta cerrando la última madera. Ya en completa oscuridad hablan muy flojito, el gorrión se relaja. ¿Arriba también está todo cerrado? Todo, responde Cuesta. ¿Se acordó de engrasar los rieles, le quitó el polvo a las pantallas? Todo, sí. El dueño vuelve a ponerse tenso, el jaleo procedente del pasillo aumenta. ¡Qué trueno!, exclama ahogadamente. Amortigua una palmada y dice a trabajar.

El dueño sostiene un farolillo y dice bienvenidos: en la penumbra de estas débiles llamas resultan ustedes un público exquisito. Los conduce al salón de sillas y dice tengan cuidado, no tropiecen, yo les acompaño. Los va acomodando aleatoria y sonrientemente. Sus dientes apiñados relucen de saliva. Con cada uno entabla una breve charla, haciendo apartes de teatro. Señor, ¿a qué se dedica usted? Qué pendientes tan bonitos, señora, ¿no le pesan? ¿Hombres y mujeres juntos, en la oscuridad?, dice un hombre con urgencia. Todo lo juntos que ustedes deseen, responde el dueño. Si prefiere sentarse entre caballeros, es libre de hacerlo, añade, y afloran risas de los abanicos y de los bastones. El gorrión espabila. Aletea frenéticamente y por momentos abraza la curvatura del vidrio.

Los hombres se dejan llevar con nervioso cinismo, las mujeres caminan un paso atrás, resguardándose las unas en las otras. Qué bigote tan bien encerado, qué corbata tan fina, qué rico olor a opio trae, rocía de comentarios el dueño. A Catalina Castillejos le dice ¿qué le ha pasado a usted en esa preciosa boca, ángel? Los que están cerca achican los ojos y rebuscan su cara en la oscuridad y Castillejos se enciende de vergüenza. A Lasso le ronda una idea de venganza, de espadas y de honor, y reconoce en la oscuridad la altura y el andar líquido de Plaza eligiendo él solo su asiento, sin dejarse acomodar. Se despatarra en un trono cubierto de cojines y se pone el gorro de húsar entre las piernas. La señora que está enfrente, adueñándose del tono bajo pero público del dueño, dice si todos pagamos lo mismo no hay razón para que haya sillas más cómodas que otras, me parece a mí. Con un susurro fingido para que todos puedan oírlo, el dueño dice no se altere, señora. Eso es un retrete.

Pasará una hora y habrá terminado el espectáculo, y el dueño se pondrá en la puerta para despedir a los asistentes espero que lo hayan disfrutado, vuelvan pronto, cuidado con la tormenta. Avanzarán rumorosos por el pasillo, negando de incredulidad o de indignación. Domingo Torres ralentizará el paso para salir el último, decirle al dueño le felicito por la función y tenderle la mano. Gracias, caballero, en mi nombre y en el de toda la compañía. Verdaderamente, nunca había visto algo así, dirá Torres. Intentamos hacer bien nuestro trabajo, gracias, señor, responderá el dueño agotado y sediento. Me ha gustado tanto que quiero hacerle una oferta, insistirá Torres. Se subirá la empuñadura del paraguas hasta el pecho y apuntará al pecho del dueño. ¿Cree que podría adaptarse a un espacio mayor? Los ojos hundidos y oscuros del dueño lo mirarán por primera vez, lo extraerán del resto del público. ¿Tengo el honor de hablar con el juez protector de teatros? ¿Algún problema...? Domingo Torres lo interrumpirá con su risa de aire. Nunca nadie me había dicho que me pareciera a Arjona cara mona. Ah, usted perdone, dirá el dueño aún firme, aún prudente. Es que apenas llevo un mes en la villa y no lo conozco, y como dicen que va de incógnito y que tiene chivatos entre el público... No se preocupe que lo reconocerá usted en el acto, porque no hay disfraz que camufle las orejas de soplillo del juez Arjona. La mueca del dueño será tersa y cumplida y Domingo Torres se hará cargo de la desconfianza: ¿Podemos hablar dentro, señor Mantilla? El dueño echará los cerrojos de la puerta de la calle y lo invitará con el brazo hacia el otro extremo del pasillo.

La ventana ya estaba abierta. El gris meloso de la tarde entraba sonorizado por el aguacero, el humo se iba disipando. El viento inflaba las pantallas blancas y Arnaldo Cuesta iba de un lado a otro recogiendo y desmontando artilugios. Domingo Torres se adentró unos pasos y dijo usted sí que sabe sacarle partido al espacio. Buenas tardes, le dijo a Cuesta, y Cuesta tensó los ojos como si preparara dos granadas de mano, los orientó a la sala, buenas tardes tenga el señor, miraron e inmediatamente impactaron, como inútiles granadas de pólvora mojada, a sus pies. El dueño cerró tras de sí la segunda puerta y adelantó a Domingo Torres. Disculpe, pero no acostumbro a enseñar al público la tramoya. Si es tan amable de subir conmigo a la vivienda. Entiendo, es normal y deseable ser celoso de la obra de uno, dijo Torres, y se dio la vuelta. ¿Subir por dónde? ¿Don Jaime!, gritó el dueño desde abajo. ¡Abra la trampilla que entre claridad, hay visita! Sobre sus cabezas oyeron unos pasos y un chirrido y se dibujó un cuadrado de luz débil, y el dueño arrastró unas escaleras macizas y portátiles. No deja usted de sorprenderme, dijo Domingo Torres. Qué estructura tan ingeniosa. El dueño se archivaba los halagos en el cinismo y se limitaba a responder con puntuales instrucciones: Cuidado con los peldaños, cuidado con la cabeza, y usted, don Jaime, ayude al señor, que ya está arriba.

Jaime Somorrín hacía gárgaras de leche para aliviarse de los relinchos. Escupió en la jofaina, se relamió y se puso en cuclillas al lado de la portezuela. Primero apareció la mano agarrada al paraguas y luego el lamido perfil de Domingo Torres. Se reconocieron sin ningún gesto. Domingo Torres se sacudió la chaqueta y se palpó el peinado. Somorrín volvió a la jofaina y se llenó la boca de leche. El dueño emergió del cuadrado de un salto y cerró la trampilla. Arnaldo Cuesta terminó de limpiar una lente, se colocó debajo y atendió a la oscuridad.

Don Jaime, este es el señor Torres. Señor Torres, Jaime Somorrín, cantante y ventrílocuo, y compañero de habitación. Inclinado hacia el espejo Somorrín deslizó dos dedos por las comisuras de la boca y obtuvo dos gotas blancas. Las limpió en el pantalón antes de decir encantado. Excelente espectáculo, dijo Torres, y Somorrín se encogió de hombros y volvió al espejo. El dueño quitó los trapos y los dibujos que había encima de la única butaca y se la ofreció a Domingo Torres. Bueno. Usted dirá. No será esto otro retrete, ¿no?, dijo Torres, y tras un silencio en el que sólo se oyeron los gorjeos de Jaime Somorrín, volvió a hablar. Se trata de un baile en el teatro de los Caños del Peral. ¿Lo conoce usted? El que está enfrente del palacio, dijo el dueño. Exacto. Que está clausurado. Justo ese, señor Mantilla. Sabe que se hacen bailes, ¿lo sabe? Sí, he ido a uno. ¿Y a que es el mejor teatro de Madrid?, preguntó Torres, y los gargajos de Jaime Somorrín fueron la respuesta. Comprendió que estaba siendo excesivamente brillante y pulcro para concertar un negocio ilícito. Se sacó una bolsa del chaleco adamascado y dijo ciento cincuenta reales de plata ahora y ciento cincuenta después de la actuación. El dueño se separó del respaldo de la silla con la frente arrugada y recogió la talega. Descruzó los brazos, cruzó las piernas, para cuándo, dijo, y escuchó las instrucciones contando las monedas. Pasado mañana, jueves día quince, a las nueve de la noche. Primero la orquesta, mientras la gente llega, y después su número. Dispone de todo el teatro. Gallinero, escenario, palcos, paraísos, recibidor, todo. Calcule unas trescientas personas. Habrá gente importante. Corra la voz, pero con cautela. Domingo Torres paró, inquietado por la desatención y por las flemas de Jaime Somorrín, y dijo oiga, ¿sabe cómo funciona el Caños? El dueño se guardó la bolsa. ¿Clandestinamente? Los párpados de Domingo Torres cayeron con la conformidad del trato hecho.

Jaime Somorrín abrió la ventana, gritó leche va y vació la jofaina. El cuarto estaba umbroso, el desorden amaestrado. El dueño dijo ansias tengo de examinar el teatro lo antes posible. La

frase silbó cordobesa sin fingimiento, un seseo entusiasta y atropellado. Se calló de repente, sorprendido al oírse. Oculta usted su acento, señaló Torres. Sólo para trabajar, respondió el dueño volviendo al castellano. En cordobés el repertorio fantasmagórico no suena serio. Ni el repertorio fantasmagórico ni nada, a decir verdad. Sus brazos flacos y morenos, más que reposar en la silla, la completaban. Sus codos eran dos nudos más de la madera. Jaime Somorrín salió de detrás de un biombo envuelto en un batín y cepillándose el pelo. Don Jaime, tenga la amabilidad de acompañar al señor a la puerta. Le reitero mi admiración por su espectáculo. ¿Querrían ver el teatro mañana por la mañana? ¿A plena luz del día, a veinte varas del palacio real? Entramos por la taberna de al lado que comunica con los sótanos, pierda cuidado.

Jaime Somorrín encendió un quinqué, empujó la trampilla y se sentó en el hueco con las piernas colgando. Se puso de pie en el primer escalón y dirigió una mano a Domingo Torres con la palma boca arriba, como si fuera a sacarlo a bailar, y con la otra alumbraba. Arnaldo Cuesta ya se había ido al fondo de la sala y limpiaba una y otra vez la misma lente.

Me gusta tu chaleco, dijo Somorrín cuando iban por la mitad del pasillo. Me voy a hacer uno así para el jueves. Domingo Torres se abrió la chaqueta y lo mostró. Del sastre Muñiz. Tiene unas telas rarísimas. Somorrín acercó la luz y siguió el dibujo dorado por el pecho y el abdomen. Sus dedos se detuvieron en un bulto duro y lo apretaron. Qué bonito adamascado, dijo, y Domingo Torres le dio un manotazo quita, quema, desabrochó un botón, sacó la dura talega y volvió a abrocharlo. Jaime Somorrín se metió la bolsa en la cintura del calzón. Ahí se te cae. Veinte monedas de oro pesan mucho, dijo Torres. Si se cae, cae en lugar seguro, dijo Somorrín. Domingo Torres se cerraba el abrigo y decía va a ser el día dieciocho. Nosotros esperaremos a los soldados en la plazuela de palacio, con los ministros y los generales. ¿O prefieres ir al Espíritu Santo con los de cuerpos francos? Quizá, dijo Somorrín. Me gusta el uniforme de los guardias de corps. Quizá me disfrace y acompañe a la comitiva. Muy riesgoso, dijo Torres, cuestionado por el niño desprecio de Jaime Somorrín, vencido en un diálogo en el que era él el único que hablaba. Lo del baile del Caños, eh, no se te olvide. Le dices a tus ángulos que es una orden de obligadísimo cumplimiento, que corran la voz, siete reales o equivalente moneda francesa la entrada. Vaya orden, dijo Somorrín. Eres un judío. Utilizar la felicidad de España paruna conspiración es una inversión, lo cortó Torres. España será todavía más feliz si disfruta de bailes de carnaval. Además, que no va a ser un baile común. Habrá poesía y comedia, todo nuestro. Vendrán David Leo, Espinosa, Corominas... Elena Medel, García Román, López Mansilla... No nos queda más remedio que recitar también algo de Martínez de la Rosa para que no se nos enfaden los barones del rosal, y algo de Quintana para que no se nos enfaden los quintanillos. Tapia el primero, dijo Somorrín, divertido con la indignación de Domingo Torres. No me mientes al carcamal de Tapia, mira que es cansino. Dice que no suelta un duro para Las Amenidades si en cada número no meto un poema de Quintana, de Ponce, de Beña o de Martínez de la Rosa, que son los héroes cautivos de las letras patrias. Pues ya se puede quedar con su sueldo de director que ya no me hace falta. Domingo Torres hizo una pausa y suspiró. Pero hay que tragar. Así me gusta, dijo Somorrín dándole una palmada en la espalda. Judío pero agradecido. El brusco ademán de disgusto de Domingo Torres hizo que el sombrero le cayera sobre una ceja. Volverá la Constitución, pero no va a volver el Semanario Patriótico, ni El Español, ni las Variedades ni el Memorial Literario, ni nuestra Abeja del alma, por mucho que nos pese. No van a volver, se acabó, pero no les entra en la cabeza. Además, cómo se atreven a predicar la patria y la libertad, ellos que se han quedado en Madrid chupándose a Fernando. Somorrín, de un manotazo, le

recolocó el sombrero. Calma, dijo, que hay vecinos. Domingo Torres suspiró de nuevo. Perdona. Le cogió la muñeca que regresaba del sombrero y la zarandeó dulcemente. Lo que tenemos que hacer es alegrarnos. Vamos a acabar con la tiranía política y la tiranía literaria en la misma noche. Es tarde, se soltó Somorrín, recorrió los cerrojos y abrió. El bramido del vendaval se hizo nítido y el viento arreció por el pasillo. Anímate, recita algo tuyo, vendrán impresores. O lo leo yo si te da vergüenza. No, dijo Somorrín, sin énfasis pero imponiéndose. Domingo Torres recibió el tamborileo de la lluvia sobre el paraguas y Jaime Somorrín cerró.

Arnaldo Cuesta salió con las sábanas para lavar engurruñadas contra el pecho, bajo la capa. Subía la calle encorvado y lento, sin sortear los charcos, concentrado en engranar las conversaciones y las caras. La pendiente conducía el agua veloz y sucia y las gallinas que cacareaban empapadas le recordaron al gorrioncillo. Pasó por una taberna bulliciosa y pensó la gente ha entrado para resguardarse. Pasó por otra, más ruidosa porque tenía las ventanas abiertas. Muchos eran conocidos, andrajosos y malhablados, y se sorprendió al ver señores entre ellos, en la misma barra. Pensó han entrado para resguardarse.

De la última fonda de la calle salía un rumor de guitarras. Se puso a un lado de la floritura de mármol de la entrada, aguardando algo, aguardando que la evidencia lo aguardara, se le revelara como un milagro y lo dejara tranquilo. Un grupo de castizos y labradores que bebían de la misma bota se aproximó. Se pararon al lado de Arnaldo Cuesta y esperaron. ¿Es que no nos vas a abrir nunca?, le dijo uno. Arnaldo Cuesta reaccionó sin pensar: sacó una mano de la capa y abrió la puerta de la fonda. Le pusieron la bota en el montón de sábanas diciéndole toma, términatelo, hermano. Arnaldo Cuesta se quedó agarrado al tirador, recortado por la luz y el sonido dorados. Pensó en las acusaciones de su mujer y en las sugerencias de José Vargas, irritado con ambos por hacerle responsable de cosas que no le importan, y bajo la lluvia.

Reconoció a algunas personas: algunos vendedores de baratijas voceando a los camareros, algunos guerrilleros con trabuco reluciente a la cadera. Los detalles lo aturullaban, vacíos de significado. No podía dilucidar cuáles de esas mujeres eran vecinas suyas aseadas y cuáles prostitutas, cuáles de esos hombres eran mendigos y cuáles señores desaliñados porque el aguacero les había pillado por sorpresa. Perdió de vista los límites del dinero y sólo percibía una multitud solazándose, y él se sintió intruso. Cuando alguien lo saludó entre el gentío, se fue. Iba a guardarse la bota de vino pero pensó mancha de vino en las sábanas es tirar las sábanas, es pagar las sábanas, y la aguantó en la mano todo el camino.



# **IV**

**CONSPIRAR Y MONTAR UN FIESTÓN SON LA MISMA COSA: DFINANCIACIÓN DEL  
TERRORISMO**

## 18

La primera persona que ve Ramón Calatrava cuando se levanta y la última antes de irse a dormir es su cuñada. La segunda y la penúltima es el suboficial de turno que custodia la salida de la Cárcel de Corte. Ramón Calatrava se pone nervioso cuando ve a su cuñada en bata, con el pelo suelto y la cara limpia, aunque lleve dos años viéndola así. Sus encuentros son breves. Ella madruga para ponerle el desayuno junto con la criada y lo espera despierta para darle un aperitivo, aunque venga cenado, y para preguntarle cómo ha ido el día, siempre con la misma sequedad, sentada al filo de la silla con las rodillas juntas. Ramón Calatrava reacciona vivamente, le explica todos los pormenores del Ministerio, todas las habladurías, le pide su opinión, le hace regalos. Ella sostiene la conversación con agria diplomacia. Los regalos los estrena al día siguiente o el mismo día para darle gusto.

El segundo mes que vivieron juntos la abrazó por la espalda y le dio un duro beso. Ella lo golpeó con las palmas de las manos abiertas y él ni se apartó ni le respondió. Después de componerse la camisola le dijo no soy una viuda. Soy señora de mi casa, lo mismo para mi esposo que para su hermano que para un gitano. Yo sé mis obligaciones y tú sabes las tuyas. Yo no tengo que agradecerte nada y tú no tienes que agradecerme nada.

Desde entonces Ramón Calatrava camina por el barro para poner los pies con los zapatos sucios en el buró de su hermano, lee su correspondencia, desordena sus papeles fingiendo que trabaja, se viste con sus trajes, se pasea por la casa con su toga de bachiller, le dice a su cuñada lo guapa que está o lo zorra que es. Una vez se llevó una mujer a la habitación del matrimonio cuando ella no estaba, procurando desordenarlo todo. La cuñada se dio cuenta nada más llegar y en silencio se mudó a la que fuera la habitación de sus hijos. Mientras la criada y ella trasladaban sus cosas Ramón Calatrava le decía qué te pasa, ¿eh?, qué te pasa, eso también lo hacía tu marido. La noche que quiso forzar la puerta del dormitorio y sorprenderla fue él quien se sorprendió al no encontrar la llave echada. Cerró cuidadosamente y se fue a dormir.

La calle Concepción Jerónima es estrecha y aún está en sombra. El suboficial que custodia la salida se aprieta las orejas y se encaja más el bicornio. Pilar, ¿qué te parece si nos vamos a una casa más grande en el Paseo de los Jerónimos, o por la Virgen del Puerto? ¿No te agobian estas casas tan apretadas con tanto ruido de coches? Con la vista congelada en un arañazo del suelo la cuñada espera a que Calatrava termine de desayunar. ¿Eh, Pilar?, dice con nerviosa insistencia, alterado de verla en bata, con el pelo suelto y la cara limpia. Ella estira poco a poco la mirada desde ese punto hasta otro en la pared. Ahí la clava y dice yo me siento segura viviendo enfrente de la cárcel. Tienes razón, dice Calatrava. Yo también. Deja la taza en la mesa, se pone el sombrero, dice adiós, espera que la cuñada responda, él repite adiós, Pilar, y ella, arrancando la

mirada desde ese punto a otro en la cortina, dice adiós, que tengas un buen día. Tú también. La criada abre la puerta y Calatrava sale, se recoloca la talega de diez mil reales por encima del abrigo y saluda al suboficial que hace guardia en la puerta de la cárcel. Hace frío, ¿eh, sargento? Ya ve si hace, responde. Y digo yo, ¿quién se va a escapar del presidio con este frío?, dice Calatrava. Lo tienen a usted ahí desaprovechado, ¿eh, sargento? Qué se le va a hacer, responde el suboficial.

Richart está sentado en una mesa junto al perchero. Sus ojerías son dos almohadones que se mullen cuando parpadea. Calatrava se le acerca diciendo hace frío, ¿eh, comisario?, y Richart observa cómo se desabrocha el abrigo y se lo quita, cómo lo cuelga al lado del suyo. Sí que hace, don Ramón, y se estrechan la mano. Me he permitido pedirle una copita de anís, que sé que le gusta. Cómo se nota que ha sido espía, se fija usted en todo, dice Calatrava, y se sienta. Da dos sorbitos y Richart lanza rápidas ojeadas al abrigo. ¿No toma usted nada? Ya he tomado, gracias. Calatrava da otro sorbito al anís y también mira el perchero. Se sonríen cortamente. Bueno. ¿Sabe usted algo de su hermano?, dice Richart. Que está preso en Melilla, dice Calatrava. Apura el anís y golpea con el vaso la mesa. Todos los patriotas lamentamos tan injusto encarcelamiento, dice Richart. Un hombre muy valioso para la sociedad. Ya para dos años. En verdad queoiga, lo interrumpe Calatrava. Sabe ya lo del baile en el Caños del Peral, ¿no? Richart asiente y dice no me gustan los bailes, ni de joven, pero, en fin, supongo que le gustan ni le deben gustar, lo interrumpe Calatrava, porque sigue usted bajo carceraria domiciliaria, ¿no?, desde el seis de enero, ¿no, comisario?, y se levanta. Ya va usted tarde a su casa, que Arjona cara mona no perdona. El gesto de Richart se vuelve austero, deja una moneda para el mozo y también se levanta. Compone un último intento de amabilidad: ¿Y su cuñada, cómo se encuentra? Estupendamente, comisario, ¿y usted y sus tíos, y sus sobrinos, y su gato, y su vecina, bien?, me alegro. Cada uno empieza a ponerse el abrigo del otro, callados, con expresión distraída. Calatrava estira los brazos, sacude las solapas, adelanta y atrasa los hombros. A Richart le queda grande. El dinero pesa en el lado izquierdo, el botón cercano está tenso en el ojal. Se dedican una aprobación neutral y salen juntos. ¿Sabe, comisario? Hasta preso sirve mi hermano a la sociedad, le dice Calatrava. Lleva usted puesto el abrigo más valioso del hombre más valioso de la patria.

José Vargas y Francisco Esbri han llegado los primeros a la Plaza de Santa Ana, cada uno por su lado. Francisco Esbri anda a paso ligero para entrar en calor, mirándose los zapatos nuevos. Hay diseminados montoncitos de flores y velas, la mayoría deshojadas y apagadas por la tormenta de ayer. Tienen prendidos papeles arrugados. Con letra corrida ruegan por Santa Ana, por las carmelitas que tuvieron que irse, por el viejo convento y por el achicharramiento eterno de los franceses y los afrancesados que lo demolieron. Cuando Esbri se topa con alguno dobla el tronco y observa. Reconoce las eses esbeltas, las aes redonditas y las efes enmarañadas y adivina lo que dicen. José Vargas va apuntando al suelo con la nariz y el cigarro, buscando una llama con la que encenderlo. A veces Esbri y Vargas levantan la vista y recelan. No hay nadie más en la plaza y la niebla empieza a bajar.

A Diego Lasso lo motiva la contradicción. Anoche fui un perfecto caballero, ella lo sabe, piensa, y recrea segundo a segundo sus acciones y palabras cruciales. Le ofrecí dar un paseo y no quiso, como guste la señora, es usted libre. En ese punto incide, se ve espléndido. Como guste la señora, mirada directa, es usted libre, paso atrás con el paraguas. Como guste la señora, cuerpo girado, su brazo entre ambos, es usted libre, pequeño desdén. Como guste la señora, Castillejos leve reverencia, es usted libre, Castillejos bajo la lluvia corre a pegarse a la pared. Capitán,

mirarla de reojo. Señora, mirada directa. Doña Catalina, ¿le apetece dar un paseo?, y Plaza irrumpe en el recuerdo y se lo ensucia. Pero qué paseo vas a dar con la que está cayendo, corre a pegarse a la pared. Un paseo a lo de Torroba, que tiene el mejor chocolate de Madrid, para entrar en calor, le sonríe a Castillejos. Gracias, don Diego, corta sonrisa púrpura, pero estoy un poco acatarrada, mano al pecho, podría empeorarme. Como guste la señora, mirada directa. ¿Pero qué paseo vas a dar, pero qué paseo vas a dar? ¿Pero por qué no te vas a que te la mame cualquiera? ¿Pero por qué se queda con Plaza? ¿No ve que la desprecia? La tendrá a sueldo, se lo habrá prohibido, no quería irse con él, ahora está con él, es un canalla, yo creo que anoche me suplicaba con los ojos, debí imponerme, me suplicaba, es inevitable, ya me va queriendo, que suplique un poco más. Diego Lasso camina deprisa, aprieta los puños dentro de los bolsillos, se muerde los pellejos de los labios. Le haré un regalo, piensa. Le haré tres regalos. Acaba de llegar a la Plaza de Santa Ana.

Richart, Vargas y Esbri forman una pequeña mancha en la niebla. No ven a Lasso hasta que lo tienen justo al lado. ¡Diego!, dice Francisco Esbri adelantándose y palmeándole la espalda. ¡O no nos vemos nunca o nos vemos todos los días! Richart se cuadra diplomáticamente y dice teniente Lasso, y Vargas lo imita. Ah, perdón, teniente, dice Esbri guasón dirigiéndose a Lasso, y también se medio cuadra. Ya he presentado a los señores Vargas y Esbri, dice Richart. Pero el señor Esbri... dice Lasso, ¿no es el ángulo de...? Tantea si decir el nombre o no. Del capitán Plaza, dice Richart, en efecto. Con mis respetos, señor, dice Lasso haciéndose a un lado ¿Eso no vulnera el conocimiento en cascada jerárquica del que me habló usted el lunes? ¿Que mi ángulo Vargas conozca al ángulo Esbri sin conocer a su superior Plaza? ¿Esto no es saltarse al capitán Plaza? Richart sonríe benévolo. Está usted en todo, teniente, pero no tiene que preocuparse. El conocimiento en cascada jerárquica no se vulnera en el sentido de que... Se sube las largas mangas del abrigo prestado y forma un vértice con los dedos índice. De que el capitán Plaza ya ha depositado en su ángulo el comandante Esbri plena confianza como para que lo represente. Ajá, dice Lasso. Usted ha estudiado leyes, ¿verdad, teniente? Sí señor, dos años en Salamanca. A sus espaldas, Francisco Esbri le dice a José Vargas extremeño usted entonces, ¿no? Vargas responde con un gruñido. Bien, dice Richart. Pues esto sería como un poder que el capitán Plaza otorga al comandante Esbri. Ajá. ¿Lo han firmado y todo? Un poder tácito, dice Richart. Entiendo, dice Lasso. No obstante, esto es algo excepcional. Entre los demás conjurados rige la triangularidad férrea, añade Richart uniendo al vértice de sus índices todos los demás dedos, y presiona las yemas entre sí. Diego Lasso afirma con cabezazos sucesivos. No conozco yo Extremadura, no, dice Esbri. No se pierde usted nada, dice Vargas. Richart suelta aire y se relaja, recibe todo el peso del abrigo, los almohadoncitos de sus ojeras sonríen por él. Me alegra poder contar con usted para estos asuntos delicados. Pocos iniciados comprenden las exigencias de una empresa tan ambiciosa, y en su mirada hay un alivio cercano al afecto. Lasso piensa esto debe ser la igualdad y la fraternidad, y dice conmigo puede contar para lo que necesite, estoy a su disposición. Hombre, cómo dice usted eso de su tierra, dice Esbri. Vargas no responde. Echa vigorosamente el humo para que atraviese el blanco telón de niebla. Se verá recompensado, teniente, dice Richart. De momento, sírvase de esta limosna, y le cuesta llegar al fondo del bolsillo. No se lo esperaba tan profundo. Van trescientos o así, lo he contado con prisas. Lasso se guarda la bolsa sin mirarla y dice trescientos o tres, lo que sea. No sabe la oportunidad que me está dando, señor, cómo se lo agradezco, dice Lasso, y piensa esto es igualdad y fraternidad. Bueno, concede Vargas de pronto, y su cara asoma oblicua bajo el ala del sombrero. Hay un jamón... ¡Unos jamones! ¡Un lustre de

gorrinos! De eso no hay en Madrid. Esbri reconoce la evidencia y dice en Madrid no hay de nada. Nada más que putas, añade. Eso es lo que hay en Madrid. Y frío como para morirse, dice Vargas, y alzando un poco la voz hacia Richart y Lasso dice disculpen los señores, pero por qué no nos vamos a conspirar a la posada de ahí de la esquina. Richart se gira diligente y bracea para remangarse de nuevo y poder gesticular. Disculpen, disculpen ustedes. No hace falta ir al café, es sólo un momento, y los llama para cerrar el círculo.

Sargento Vargas, comandante Esbri. Los reúno aquí con el teniente Diego Lasso como testigo para proponerles que dirijan los movimientos de los soldados francos el día de ejecución del plan. El comandante Vargas como capitán primero y el señor Esbri como capitán segundo. José Vargas y Francisco Esbri se miran. O el señor Vargas de teniente coronel y el señor Esbri de capitán primero, si prefieren, dice Richart. Francisco Esbri depone la conversación a los zapatos nuevos. Ustedes son hombres de valor, lo han demostrado. Su retribución aumentaría. Irían a caballo. Esbri tose y dice señor comisario, yo le agradezco que confíe en mí, pero verá usted, si ya el plan es una cosa difícil... No difícil, vamos a ver, una cosa de hombres de valor como dice usted, pero que mi mujer va a dar a luz, ya se lo dije, y que eso es muy arriesgado lo de ser jefe, y que yo no tengo afán de protagonismo ninguno tampoco, yo con esto me conformo y le agradezco, vamos, que no he tenido yo tanto dinero en mi vida. En la cara de Lasso hay algo altivo porque piensa este, este alpargatero es el ángulo de Vicente Plaza, y anticipándole orgullo mira a José Vargas, adquiere su aplomo. Está bien, comandante. Lo respeto, y dirigiéndose a Vargas ¿cree usted que podrá hacerlo solo? Comisario Richart... dice Vargas. Un subalterno no puede ser jefe de jefes porque se enfadarían. Yo sólo he comandado una partida del regimiento de Trujillo. Si me pongo al frente de tenientes y capitanes, se sublevan, y los que no tengan rango harán más caso a ellos que a mí. Con todos mis respetos a su decisión, señor... A mí no me respeta nadie. Empieza a emerger en Lasso esa repugnancia de días atrás y sólo ve en Vargas excusas y harapos.

Richart se cruza de brazos y los amplios pliegues que hace el abrigo le dan el aspecto de un niño rescatado. Las respiraciones de Lasso, Esbri y Richart caldean el aire inmediato. Vargas respira dentro de la capa y nota que se espera algo de él, una presión que no siente desde la guerra, y para quitársela de encima dice lo primero que le viene a la cabeza: Si me permite una sugerencia... ¿Por qué no se lo propone al capitán Plaza, Vicente Plaza? A Lasso le trepa, como una arañita por la pierna, la silenciosa rabia del desacatado. El comandante Esbri me ha dicho que es su ángulo superior, continúa Vargas. Yo de oídas lo conozco y tiene buena fama. Esbri interviene con firmeza sí, sí, el capitán Plaza, un militar de carrera y un hombre firme y valiente, húsar nada menos, y que se hace obedecer y buen compañero, y con estudios creo, ¿a que sí, Diego... teniente Lasso? ¿Qué estudios tiene el capitán Plaza?, le pregunta Richart. Diego Lasso piensa fraternidad, fraternidad, y murmulla fue... fraternidad, piensa, fraternidad... fue visitador y comandante general de rentas de Valladolid. Vaya, se sorprende Richart. Cesante desde el año catorce, se apura a añadir Lasso. Todos somos cesantes desde el año mil ochocientos catorce, remacha Richart. Le preguntaremos al capitán Plaza, pues. Y otra cosa. Hay orden de ir mañana jueves a las nueve a un baile en el teatro de los Caños del Peral y correr la voz. ¡Esto sí que es una conspiración!, exclama Esbri, y Lasso, Vargas y Richart hacen ssssh. ¿Invita la conjura o también se nos paga por ir?, susurra Vargas. No sé, dice Richart, no creo. ¿Es un baile secreto?, pregunta Lasso. Secreto para el gobierno, público para el público. ¿Secreto porque es de la conspiración? No. Secreto porque el Caños del Peral está clausurado por ruina y está interdicho entrar. No es de la conspiración, no invita la conspiración, puede ir cualquiera que no sea de la

conspiración, dice Richart. O sea que es público, dice Esbri. Pero no se anuncia en carteles ni en papeles. De boca en boca para todo el que sea de confianza. ¿A nuestros ángulos nada más? ¿Y es de disfraces? Vamos a ver, dice Richart extendiendo las manos. ¿No han ido nunca a un baile clandestino al Caños? Docenas de veces, yo tres o cuatro sólo, el mes pasado sin ir más lejos, últimamente son caros los billetes, La Falansteria los puso hace dos semanas a seis reales nada menos, ¡seis reales!, eso sí, me bebí hasta el aceite de las lámparas, pero era para celebrar el embarazo de la Encarnita, es que están las sociedades de baile arruinadas, esas sí que están en la ruina y no el teatro, qué exagerado es el regidor, hombre, a un primo mío le cayó un pedazo de palco que perdió el conocimiento, pues están mejor los bailes desde hace dos años clandestinos que los de antes, también están más caros, pero mucho mejor de todas maneras, no separan a las mujeres, no te exigen ropa petimetre ni historias, cada uno va lo decente que quiere y puede. Veo que lo conocen ustedes mejor que yo. Procedan con igual naturalidad, esa es la orden. ¡Así que para eso eran los disfraces, eh, comisario!, dice Esbri. Pero, señor, dice Lasso. Los trajes que yo encargué el lunes no son disfraces. No, no, no, señores, dice Richart. ¿Vamos a ir disfrazados de carnaval a sorprender al rey para que jure la Constitución?, pregunta Vargas, y su cicatriz se frunce, su cara se alboroz. Que no, señores. Esos trajes son para el domingo, para la ejecución del objetivo, y no son de carnaval, ¿verdad, teniente Lasso? Nonó, señor. A ver si ahora ha encargado usted veinte trajes de Polichinela. Nonó, señor, sobrios sobrios. A sorprender al rey no sé, pero al Caños se va disfrazado siempre, eso es así. Bueno, pues se disfrazan ustedes si quieren. ¿Y hay que hacer algo allí? ¿Algo del plan? Les estoy diciendo que la orden es correr la voz, pagar la entrada y entrar, fin. ¡Qué orden tan estupenda! Pero no será muy caro el billete, ¿no? Pero qué más te da, si nos están dando estos señores como para comprar el teatro entero. Esta es la mejor conspiración en la que yo me he metido en mi vida. Mi enhorabuena a sus superiores, comisares todo, censura Richart la algarabía. Seguirán recibiendo órdenes de sus ángulos superiores. No le hablen a nadie de este encuentro. Del Caños sí, sí hablamos, ¿no? ¿Mañana a las nueve?, dice Esbri. Del Caños sí, mañana a las nueve. ¿Se va a disfrazar usted? A ver si no lo vamos a reconocer debuenos días, corta Richart a Esbri. Buenos días, responden Vargas, Esbri y Lasso con un descenso simultáneo.

Richart sale del círculo y penetra en la niebla. Mira arriba e identifica el rectángulo opaco que es el balcón de Mariano Renovales. Diego Lasso lo alcanza a pocos pasos disculpe, disculpe, señor Richart. Quiero decirle que lamento la decepción que se ha llevado con José Vargas, un conjurado del que yo como ángulo superior debo responder. Le juro que no me esperaba esa reacción, rechazar un cargo, menospreciar su confianza. También yo me siento decepcionado y lamentas decepciones no existen, lo interrumpe Richart. La decepción es una creación sentimental que carece de remedio práctico. Existen los imprevistos. Los imprevistos se resuelven con la razón. ¿Comprende, teniente? Diego Lasso, lleno de pudor de aprendiz, dice sí señor, y Richart sonrío con su hociquillo: Terminará usted sus estudios, supongo. Desde luego, a eso vine a Madrid, responde Lasso. Su voz es limpia, futura. Le recomiendo la academia de San Isidro. Allí estudié yo. Esa precisamente tenía pensada. Es dura, y es cara, dice Richart, pero es la mejor. Ahorre ahora que puede, no se lo gaste todo en los salones, ¿eh? Sisisí, soy consciente. Oiga, teniente. Richart carraspea y recupera la distancia. Le adelanta al capitán Plaza lo de ser jefe, pero sin detalles, y le dice que mañana vaya con su ángulo Francisco Esbri a la Puerta de Alcalá, que allí los espero a las seis. Buenos días. Buenos días, dice Lasso, y viendo desaparecer a Richart siente los borbotones de algo que se revela, más y más caliente, más a punto, y cuando se

da la vuelta y encuentra a José Vargas esperándolo, pardo y cuadrado en la espesura blanca, cuando le dice con su acento áspero teniente, me da lo mío, alcanza el punto de ebullición y se anuncia: Diego Lasso estudia leyes porque lo motiva la contradicción.

## 19

Castillejos se despegó súbitamente de la almohada. Llegó a la puerta a pequeños pasos, hizo un relevé usando de barra de ballet el picaporte, sirviéndose de su apoyo para silenciarla. A pequeños pasos llegó al centro del salón. Se quedó quieta, con los dientes castañeando y la piel de gallina, y miró a Vicente Plaza.

Catalina Castillejos es dueña de su convulsión, sabe activarla y vencerla. Desde pequeña piensa en la muerte. Lo que más la angustia es el enterramiento, y en especial el ruido de la tierra en la caja. Siempre había visto la muerte como algo aterrador por lo austero, porque no da posibilidad de reacción. Ahora, en cambio, pensaba en los mil motivos de la fantasmagoría y, aunque no le daban miedo, la confundían abismalmente. Será la muerte algo espectacular lleno de figuras y de voces, pensaba, y se sentía engañada y estúpida. Por eso retomó la muerte sobria y sin eco y entonces le entró la convulsión, la imperiosa angustia. Se levantó sin ponerse el batín y sin importarle. Capitán, dijo en mitad del salón. Avanzó hasta el canapé y ahí susurró capitán, capitán. Los dientes le castañearon más y más deprisa hasta convertirse en un rumor. Vicente Plaza se revolvió y su cabeza surgió de debajo de un cojín. Qué pasa, dijo con repentina voz altísima. Deme la mano. Qué te pasa. Por favor deme la mano. La mano de Vicente Plaza salió de la manta y cayó al suelo. Castillejos la recogió y la envolvió entre las suyas, y las tres adquirieron la misma temperatura. He tenido una pesadilla, dijo Castillejos, que nunca confiesa que piensa en la muerte. Le da vergüenza, le parece herético. Se desperezó Plaza. Yo también he tenido una, dijo. Los fantasmas y la madre que los parió. Estaba yo con el Empecinado colgado en la jaula, luego unos críos pudriéndose... La mano de Vicente Plaza se vigorizó un momento, apretó la de Catalina Castillejos y ella dejó que se deslizara del hueco de sus manos al interior de la colcha de nuevo. Ya me he tranquilizado, gracias, dijo. Plaza se arrebuja y dijo yo también. Ve a dormir. Castillejos reparó entonces en la desnudez del camisón. Cruzó los brazos, dijo buenas noches y corrió a la cama. El rubor detuvo la tiritera y se quedó dormida con la cara caliente, caliente como la tiene ahora porque Vicente Plaza la está mirando y Castillejos se acuerda de anoche y piensa que Plaza también.

José Vargas y Diego Lasso caminan juntos. Se separan un poco si sus abrigos se rozan, hasta que un coche o un montón de basura los separa o vuelve a unirlos. Hace más frío que ayer. Sí, anoche heló. Esperan que cada esquina sea por la que el otro desaparezca. En la desembocadura de la calle ralentizan el paso y cruzan la primera fila de árboles. Qué va usted, a darse un paseo. Sí, sí, precisamente. Llego a las Niñas de Monterrey y me vuelvo. Aprovechando que está despejado. Claro. Yo igual pero para arriba, para la plaza de toros, a ver el cartel. A ver. Bueno. Bueno. Lo veo a usted mañana en el Caños. Allí nos vemos. Buenos días. Buenos días, y enfilan el



paseo del Prado en direcciones contrarias.

Arnaldo Cuesta observa una Diana Cazadora. Cuando ve la sonrisa de la figura, sonríe. La sala de esculturas es una guerra o una fiesta est tica donde Arnaldo Cuesta ni baila ni combate, ni admira ni señala, hasta que descubre a la altura de sus ojos los tobillos de la Diana. Al verlos ha adquirido conciencia de los suyos, su volumen y su dureza, y ya no siente sus tobillos sino dos bultos molestos al final de las piernas.

Vamos a congelarnos aquí en mitad de la maleza. No podíamos citarnos en un café como todo el mundo. Y encima nos hace esperar. Me cago en el teniente, dice Vicente Plaza, y al ver el rubor de Castillejos cree que es por su mal hablar y eso lo ruboriza a él, y Castillejos más se sonroja. Por un tipo de intrepidez que despierta la vergüenza, localiza en la distancia un pequeño invernadero, se recoge el vestido y se adentra en el jardín. Vicente Plaza la sigue y más corre Castillejos.

El pardo trapezoide que es José Vargas aparece entre las piernas de la Diana y avanza. Le hace un gesto a Arnaldo Cuesta para que no se acerque. Se coloca a su lado y se saludan en silencio. Arnaldo Cuesta tiene los ojos en la cintura de la Diana y espera la conversación. José Vargas se echa para atrás el ala del sombrero y mira de arriba abajo la figura.  Hab as venido antes al museo? Pareces un entendido, le dice. No,  y t ?, dice Cuesta, y se ríe de sí mismo: Parezco un entendido. Yo nada más el verano pasado cuando lo empezaron a arreglar, responde Vargas. Se estaba fresquito.

Castillejos empuja la puerta de hierro. Desde la primera rendija abierta el invernadero exhala su grave flujo. El perfume bloquea un instante las respiraciones de Plaza y Castillejos, luego un sopor los conduce; la puerta, educadamente, se cierra por su propio peso. En el pabellón hay bulbos que cuelgan de lazos desde el techo. Los bulbos invertidos, tan rugosos, revientan en diminutos pistilos, como campanitas que en vez de sonar huelen. Castillejos se sienta en el banco de forja. Su postura se expande al notarlo tibio, como si recibiera un regalo. Vicente Plaza pasea alrededor con el cuello hacia atrás y la mandíbula muerta. La boca se le seca y se le humedece en cada aliento. No ven aproximarse a Diego Lasso a través de los cristales empañados.

Te he citado aquí porque no hay apenas gente, dice José Vargas. Echa un último vistazo a la Diana y le da la espalda, como si sospechase de la estatua. Los cafés y las iglesias están llenos de infiltrados del rey. Tenemos  rdenes nuevas. Arnaldo Cuesta gira con él pero cada poco lanza ojeadas a la Diana, como si fuera su aliada. Mañana hay que ir a un baile en los Caños del Peral, a las nueve. Hay que correr la voz. Cuantos más iniciados hagamos, más nos pagarán después, entiendes, dice José Vargas con la boca y la mirada llenas, con la cicatriz serpenteando. Arnaldo Cuesta se muerde las mejillas por dentro, muerde la inútil superioridad del que descubre a un mentiroso y no lo denuncia. Mira a la Diana de reojo y se contagia de su dulce expresión cazadora. Entiendo, dice.

Una ráfaga rasposa es Diego Lasso que irrumpe en el invernadero. Se choca con los bulbos invertidos, como si los besara por sorpresa con los hombros, el sombrero, y titilan. Los cabellos sueltos del mo o de Castillejos se mueven. Perdón, perdón, pero he tenido que llegar casi hasta la plaza de toros y volver con tal de que no nos descubrieran, exclama Lasso. Hay  rdenes nuevas, dice, y saluda, doña Catalina, y a Castillejos le sale un lánguido mohín y estira las piernas fuera del banco. Lasso inhala por primera vez el aire de flores. Vicente Plaza, al erguir la cabeza, se topa con un bulbo. Lo rueda en la frente, lo ve desenfocado, hace equilibrio con él en la raíz.  Qui n torea esta tarde?, pregunta.

Tras el eco de una escandalera aparecen tres estudiantes vistiendo guantes sin dedos. José Vargas y Arnaldo Cuesta no estaban hablando pero su silencio ahora es deliberado. Los tres estudiantes deambulan juntos y hablan, luego se dispersan y ocupan toda la sala con su taconeo vidrioso y sus reconocimientos breves y excitados de las esculturas. De la Diana pasan de largo. Los ojos de Arnaldo Cuesta van por los vértices y las volutas de los pedestales. José Vargas barre con la mirada el paisaje de mármol sin identificar formas ni volúmenes. Sólo percibe blanco, ve frío. Dice creo que el baile va a ser cosa fina. A los señoritos estos les gusta mucho el exceso. Los estudiantes han elegido. Despliegan sus caballetes, sus asientos y sus estuches, desenfundan sus pinturas y sus carbones, se descubren, se remangan y comienzan. Que parezco un entendido, se ríe para sí Arnaldo Cuesta.

A Catalina Castillejos le parece que no es un invernadero sino una vitrina. El pabellón de los bulbos invertidos le da esa sensación de pequeñez: es una vitrina y ella, el capitán Plaza y el teniente Lasso, figuritas expuestas. Diego Lasso da un toque como de abanico en el hombro de Vicente Plaza y dice escucha, y a Plaza el bulbo invertido se le escurre por la nariz. Qué. Diego Lasso susurra mañana a las seispuertadealcalá¿quée?, exclama Plaza doblándose en la exclamación. Lasso lo enfila con el ceño, fraternidad, fraternidad, piensa. ¡He ido hasta la otra punta de Madrid para mantener el secreto del triángulo y ahora quieres que grite delante de...! Fraternidad, piensa, fraternidad. De la señorita. Castillejos se ha levantado y se ha puesto a dar vueltas bajo los bulbos colgantes. Al principio los observa, cada vez más de cerca, miedosa de que ceda una pendencia tan delicada, como si incordiará a murciélagos dormidos. Pero qué ciencia la botánica, se dice, se confía y los pulsa, y luego los sacude, los lanza y se enredan unos con otros. Así tendríamos que poner nosotros los olivos, dice. Se varearían más fácil. Diego Lasso espanta los suaves proyectiles como si fueran moscas, a las seis, mañana, Vicente, pero Castillejos insiste y crea una ventolera de semillas preñadas de la que es imposible sustraerse, a las seis Puerta de Alcalá. Vicente Plaza emite un gruñido bobo y los bulbos que le llegan los devuelve, otros los dirige a Lasso y Lasso chasquea la lengua, los recibe apático, tangente. Imagínate que son franceses ahorcados, dice Plaza. Ahorcados de olivos, dice Castillejos.

Me han dicho que en la misma cárcel de corte tenemos compinchados. Oficiales y suboficiales. La voz porosa de José Vargas tiene la misma textura que los trazos de los dibujantes, son el mismo murmullo hasta que uno de los artistas, sin desviarse del ejercicio o sólo un poco, se dirige a otro que está en otra sala y las frases retumban en las galerías Ernesto, ¿vas a comer aquí o en lo de tu madre?, tú tienes láminas de las gordas, ¿no, Seve?, no sé, según, porque me parece que va a comer la gorda de mi prometida en casa, y paso, yo sí que me quedo, no está tan gorda, hombre, aquí me queda a mí una lámina, ah gracias. Arnaldo Cuesta se rasca por encima de la ropa, del paño rígido y José Vargas le habla: Me han dicho que el dinero ya está en camino. De Inglaterra y del Perú viene, de París. Los exiliados, sabes. Es la única manera, sabes. Arnaldo Cuesta sorbe saliva y mira al frente. Paseando han alcanzado la espalda combada de uno de los dibujantes. Arnaldo Cuesta y José Vargas, con simétrica curiosidad, se asoman al boceto. Se han contagiado de su queda vibración y siguen sus movimientos, su utillaje, y observan la escultura que él observa. Recorren los pliegues de la túnica, densos como si la Ariadna Dormida se hubiera bañado con ropa, más densos en el vientre y más en el sexo. Hasta ese punto conduce la tela de mármol a Cuesta y a Vargas. En el sexo la túnica se precipita como si se hubiera derramado aceite. No sé, se dice a sí mismo el estudiante, y hace una pausa. Retira el cuaderno del regazo y se inclina hacia la figura. No sé si el escultor quería distraer la atención del coño o resaltarlo con

tanta tela, dice más alto, y perfila en el aire las arrugas, cada vez más cerca, hasta casi tocarlas con el lápiz. Pero lo que consigue es que uno sólo busque el coño de Ariadna, concluye. Clarísimamente quería resaltarlo, le responde el del otro extremo de la sala. Seguro, dice el tercero. Es que es el centro, el centro geométrico exacto de la escultura. El primero vuelve a sentarse, recoge el cuaderno y sigue dibujando.

Cuando Vicente Plaza, Diego Lasso y Catalina Castillejos salen, nebulosos, del jardín botánico por la verja que da al museo, José Vargas y Arnaldo Cuesta salen, rígidos, por la puerta del museo que da al jardín botánico. Es por donde han pasado hace una hora Vicente Plaza, Catalina Castillejos y Arnaldo Cuesta, donde los tres se han saludado antes de entrar al museo y al jardín botánico, con más sospecha que cortesía. Arnaldo Cuesta había reconocido a Castillejos y a Plaza porque los vio ayer en el teatrillo de la fantasmagoría, porque Castillejos estaba la primera en la cola. Reconoció su boca rota. Para cerciorarse de que era ella, se le había acercado como dando un paseo en su dirección, sin saber hacerse el distraído. Entonces Plaza se giró y exclamó ¿desea usted algo, buen hombre?, y así lo confirmó Cuesta: es la de la boca rota de ayer. Nada, nada, señor, respondió. Sólo quería asomarme a los jardines, que me han dicho que están muy lucidos. Ahora en invierno hay poco que ver, está todo pelado, respondió Plaza, y se dio la vuelta invitando a Castillejos, protegiéndola, y entraron. Algún interés tendrá si van ustedes para adentro, añadió Cuesta, alejándose. Nosotros es que somos científicos botánicos, buenos días, y buenos días se repiten ahora que vuelven a encontrarse ante las miradas atónitas de Diego Lasso y José Vargas, que se paralizan pero siguen andando, como si nada pero desnudos, pero torpes, cuando se avistan de frente saliendo uno del jardín y el otro del museo, uno con Plaza y Castillejos y otro con Cuesta. Lasso sólo necesita que Castillejos diga esta noche, si no le supone un problema, teniente Lasso, tendría la amabilidad de, y lo dice oblicua, desde la mejilla, de acogerme en su habitación, yo con una manta en el suelo me basto, ya he causado bastante molestia al capitán Plaza, y Vicente Plaza vuelve a reconocerla, ahora con hastío: una mujer bonita; y eso, sólo eso necesita Diego Lasso para convertir la decepción en imprevisto y recuperar la fe en la conspiración.

Desde el balcón de Mariano Renovales la plaza de Santa Ana es un tapete de naipes roído. Hay desperdigados matojos de hierba y cardos y la gente se mueve despacio y en grupos, como las series de cartas de un jugador. Cuando alguien del grupo se cambia de sitio es que el jugador ha reordenado sus cartas. Cuando alguien se sale del grupo es que el jugador ha lanzado su carta, su pareja, su trío o su escalera. El muchacho que lo ha correteado a usted es clarísimamente una sota de bastos, dice Mariano Renovales. El balanceo de Renovales en la mecedora distribuye el olor de grasa de cuero por toda la estancia. Richart se pone a su lado, de espaldas a la ventana. Mi coronel, ya está todo por hoy. ¿Ha avisado usted de que estaré yo? He dicho que habrá hombres importantes pero no he dicho su nombre, por su seguridad. Mariano Renovales se inclina hacia delante cuando la mecedora va atrás y hace fuerza contra el respaldo cuando la mecedora va hacia delante. Richart reprime el impulso de ayudarle y empujar. Debe usted decir mi nombre, comisario. Así insufla valor a los soldados. La tropa me tiene amor. El del sombrero de ala ancha es un cuatro de espadas. Y el otro, el majo, un siete de copas. Aprieta los reposabrazos de la mecedora para hacer más fuerza e ir más rápido, acompañando a la intensidad de sus pensamientos. Porque mis arreos son las armas, mi descanso el pelear, sabe, comisario. Sobre usted, mire que le he dado vueltas, mire que he hecho comparaciones, dice, sumando ahora el impulso de la cabeza. Pero es que no pertenece usted a la baraja española. Richart simula

curiosidad: ¿No, mi coronel? No, comisario. No se ofenda, pero es usted un as de picas de póquer. No me ofende, mi coronel. Me gusta el póquer. Renovales se relaja, se frena poco a poco y poco a poco adquiere gravedad. Pero las picas, comisario, la pica es el extremo final de la picota. Y el as, señor, el as es la carta reina de la baraja, responde Richart. Más que ofenderme, me halaga. Si no manda mi coronel nada más... Sí mando. Le mando decir mi nombre. ¿Cómo no se le ha ocurrido a usted decir mi nombre? Señor, la ordenación de la conjura no permite dar los nombres de los conjurados, por su propia seguridad, señor, piense que son analfabetos que pueden, sin maldad, hablar demasiado. Por eso es mejor cuidarse de quecomisario comisario, lo interrumpe Renovales con amplias negaciones de cabeza. No confía en el pueblo, amigo mío, y si usted no confía en el pueblo, el pueblo no confiará en usted. El pueblo confía en mí y yo he de devolver ese favor. Mañana me lleva usted a la cita con sus compinches favoritos. Tenga en cuenta que yo soy un caballo de oros. Renovales se desliza hasta el filo del asiento y pega la frente al cristal. Como guste mi coronel, dice Richart vencido por el soniquete. Mañana a las seis de la tarde en la Puerta de Alcalá me he citado con algunos soldados principales para mostrarles el sitio. Si gusta de acompañar¿ha visto a la Agustinilla por ahí abajo?, lo corta Renovales. No, señor. Es que hace rato que no la veo, y es su hora de comer. Hay mucha niebla, dice Richart. Igual está en un callejón y no la distingue desde aquí. ¿Tampoco la ha escuchado? No, señor, dice Richart, pero al instante recapacita porque no quiere alargar más la charla, se da la vuelta, señala fuera y dice ah, sí, sí que he escuchado unos cascabeles por detrás de la herrería. ¡Ah, no es bicha la Agustinilla! Se va a lo del herrero que se está calentito. Si no ordena mi coronel nada más... Que vaya diciendo mi nombre, Richart, que diga mi nombre, se lo tengo dicho. ¿Cree usted que no sé yo que mi nombre es cosa comprometida? ¡Pues claro que lo sé! Pero en este trance revolucionario en el que nos encontramos hay que comprometerse. Mariano Renovales se pone de pie y la capa de armiño arrastra y barre. Da un tirón para desengancharla de una oquedad de la mecedora. Cuando llega al aparador, al otro lado de la sala, la capa es una alfombra y Renovales un bache en el suelo. Richart se hace a un lado y reprime el impulso de coger la capa y sacudirla. De verdad que es usted un as de picas en toda regla, dice Renovales. Coge un papel y repasa domingo dieciocho, antes de que el rey traspase la pérgola del Espíritu Santo hay que, sí, mmm, viva la constitución, domingo dieciocho, sí, vamos, lo de siempre. ¿Sabe quién era también un as de picas, comisario? Richart responde quién, don Mariano. Robespierre. ¿Cómo se queda? Richart saca por tercera vez el reloj. No más agasajo, mi coronel, que me abruma.

## 20

Arnaldo Cuesta se dio un martillazo mientras colgaba la tela blanca y luego, mientras el dueño probaba las imágenes, un extremo se descolgó de sus enganches y dejó arrugada la proyección de un esqueleto. Don Arnaldo, es la tercera vez, dijo el dueño desde el palco real. Sacó la lámina del esqueleto por la ranura de la linterna y la luz salió en una columna limpia. Dirigió el foco de un lado a otro del escenario buscando a Arnaldo Cuesta. ¿Arnaldo? ¿Dónde se ha metido usted?, y la última sílaba se estremeció con el relincho que ascendió desde el centro del patio de butacas. ¡Y lo he hecho sentado, Mantilla, qué le parece, ha sido apenas un susurro, apenas un potrillo!, dijo Jaime Somorrín. Bravísimo, don Jaime, dijo el dueño, y lo apuntó con la lámpara. Pero haga el favor de ser más discreto, que le recuerdo que estamos a treinta varas del palacio real y son las cuatro de la tarde. Y entonces mañana qué. El dueño se mordió el labio superior y su mente dibujó una línea: Usted preocúpese de ayudar a don Arnaldo. Jaime Somorrín bufó. ¿Dónde está?, insistió el dueño. Haga el favor, que todavía hay que atornillar los raíles. Arnaldo Cuesta salió por una bambalina con los dedos resguardados en los sobacos. El dueño lo encañonó con la linterna y Cuesta contrajo la cara. Perdone, señor. Estaba en la taberna bebiendo un poco de agua, que es que me he mareado allí en lo alto. Se comprende, se comprende, respondió el dueño moviendo la lámpara arriba y abajo, haciendo una gran afirmación de luz. Tranquilo, que don Jaime se quita ahora mismo la casaca y se sube a la parrilla con usted. Además... dijo Cuesta, y como lo intimidaba la reverberación de su propia voz desde la caja escénica, bajó el volumen y retrocedió. Están viejísimas las vigas, señor, y con esta oscuridad. No quiero clavar muy fuerte las alcayatas por temor de romper la vigueta. Si lo entiendo, si lo entiendo, don Arnaldo. A ver cómo nos las apañamos. Yo me bajo y los alumbro con la linterna grande, don Jaime se sube por un lado y usted por otro y así lo nivelan mejor. Siguió dando alegres comandos y palmadas fuera del palco, por las escaleras del recibidor y por los pasillos si no, en vez de alcayatas, nudos, y arreglado, si no las atamos, decía el dueño, y se regocijaba en las pequeñas dificultades del oficio. ¿Y el pararrayos, señor, cuándo me subo a ponerlo?, le preguntó Cuesta lleno de un aliciente serrado, de un estímulo oscuro. ¡Sí, yo también creo que mañana habrá otra preciosa tormenta!, y en el trascurso de su exclamación el dueño brincó del gallinero al leve proscenio. El pararrayos lo ponemos por la noche. A plena luz del día no es prudente, dijo. Pero y entonces mañana qué cuando lo vean, dijo Somorrín con su risa de galán sobrado, con su falsa preocupación. El comentario avivó la premeditación de Cuesta y dibujó otra línea en la mente del dueño.

La prima de Richart iba y venía de la mesa a la mirilla de la puerta. Iba a la mesa, cogía el muslo de pollo con dos dedos, tiraba de la carne con los incisivos, lo posaba de nuevo en el plato

y volvía a la mirilla masticando. Mamá, me estás poniendo nervioso. El vestido de la prima de Richart era una campana frenética de paño, tul y terciopelo. Se detenía en la puerta y hacía sonar la lámina de cobre como una guillotina inofensiva. Correteaba el pasillo y los pasos sonaban en los azulejos como un organillo sordo. Se detenía en la mesa y provocaba un trajín diminuto y jugoso entre el bocado y la porcelana. Señora, me quedo yo pendiente de la puerta y así puede comer usted, dijo la criada. Ay María, que me lo han llevado preso, que se va a comer el pollo frío. La criada la cogió del brazo y la acompañó a sentarse, le esparció los mechones sueltos del peinado a un lado del cuello. Nada de eso, que pongo yo el fuego un momento y el señor se come el pollo como recién hecho.

La mancha gris de Richart llenó poco a poco el arabesco de la mirilla. La prima de Richart suspiró ahí está, descorrió el cerrojo y antes de que Richart tuviera medio cuerpo dentro ya decía per Déu, Tito. Són ja passades les dues, y volvía a echar el cerrojo como si tensara una catapulta. Arriba y abajo de las puntas de los pies dijo ja em pensava que t'havien agafat, y lo tomó de las oblongas mejillas. Els alguaciles eixos porten desde la una. Res, Mona, res, decía Richart acariciándole la cabeza hasta el tope del moño. Imagina't que truquen a la porta i demanen per tu, decía la prima de Richart con la voz acuosa, i jo que els dic, i sense el Blas a casa. Richart la condujo al comedor y evitó el marco que dibujaban las manos de la criada en torno a sus hombros, esperando el abrigo. El teu nebot ja estava nervioset, sense poder menjar tampoc. Richart dirigió una sonrisa cómplice al sobrino y saludó hola, Josete, qué tal la academia. El sobrino saludó con el tenedor mamá, no insultes a la María, que ha bordado el pollo. La criada sonrió con numerosas arrugas y acarició la mesa con el nuevo plato. Hola, tío. Bien todo. Hoy César ha vencido a Pompeyo, con lo que nos gusta a nosotros Pompeyo. Richart tomó el sofoco de su prima por la redonda cintura, le besó la ceja de hilo, ja, Mona, ja, tranquila, y la sentó. A todos los grandes hombres primero los traicionan y después les cortan la cabeza, José, dijo, se sentó entre ambos y se anudó la servilleta al cuello. ¡No le digas esas barbaridades al xiquet! El sobrino rio con un gruñido y Richart frotó la mano de su prima con el pulgar. No passa res, Moneta guapa. ¿Y qué es ese abrigo que traes, y tu casaca? La he llevado a que le pusieran forro nuevo, y como hace frío y el sastre es amigo, me ha prestado este abrigo para volver. ¿Y no lo tenía de tu talla, que así pareces un regalado? ¿Y para llevar la casaca al sastre necesitas la mañana entera? ¿Es que eso no te lo puede hacer María? Tranquila, Mona, mi Moneta. Pinchó la carne, la mojó en puré, y con la mano ahuecada debajo del tenedor, la condujo desde su plato hasta la boca de su prima. M'han entretingut uns senyors i he vingut volant. Els alguaciles ni m'han mirat. I per què no li dius a el Blas que et faça els encàrrecs? Ja saps que són coses delicades, Mona. Es que no pots esperar el mes que falta per a que et lleven la carcelería domiciliaria? I jo, he de viure un altre mes amb aquest sobresalt? Ya està, Moneta, guapa. No es repetirà més. El diumenge s'arregla tot. El diumenge estarem passejant tu, jo, el Josete, el Blas i la María també, sense els alguaciles vigilant, i en València de viatge de primavera. Sorpreses no vullc ni una més! Mira, Tito, si t'avorreixes em quede jo a la casa, serà per llibres i diaris. Acabes de fer-me el retrat... Ja, Moneta, dijo Richart, y arrastró la silla a su lado y le habló con su labio inferior colgante y húmedo. Et vull més que a ningú. Esta tarde nos ponemos con el retrato y le empezamos otro al Blas cuando vuelva, y otro para el Josete, y así tenéis un retablo familiar para ponerlo encima de la chimenea como la sagrada familia que sois. Ja, la meua Mona, jo et vull mes que a ningú.

Cuando Catalina Castillejos se llevó la punta de los dedos a la boca y bostezó, Diego Lasso cambió de estrategia y se dirigieron a la calle del Soldado. Castillejos se dejaba llevar con aires,

se ponía dama, damisela. Enhebraba apenas su brazo en el hueco del brazo de Lasso y se desprendía para evitar un socavón, un charco o un montón de basura. Después se enhebraba de nuevo, con la misma indolencia, y masticaba su indignación. Cuanto menos caballero es un hombre, más dama debe ser una, tiene aprendido, y rizaba y desrizaba el desdén de Plaza a las puertas del jardín botánico. Desdeñada delante de Diego Lasso, pensó, delante de otro hombre, pensó, y asestó un golpe de respiración al aire. Yo no voy a ningún sitio, había dicho Plaza, que llevo cuatro o cinco días sin dormir bien, recordaba Castillejos, que son los mismos que llevo yo en su casa, no cuatro sino cinco, cinco, capitán, se decía, pero las cosas no se dicen así, de medio lado, le habría dicho Castillejos, pero una es una dama, y más dama cuanto menos caballero. Un capitán condecorado decir esa impertinencia de yo me vuelvo a dormir, tú puedes hacer lo que quieras, si te quieres ir con el teniente y venir luego a casa, yo estaré en casa, el teniente te lleva, si te quieres venir conmigo venga que hace un frío que de aquí no se va la escarcha en todo el día, como tú quieras. Como yo quiera. Cómo se atreve. Había estirado la sonrisa para Diego Lasso: Esta noche, si no le supone un problema, teniente Lasso. Rememoraba Castillejos la exhibición de su mejilla, un giro pesado en su ejecución pero ligero en apariencia, empezar a subir los aires, a ponerse dama, damisela. ¿Tendría la amabilidad de acogerme en su habitación?, yo con una manta en el suelo me basto, cadencia de párpados, soslayo al capitán Plaza: Ya he causado bastante molestia al capitán. El capitán Plaza no desmentirlo, insultarme con su silencio, acaso he sido yo ingrata, acaso no he sido una perfecta invitada, pensaba Castillejos. Ser más caballero un teniente que un capitán, y a ese pensamiento se ha agarrado y con él al brazo de Lasso.

Lasso detuvo el paseo al principio de una cuesta. Esta es la calle del Soldado, le dijo a Castillejos. Aparentemente es una calle normal, más bien estrecha, empinada, incómoda para el paseo, ¿no? Lasso señaló con los ojos vivos a unas mujeres que se arrebujaban en la pared. Pero permítame decirle que es esta calle y no las grandes plazas, las grandes escuelas o los grandes palacios y jardines como en los que hemos estado... Lasso se tomó un segundo para hilar con la mirada de Castillejos este, doña Catalina, es el lugar que mejor representa el carácter de la villa de Madrid. Castillejos sintió el desafío, apretó la lengua contra los dientes, miró al hombre que pasaba por su lado y se acercaba al grupo de mujeres. Diego Lasso aguardaba y temía haberse equivocado. Qué clase de conspirador soy si no puedo seducir a una mujer sola, se decía. ¿Y qué tiene esta calle de particular, don Diego? Lasso se extendió dentro de la camisa, se pasó dos dedos por el fino bigote y dio el primer paso adelante.

Antes que nada debe saber usted por qué esta calle se llama calle del Soldado, dijo Lasso de espaldas a Castillejos, ya dentro de la taberna y retirándole el redingote, y miró de arriba abajo la caída de su vestido. Ocurrió que un soldado se enamoró perdidamente de una hermosa doncella. Castillejos pegó los pechos al filo de la mesa y tiró de un extremo del lazo del sombrero. Pero la doncella rechazaba a todos sus pretendientes, no porque ninguno le resultara merecedor, ni siquiera porque ninguno le agradara a ella o a su madre, que;Qué va a ser!, gritaron desde la cocina. ¿Anís?, inquirió Lasso. Anís, dijo Castillejos. ¡Dos anises! Que era una acaudalada viuda. La razón por la que doña Almudena, que así se llamaba, rechazaba a todos los galanes, desde artistas hasta duques, era su fuerte vocación religiosa. Oh qué desperdicio, señor Lasso, dijo Castillejos después del tercer sorbo, y Lasso asintió con fingida pesadumbre. Sin embargo, este joven soldado, raso y sin ilustración ninguna pero temerario y seguro de su suerte, no cejaba en su empeño. Todas las gentilezas probó, hasta las más humillantes, ¿humillantes?, interrumpió Castillejos. Ninguna hazaña es humillante si de conquistar el corazón de una dama se trata, don

Diego. Abrazó con todos los dedos el vasito labrado, como si diera calor. Es más: si un hombre no intenta incluso lo más humillante para su persona, ese hombre, le digo en nombre de todo mi sexo, ese hombre no es digno de la mujer que pretende. Se pegó al respaldo sellando su proclama y miró el deambular de la fonda. La ofensa de Vicente Plaza volvió superior e imperdonable y Castillejos adquirió un orgullo de víctima, tan convincente que ahora fue Lasso quien pegó el pecho al filo de la mesa, tan irresistible que tuvo que pulsar el reproche: Y el convento en el que quería ingresar doña Almudena, por la reconocida piedad de sus hermanas, era el del Caballero de Gracia, en la calle del mismo nombre, al lado del Café de la Cruz de Malta, ¿le suena a usted?, dijo quitándose a una puta de encima.

Al joven soldado lo invadió un sentimiento de fracaso por él desconocido, pero a pesar de ello o, mejor dicho, enfebrecido por ello, urdió una última, definitiva y fatal seducción. Si él no podía poseer a Almudena, nadie la poseería, ni siquiera Dios Nuestro Señor. Entonces el soldado, que conocía perfectamente los pasos de la dama, sus entradas y salidas, sus compañías y sus horarios, la aguardó en la puerta de su casa, en lo más alto de esta calle, cuando volvía de hacer una visita a los tísicos del Buen Suceso. Estaba doña Almudena a punto de alcanzar la aldaba cuando de pronto... Piense usted que en aquella época no había ni faroleros ni serenos. Castillejos, predispuesta a recibir ofensas y esta vez ofendida por la puntualización, le dio el perfil a Diego Lasso y destinó su escucha curiosa, científica, al alborozo de los majos. Observó los madroños del pelo, su donaire afeminado, y sin querer se encontró sosteniéndole la mirada a uno de ellos. La retiró y le devolvió la cara a Lasso. Se ha quedado usted por el sereno que no había, dijo, y la herida sonrió dolosa. En Diego Lasso afloró un rubor y gritó tempranillo y huevos raspados para ocultarlo. A ver esas voces, señorito, que yo ni estoy sorda ni soy chacha de nadie, vibró la voz de la mesonera, colándose por entre la seguidilla.

Y de pronto el soldado se abalanzó sobre la doncella, presionó su cuerpo entre sus fuertes piernas, le tapó la boca con una mano para acallar sus gritos de socorro y sacó su espada con la otra. Miró las pupilas brillantes de pánico de doña Almudena y descargó todo el peso de la hoja sobre su cuello. Castillejos redondeó los ojos por encima del vaso de vino. Se esforzó en dar un trago abundante pero no le pasó la garganta. Se enjuagó un instante la boca, reprimió una arcada y lo tragó en dos veces. Lasso dijo salud y también bebió. Con las últimas convulsiones del cuerpo decapitado de la joven, el soldado agarró la cabeza por la suave cabellera, besó los labios aún trémulos y la metió en un saco. Pruebe la morcilla, Catalina. Está jugosa jugosa.

El soldado envainó la espada sin limpiar y portó el saco como si de una cesta de manzanas frescas se tratara. En plena noche encaminó sus pasos hasta la calle del Caballero de Gracia, dejando un reguero de sangre reluciente, y llegó al convento de las piadosísimas hermanas. Puso el saco en el torno del convento y a la voz de ¡un donativo de doña Almudena en la víspera de su ingreso en la Orden!, lo hizo girar. Orgulloso por la conclusión exitosa de su empresa, cegado por una siniestra alegría, y en este punto Diego Lasso se ladeó en el asiento y adelantó el cuello, el soldado entró en el café de la Cruz de Malta para celebrarlo. Y aunque normalmente los amigachos y las amiguitas del soldado siempre aplaudían sus bravuconadas, en esta ocasión no le dio tiempo a decir aguardiente, porque hasta Virgilio Gallego sacó escrúpulos de no se sabe dónde y se vio obligado a pedirle que se marchara de su propiedad, porque le estaba manchando de sangre su exquisita solería de mármol y estaba escandalizando a los tertulianos con sus ropas ensangrentadas. Sí que está buena la morcilla, don Diego.

Otros soldados salieron con él y lo interrogaron, al principio con la preocupación de todo



buen compañero, pero viendo que el joven respondía con evasivas y que se apoderaban de él carcajadas de loco, lo apresaron entre los dos y siguieron el rastro de sangre, oliéndose ya una terrible tragedia, pero con la esperanza de encontrar a alguien con vida. El rastro los condujo ante el lugar mismo del crimen, en la puerta de la casa de doña Almudena, donde su madre lloraba desesperada sobre el cuerpo sin cabeza de la hija, rodeada por un corro de criados y vecinos curiosos y por las monjas del Caballero de Gracia, que rezaban en un murmullo estrepitoso y frenético, poseídas por la fe. El joven soldado fue condenado a la pena máxima y ejecutado en la Plaza Mayor. Una vez ejecutado le cortaron la mano derecha, la mano homicida, y la clavaron en una pica en el lugar donde se produjo la barbarie, para que ni se olvidara ni se repitiera, y se construyó una cárcel militar que todavía hoy existe. Desde entonces esta calle se llama la calle del Soldado. Diego Lasso dio un largo trago al vino y un gran bocado a los huevos bajo la quieta censura de Catalina Castillejos. ¿No va a contarme cómo fue el ajusticiamiento del soldado ni cómo le cortaron la mano, con lo que se ha regodeado usted en el asesinato de la doncella?, dijo, reluciente de reivindicación, y antes de que Diego Lasso se lanzara, compuesto de gusto, a la querrela que se le ofrecía, Castillejos insistió ¿y a usted que estudia Derecho no le parece que habría sido más justo que le cortaran la mano antes de ejecutarlo? ¿Acaso el soldado tuvo el decoro de matar a la doncella antes de cortarle la cabeza? ¿Y por qué la calle tiene el nombre del asesino y no el nombre de la asesinada? ¿A quién levantamos las estatuas, al Empecinado o a Napoleón? ¿Por qué no le levantamos una estatua a Pepe Botella? ¿Y esta es la calle más representativa de Madrid? ¡Pues ya veo lo muy noble y muy leal y muy heroica que es la villa de Madrid! La cicatriz de la boca se abrió y supuró una perlita rosada. No debe excitarse tanto, señorita. Sólo es una leyenda, dijo Lasso, mostrando la afectación justa para no jugarse la simpatía, y le tendió su pañuelo nuevo.

Lo verdaderamente inquietante de esta ubicación no es su historia. Es su presente, dijo Lasso. En esta calle se encuentran las dos instituciones más importantes, más influyentes de la villa. Diego Lasso subió el codo al reposabrazos y abandonó la muñeca hacia atrás. Un ramillete de venas apareció por encima del puño de la camisa. Dijo la cárcel militar y levantó el dedo índice. Y la real casa de la galera, y levantó el dedo corazón, y así posó, como un lánguido pantocrátor. Dice usted que en esta calle se juntan soldados que cortan cabezas con mujeres que roban leche, y con su propia vehemencia se había invocado a sí misma, humillada y heroína. Más exactamente, dijo Lasso, los militares desertores, los sediciosos y los insubordinados les dan los buenos días y lo que no son los buenos días a las manolas indiscretas, las gitanas sifilíticas y las esposas desobedientes. Quite usted mérito a los masones parlanchines de la Cruz de Malta y a los gallitos guardias de corps. Todas las revueltas de Madrid empiezan y terminan en estas cincuenta varas de largo.

A Castillejos la envolvía un aura de impavidez, una severidad de esfinge, un dolor de cabeza. Se tanteaba la herida y computaba el olor turbio de sus dedos y el bullicio. Tardó unos segundos en descomprimir el timbre arrugado de Lasso en el mensaje querida amiga, la noto cansada y es tarde, si le parece nos vamos a casa, y otros pocos segundos en acceder. Ya está a su espalda Diego Lasso ofreciéndole el redingote, Castillejos introduciendo un brazo y otro en las mangas y Lasso guiándolos en su penetración; Richart estilizando la nariz de su prima en el retrato y Arnaldo Cuesta atándose una cuerda a la cintura. Llega a la primera cornisa y no mira abajo, no mires abajo, se dice, porque tampoco miró ni una sola vez abajo delante de Lolo Martínez y Fermín Carnicero, recuerda, y el recuerdo es una sanguijuela buena que le chupa su antigua sangre.

Recuerda no miré abajo cuando les dije nos está engañando, no os preocupéis, entraréis conmigo mañana sin pagar entrada ninguna, yo estaré aquí trabajando, no os preocupéis. No miré abajo cuando olvidaos de la mierda de los ángulos que os había dicho, es todo un sainete, se va a enterar el Vargas, primero por las buenas y después por las malas pero tenéis que ayudarme. No miré abajo, lo acorralaremos, no miré abajo y no mira abajo ahora que está en la cima misma del tejado. Coge el pararrayos de la espalda como si sacara una flecha fría y el viento silba metálico por entre la estructura. No, no hay ningún caballo dentro, es uno de la compañía que lo hace, le dijo Arnaldo Cuesta a Lolo Martínez, a Fermín Carnicero y al tabernero de al lado del teatro, y continuó en voz baja: Uno que también está metido en el chanchullo, por cierto, pero manejando más que el Vargas, dónde va a parar, un sustillo le dáis también si os da tiempo pero yo no os he dicho nada, se llama Jaime Somorrín, tiene el pelo medio largo y medio rizado, me voy que me llaman. Perdona, señor. Estaba en la taberna bebiendo un poco de agua, que es que me he mareado allí en lo alto, dijo. Se comprende, se comprende, le respondió el dueño, pero al recordar Cuesta ahora los telares del teatro y las poleas sí que mira abajo y se le vertigina el estómago, pero no importa porque el pararrayos ya está puesto.

## 21

Diego Lasso llama puta a Castillejos porque ha entrado en la habitación, se ha tumbado en el suelo, ha usado el abrigo de manta y ha rehusado gracias, don Diego, estoy bien aquí, tumbarse con Lasso en el catre. Porque Diego Lasso ha estirado el brazo fuera y ha alcanzado la espalda de Castillejos con un dedo flojo, la espalda de carne sin corsé. Los dos cabemos bien, anda, te hago sitio. Diego Lasso ve la habitación y se ve a sí mismo, y así conforma su escena. La habitación está iluminada por el rojo turbio del cielo. Constata su entrega abandonada, su decaimiento activo, su correcta disposición muscular, su distancia de Catalina Castillejos. Piensa una buhardilla es un triángulo: la base es el suelo, el lado de la ventana es el cateto, el techo en pendiente es la hipotenusa. En el vértice que forman la hipotenusa y la base está la cama, es el punto más angosto, es el punto más íntimo. Si uno levanta demasiado la cabeza, se choca uno, se dice. Hay en Lasso un buen humor irremediable. El suelo no es sitio para una dama, venga usted. Castillejos no escucha y bosteza. Le gustaría que Lasso le ofreciera un cojín pero no lo espera. Castillejos está sin esperar nada.

Diego Lasso llama puta a Catalina Castillejos porque se baja del catre y se pone en cuclillas cerciorado de lo arrebatador de su postura. El chasquido de sus rodillas le da, piensa, empaque a la conquista. Puede verse a sí mismo desde fuera. Ve su busto enmarcado en el rectángulo nuboso de la ventana, su pequeña oscilación de muelle. No me da la espalda, me la ofrece, piensa. Supera el abrigo que hace de manta y le toca el nacimiento del cabello. Castillejos siente un escalofrío gustoso y se abraza más al abrigo. Piensa esto es una buhardilla y dice bueno, don Diego, ya mañana jugamos a los recortables. Todavía Lasso no ha llamado puta a Castillejos sino que susurra con aire caliente en su oreja vamos, putita. Castillejos ahora escucha y se contrae en la posición fetal, mide el sustantivo y lo que llena. La palabra putita la devuelve a la realidad, le quita el atolondramiento de la indiferencia, le hace de espejo. Piensa ayer estuve en la habitación de un hombre distinto, y anteayer también, y así cinco días, un día en el suelo, otro día en su cama, y cuando Diego Lasso, crecido, pensando qué dama damisela, le muerde el lóbulo, Castillejos saca el codo del pecho y lo clava en el pecho de Lasso, con la fuerza suficiente para que sí, ahora sí, Diego Lasso pierda su equilibrio de muelle y la llame puta. Qué coño te pasa, puta, y a Castillejos no la ofende: la resucita, y lo agradece. Se sienta frente a Lasso protegida por las piernas, y lo mira sin desafío, descubierta. Ve donde quieras, duerme donde quieras, eres libre, yo no soy ni tu padre ni tu hermano: recuerda Castillejos las palabras de Plaza en la entrada del jardín botánico. Eres libre, dijo Plaza; eres puta, piensa Castillejos. Yo no soy ni tu hija ni tu hermana ni tu invitada, soy tu puta, puta la llama otra vez Diego Lasso, teatralizando las sílabas, y le agarra las rodillas y le acerca el aliento. Duerme donde quieras, recuerda Castillejos a Vicente

Plaza y ella misma completa el recuerdo: Duerme donde quieras, eres una puta, a mí tanto me da. Elegir dónde dormir es de puta. Castillejos escucha a Lasso: puta y orgullosa, ah si no vienes yo voy, y su aliento bien alimentado le escuece en los ojos pero los abre porque quiere seguir con el reconocimiento. También ella construye la escena. La habitación está iluminada por el rojo turbio del cielo. Constata que no lleva corsé, que tiene la barriga hinchada de estreñimiento y que es una puta.

Diego Lasso dibuja triángulos entre su entrecejo y una ceja y otra de Castillejos; entre su nariz, la nariz de Castillejos y el bultito de su clavícula; entre su boca, la boca de Castillejos y su erección. Fuerza ella el cierre de sus rodillas, aspira y se levanta. Buenas noches, don Diego, dice, y espera en la puerta a que Lasso le abra. ¿Buenas noches, don Diego?, dice Lasso, y la acompaña a la puerta, le coge la cintura y la quijada. Castillejos se tensa, serena, como un arco seguro. Ábrame señor Lasso. Lo que te voy a abrir es la carne. Castillejos aprieta los ojos al oírlo. No se siente con derecho a defenderse pero su cuerpo está duro, su acento está rápido y castellano. Por favor, señor, por favor. El forcejeo de Lasso quiere ser convincente, busca cosquillas y oquedades tiernas, pero se enfada porque no las encuentra y porque no puede dirigir el puñetazo a Castillejos sino a la pared, porque abre la puerta, la invita a irse y cuando Castillejos ha salido desde el vano le grita puta, puta ingrata, da un portazo y cuando cierra se dice entre lágrimas nerviosas ridículo meapilas bufón.

La luz del farolillo que hay en el rellano del primer piso llega débilmente a la tercera y la cuarta plantas, y en el recodo hacia la buhardilla de Diego Lasso ya se ha extinguido por completo. Castillejos se va iluminando conforme baja las escaleras. Oye a los vecinos que se han despertado con el escándalo y espera que nadie salga y la vea porque sabrá que las voces de puta eran para mí, se dice, que yo soy la puta y que por mi culpa se han despertado. Tarda en posar cada pie, sujetándose el largo del vestido a la cadera como si también el vestido fuera a delatarla. Cuando está en el primer piso y la lengüecilla de luz la lame, cuando, sin pensárselo mucho aunque nunca lo ha hecho, se arrulla en el rincón, cuando la escalera se ha silenciado y Castillejos ya respira con holgura y se acomoda dentro del abrigo y se prepara para pasar la primera noche de su vida fuera de una casa, la puerta del piso bajo chasquea por dentro. La cara huesuda, el pelo masculino, el opaco camisón y la altura desgarbada de Petra Montes aparecen ante Catalina Castillejos. Se acerca, estira su largo tronco hacia ella y la deja en sombra. Vamos, dice, y le brinda sus dedos de enorme marioneta. Que puta será su puta madre, si es que tiene.

Al día siguiente la lluvia no se decide y sólo mancha. La expectación es alegre, hay un desfile de precauciones de vecino a vecino y de tienda a tienda mira que no sé si recoger los trapos que tengo tendidos, es que quiere y no quiere, yo que tú por si acaso me los llevaba para adentro. El alborozo general hace que todos hablen con todos y que todo gire en torno a la vacilación de la tormenta en la sierra ya está cayendo una buena, mira por allí qué nubarrones, yo no sé para qué he puesto el puesto, tenía que estar lloviendo un mespues esto van a ser granizos, calla y que se eche todo a perder pero si hace bochorno, el tiempo está loco, dice Francisco Esbri. Yo le he dicho a la Encarni que no salga, ni abrigada ni sin abrigar, que no salga que el tiempo está loco y lo mismo caen chuzos de punta que nos cocemos de calor, y se resfría. La Encarni se resfría con nada y si se resfría ella se resfría el preñado. Plaza mira en dirección a la plaza de toros, se queda un poco atrás y se sale del camino. Muy bien dicho, comandante, porque de la gripe, dice Richart, y Francisco Esbri se persigna. De la gripe es ahora el tiempo y se pilla con respirar. Ni me la nombre, ni me la nombre que de gripe se me murió a mí no hace tanto una sobrina. Además, que

las mujeres la cogen más fácilmente, dice Richart. Las mujeres lo cogen todo más fácilmente y luego los disgustos son para nosotros, ¿o no?, dice Esbri. Richart mira a un lado buscando a Vicente Plaza. Da media vuelta, se detiene entre dos álamos, suspira ay dios mío, agita un brazo y grita capitán, capitán. Plaza echa un último vistazo al foso y regresa al grupo exclamando ¿os podéis creer que no han suspendido la corrida, chispeando como está? ¡Sí que está necesitado el torero! ¡Y los que hayan comprado sombra se estarán revolviendo en los cojines! Capitán, se lo ruego, no me haga gritar su nombre aquí en mitad del simulacro de la ejecución. Pero si no hay nadie, comisario, quién se va a venir a la puerta de Alcalá a embarrarse entero. Las canicas de los ojos de Richart se afilan y censuran. Plaza las esquivo y carraspea.

La venta del Espíritu Santo emerge del erial como un dado de piedra rodado afuera del tapete. El domingo el coronel Renovales y ustedes a caballo, dirigiendo a los soldados francos, se pondrán en la casa de labor de al lado de la venta, dice, y se calla hasta que llegan a la casa de labor: Esta. Mientras tanto, los oficiales y las tropas de Infantería y Artillería se colocarán de trecho a trecho de aquí del camino, incluido un regimiento en la Puerta de Alcalá. A sus espaldas, la Puerta de Alcalá es una figurita de escayola que la lluvia va a disolver de un momento a otro. Como es costumbre del rey, se apeará de la carroza a cierta distancia de la venta, más o menos a esta altura, entre estas cinco parejas de árboles, dice, e imagina el recorrido de la carroza a vista de pájaro, desde el palacio real hasta la venta, como un insecto de pesado caparazón por los capilares de la villa. El rey suele pararse con poca o ninguna escolta, adelantándose a los guardias que lo acompañan. Los guardias que lo acompañen el domingo serán de nuestra facción, entonces se le acercarán, lo rodearán y le dirán que tiene que jurar la Constitución pues el pueblo está muy descontento ¿aquí entre los cinco pares de árboles?, interrumpe Esbri. Eso es. ¿Y nosotros qué hacemos mientras? Ustedes estarán con el coronel Renovales aguardando en la casa de labor. Vicente Plaza ha estado arrancando ramitas muertas de un árbol y desconchando la corteza seca pero de pronto cambia el peso de una cadera a otra y dice a ver, comisario, explique usted eso del coronel Renovales y el rango de cada uno. Muy sencillito, capitán: el coronel Renovales será el general, usted el coronel y el comandante Esbri su mariscal de usted porque no quiere ser teniente coronel, y hay que respetar su deseo. Esbri afirma grandemente con la cabeza. El resto serán soldados francos, la mayoría ángulos suyos de la conjura que ya conocen y otros que no conocen, total, unos cien hombres a su cargo, concluye Richart. Busca una confirmación en el gesto de Plaza pero Plaza interroga ¿estamos hablando del mismo Mariano Renovales? ¿Renovales el vasco, el de Palafox? Richard prevé lo que viene, inhabilita cualquier expresión facial, y dice el mismo. Pues yo no sé cómo lo verá usted, comisario, pero los Húsares de Palafox tenían poco de húsares porque para empezar no tenían caballos, para seguir no tenían sables, y para terminar Renovales no puede auparse al caballo sin ayuda, así que hablemos de los Húsares de Pacotilla, que estarían muy bien para asaltar predios y levantar adoquines, no digo yo que no, pero con su permiso, comisario, y mire que a mí pocos principios me quedan, lo que no voy a consentir es ponerme a las órdenes del general Renovales, que para empezar nunca fue general sino general en jefe, y para ser en jefe el jefe tiene que estar en algún sitio pero resulta que el jefe Palafox ya no se digna, o mejor dicho no se atreve a mezclarse con sus viejos compañeros de armas, y Renovales es un teniente coronel de caballería que se ha pasado la vida matando indios en América y un servidor es capitán de Húsares de Castilla que se ha pasado la vida matando ingleses, portugueses, franceses y lanceros polacos. Vicente Plaza cambia el peso de una cadera a otra, mira al horizonte y añade compare usted la flecha de un indio con la lanza de un polaco. Richart se impone

neutralidad pero le cuesta porque acaba de nacer en él la simpatía hacia Vicente Plaza. De acuerdo, capitán. Dirigirá usted su propia partida en el último trecho del camino, desde el arroyo del Abroñigal para delante, porque entenderá que Renovales tampoco consentirá ponerse a sus órdenes ¡ni yo quiero ordenarle nada!, irrumpe Plaza con un amago de risa. No sé cómo se fia de ese extravagante. De extravagante a traidor hay un paso. Es un héroe extravagante, responde Richart, y pasando de informante a cotilla, y reconociendo el exceso como quien echa una cana al aire, añade el coronel había quedado en venir a la cita de hoy y no ha venido. ¡Ahí lo tiene usted!, dice Plaza. Al iniciar el paseo de vuelta, Richart, en un asalto zumbón y sincero comenta harían buenas migas, Renovales y usted. De soslayo Plaza responde la constitución se jura y luego qué. Y luego qué, dice Esbri. Cuando la guardia real lo haya rodeado y le esté diciendo que jure la Constitución, la escuadra de Renovales y la suya de ustedes salen a su encuentro, sin ruido y sin prisa. Que el rey los vea acercarse poco a poco, que vea que esto no es una broma de unos pocos exaltados. Al verse solo, sin ninguna escolta fiel, no podrá negarse a subirse otra vez a la carroza y a ser conducido al palacio para proceder al cambio de gobierno. Se lo piden ustedes como caballeros que son. Convicción y buenas formas, y si amenazan, que sea fino. Entre Richart y Plaza se tiende un hilo cómplice por el que camina, trapequista, la pregunta de Esbri: ¿Y si se resiste? Matarle, responde Richart, resuelto desde su extremo del hilo. Esbri lanza otra funámbula: ¿A quién? Richart ajusta el hilo: Al rey. Esbri se para en seco ¡hombre, no, por dios! Plaza ralentiza el paso, suelta bobina. ¡Que de ser inocente el rey sería causa de la desgracia de la nación, como ha ocurrido en Francia! Richart da media vuelta y lo encara. Sus mejillas colgantes y llenas, como dos goterones de miel, se estremecen cuando dice usted no se meta en esto y obedezca cuanto le manden. ¿Sabe usted si a ese le pertenece la corona, y sabe si la nación a que pertenece la corona está de su parte o de la nuestra? Richart tira, busca la tensión del hilo, pero el extremo de Plaza ya está arrastrando por el suelo. La tensión se le ha desplazado a Vicente Plaza hasta la nuca y de la nuca parte el esfuerzo de abrazar los hombros de Esbri y Richart y de decir bueno, bueno, que casi es de noche, por aquí hay mucho bandolero y tenemos un baile oficial conspirador a las nueve, ¿no, comisario? Allí hablamos esto con más detenimiento y más calentitos, ¿eh? Richart retrocede un poco, se zafa de la mano de Plaza y dice mañana a la misma hora aquí para terminar de cerrar el plan, y se va a paso ligero. Vicente, este es un pícaro que quiere perdernos. Anda, Paco, y la mano pasa del hombro de Esbri a la espalda y la palmea. Vamos a arreglarnos que están dando las siete.

Diego Lasso empezó a arreglarse a las cinco. El barbero le recomendó un cambio de patillas. Le dijo a pelo liso mejor patillas rectas. Marcó sus instrucciones con gestos secos en la cara y en la cabeza de Lasso. Si encima tiene el señor bigote fino como le tiene y la melena corta, cortamos las puntas hasta aquí, afilamos el bigote, aquí un poco que suba, y mucho mejor las patillas rectas. Y si el señor suele llevar chistera como la lleva, pues eso, patillas rectas y tirando a cortas. Lasso le dijo al espejo lo que usted diga y el barbero reclinó la silla. Al mirar a su reflejo a los ojos vio también la tragedia de hacía unas horas, pero ahora se le acumulaba en el rostro como un dolor viejo. Resolvió evitarse a sí mismo y se abandonó al barbero. Le agradaba su conversación fatua y su sobeteo estricto: deshacerle las siete vueltas del pañuelo y desabotonarle el comienzo de la camisa. Muy buen gusto para las chorreras. Gracias, son del sastre Urquijo. ¿A qué se dedica, señor? Teniente de Húsares de Castilla la Vieja, y ahora también estudio Derecho. No me diga. ¿No ha oído usted hablar de?, y el barbero hizo una pausa de aire para pronunciar correctamente ¿Lord Brummell?, tragando las consonantes con la boca reducida; otra pausa para ¿le Beau

Brummell?, lanzando las consonantes con la boca ampliada, ¿de los dandis? Adormecido por los toquecitos de la brocha, Diego Lasso hizo un sonido gutural a modo de no. Es el hombre que inventó el traje que usted lleva puesto. ¿No acabo de decirle que es de Urquijo? Quiero decir que Brumel, y esta vez lo pronunció en español, fue el primer hombre en llevar un traje como el que lleva usted y la mitad de Madrid y de todas las metrópolis del mundo. ¿Un sastre famoso, un noble?, pregunta Lasso. La entonación del barbero se adaptaba a la tarea, la extensión y la velocidad de los sintagmas coincidían con lo que la cuchilla tardaba en subir o lo que las tijeras tardaban en enfilear un mechón. No exactamente, dijo al apurar la nuca. Es un caballero famoso en los mejores círculos de Londres por su gusto exquisito, consejero en el vestir del príncipe de Gales nada menos. Y húsar del décimo regimiento del ejército británico. A Lasso lo espabiló la dura caricia de la hoja en el cogote y empezó a enumerar Sahagún, Benavente, La Coruña, Vitoria... El barbero remató ¡y Waterlú!, de una limpia pasada hasta el obstáculo de la nuez. Una formación no siempre victoriosa pero siempre bien vestida. Pues que se me hace usted un Lor Brumel a la española. La elegancia es connatural en los húsares. Desde detrás de la espuma los labios de Lasso musitaron no me irá a decir ahora que ese lord también tiene rango de teniente. Capitán me parece, porque se ganó el favor del príncipe, y volvió a detener la frase antes de decir George, con una cerrada o en los labios. Tómesele como una predestinación. La última palabra rozó a Lasso como el ala de la tragedia, un despunte de su fibra grotesca. Lo primero ya le tiene usted, que es porte y buen gusto. Lo segundo es fundar una sociedad de caballeros. La tragedia del hermoso lo sobrevolaba otra vez con sus alas negras y brillantes, ensordeciendo la cháchara del barbero. Lo tercero es ganarse la confianza del rey para recomendarle que se ponga pantalones menos ceñidos y camisas con menos volantes. Pero lo definitivo, caballero, para ser un dandy, es afeitarse solo. El barbero limpió la hoja en la toalla del hombro y la dirigió al bigote. Un dandy, susurró con el primer rasurado, se afeita sin ayuda, Lasso estiró el bozo, porque es completa, el barbero perfiló la línea del bigote, total y absolutamente, se apoyó con dos dedos en las comisuras de la boca, independiente. Esa última palabra le hizo recordar el estribillo de la nación española es libre e independiente y no es ni puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona, y la memoria se le irritó para aseverar hay que ver que mentalmente no se titubea. Lo conoce usted a ese lord o qué. Le afeitó en alguna ocasión, me enseñó algunos trucos, sonrió el barbero y suspiró nostálgico: El exilio le lleva a uno donde menos se lo espera. En fin, caballero. Que lo siguiente, después de todo eso, es un ascenso a capitán.

Diego Lasso salió de la barbería y buscó su imagen en los escaparates, y sucumbía cada vez que la encontraba. Volvía a buscarse y a encontrarse y a comprobar el nuevo corte de pelo, lo que le favorecía, qué hermoso soy y qué intensidad hay en mi rostro, cómo relumbro en la tarde oscura. La tragedia de hacía unas horas pero ya amiga es inconsolable porque empieza y termina en él mismo igual que un ombligo, y ha caminado a su lado, discreta y cordial, cediéndole el paso en las esquinas, y lo ha acompañado a casa.

En la buhardilla la tragedia del hermoso campa a sus anchas gracias al espejo enorme. Hace dos días, después de los cinco trajes nuevos, guantes y botas a juego, los tres sombreros y los dos abrigos, Diego Lasso fue a comprarse una cama y encontró un espejo que aún retenía el dorado. Pensó qué bien me veo en este espejo, pensó en un lienzo y en su retrato, y lo compró sin calibrar las dimensiones. Cuando Diego Lasso, el traperero y el espejo se encontraron en la buhardilla, la inadecuación fue tan escandalosa que el traperero dijo no importa, un error de cálculo lo tiene cualquiera, puede cambiarlo por otro o por otras cosas, tengo unos quincecitos, bueno, y unos

juegos de valijas usted que se ve hombre de mundo. Lasso le sonrió a la desproporción y se lo tomó como un adelanto del destino para cuando el trabajo de liberal le dejara un poco de tiempo, la conspiración hubiera triunfado y pudiera mudarse a una casa. Lo encajó donde el techo es más alto y lo aseguró por detrás con unos listones. Empezó a usar el espejito que pende junto al tragaluz como complemento del espejo grande, para alcanzar a verse todos los ángulos del peinado y la sonrisa.

Ahora Lasso abre la puerta y el espejo lo está esperando como una novia anhelante. Lo mira de arriba abajo para decirle lo que le favorece el nuevo corte de pelo, lo hermoso que es y la intensidad que tiene su rostro, pero Lasso, armado de desdén, se desviste desde donde ni siquiera puede verse de reojo, calienta el agua y se sienta en el barreño de cara a la puerta. Fantasea con el baile del Caños y silba, pero la tragedia del hermoso aguarda. Asalta cuando Lasso se levanta y su desnudo se despliega, gotea y corta la luz parda del atardecer. Entonces Diego Lasso mira atrás y se ve, y otra vez sucumbe qué hermoso soy, qué esbelta es mi espalda, qué tenso es mi pecho, qué prisma el de mi cintura, cómo puede rechazarme Catalina, cómo puedo estar desnudo, mojado, cortado por la luz parda del atardecer y estar solo, piensa, y la tragedia del hermoso regresa joven y exigente, como anoche después de los gritos y el portazo, y se apropia de él. El mundo es un lugar peor cuando un hombre hermoso está solo, en este caso yo, Diego Lasso Fernández. El mundo me está perdiendo ahora y me perdió anoche cuando Catalina me rechazó. En otro momento quizás yo concentre la belleza del mundo pero será otro momento, no será ni anoche catorce de febrero de mil ochocientos dieciséis ni ahora quince de febrero de mil ochocientos dieciséis por la tarde, luz parda de atardecer. Desperdiciado para siempre. Es esa losa de finitud y no el agua que se enfría y las finas corrientes que se cuelan por el tragaluz lo que le pone la piel de gallina. Se sale del barreño, se abraza a la toalla y se rinde al fin al espejo. Catalina dejó pasar de largo la hermosura, si ayer no me vio a mí tampoco verá tantas cosas, se explica Lasso. Saca un pantalón del armario y vuelve al espejo para ponérselo. Catalina no ve la ágil flexión de mi cuerpo al subirme el pantalón, no ve la delicada intimidad del algodón y la piel, la seductora ambigüedad de los tirantes colgando, no ve lo que de robusto y de caudillo tiene el hombre vestido a medias. Vuelve al armario, saca una camisa y vuelve al espejo. No ve la feminidad de mis dedos que abrochan, no ve la sencilla acción de remeter la camisa, se dice Lasso mientras lo hace, y en ello deja las manos dentro de la ropa. Hermoso, se llama a sí mismo. Hermoso precisamente porque el mundo no aprecia mi hermosura, porque el hombre hermoso que es contemplado es menos hermoso, y en esa ecuación Catalina Castillejos es el mundo, injusto y ciego, y la hermosura es él mismo: se sabe Lasso un absoluto, Lasso es un concepto, Lasso es la humanidad hecha de bellos rechazados. Se toquetea sin dirección y llora. La tragedia del hermoso no le deja masturbarse.



## 22

Petra Montes puso un tazón y una cuchara en el otro extremo de la mesa, le dijo a Castillejos cena mientras me cambio y a su esposo una amiga, Tomás, y desapareció por el pasillo. Los ojos del sastre Tomás Álvarez fueron del tazón a los ojos de Catalina Castillejos y la invitaron a sentarse con amable e indiferente silencio. El sastre dejó de sorber su caldo, alargó un brazo hasta el plato de Castillejos y lo acercó a la olla. Gracias, pero ya he cenado, coma usted tranquilo. El sastre colmó de sopa el cucharón tres veces y le devolvió el plato arrastrándolo sobre la mesa, atento a no derramar nada, en una agónica caricia de la cerámica a la madera. De verdad que no hace falta, señor, que he comido hará una hora escasa una poquita morcilla y unos torreznos, dijo Castillejos, y el sastre le tendió medio pan pellizcado. Cuatro fritos que ponen en las tabernas no es comer, replicó con una floja cortesía. Eso se empapa de vino en el estómago. Pero si usted y su esposa no han cenado todavía y yocoma lo que tenga gana y lo que no lo deja, la cortó el sastre con una mirada suave que disolvía el conflicto y revelaba la casa y su tibieza, y Castillejos lo sintió su padre, un padre sólo seis años mayor que ella. Que aproveche. Igualmente.

Petra Montes apareció con capote y sombrero de ala ancha y con un cesto en cada mano. No dirás que no están buenos los guisos de mi Tomás, dijo, se agachó un poco y besó la mejilla del sastre. Que te he cogido el capote, tú no vas a ir a ningún sitio esta noche, ¿no? No, querida, respondió devolviéndole el beso. Pues venga que nos vamos. Castillejos tardó un instante en entender que se dirigía a ella. Se levantó despistada y dispuesta e hizo ademán de recoger la mesa. Déjalo que ya recoge Tomás, que tenemos que irnos, y abrígate bien. Castillejos se miró y dijo ya estoy... ¡Ah, que ese es tu abrigo!, exclamó Montes. Jamía, qué finura, a la inglesa. Es muy bonito, el remate de cordoncillo, muy bonito, reafirmó el sastre, y Castillejos, en su nuevo apego a lo inmediato, se miró a sí misma por encima de los hombros y dijo gráclah, gráclah, con su verdadero hablar sin eses, muestra de relajación. Petra Montes rebañó con un mendrugo de pan el plato del sastre, le dio otro beso mientras masticaba y farfulló hala niño. Castillejos hizo una leve reverencia y la siguió.

Petra Montes soltó los cestos a los pies de Castillejos y recorrió los cerrojos del portal a diminutas fricciones, provocando un gemido de cachorros de gato. Abrió una rendija que automáticamente le enfrió la nariz, amplió la abertura y se asomó a la calle. Miró a izquierda y derecha y volvió la cabeza al rellano. Cuando yo te diga, le dijo Montes en voz baja, sacando a Castillejos de su muerta observación de los tapetes de los cestos, cuando yo te diga sales y te pegas a la pared, a este lado de la calle, entonces salgo yo, cierro el portal, me pongo a tu lado y echamos a andar para abajo a paso normal, como si nada, pegadas a este lado de la calle pero callandico, ¿estamos? Es que tenemos el sereno más cumplido de Madrid, jamía. Ve a una mujer

en todo lo alto de Preciados y él está en la otra punta y el individuo echa a correr para preguntarle a una, y mira que hay pocos faroles y la mitad rotos, pues el prenda te ve, vaya que si te ve. Y encima te pide, tontos que son. Encima que te molesta, te pide. Y si no le das guárdate de salir otro día de noche que te lleva directo al calabozo. ¿Entonces yo...?, preguntó Castillejos. Si vas con un hombre, nada. Castillejos interrogó con un largo arqueado de cejas. El hombre soy yo. Es que ¡las do, ce y cuar, to y sereeenooo! Petra Montes se quedó asomada unos segundos y regresó al rellano con el azul de los ojos en relieve. Ahora, dijo, y se hizo a un lado. Castillejos dudó si coger uno de los cestos, pero concluyó que esas no eran las instrucciones y salió rodeándolos. Se pegó a la pared y cruzó los brazos fuertemente. Echó de menos su manguito e hizo un rápido repaso mental al baúl, a la habitación de Vicente Plaza y a su atuendo de los últimos días para ubicarlo. Petra Montes ya estaba a su lado cuando Castillejos empezaba a construir una abigarrada maldición contra Vicente Plaza. El cabrón, patético payaso sin medallas bandolero de Vicente Plaza ya me está robando el manguito y cambiándolo por cuatro botellas no se le cayeran las pezuñas de cerdo que tiene cuando lo toque no se le cayeran los ojos de rata cuando lo viera en su vida habrá visto ese un manguito de armiño, tú delante, venga, todo derecho, le susurró Petra Montes.

Castillejos atravesaba el frío como si fuera materia, desplegando un esfuerzo estimulante, como si hiciera gimnasia. El taconeado de las botas de Petra Montes marcaba la cadencia del ejercicio. Montes se puso a su altura y dijo coge coge una cesta y cógeme del brazo. Inconscientemente esperaba la hechura de un hombre y una cesta pesada, por eso le sorprendieron el brazo escurridizo y el cesto tan ligero. El frío se diseminaba en la explanada de la Puerta del Sol y era más sucio, menos raspante. No corras, retuvo Montes a Castillejos. Si corremos llamamos la atención. Castillejos ajustó el ritmo: por cada dos pasos de Montes, tres suyos, y lo mantuvo con marcialidad.

Es que salir una mujer sola a estas horas... Montes calló al ver aproximarse el punto de luz de un sereno. Al quedar los tres iluminados fugazmente, el sereno saludó tocándose la gorra y Montes ladeando la cabeza, escondiéndose tras el círculo del sombrero. Castillejos sintió los latidos del corazón en los dedos que apretaban el asa de la cesta. Cuando dejaron atrás al sereno y enfilaron los muros del Hospital de los Donados, el frío y la oscuridad volvieron a encañonarlos. Petra Montes continuó diciendo es de puta, si no le falta razón al sereno. Salir una mujer sola a estas horas es de puta. Por eso hay que disfrazarse. De hecho ahora tú estás siendo puta. Castillejos recibió la palabra con irónica perplejidad, con una risa de tos. Recordó el susurro vacilante de Lasso, su posterior grito gangoso en la escalera. Puta, puta, puta. La palabra se presentaba resignada, vacía de insulto, como si se hubiera encontrado con una vecina cotorra que un día la criticó a sus espaldas. Montes notó el contenido del silencio y se apresuró a buscarle la cara. Entiéndeme, dijo. Ahora tú eres la puta y yo tu cliente o tu manolo. Así no preguntan. Si va un hombre solo, depende de cómo luzca lo paran o no lo paran. Si lleva levita y sombrero alto o levita y tricornio, los serenos le dan las buenas noches con mucha tontería. Buenas noches, necesita el señor alguna cosa, quiere que lo acompañe que va usted sin farol, quiere lumbre para el cigarro. Por qué, muy sencillo: porque los señores y los señoritos tienen y algo les dan, y más les vale no incordiarlos, ya vayan dando tiros al aire o borrachos como cubas. Yo suelo ponerme de levita, con pañuelo al cuello y chaleco, en verano con calzón y ¡las do, ce y me, día y escaaaarchaaaa! Y en invierno con pantalón, y con un abrigo de lana azulona que ya te lo enseño mañana, finísimo, con botas o con zapatos según me vea. Tricornio ya no me pongo porque está desfasadillo. Lo que pasa es que hoy iba con prisa y pertrecharse de caballero es muy entretenido,

y una buena capa to lo tapa. Y que venías tú, le sonrió Petra Montes. Porque, y ahí está la cosa, si un hombre, solo, sale a las tantas con capote y chambergo, así como yo, qué pasa. Esquilache pasa. Que ya lo está parando el sereno para decirle retírese el embozo, saque lo que lleve en el fajín y en los bolsillos, dónde va usted a estas horas, nombre y apellidos y el ave maría purísima sin pecado concebida. Y si va una mijilla borracha la criatura, el sereno o intenta robarle amenazándolo con el chuzo, ¡vaya que si intentan robarle, que eso lo he visto yo!, exclamó ahogadamente la sastra, retrocediendo la barbilla, refulgiéndole el blanco y el azul de los ojos. Bueno, y si lleva una canasta como llevamos nosotras, se la abre, se lo desparrama todo y suerte tiene si es nada más que eso, que ya puede llevar rastrojos del campo o tomates pasados o un juguete para el chiquillo, el sereno se lo requisa por vicio. Es que los serenos tienen vicio. El paseo de Petra Montes y Catalina Castillejos había adquirido compás. El roce entre los cestos, la capa y el abrigo, los pasos huecos de los botines de una y los firmes taconazos de la otra, la respiración corta y atenta de Castillejos y la narración de Montes ensartada de duras jotas y ges que rompían como lanzas el suave rumor del discurso, componían una melodía trepidante, una huida sin drama.

Ahora bien, ¿qué pasa si un hombre con chambergo y capa, con un saco y con borracherío y enseñando una navaja de dos palmos chorreando sangre, va a las tantas con una mujer? ¡Pues no pasa nada, jamía, no pasa nada! Por qué, muy sencillo. Porque en la mente del sereno aparece el cuadro de puta y manolo o puta y cliente, y claro, la puta es sagrada porque sus buenos dineros está costando, que las putas ya no es como antes que se las llevaban para arriba y para abajo y podían marear a la puta y cuando quiera le pago con cuatro garbanzos. Nada de eso. Que desde la guerra han espabilado mucho porque el hambre espabila mucho, y muy bien que han hecho. Y los chulos han espabilado también, no te vayas a creer, que antes los chulos lo único que hacían era sentarse en la taberna a esperar a que la manola llegara con el jornal, y ahora están los chulos más pendientes de lo que pasa en la calle que los alcaldes, vaya. Entonces qué pasa, pues que el sereno no se mete. ¿Tú has visto que de la pila serenos que nos hemos cruzado alguno nos haya dicho algo? La palabra puta se había vaciado de connotaciones por su uso fácil, a Castillejos dejó de endurecerse el oído cada vez que la escuchaba. El invierno volvió a ensancharse en la plaza de la Cebada, rojo, mullido y fragante de tormenta indecisa. Castillejos reconoció el sitio, se vio a ella misma en la puerta de la taberna arrodillada y gritando. Se asombró como si le estuvieran contando un buen chisme.

La opacidad de los nubarrones recortaba el perfil irregular de los tejados y las torres limadas, las pequeñas elevaciones mordidas. La fuente y el patíbulo emergían del centro y alcanzaban la misma altura. La estatua de la alegoría de la abundancia miraba el listón de donde, por la mañana, pendería la cuerda. Las maderas de la estructura entonaban tímidos silbidos, un crujir de lento columpio. El rumor del agua y el ronquido de los mendigos resguardados debajo del cadalso dieron a Castillejos sensación de salón. Los cajones desvencijados de verduras y criadillas podridas y las reuniones de gatos y perros formaban un cuadro ordenado. El frío le había construido una costra nueva, más dura, en la herida de la boca. ¡Anda, es verdad, que mañana es jueves! Si salimos antes de las siete de la mañana, vemos la ejecución, dijo Petra Montes, y volvió a entornar el sombrero para saludar al sereno que se acercaba. Sus palabras dieron a Castillejos otra sacudida de novedad, un cotilleo todavía mejor que el de su propia barraquera a las puertas de la taberna. ¿De dónde salimos a las siete? Ah, ¿que no te lo he dicho? Las prisas, perdona. Petra Montes bajó la cara hasta la cara de Castillejos, hasta chocarse el ala del sombrero

con la capota como si ocultaran un beso. Vamos a la iglesia de Nuestra Señora de Gracia. ¿A una iglesia? Castillejos lo dijo agudo y desorbitada de curiosidad, y dio un traspies. Ten cuidado, que está todo esto del mercado hecho un asco. Es muy chiquitita, más bien una capilla, pero salimos el jueves santo, ni el miércoles ni el viernes, el jueves santo que murió el Señor, hasta la plaza de Palacio y allí nos recibe la reina. Bueno, cuando hay reina. ¿Y por qué... a estas horas? ¿Está abierta la...? Montes calló a Castillejos al pararse en una puertezuela. Se soltó de su brazo, le dio la otra cesta diciéndole sujeta un momento, miró a los lados, hacia atrás, y se sacó una llave del cinto. Abrió lentamente, reteniendo el chasquido, y la puerta cedió silenciosa sin necesidad de empujarla. Pasa, dijo Petra Montes, y Castillejos entró a un pasillo oscuro y sin eco. Cuando Montes estuvo dentro y hubo cerrado, sólo se veía una línea de luz al fondo, a ras del suelo, y el compacto olor a cera calmaba el frío. Tira palante, ¿llevas las dos canastas? Sí. ¿Te pesan? No. Pues tira palante.

Cuando la campanilla se silencia Domingo Torres medio grita buenos días para hacerse notar. Desde el interior de la tahona Mateo Arruchi responde ya voy, ya voy. Una mujer entra y al sonido de la campanilla las voces suben ¡que ya voy!, ¡Mateo, que hay gente!, ¡que ya voy, patrón!, entre el trajín de hierro y madera. La mujer dice buenos días con modales de sirvienta nueva, sin asomar la cara más allá de los límites de la capota, y por eso no ve que Domingo Torres le devuelve el saludo tocándose el sombrero.

Mateo Arruchi sale al mostrador envuelto en una vaharada de azúcar tostado. Se dirige a la sirvienta nueva: Qué va a ser. El caballero está antes, responde. Atienda a la señorita, que se la ve apurada, dice Domingo Torres, y esta vez emerge de la capota una ojera, un rápido pestañeo y una enumeración consabida: Tres hogazas grandes, tres pequeñas y de los dulces que tenga del día, seis onzas. Hoy tenemos de todos los dulces. Petisús, mazapanes, merengue, tartaletas, cruasanes, hojaldres, mmm... magdalenas con chocolate y sin chocolate, pastel de queso, bombones, mmm, bizcocho de miel, de nueces, de canela, de piñones, de vino, de limón, enteros y por trozos, naranja confitada. ¿Todos son del día? Del día desde que amaneció a las seis de la mañana que están los hornos ardiendo. Arruchi se pasa el brazo por la frente y se deja un rastro de harina. La necesidad de elegir agita a la sirvienta nueva, la capota vacila rígidamente y deja ver a Domingo Torres la ojera y el ojo. ¿Me los repite? Mateo Arruchi respira hacia el techo y empieza otra vez bombones, hojaldres, petisús, señorita, interrumpe Domingo Torres. Permítame recomendarle las tartaletas de manzana. En esta casa las hacen de maravilla, son los proveedores de La Esmeralda. La sirvienta nueva gira el cuello y Domingo Torres puede ver fugazmente la cara completa, chata y terrosa. Tartaletas de manzana. Seis onzas. Marchando, dice Mateo Arruchi, y al entrar al obrador la estela de azúcar tostado se redistribuye por el despacho. Gracias, señor, dice la sirvienta sin mirarlo. Domingo Torres estira los labios, se orea el pelo y se abanica con el sombrero. Su perfume alcanza a la sirvienta como un tacto lento que la hace alejarse un paso. Torres se le acerca con el mismo paso con que ella se ha alejado y la capota vuelve a estremecerse. Permítame otra recomendación, ¿me la permite? A la sirvienta le angustia desconocer el límite entre la buena educación y la coquetería. Mueve otra vez el cuello hacia Domingo Torres y al hacerlo se lleva un nuevo aliento de su perfume. Le recomiendo que asista usted esta noche a un baile organizado por las más elevadas personalidades de Madrid. Allí aprenderá el límite entre la buena educación y la coquetería. Por ejemplo, aprenderá que no mirar a los ojos a su interlocutor es coquetería. La sirvienta nueva se gira hacia Domingo Torres como si le hubieran dado una bofetada desde el otro lado. Su cara es pequeña y cuadrada, y el lazo del sombrero bajo la barbilla le hace a Domingo

Torres pensar en una cabecita alada, en un angelillo barroco despistado. Aceptar la invitación a un baile que le hace un caballero gentil después de haberla ayudado a hacer la compra es buena educación.

La ráfaga de manzana caliente que precede a Mateo Arruchi la aspira la sirvienta nueva con raro alivio. Su concentración erra de las manos de Mateo Arruchi envolviendo los pasteles al perfil oblicuo de Domingo Torres que la inquiere será a las nueve, en un hermoso teatro. La frase tira de los ojos de Mateo Arruchi, que amortigua el ruido del envoltorio y ralentiza la velocidad del cordel. La sirvienta nueva sólo encuentra en los ojos de Arruchi una complicidad masculina, no dirigida a ella, y se siente asediada, cede al fin. Balbucea unas vocales al aire y dice me llamo Begoña. Domingo Torres dice Domingo Torres. ¿Adónde le mando el coche? Callejón del Rosario con Embajadores. Cinco reales con cincuenta, dice Arruchi, y acerca los tres atillos al borde del mostrador. ¿Y en napoleones? Uno con cuatro. La sirvienta posa dos monedas en el mármol y mete cuidadosamente los tres paquetes en la cesta. Torres la observa de frente y se la imagina. Arruchi se demora en la colocación de unas bandejas para poder escuchar a Torres. A las ocho y media tiene usted el coche en la puerta. Cuando llegue al teatro pregunte por mí. Domingo Torres, dijo la sirvienta. Eso es, sonrió Domingo Torres, y esparció las eses como encantamientos. ¿Le deja salir su señora tan tarde, doña Begoña? No lo sé, nunca antes le pedí permiso para salir, dice resuelta la sirvienta nueva, y su desparpajo no indica seguridad sino inocencia. Domingo Torres se la imagina compacta y oscura y con los pechos pequeños, una india. ¿Y si no le deja? La sirvienta nueva se encoge de hombros, dice no sé, cierra la cesta, dice adiós y se va, y esa simpleza, durante los segundos que dura, consigue intimidarlo.

Qué va a ser. Domingo Torres espera a que la campanilla que ha hecho sonar la sirvienta nueva al salir se silencie completamente para ordenar el encargado, por favor. Para servirle, dice Arruchi, y Torres se alegra de que sea un muchacho. El encargo a nombre de Las Amenidades Literarias, ¿está listo? A Mateo Arruchi le aprieta el estómago la certeza de la conjura, la personificación de la intriga en la callada voluptuosidad de Domingo Torres, y su habitual mueca de dolor hoy es casi una sonrisa. Da un paso atrás y mete medio cuerpo en la tahona para llamar al patrón, pero en el trayecto piensa esto es asunto mío, nuestro, y vuelve al despacho. Está listo, pero no nos ha dado usted ninguna dirección donde llevarlo. Precisamente a eso venía. Tengo que conducirlos a ustedes al sitio en cuestión. Arruchi se contrae en otro mohín inquieto. Mantengo el secreto mandado o nuestro simpatía, se pregunta mientras dice no es menester, señor. Piensa si nuestro simpatía puedo parecer indiscreto. Para pedidos tan grandes nosotros mismos se lo llevamos en carro. Si mantengo el secreto dejo de ayudar a un aliado. Sin sobreprecio por el transporte, añade. Domingo Torres reproduce la línea que trae aprendida: Es que nuestras reuniones son en un sitio de tránsito difícil, y más si se va en carro, por eso es preferible que yo los acompañe. Todos los dulces deben llegar en perfecto estado. Somos una sociedad muy, desvía la mirada, detallista, concluye afilando la ese. Mateo Arruchi apoya las manos en el mostrador y extiende el revés amarillento de sus brazos. Si usted quiere decir, murmura atacado por la resolución que acaba de tomar, que hay que llevar los dulces al teatro de los Caños, a Domingo Torres se le marca el entrecejo, para que estén allí a las nueve de la noche, no se preocupe. Torres apenas tiene que regular su voz para convertirla en un cuchicheo: De hecho, tendrían que estar antes de las nueve para que diera tiempo a colocarlos, dice, y Arruchi recibe un feliz latigazo en la vesícula.

Mateo ya con la cháchara, gritan desde dentro. Que estoy despachando todavía, patrón.

Arruchi se inclina por encima del mostrador y busca la oreja de Domingo Torres. Abra la puerta un par de veces y diga buenos días bien alto. El hálito viciado de Arruchi da a Domingo Torres sensación de intrepidez. Torres siente debilidad hacia las órdenes dadas porque sí, sin atender a la oportunidad ni a la jerarquía, sólo por el riesgo que comprenden para el que las da y a sabiendas del riesgo en que incurre él mismo al fiarse. Es de una temeridad que le entenece. Abre y cierra la puerta dos veces y exclama, por encima del tintineo de la campanilla, buenos días, y después con voz grave, hola, hola, buenos días. Que está entrando gente, patrón, que es la hora, qué desean, caballeros, dice Arruchi con teatralizada amabilidad.

Quién te ha hablado a ti de esto. Arruchi duda, debatiéndose de nuevo. A Domingo Torres le gusta esa cautela, esa seriedad con que los niños se toman el juego. Rectifica mejor no me lo digas, ya sabes lo de los ángulos y los triángulos, ¿no? Sí señor, que sólo se puede conocer al superior jerárquico y a los dos subordinados pero los subordinados entre sí no pueden conocerse, responde Arruchi. Sube la voz y añade a real el bollo grande, a tres cuartos el pequeño, e interroga con la frente arrugada. Sí, nosotros estamos burlando el secreto de los ángulos, responde Torres, también con la frente arrugada detrás del flequillo. Me pones cuarto y mitad de tarta de queso y un bizcocho completo. Pero este desliz inesperado va a resultar para el bien de todos los conspiradores. De chocolate o de nueces, exclama Mateo Arruchi. Gracias a este encuentro queda a salvo un elemento fundamental en la trama. De chocolate. Marchando. Arruchi entra en la tahona y coge el primer pastel que se encuentra. Regresa con él, lo deja a un lado y se estira hacia Domingo Torres. Y ese elemento fundamental es el secreto del baile para cualquiera que no sea de confianza. Qué buena pinta tiene eso, muchacho, a ver si sabe igual que huele. Arruchi aprieta la barriga contra el mostrador. La mueca regresa intermitentemente hasta quedarse fija: los labios casi tragados y los lagrimales contraídos. Tú llevarás el encargo al salón de la sociedad literaria, dirás una dirección falsa a tu patrón. Qué dice usted que si sabe igual que huele, ¿sabe todavía mejor! Pero es que yo no soy el que lleva el carro, dice Arruchi. Pues tienes que convencer al patrón o al que lo lleve de que hoy lo llevas tú, además, un carro esta tarde nos viene de perlas para llevar lo que falta al teatro. Muchacho, me pones a mí también dos pedacitos de eso, dice Domingo Torres con la fingida voz grave. ¿De chocolate también o le pongo uno de cada? No va a hacer falta, señor Torres, dice Arruchi, y a Torres le gusta que haya atendido a su nombre sin haberse presentado. Uno de cada, uno de cada. Claro que hace falta, chico, es un baile clandestino. No va a hacer falta porque el que lleva la carreta de los encargos también es de los nuestros. ¿Para llevar o para ir comiéndolo? ¿Ángulo tuyo? Para llevar. Sí señor, pero no de la élite como nosotros. Qué más le pongo. Domingo Torres se conmueve como un padre. Pero, ¿es de fiar? Qué más hay del día. De total confianza, un poco bobalicón, pero mejor así. Petisús, mazapanes, merengues, tartaletas. Mejor así, confirma Domingo Torres. ¿Las tartaletas de qué son? De manzana y de naranja las tenemos. ¿Entonces? Entonces de manzana. ¿Entonces?, repite Arruchi, susurrando con vehemencia. Entonces a las siete vuelvo y voy yo con él, tú se lo dejas dicho en régimen de alto secreto conspirativo. ¿Las manzanas qué son, rojas o verdes? ¿Me permite acompañarlos, señor Torres? De la huerta del Manzanares nos las traen, lozanas como muchachas lozanas. Domingo Torres usa su reciente autoridad: Sabes que son cinco reales la entrada, ¿lo sabes? ¿Y las naranjas de dónde os las traen? Sí señor, estoy ahorrando desde el domingo que me hice conjurado. Antes nos las traían de Cáceres y ahora de debajo de Alcorcón, pero lo mismo de buenas. Domingo Torres intercambia sin querer los volúmenes del doble diálogo y exclama ¿la élite ahorrando cinco reales? Cierra los ojos un momento, censurándose,

hasta que reacciona uy cinco reales es muy caro, nada nada y acto seguido y con voz grave, pero es normal, están los caminos peor que en la guerra, en la guerra por lo menos se preocupaban los ejércitos de tenerlos transitables. Mateo Arruchi explica con naturalidad de maestro, gesticulando como un marchante: Verá, señor, soy aprendiz de pastelero, gano tres reales al día. De esos tres me vengo guardando uno desde el domingo, del domingo a hoy van cinco días, así que ya los tengo. Los merengues están muy suaves también y son más baratos. Y he pedido prestada una levita. Domingo Torres teme haberse equivocado y estar hablando con alguien extraño y se aturulla de especulaciones este es de otra trama conspirativa, este me está engañando, dónde está el dinero, a este lo están engañando, adónde llega el dinero de la trama, por aquí ronda un traidor o un ladrón este y el del carro me quieren tender una trampa, pero la brillante puericia de Mateo Arruchi ya lo ha seducido y las preguntas se contienen. A las siete os espero a ti y al cochero aquí en la plazoleta, bueno mejor no me llevo nada que me estoy poniendo muy gordo con tanto dulce, y con la voz grave me lo va a decir usted a mí, que los compro para mi mujer que tiene antojos y me los acabo zampando yo. Como gusten los señores, aquí estamos para cuando ustedes quieran, dice Arruchi con el tronco todavía doblado por el mostrador, con la mueca de dolor emocionada. Domingo Torres medio grita buenos días, abre y cierra la puerta y se queda dentro los segundos del repique, posado entre el pomo y el paraguas, y le guiña a Arruchi. Con la voz grave dice adiós muy buenas y gracias, abre la puerta y sale. El patrón espera a que la campanilla se silencie completamente y entonces grita qué es, que no se han llevado nada después del rato que te han tenido mareándote. Arruchi desencaja la postura y entra en la tahona con la sonrisa pesarosa deslumbrante, con la piel de un cetrino espléndido, con el pastel sin trocear. Si es que ni los ricos tienen dinero, patrón, responde.

## 23

Las manos de las mujeres vestidas de hombre se movían bajo las ropas de las santas o se reducían en la costura, y por eso saludaron a Petra Montes y a Catalina Castillejos con la cabeza. Montes se quitó la capa y el sombrero y quedó en pantalón y chaqueta. Flaca y oscura como una tenaza, dio un rápido paseo. Su voz se unió al bisbiseo de las mujeres para decir mirad esta es mi amiga..., y se atrajo a Castillejos del codo. ¿Cómo es como te llamabas? Castillejos murmuró Catalina.

Petra, el frunce lo he cosido ya tres veces y se arruga, la tela es muy fina. A ver que vea. Hazle los pliegues más grandes, más separados, y arreando, dijo Montes, y de vuelta a Castillejos Catalina, mira, Santa María de la Soledad, y Castillejos contrajo un bostezo y parpadeó fuerte. El vestido está desfasado. Lo que se lleva ahora es pasamanería así como la llevas tú, y no tanto encaje blanco, pero el cliente manda. Le dije a la camarera mayor que así la virgen les iba a quedar como un tapete y ella nada, que quería encaje blanco y fichú rosa. Ni media palabra más. Santa María Antonieta marchando. Es que la camarera mayor de los herreros es muy villana, dijo otra costurera a quien el chaleco se le tensaba en los pechos y le marcaba la cintura, y el calzón se le ceñía a los muslos y a las nalgas. A Castillejos le pareció retorcidamente femenina, una burla del disfraz.

Una sola imagen congregaba a más mujeres y más candiles. El nacarado busto desnudo de una virgen era interrumpido por una peana. En torno a la peana, una estructura acampanada estaba cubierta de lino bordado. Petra, ven a ver si este hilo va bien para las flores del chal. ¿Más claro no lo hay, un rojo más tirando a teja? Haz el favor, Cata, tráete los canastos que algo habrá. Niña, el hilo de oro este te ha quedado de maravilla. A mí no, a la Loli, yo me puse al final con el canutillo de las mangas. Pues Loli, jamía, te ha quedado el oro lamido lamido. Si es que cuando el hilo es bueno... Ah y que los de Santa Marta dicen que el adeudo hasta dentro de un mes nada. Contenta me tiene Santa Marta, contenta. Y luego encima con exigencias. Frasca, ¿no fue a ti que te dijeron que la basquiña era de lana y que ellos la habían pagado de tafetán? Y qué les dije yo, Petra, ¡pues que cualquier cosa, de tafetán a lana! Qué, Cata, ¿no es una preciosidad? Estirazadlo que mi amiga lo vea. De pie sobre dos sillas, dos costureras sujetaron el vestido por las mangas y otras dos por la cola, desde abajo. Era rico y sencillo, hacía sonreír a las mujeres. Es una preciosidad, dijo Castillejos. ¿Es para la virgen? ¡Ya lo quisiéramos para nosotras!, exclamaron desde el susurro. Cuchi, cuchi qué motivo me hacen mi Gertru y mi Carmen, dijo Petra Montes, y acarició la sucesión de finos pétalos. Toca sin miedo. Castillejos se sacudió las manos en el abrigo y entre las yemas de los dedos deslizó una flor bordada. Apretó un poco y era como una moneda tierna, dinero de mujeres, pensó. Se le disipó el sueño, venció el vaivén con el que salió



del cuarto de Diego Lasso, vio la sacristía: las toses secas de las tijeras, las mujeres vestidas de hombre, los tocados de plumas y los lazos de las figuras, el secreto, y entonces quiso saber y preguntó qué hacen ustedes aquí a estas horas. El sigilo natural, afanoso, adquirió peso y límites, un volumen de alarma que las costureras sostuvieron idas de la labor al soslayo, contenidas las puntadas y las medidas, chisporroteando la estufa y quemándose la cera, dos columnas de aire entrando por la nariz de Petra Montes que salieron en forma de respuesta: Porque es la única manera de hacerlo desde que el cardenal tan avanzado que tenemos, tan avanzado y tan liberal que parece hugonote, con eso te lo digo todo, prohibió vestir a las vírgenes y a las santas como las hemos vestido toda la vida.

Los patrones rebasaban los límites de las mesas como ínfimos manteles. Clavadas con alfileres había láminas de figurines recortados de revistas de moda. Montes revisó los patrones como el arquitecto que indaga en el plano. Castillejos se inclinó sobre la ilustración de la esquina y leyó el rótulo: Recreación del vestido que llevó la marquesa de Chilly, Mme. Lisle, el día de su pedida de mano por el marqués de Chilly y conde de Périgord, Mr. Pelletier, en el Chateau de Laixon de los condes de Périgord, la velada del 18 de mayo. Turban de Drap d'Or. Aigrette d'Oiseau de Paradis. Se le desplegó una sonrisa y se le encendió una chispa de interés en los ojos, sucumbida por el encantamiento que era la estampa descrita en tres líneas, que ni siquiera había entendido del todo pero que la conducían a la escena, a la marquesa ruborizada detrás del empolvado y al marqués mirándola de reojo cuando se llevaba el tenedor a la boca; el encantamiento que era el dibujo de la marquesa de perfil cuadrado y seducción aprendida hecho realidad en una virgen de cejas y rictus sinuosos, de dolor aprendido; el encantamiento de un rotundo golpe de literatura.

Este lo saqué del Costún Parisián, dijo Petra Montes sin pretender acento francés, y se dirigió a otra mesa. Y este de aquí es inglés, para santa Juliana de Nicomedia que mañana dieciséis es su día y le hacen una misa en la iglesia de San Justo. ¿Cómo es que todavía no han venido en busca de ella? Mientras hayan pagado, vengan cuando quieran, dijo una costurera. También es verdad. Lo que te digo, que los ingleses son más finos para los trajes de paseo, y a las santas chiquitillas de hornacina les va mejor un traje de paseo de día que un traje de noche. Este es del Leidis Monly de hace dos años, dijo, y metió la mano debajo del vestido de la santa, como si cogiera a una marioneta, y abullonó la tela. Parecía que la mano que extendía la santa ofrendando un crucifijo era una mano que sacaba a bailar. Castillejos pensó se parece a mi vestido y Petra Montes dijo se parece a tu vestido, Cata, ¿ves?, pero claro, a las figuras es más difícil hacerles el escote porque es que los tallistas las hacen sin tetas, dijo cogiéndole una mano a Castillejos y poniéndosela sobre los pequeños senos de la santa. Les tenemos que poner jirones o trapos o lo que pillamos. ¡A ver si es que por ser santas no tenían tetas las criaturas! ¿O es que tiene una que ser Santa Águeda o Santa Bárbara o Santa Cristina, que les cortaron los romanos las tetas, para que te esculpan sujetándolas en un plato? Hombre ya está bien, que sólo te ponen tetas si es para enseñar que te las cortaron, concluyó rodeada de su equipo de asentimientos.

Del fondo de las cestas, debajo de las cintas de encaje y los nuevos pliegos de diseños que repartió entre las costureras, Petra Montes sacó varias revistas de moda. Pasaba las páginas despacio, reteniendo el crujido del papel, y cuando había pasado una por completo deslizaba sobre ella los dedos como sellándola a la página anterior y como insuflándoles comprensión al figurín y al texto. Nos las traen en las valijas de prensa extranjera los de la Sociedad de Amigos de la Constitución, una vez al mes. El nombre interrumpió la contemplación de Castillejos del

desfile de mujercitas alargadas mira, esta se parece a la Pili cuando mozuela, ¿que no?, la Pili es esa de ahí. El nombre de la Sociedad de Amigos de la Constitución estorbó a la pequeña magia que le trascurría a Castillejos. Pensó en Vicente Plaza, come lo que quieras, bebe lo que quieras. Recordó el amargor del trago de cerveza, vio la gran luz, la ninguna ocultación de la fonda, y dijo ¿eso no está en la fonda de la Cruz de Malta, en la calle del Caballero de Gracia? Petra Montes y las costureras se sorprendieron y se miraron, y así consagraron la nueva complicidad. Exactamente, respondió Petra Montes. ¿Los conoces, has estado? Sólo a uno, sólo una vez, dijo. Bueno, pues esos son los que nos traen las suscripciones. Treinta napoleones al mes y me las traen envueltas en los pantalones y en las casacas que le llevan a mi Tomás. Dice mi Tomás: Yo no he visto gente que gaste más en chaquetas que un constitucionalista. Buena gente son, pero al principio querían engañarme. Me decían que la suscripción de cada revista costaba en Francia un napoleón de los nuevos la más barata, y que un napoleón de los nuevos de Francia no es lo mismo que los que tenemos aquí, que perdemos al cambio. Que les tenía que dar napoleón y treinta céntimos por cada revista al mes, y como nos traen dos; y cómo nos han venido los Bon Génés muchas veces?, dijo una costurera desde su labor. ¡Mojados y arrugados y algunos rotos! Castillejos se apenó imaginando los destrozos y admiró a Montes porque no comunicaba su énfasis al trato con las revistas ni la costurera a la costura, y dudó de sus propias manos y de su delicadeza. Dos napoleones con sesenta al mes que querían cobrarme, ¡que eso son cerca de treinta reales!, más luego los portes, claro, que el contrabando no viene solo, un napoleón más al mes. Eso nada más que las francesas, porque las inglesas no te haces una idea de lo que me querían cobrar: que si la libra esterlina y que si el puerto. Yo francés no entiendo ni inglés tampoco, pero sí sé quién entiende, así que ni corta ni perezosa... Las costureras negaron cadenciosamente con la cabeza y exclamaron quedamente tonta que es la Petra, a pedirle consejo al Antuán Bombón, que nadie más sabe ni francés ni inglés en todo Madrid, vaya por dios, y Petra Montes, inundada de blanca sonrisa, chistó y dijo a callar que es el que más cerca me pillaba. Ya ya, sí sí, Antuán es que es vecino de todas, ya ya, oye pues muy bien que hiciste, Petra, anda que si yo tuviera excusa... ¡y sin tenerla vas, Felisa!, dijo una costurera. ¡Pues anda que tú, que te falta salir con la cinta de medir y enredarlo!, respondió otra, y la sacristía se tejió de miradas y gestos saltones. Bueno, que llego a lo de Antuán, y os digo una cosa: me esperaba yo encontrarme una mercería con cuatro cajones y cuatro puntillas, y tiene unos anaqueles hasta el techo y un mostrador con un lustre que da alegría verlo, y limpito todo y oloroso. No, os lo digo porque luego se habla mucho con mucha envidia, que si vende camisas de esparto. Bueno, pues me llevo con un número de cada revista para que me haga el favor de buscarme dónde pone lo que vale de verdad la suscripmira, rompió el susurro una costurera, mira Felisa mira, no me hagas hablar que ¿que qué?, apretó las tijeras la otra. ¡A ver el gallinero!, gritó sin volumen Petra Montes, dando un fuerte taconazo en el suelo que hizo vibrar el entarimado, el rosario entre las manos de la virgen, los pies de Castillejos. ¡La que no sepa hablar callando, a su casa, estamos! La sacristía se vació de respiraciones. ¿Estamos?, insistió. Los grandes ojos azules agujonearon el espacio hasta que recibió un silbido de síes como respuesta. El crepitar del papel de la revista colmó de ruido la sacristía y arrastró tras de sí el murmullo acostumbrado.

¿Y a que no sabes lo que me dice el Antuán de lo que valen las revistas? Bueno, antes del precio lo primero que me dice es que los folletines de esta clase son la opresión y la injusticia y yo qué sé qué más me dijo, que si la moda es la dominación de los hombres, el cuerpo de las mujeres, que menos mal que en España no había revistas de estas, que España está en el camino

de la felicidad, y yo empecé a enchungarme porque es que me estaba sonando a lo mismo que el arzobispo con la inmoralidad de los vestidos de las vírgenes, y yo le dije que que no haya revistas no es mérito de España porque en España no hay de nada, ¿es verdad o es mentira? Hacían una en Cádiz hace ya años pero sin dibujos, que eso ya me dirás tú la gracia que tiene, ninguna. Bueno, una perorata la del Bombón que vaya tela, lo bien que habla español, y yo con gusto me habría quedado a debatir, porque el hombre es un primor, pero un primor, y yo pienso que cada cual tiene su opinión de las cosas y hay que respetarla, pero jamía, que tenía allí al amigo de la constitución esperándome en la puerta para cerrar el negocio y no podía entretenerme. Le digo Antuán, corazón, otro día parlamentamos, ahora dime esto. Pues que en la primera página lo pone bien clarito. Petra Montes cerró la revista lentamente, como si arrojara a un niño en la cama. La levantó por la parte superior, con blandura en las yemas de los dedos, y con el índice de la mano libre dibujó círculos en torno a unas letras apretadas de la cubierta. Habló despacio, acomodando el movimiento de su dedo: Que la suscripción de las francesas es de sesenta céntimos de napoleón, de los nuevos, sí, pero que resulta que los nuevos valen menos que los viejos. Y que las inglesas, sí, son más caras porque pagan arancel en la frontera con Francia o porque vienen directamente en barco, pero que de cinco reales al mes nada de nada, que no les diera más de cincuenta al mes por todas. Un primor el Antuán. Tan primor y desterrado, la lástima. Suspiró y quedó otra vez en la posición de arquitecto sobre el plano.

Castillejos dejó que la sigilosa faena del taller le pulsara un nuevo sopor. Abandonó la mirada en el dibujo de una mujercita sonrojada por su propia belleza. Qué dices, Cata, cuchicheó Petra Montes, y no la llamaba sino que la mecía. Despegó los ojos del grabado y transformó un bostezo en sonrisa. Qué te gusta más, ¿la moda francesa o la inglesa? Tú eres muy moderna, sin corsé, sí señora, anda que no molesta eso. Sí uso, quiso defenderse Castillejos: sí uso, corsés, síyo tampoco uso, la cortó Petra Montes, pero porque no tengo nada que encorsetar, ¿no ves?, dijo, y se abrió el chaleco. La camisa abultaba apenas, sin cimbras y sin descensos. Pero tú bien derechitas que las tienes y te queda el bolero pues precioso, suavcito, no como esas que llevan un armazón que parecen proas de barco.

Salimos el jueves santo, ¿te lo he dicho ya, Cata? Pues el jueves santo sale Nuestra Señora de Gracia con el Cristo de la Pasión. La única procesión de Madrid que llega a la plaza de Palacio y allí la reciben el rey y la reina, el rey al Cristo y la reina a la virgen, desde hace siglos, ¿eh? Ninguna tontería. Lo que pasa es que llevamos sin reina, pues estamos en el dieciséis, la guerra fue hasta el catorce, pues ocho años sin reina, total, que desde el año catorce que volvimos a procesionar llega la virgen y la reciben las duquesas y las marquesas y las que haya por allí, y a mí, qué quieres que te diga, no me parece bien. No me parece bien porque si a Nuestra Señora de Gracia la tiene que recibir la reina, es la reina, no las cuatro de turno de la corte que le hacen palmas a Fernando, que como la criatura no tiene conocimiento nos lo engatusan con medio requiebro. Aunque una cosa te digo: nosotras con reina y sin reina sacamos a la virgen lo mismo de preciosísima, y si no hay reina, más preciosa todavía, para que se vea que no necesita a nadie la virgen y que no se viste la virgen para nadie nada más que para ella misma, y en todo caso para el pueblo que sale a verla, no para la media docena de petimetras que le bailan el agua al rey. Pili, ¿cómo era el jubón que llevaba una del palco el año pasado? La costurera desaprobó con la cabeza y Montes subrayó el movimiento diciendo vamos, vamos. Más vergüenza tienen en Lavapiés. ¿Y por qué no prohíbe el cardenal los jubones de las majarracas esas, eh, en vez de los vestidos de las vírgenes y de las santas? Decir que ofendemos a dios y a su santa madre con estos

tejidos nobles y esta seda salvaje y este cariño y este fervor con el que lo hacemos. Que dice que así se confunden las santas con las mujeres mundanas. Castillejos se persignó. Efectivamente, dijo Montes dibujando en el aire una cruz veloz. Dejó la palma de la mano tensa junto a la cara y sentenció: Eso es blasfemar. Querrá que las saquemos liadas en sacos de esparto, porque vamos. ¿Va a ofender a Santa Eufrasia esta chemise a la reine? ¿Y van a ofender a la Virgen del Carmen estas plumas de avestruz, que las tocas y son?, toca toca, ¿son las plumas de las que tienen ser las alas de los ángeles! Vamos, querrá que pongamos a la virgen hecha una monja. ¿Y estos corales, ofenden también, que son copia exacta de los que llevaba su majestad doña María Luisa de Parma? Porque se ha dicho mucho de ella y a lo mejor no hizo las cosas como tenía que haberlas hecho, no te digo que no, pero Gertru, ¿cómo se ponía en el palco recibiendo a Nuestra Señora de Gracia? De negro y en trance y con las manos juntas, respondió la costurera. Y de rodillas no se ponía su majestad porque si no, no se la veía, dijo otra. A Castillejos le sorprendió que pudieran escucharse unas a otras desde cualquier punto de la sacristía hablando tan flojito. Miraba los labios de quien hablaba para ayudarse a entender. Iba yo de camarera con mi Gonzalillo en brazos, lo pequeño que estaba, que me tuve que sacar la teta de la mantilla y darle leche en mitad de la procesión, de lo que me lloraba. Por entonces ya había prohibido el arzobispo los trajes, pero como estábamos protegidas por doña María Luisa, se hacía la vista gorda. Pero ha sido encontrarse Fernando huerfanito y el cardenal ha arremetido. Además, que el tío y el sobrino se tienen tirria. A mí me caía bien, para ser Borbón es valiente. Y canceló la inquisición él mismo, oye, dijo la que cosía para Santa Laura. Y qué lástima su hermana, lo que tuvo que pasar con el mal bicho del Godoy, dijo la de Santa Rita. Pero se le subió a don Luis María el púrpura a la cabeza y fue de iglesia en iglesia mirando a ver cuál virgen iba a su gusto y cuál no. Y que o se le cambiaba el atavío, o no salía en procesión. Y que si se sacaba en procesión sin haberle cambiado el atavío, clausuraba la hermandad. ¡Coño, para eso que hubiera dejado la inquisición! Y nosotras a fin de cuentas no salimos tan mal paradas, porque mira la Virgen de la Expectación y la otra, ¿cómo era? La de la Dormición de Atocha. Ya ves, la Expectación, esa cusina de imagen con esa ventaniña en la barriga que se abría y veías al niño Jesús, el daño que hace eso a nadie, que dejó sin virgen a las preñadas. Pero y la Dormición, que no medía ni, ni una vara, allí acostadica con sus ojicos cerraos, que se la tenían los dominicos siempre las sábanas blancas blancas. Eso también sería por tirria que le tendrá a los dominicos. Eso es de ser un resentido, porque los segundones siempre son resentidos. Y con Santa Librada tres cuartos de lo mismo. Que clavar una santa en una cruz era querer imitar a Jesucristo y eso era soberbia. Esas palabras dijo, dijo la costurera, y cruzó los dedos índice y pulgar de la mano derecha y se los besó sonoramente. Que me lo contó mi prima que estaba delante el día que fue el cardenal a la iglesia, todas allí arrodilladas su santidad su santidad, cómo nos honra su santidad, y de pronto suelta su santidad a un monaguillo y le dice que coja a la santa que se la llevan. Que la imagen no era lo que se dice una maravilla, estamos de acuerdo, muy menuda y muy renegrada, ¿pero pues no murió Santa Librada en la cruz lo mismo que Jesucristo? ¿No tiene el mismo derecho a su cruz, soberbia ni soberbia? Soberbia la suya, que se le va la fuerza por la boca, que a ver cuántas hermandades ha clausurado aquí en la villa. A los del Gran Poder, a los del Dulce Nombre, a los Carpinteros de San José y poco más. Ahora, que en Toledo ha hecho escabechina de cofradías, os lo digo que me lo ha dicho mi hermano que es costalero de una. Allí porque el cardenal lo tiene todo más a mano. Pero aquí Fernando, como no lo quiere ni ver, Luis María ha tenido que tirar de infiltrados, desde seminaristas hasta beatas y hasta todo. ¿Sabes de quién se dice que es una vendida? La priora de las carmelitas calzadas, porque sale mucho de paseo a muchas misas distintas. Petra Montes

sacudió suavemente un chal y lo contempló al trasluz. Hay que andarse con cuarenta ojos, dijo. Con nosotras no ha podido, estaría bueno. El cura está de nuestra parte y piensa igual: que don Luis María es medio hugonote, y nos deja la sacristía para que vistamos a las santas como dios manda. A lo primero de empezar quería el cura que le diéramos diezmo de lo que ganáramos, vayas a creerte. No sabe nada don Froilán. ¿Y qué le dije yo?, dijo Montes subiendo la escalerita que alcanzaba al busto de la virgen, con el chal extendido entre los antebrazos. Que ni diezmo ni diezma, que esto no era ningún predio, que más bien debía considerarse obra pía, porque es lo que es. Así que le damos una mensualidad y le pagamos las velas y el aceite y el carbón de la sacristía, le zurcimos las sotanas y nos deja tranquilas. Lo que antes hacían en cinco o seis talleres en todo Madrid, ahora lo hacemos nosotras solas. Petra Montes abrazó el busto y colocó el chal entre los codos flexionados, suplicantes de la virgen, cruzándolo por la espalda. Volvió al suelo y miró el resultado. ¿Pero cómo va a ofender esta seda salvaje a Nuestra Señora de Gracia, que es la más garbosa de Madrid?, le dijo a la virgen, y le lanzó un beso con las dos manos. ¡Guapa!, susurró. ¡Guapa, guapa y guapa!, replicó el susurro compacto y enorme de las costureras, como si las parecieran echaran el aliento.

## 24

Ana Luisa Gil primero había barrido, se había lavado las manos y había obligado a Arnaldo Cuesta a que también se las lavara. Después se había lavado los pies, había abierto la ventana y también la puerta para tener más luz, y luego había pegado las sillas y la mesa a la pared del fondo. Luego había colocado a Arnaldo Cuesta en la pared de enfrente, encima de la cama, con los brazos en cruz, y le había puesto en cada mano un extremo de la gran tela blanca. Desde ahí la había extendido por todo el suelo de la casa, acumulando el exceso en el perímetro y sobre la mesa y las sillas. Allí se descalzó y arrinconó las alpargatas. Enhebró una aguja, la sujetó entre los colmillos y empezó a examinar las veintiocho costuras de unión de las dieciséis sábanas.

Yo no me explico cómo vais a colgar esto en el teatrillo de Caballero de Gracia. Arnaldo Cuesta no respondió inmediatamente. Ellos sabrán. Es un número nuevo, por eso tengo que irme hoy antes. Gil detectó algo flojo y corrió tela hasta que pudo manejar el anverso y el reverso del milímetro defectuoso. Se sentó sobre los talones, redujo el volumen blanco apretándose al costado y dio una rápida puntada. Llegaré más tarde, también, dijo Arnaldo Cuesta. Pero no vuelvas a darte un martillazo, haz el favor. No te has roto el dedo de milagro. La siguiente puntada se extendió en el aire como si la esposa de Arnaldo Cuesta tañera una cuerda y dilatara la reverberación de una nota. Si te van a tener allí hasta las tantas, qué menos que te den de cenar, ¿no? Sí, cenaré con don Manuel y con don Jaime allí mismo. Es que para mí sola ya sabes tú que no me preparo nada de cena. Ana Luisa Gil rompió el hilo de un mordisco y devolvió la aguja a la boca y la tela a su espacio. Gateó hasta la siguiente costura y con el dedo sobre la línea dijo son buenas personas don Manuel y don Jaime. Qué suerte hemos tenido.

Arnaldo Cuesta bajó un poco los brazos y la tela le dio paso a una visión completa de su esposa. El fulgor de la aguja le hizo acordarse del pararrayos, del ascenso al tejado del Caños el día anterior, y lo acarició un suave orgullo. Ponla tirante, que con tanta arruga no veo. El fulgor de la aguja también le hizo pensar en el cuchillo. Su esposa chistó: Ponla tirante, hombre, estira los brazos, es un momento. Me duelen los brazos, Ana Luisa. ¿Sabes lo que tenemos que hacer? Me voy contigo al teatrillo y allí que hay más espacio estiro la tela bien estirada, y así también la plancho, porque no iréis a colgar esto con las arrugas que tiene, con lo mirado que es don Manuel. Arnaldo Cuesta pensó cojo el cuchillo de la cocina y lo llevo a afilar antes de llegar al Caños, hay un afilador justo al lado. No, Ana Luisa, dijo. Pero si no voy a molestar nada, si es bajar Fuencarral y doblar la esquina y ya estamos en Caballero de Gracia. Cuanto antes vayamos, mejor, mira el nublado que hay, antes de que diga de ponerse a llover, porque si sales cuando ya esté lloviendo esta exageración de tela no da tiempo a que se seque para el número. Que no, Ana Luisa, que a don Manuel no le gusta que la gente de fuera vea sus cosas. Pues entonces estira los

brazos. Arnaldo Cuesta volvió a ocultarse detrás de la tela. Pensó no puedo llevarme el cuchillo de la cocina porque sólo hay dos y se va a notar mucho. Le enfureció su pobreza. Deseó un cuchillo propio y nuevo. Imaginaba la escena en la que amenazaría a José Vargas y se burlaba de él el cuchillo de cocina, mellado, sucio de óxido y oliendo a entraña de pollo. Porque el cuchillo que se habrá comprado José Vargas con el dinero que me corresponde a mí será reluciente, se clavará sin esfuerzo, pensó.

Ana Luisa Gil se había incorporado y tanteaba el tramo de tela que se elevaba del suelo. Al encontrar la mano de Arnaldo Cuesta dijo hay que ver la carnicería que te has hecho en el dedo. Cuesta lanzó la respuesta contra la tela: Si tanto asco te da no lo mires. Cómo me va a dar asco, dijo Gil, se puso de puntillas y besó el dedo herido. Cuesta relajó los brazos y la tela le descubrió a Gil abajo, con la aguja apuntándolo desde la comisura de la boca, con el hilo blanco arrastrando como los restos de una presa recién devorada. Bajó de la cama y a los pies de la cama dobló la marea de tela sobre sí misma. Después le quitó a su esposa la aguja de la boca y la ensartó en la bobina. Besó a Ana Luisa Gil, se descalzó, arrinconó las alpargatas, se sacudió las plantas de los pies haciendo un rápido equilibrio y caminó de puntillas sobre la tela blanca hasta la puerta. Cerró la puerta y la ventana. Se desnudaron con prisa en la estrecha franja de suelo libre, chocándose y convirtiendo los choques en abrazos.

El sargento Núñez hacía dibujitos en la tierra con la punta de la bayoneta. Desde donde estaba no podía adivinar el rango del carabinero que paseaba montado, dejando que el caballo pastara las flores del jardín. Otros dos guardias de corps se habían subido a un banco de piedra para sopesar las granadas en su árbol. Un coronel se cuadró blandamente al paso de una doncella y caminó a su lado hasta dejarla en la escalinata del palacio, y todavía la miró hasta que desapareció adentro. El sargento Núñez borró la maraña de trazos con la suela del zapato y se apuró a limpiar el barro de la bayoneta. Se separó del muro y saludó a sus órdenes mi coronel. El coronel Rovira le ofreció tabaco y dijo descanse, sargento. Si descanso más me duermo, mi coronel. ¿Tarambaneando anoche, sargento? El sargento miraba más allá del muro del jardín mientras desmenuzaba las hebras. Si por lo menos estuviéramos en la puerta principal estaría uno entretenido viendo gente, y no aquí custodiando los claveles, mi coronel, dijo, y lamió el borde del papel de fumar. Parece ser que unos facciosos están tramando algo contra el rey, y anda todo el gabinete nervioso, les falta poner un cerco de guardias alrededor de la real escupidera, dijo el coronel Rovira, y prendió su cigarro. ¿Quién le ha dicho eso?, dijo el sargento Núñez, y se quitó una brizna de tabaco de la lengua. Un mayordomo. El Julián el de la camarilla, ¿verdad, mi coronel? El mismo, sargento, pero no se ande por las ramas y responda lo que le pregunto. Sí, mi coronel, de tarambana anoche igual que anteanoche. El coronel Rovira se apoyó en la pared y exhaló anillos de humo. Voy a tener que abrirle un expediente, sargento, dijo ofreciéndole un fósforo.

El carabinero no se había bajado del caballo ni se había quitado el cigarro de la boca ni había dejado de mirar al cielo para decir Rovira, ni Rovira se había llevado marcialmente la mano a la frente para decir sí, Solana, va a ponerse a llover. El sargento Núñez sí había limpiado la ballesta, había borrado la nueva maraña de trazos de barro con la suela del zapato y se había cuadrado en cuanto identificó el rango superior del carabinero, y el saludo de a sus órdenes mi coronel pisó la pregunta del coronel Solana al coronel Rovira: ¿Ha visto usted la vara esa que sale del tejado del Caños? ¿El mástil de la bandera, dice usted? El coronel Solana dio un suave tirón de las riendas y avanzó hasta el muro del jardín. Izó las nalgas momentáneamente, pegó el barrigón al cuello del

caballo. Rebuscó el origen y la forma de la estructura saliente entre los prismas deteriorados de la techumbre. Regresó, dijo ¿eso es un mástil de bandera?, y sacudió la ceniza de las crines. Pues qué va a ser si no, Solana, allí en lo alto. ¿Y cuándo han puesto eso ahí?, dijo el coronel Solana. El coronel Rovira enterró la colilla con el tacón y respondió el mástil lleva ahí toda la vida, Solana. Pues yo en mi vida he visto una bandera en lo alto del Caños, Rovira. Pues natural, porque el Caños lleva clausurado desde el año diez que lo hicieron trizas los franceses, y antes del año diez no estaba usted en Madrid, que estaba tan a gusto en su pueblo, o no. El coronel Solana escupió al suelo y preguntó qué opina usted, sargento, ¿le parece a usted eso un mástil? El sargento Núñez se estremeció imperceptiblemente en la postura de firme y carraspeó antes de hablar. Yo tampoco recuerdo haber visto una bandera en ese mástil, mi coronel, porque en el año diez era yo niño y no guardo recuerdo, mi coronel, pero todos los edificios reales siempre tienen respuesta lo que le pregunto, sargento, lo interrumpió el coronel Solana. Que si le parece a usted eso un mástil u otra cosa, porque yo le veo unos picos que no son propios de mástil. El sargento Núñez, sin mover la cabeza, extremó la mirada en dirección al teatro y dijo me da permiso mi coronel para descansar y asomarme a la verja. Descanse, sargento, y vaya a la verja, dijo el coronel Solana, y desde su altura montada se inclinó hacia el coronel Rovira para recoger la invitación de tabaco.

Jaime Somorrín horadaba con la yema del dedo un pequeño socavón de la escayola. Con la otra mano se masajeaba el ronroneo de la garganta. A veces separaba los labios y dejaba salir el sonido, recitando un mantra vago. Después de practicar en todas las partes del teatro, a todas las alturas posibles, había determinado que su sitio sería el centro de la orquesta, sobre una tarima, porque es desde donde mejor lanza la voz sin estorbar la proyección de las imágenes. Las columnas que marcan la división entre escenario y orquesta están desconchadas, la pintura se descascarilla y mancha la ropa, y Jaime Somorrín estaba horadando un pequeño socavón de la escayola con la yema del dedo, haciéndose con el espacio, ajeno a los tramoyistas conducidos por Domingo Torres. Sin dar golpes, les decía, y encendía candilejas a su paso. No arméis barullo. O barullo imprescindible de cargar un piano a oscuras, señor, dijo Alfonso Beiro. Pues menos, respondió Torres, le sonrió a Jaime Somorrín y Jaime Somorrín se sacudió la escayola del dedo y le dio la espalda. Leonardo Güemes llegó al filo del escenario con el piano encajado en los riñones. Calculó la profundidad del foso de la orquesta, llevó la barbilla al hombro, en dirección a los bastidores, y llamó ¡Aleixo! ¡Que no gritéis!, dio Domingo Torres un zapatazo, se oyó el revoloteo de una paloma. Que este cuartel está cuajado de guardias, que estamos enfrente del palacio, no entendéis español los gallegos o qué, dijo Domingo Torres apretándose la pechera. Que non grites, Leonardo, murmuró Alfonso Beiro desde el otro lado del piano. Yo sólo é que non podo baixar isto, onde se quedou o Aleixo para catro banquetas que levaba. La voz del dueño llegó antes que el dueño: Disculpe, don Domingo, pero nosotros vamos a empezar el ensayo general en cuanto llegue el señor Cuesta, y la compañía requiere intimidad. Había dicho intimidad dando una palmada al telón y había levantado una nube de polvo, y Domingo Torres había lamido con los ojos la espalda de Jaime Somorrín, porque no me da la espalda, me la ofrece, pensó, y Arnaldo Cuesta había dado un rodeo para evitar el palacio. Le gustaba llevar la carretilla ligera y con destino, no vagar, no rebuscar por entre los tachos algo con que llenarla. La plancha de hierro que usaba su mujer tenía un peso cierto, distinto al que sumaba con la gran tela blanca. La sentía compacta y negra en el centro de la carreta, perfectamente densa e inhábil, femenina, más terrible que un cuchillo. Arnaldo Cuesta había levantado la vista de la carreta y había divisado el



pararrayos por encima de todos los tejados como un campanario depuradísimo, esencial, y se había regodeado y había temido al mismo tiempo. El sargento Núñez había observado la estructura metálica que salía del tejado del teatro hasta que le dolieron los ojos de tanto enfocar la vista. Se había cuadrado con su permiso, mi coronel, y el coronel Solana le había respondido hable, echando el humo lejos. El sargento Núñez ha buscado entonces los ojos del coronel Rovira y sólo ha encontrado su perfil, ha mirado a un ojo del caballo y después al coronel Solana. Boquea y al fin dice me parece un mástil de bandera, mi coronel. El coronel Solana mira más allá de la construcción palaciega, al olivar, al río, al campo marrón. Pues va a arrancar a llover, a que sí, Rovira. Y más que ayer, Solana. Qué opina usted, sargento. Que va a llover y más que ayer, mi coronel, dice el sargento Núñez reconfortado.

El dueño echa vaho en la lente de la linterna principal y la frota con el pico de la camisa. Está desaliñado y cómodo, suda el olor de hombre flaco que gestiona bien el cuerpo. El redondelito de boca enmarca los dientes apretujados y así le sonríe el dueño a Isabel la Católica. ¡Andar y humo!, ordena desde el palco real. Arnaldo Cuesta se desplaza con una linterna móvil por los rieles del fondo de las lunetas y Jaime Somorrín pedalea el mecanismo de los ventiladores que azuzan las fogatas de bambalinas. Los bajos del vestido de Isabel la Católica se mueven, la imagen se aproxima, se agranda, el humo la transporta hasta las primeras filas del patio de butacas, al dueño se le ensancha el gesto, la postura, hasta que Domingo Torres aparece en mitad de Isabel la Católica como un embarazo. Mantilla qué, tose, qué es esto, tose Domingo Torres, ¡fuego, hostias, fuego! ¡Alto andar y humo!, ordena el dueño, y el gesto y la postura se le concretan, Isabel la Católica desaparece, el humo se relaja en niebla. Señor Torres, dice el dueño, y lo encañona con el torrente de luz que atraviesa la negrura como una construcción más del teatro. Habíamos acordado que era mi hora exclusiva de ensayo general. Domingo Torres, deslumbrado, se lleva el antebrazo a la frente. Lo sé, tose, se, tose, ñor Mantilla. La cuerda de tos de Domingo Torres mil, tose, perdo, tose, nes, no consigue trepar el palco real, y el dueño, porque está molesto, acompaña la lanza de luz con una lanza de voz: Qué dice, señor Torres, no se le oye. A Jaime Somorrín, porque está mirando a Domingo Torres desde lo hondo de la bambalina, se le afilan las comisuras de los labios. Mis dis, tose, culpas desde luego, dice el dueño, desde luego que la culpa será suya si el número no sale bien esta noche. Per, tose, dón señor Manespero que haya un buen motivo para esta intromisión, esta interrupción irrespetuosa, yo que lo tenía a usted por un amante del hay un motivo, señor Mantilla. Domingo Torres se coloca perpendicular al foco, recompone la dirección del flequillo, carraspea hay una buena razón. Pues diga, a qué espera, no nos entretenga más. Domingo Torres desaparece y vuelve a la luz con dos hombres. Estos señores, dice, y los dos hombres se tocan la visera del sombrero y ahí dejan la mano para protegerse los ojos del foco. Vienen a instalar el fumadero, porque la única entrada segura al teatro es por el escenario desde la taberna, y los utensilios son delicados. Y caros, incide uno de los hombres, y tose. Y caros, repite Domingo Torres, como para andar luego con prisas y con descuido, sabe usted, señor Mantilla, usted sabe.

Cuando Petra Montes quitó unas telas de encima del diván y dijo échate ahí, Cata, que estás que te caes de sueño, Catalina Castillejos localizó el orinal de debajo y pidió permiso ¿puedo, Petra, antes? Mujer pues claro, ni preguntarlo. Como Petra Montes sacó el orinal, lo puso delante del diván y no se fue, Castillejos se quedó de pie mirando alternativamente a Montes y al orinal. Mujer haz lo que tengas que hacer que me lo lleve. Oh no te molestes, ya lo saco yo cuando termine, tú tienes aquí mucho que hacer sí hombre, la cortó Petra Montes. Vas a salir tú a la puerta

la calle, para que aparezca un sereno, figúrate, una señorita tan bien puesta sacando la mierda de madrugada. Castillejos pensó los hombres se cobran la amabilidad con la decencia de una, las mujeres se cobran la amabilidad con esto, y mientras se subía el vestido y una enagua y la otra y se bajaba el calzón se preguntaba qué es esto que se cobra Petra Montes, se puso en cuclillas y agradecida y sumisa empezó a defecar. Ahí detrás tienes para lavarte, y diciéndolo fue a por una jarra de agua y una toalla y las puso al lado de Castillejos, y al agacharse tocó el encaje de la enagua descubierta, después la herida de la boca. Montes le sonrió y le dijo se va a enterar el mocoso mañana. No ha sido Diego Lasso, se apresuró Castillejos. Tú tranquila, que se va a enterar sin enterarse. Castillejos orinó por último.

Cuando a las seis de la mañana Petra Montes la despertó con el susurro vengarriba hay que irse, el primer pensamiento de Catalina Castillejos fue se va a enterar sin enterarse, y fue el segundo cuando miró a su alrededor y ya no había vírgenes ni santas sino fantasmas quietos porque Petra Montes terminaba de cubrir a la última figura con una sábana, y el mismo pensamiento cuando la ayudaba a recoger las cestas, como una oración que se rezara sola, se va a enterar sin enterarse. Hasta que al pararse Petra Montes a ver la ejecución en el patíbulo de la Plaza de la Cebada, amaneciendo grisáceo, no puede ser ese el Chemita el pinchajigos, qué habrá hecho el desgraciado, y persignarse, no fue hasta entonces que Castillejos dijo no ha sido Diego Lasso, Petra, y el verdugo abrió la trampilla, Castillejos se persignó tarde. ¿Diego Lasso qué? Que no me ha pegado. Te has pegado tú misma entonces. Castillejos calló y miró abajo por no decir no, ha sido otro, porque pensó si me ha pegado otro es porque he visto a otro y tiene razón Diego Lasso con que soy una puta. No le hagas nada a Diego, por favor. Montes y Castillejos caminaban como la noche anterior, de chulo y manola fina. Tonta, si se lo vas a hacer tú. Yo el qué. Pero si ya sé yo que el Diego es buena persona, Cata, si de no ser por él no sabría yo hacer un número, si le arregla todos los papeles a mi Tomás. Lo que pasa es que estos días está nerviosillo. La mañana subía trabajosa a través de los nubarrones. El amanecer levantó la mirada de Castillejos, le hizo reconocer las fachadas, la alegoría de la abundancia alineada con el ahorcado, y le limpió ese estar embrollado de hacía horas, de hacía días completos. Cata, ¿te están esperando en algún sitio? Castillejos esquivó el drama de la respuesta con una resignación energizante, liberadora: Pues no. Petra Montes dijo es para que desayunemos tranquilamente en casa en vez de un café bebí en la Puerta del Sol. La expectación del desayuno y de la compañía se le hizo una fiesta a Castillejos. Fantaseaba con una charla, con quitarse los zapatos. ¿Y por la noche, te están esperando en algún sitio? No: volvió la negativa espléndida: ni tampoco por la tarde. Petra Montes mostró sus dientes grandes, su sonrisa de barco. Entonces te vienes conmigo a la mascarada del Caños del Peral. Yo te invito. ¿Pero en Madrid no está prohibido el carnaval? ¡En Madrid más que en ningún sitio!, pero hasta la semana que viene no es jueves lardero, y lo que no está prohibido ni en Madrid ni en ningún sitio es el precarnaval. Pre, carnaval, silabeó Castillejos. Lo que hay antes del carnaval, explicó Petra Montes. Ah. Pues eso, que esta noche hay un baile de precarnaval. La antigua promesa del viaje zarandéo a Castillejos y le compuso un vestido, un peinado, una mantilla, la mantilla nueva en la casa de Vicente Plaza, el baúl entero en la casa de Vicente Plaza y yo desnuda, pensó. Pero no tengo qué ponerme. ¡Como si eso fuera un problema en casa de un sastre! Pero no tengo con qué pagar. La sonrisa de Montes llenaba el camino, era el eje de la confianza: Yo me puedo fiar de tí, ¿a que sí, Cata?

El olor a leche caliente y a pan tostado estaba en el descansillo. Al otro lado de la puerta estaban puestas la mesa y la estufa. Petra Montes se había deshecho de la capa dándole un rápido

vuelo y el aroma de la leche y el pan se rizó en las narices. Buenos días Tomás, había gritado hacia el fondo de la casa, y el buenos días, niña, del sastre, había llegado proveniente de la sastrería. Es de cabra. El qué. La leche, ¿te gusta? Sisí. Si no te gusta échale más azúcar. Me gusta así, muchísimas gracias, de verdad. Si no salimos un momento que en la esquina está el cafetero y te la mancha que le dé un poco de gusto. No hace falta de verdad Petra, yo también la bebo así, si yo no sé cómo agradecerte ya de verdad. Castillejos esperó a que Montes diera el primer sorbo y entonces bebió y le escoció la herida. Petra Montes echó aceite en dos tostadas y le tendió una. Castillejos esperó a que ella diera el primer bocado y entonces comió. Échale más si quieres, está riquísimo así, gracias, cógete todas las que quieras, gracias, con una tengo, ¿una nada más?, bueno cojo otra, se hablaban con la boca llena. Desayunaron concentradas y sonriéndose, con los sonidos del sastre en el taller y en un momento su voz blanda Petra, querida, y Petra Montes ha girado la cabeza y ha extremado los músculos y las arterias del cuello qué. El lienzo nuevo dónde lo has puesto, cuál el blanco o el hueso, el hueso, encima del paño, el bueno o el malo, el malo, ah ya, lo encuentras, sí aquí, sabes a quién han colgado esta mañana allí en la Plaza la Cebada, a quién, a Chemita el pinchajigos, mucho han tardado en colgarlo, ese era el de la Macarena ¿no Tomás?, ese. Petra Montes destensa las cuerdas del cuello hasta volverse de nuevo a Castillejos y decirle ven esta noche al baile del Caños, Cata, y le explica entre las dos vamos a sacar mucho dinero, le explica no es nada indecente, le dice te interesa. Escuchándola Castillejos se ha comido la última tostada del plato y se ha servido otro vaso de leche, tranquila porque al fin conoce el precio, contenta porque además le parece un buen negocio, y ya no volverá a dar las gracias hasta las siete y media de la tarde, cuando Diego Lasso le ofrezca su brazo izquierdo y a Petra Montes su brazo derecho, porque habrán coincidido los tres en el descansillo y se habrán dicho pero por dios adónde va el señor Lasso con ese traje inglés, y adónde van las damas con esas sedas, las van a secuestrar unos bandidos, ¿nos secuestra usted, señor Lasso? Al ver a Catalina Castillejos salir de la casa de Petra Montes, a Diego Lasso le habrá retumbado el pecho, habrá bajado los últimos escalones mirando los escalones. Al ver a Diego Lasso bajar el último piso, a Castillejos se le habrá puesto un temor en la postura, el abrigo a medio poner. Diego Lasso irá a su espalda y la ayudará a ponérselo y se quedará oliendo la cera del moño, sin decir nada pero pensando unas palabras señora yo, señora he sido, balbuciendo su pensamiento una disculpa. Es ahora cuando Catalina Castillejos vuelve a dar las gracias, Petra Montes sale al descansillo, grita adiós Tomás, tira de la puerta y exclama pero por dios dónde va el señor Lasso con ese traje inglés.

Arnaldo Cuesta habla porque el dueño ha echado un brazo y otro por encima de los hombros de Arnaldo Cuesta y de Jaime Somorrín y ha comenzado un paseo por el recibidor natural del teatro, de entradas y ventanales ciegos, con la única iluminación del farolillo del infiltrado que vigila la fachada del palacio real, las idas y venidas de los guardias de corps. El dueño ha dicho caballeros, hemos trabajado duro, el espectáculo empezará dentro de una hora y vamos a deslumbrar, vamos a hacernos con el nombre que nos merecemos, estoy orgulloso de ustedes, somos una gran compañía, somos grandes compañeros, compartamos nuestras impresiones sobre el trabajo, esta noche debemos tener plena confianza, sin recelos, desahoguémonos, digamos lo que tengamos que decirnos. Jaime Somorrín ha dicho Mantilla, no se le olvide que tiene que hacer más larga la transición de Isabel la Católica a Colón para que a mí me dé tiempo a llegar a la tarima. Lo sé lo sé don Jaime, no se preocupe, contaré diez segundos antes de cambiar de lámina. Lo que significa, ha incidido Jaime Somorrín sin mirar a Arnaldo Cuesta, que el señor Cuesta también debe acordarse de no poner el filtro azul tan rápido, porque si no va a parecer que el que

está relinchando es Cristóbal Colón en vez del caballo. Arnaldo Cuesta ha dado unas cabezadas de asentimiento mirando al suelo. No me cabe duda de que don Arnaldo estará al quite, ha dicho el dueño volcando su cara socavada de excitación, sus ojillos como ramilletes, hacia Arnaldo Cuesta. ¿O encuentra usted alguna dificultad adicional, cualquier cosa? Arnaldo Cuesta habla porque el dueño le acaba de decir hable sin vergüenza, hombre, estamos entre compañeros: Pues que los caballos no relinchan así como el señor Somorrín relincha, ningún caballo, por lo menos ningún caballo español o francés, ni inglés ni polaco ni portugués, se lo digo yo que he sido jefe de caballería de los voluntarios de Trujillo, hala, ya he hablado, me voy a engrasar las ruedecillas de las linternas no sea que chirrien en mitad del número del señor Somorrín, dice Arnaldo Cuesta, y se escabulle por las escalinatas carcomidas, recorre el pasillo central del patio de butacas, atraviesa la orquesta pidiendo perdón a los músicos que están ensayando, sube al escenario, se mete por las bambalinas, por los telones de fondo, esquiva las bandejas de pasteles que Mateo Arruchi y Domingo Torres llevan por delante, baja el recoveco que comunica con la taberna y se encuentra con Lolo Martínez y con Fermín Carnicero. Diego Lasso sube la calle Preciados escoltado por Catalina Castillejos y por Petra Montes y piensa ah cómo une la libertad a los hombres sin distinción de sexo ni de entendimiento, la nación española es libre e independiente y no es ni puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona; la sirvienta nueva acaba de acostar a su señora y está yéndose a hurtadillas, Ana Luisa Gil se disfraza y desde detrás del embozo le sonrío al bollero Jesús Molina, lo toma del brazo y juntos dan el primer paso en dirección al teatro de los Caños del Peral.

**V**

**FIESTA TERRORISTA Y DIVISIONES INTERNAS: ¿CUÁNTO MATAR?**

## 25

Richart tiene localizado a su perseguidor de esta noche. Es el hombre que está bajo un palco bajo, casi tocando el abombamiento con la calva como una cariátide aburrída. Un hombre alto. Richart tiene presente que si no lo han apercibido en las últimas tres semanas por quebrantar la carcerería domiciliaria es porque para algo lo quieren, y está agradecido. Cada mañana se levanta con la seguridad de que podrá realizar la misión del día sin intromisiones. Sus perseguidores miran por la buena marcha de sus pasos, por que salga de la casa en la que entre, por que la manzanilla que se tome no le quemé el paladar. Sus perseguidores ven las amenazas antes que él y desde mejor perspectiva, y así purgan de infiltrados la conjura. Richart confía en sus perseguidores y en ocasiones, como esta noche al salir de casa y saberse de nuevo perseguido, lo sobrevuela el narcisismo de el rey me pone a sus mejores hombres y al más alto me lo han mandado precisamente para el Caños, alto y esbelto para que baile y mientras baile yo lo tenga que mirar, ha estado pensando Richart por el camino.

Tito, no sales esta noche. No vas a poner a esta familia en peligro, dijo el primo político de Richart desde el sillón, y fue a atizar la lumbre. En los tres segundos que le llevó al primo levantarse, llegar al hogar y ponerse en cuclillas, Richart se terminó de abotonar el abrigo de Ramón Calatrava y la prima de Richart agitó la cabeza hacia uno y otro hombre. Pero, Tito, otra vez a la calle, le dijo a Richart su prima: con la tormenta que va a caer, que se ve venir. Agitó la cabeza de nuevo, de su marido a Richart y hacia la labor, un tormentazo. Qué va, Moneta. Richart penetró en la sala desde la oblonga frente y besó la frente cuadrada de su prima. Son nubarrones tontos, no son de tormenta. Pero te llevas el paraguas por si acaso, eh. María, haz el favor, dijo hacia la cocina. Buenas noches, Blas, Moneta, Josete. El sobrino de Richart jugaba solo a las cartas. Adiós, tío. He dicho que no vas a ninguna parte, repitió el primo político de Richart. Blas, silbó la prima. No vas a salir, Tito, insistió aquel. Las tenazas rascaban las ascuas. Richart habló sin dejar de avanzar y sin darse la vuelta: Tengo que salir, buenas noche no entiendes lo que te digo o no quieres entenderme, golpearon inútilmente las tenazas sin agitar el fuego. La criada esperaba al lado de la puerta a que se impusiera una orden o la contraria. Te crees que eres más listo que los alguaciles o qué te crees. ¿Sabes cuántas veces me han seguido a mí hasta más arriba del despacho? Pues con esta mañana ya hacen cuatro que yo me haya dado cuenta, pero habrán sido más. Y a tu prima, tanto que la quieres; Blas!, silbó la prima. El primo político de Richart se encaró con aquella espalda, lejana en el pasillo, y Richart depositó el duelo en los impasibles ojos de la criada. ¿Sabes las noches que se pasa tu Moneta sin dormir, mirando por la ventana? ¿A que no te ha dicho que a ella la tienen vigilada cuando va a por el niño a la institución? ¡Blas!, rodó la labor de la prima hasta las cartas del sobrino, tapó unos números y unas sotas. ¡Díselo,

Ramona! ¡Pero si hasta a la María la siguen cuando va a por las lechugas, esas lechugas tan ricas y tan frescas que te comes tú en las ensaladas! Jadeó y el sollozo de la prima y la respiración de Richart se unieron al jadeo. Caramba, Tito: cayeron los brazos del primo político. Esta es tu casa, aquí eres bienvenido, sólo te pido que por el bien de todos, tu situación es complicada, caray, dijo, y Richart dio el primero de los cinco pasos que lo separaban de la puerta, los ojos de la criada pelotearon entre las dos profundidades de la escena. ¡Pero serás desgraciado! ¡Si sales de esta casa esta noche no vuelvas! ¡Blas, Tito! La prima de Richart se adelantó a su marido dando un bandazo con su redonda cintura. ¡Cómo vas a salir con ese abrigo, Tito, que pareces un regalado!, lloraba. Richart dio el último de los cinco pasos y recogió el dilema de la criada: abrió él mismo la puerta y rechazó el paraguas.

Richart tiene el pecho de una mujer pegado al omóplato. La primera tanda de licores ha salido mientras la orquesta afinaba y la gente se agolpa para alcanzar las bandejas. Richart se ha acercado a los mozos porque le ha sorprendido que vayan uniformados, y le ha venido un asunto al proscenio de sus asuntos: Habrá comprado el señor Lasso los trajes o habrá comprado disfraces o uniformes de mozo, qué habrá comprado el señor Lasso, piensa, y a continuación aguza la conciencia de su mirada y percibe una extraña coordinación entre los asistentes, la opulencia de lo premeditado. Debe de haber alguien responsable del vestuario, concluye, y se mira el abrigo de Calatrava.

Vicente Plaza se ha acercado a los mozos para coger tres vasos de una vez y está restregado de pechos. Sus tres vasos como las tres hojas de un trébol sobrevuelan las cabezas de la multitud. Ha reconocido la canción que abre el baile y la tararea vitovitovitová. Las mujeres están restregadas de pechos de otras mujeres, se ponen de puntillas o piden al mozo trae hombre. A Catalina Castillejos todas le parecen prostitutas más o menos finas, pero eso cambia cuando Petra Montes la agarra por la muñeca y se encaja con ella en el tumulto ¡tss, niño, trapacá!, dice, porque siente entonces Castillejos lo mullido que es desentenderse, sólo comprometerse con la acción de alcanzar un vaso y que no se derrame el contenido. Las putas son putas por las cosas insignificantes que hacen, pensaba cuando la orquesta estaba afinando, pero ahora vitovitovitová a Castillejos le gusta lo insignificante y pegar su pecho contra un omóplato. Entiende que restregar pechos es parte del compromiso.

La visión panorámica de Richart está tan depurada que puede mirar de soslayo sin que sus pupilas dejen de apuntar al frente. Camina en zigzag entre las lunetas y llega al foso de la orquesta. Allí endurece la cara por el estruendo y observa un contrabajo que no se está tocando, cuyo intérprete distiende en él un abrazo. También el músico tiene la cara apretada por el punteo de las bandurrias. El contrabajo escora cuando el intérprete se estira hacia Richart para exclamar ¡son como grillos! ¡Dice usted! ¡Que son grillos, una familia de grillos en cada bandurria! Richart sonríe, pero la sonrisa se camufla en su gesto apelmazado y no parece que esté sonriendo. Señala con un dedo el instrumento. ¡Es un contrabajo!, se escoran instrumento e intérprete de nuevo. ¡Contraquién! ¡Contrabajo, una viola da gamba pero grande! ¡Ah!, y no pregunta Richart acerca de lo que se acaba de desplegar en su mente como un abanico de naipes por jugar: Por qué no está usted tocando su instrumento, qué tienen que ver las gambas con los violines, por qué tampoco se está tocando el piano, aunque ha estado a punto de preguntarlo, pero ha pensado curiosidades irrelevantes. Las curiosidades irrelevantes nublan el soslayo depuradísimo de Richart, imponen una focalización más exigente que las curiosidades relevantes. Las curiosidades relevantes constituyen información e imponen un recorrido bien determinado de cuestionamientos, un cálculo.

Las irrelevantes, por el contrario, difuminan la atención del interpelante en un sinfín de detalles inconexos, remotos o simplemente espurios, las curiosidades irrelevantes no dejan ver el trazado del laberinto, piensa Richart. Se queda con la vista congelada ante el rizo del mástil del contrabajo, se le ha descolgado el labio, los ojos se le secan, se le reblandece la tensión de la cara, ha dejado de ver a su perseguidor, piensa he dejado de ver a mi perseguidor y reacciona la mente pero no el labio, no el no parpadeo, la curiosidad irrelevante vence al soslayo depuradísimo de Richart. Ya podría estar muerto, piensa, pero no consigue arrancarse de lo irrelevante, el punteo de las bandurrias le teje una trenza por dentro. Termina la canción y Richart parpadea al fin, sella el labio y recupera su panorámica: al frente el rizo del mástil, encima del escenario dos bailarinas ajustándose las castañuelas, tras ellas Juan Antonio Yandiola y más gente accediendo desde el mesón, prevé saludarlo luego; a la derecha y encaramado a una butaca Mariano Renovales le hace aspavientos a Domingo Torres, prevé saludar a Renovales, a Torres no lo conoce pero le gusta cómo su indolencia exaspera a Renovales; y a la izquierda, debajo del palco más bajo, su perseguidor de esta noche, que alarga el brazo para coger una rodaja de salchichón, o de chorizo también podría ser, piensa Richart, y se siente otra vez a salvo.

Ramón Calatrava deja a medias la conversación que está manteniendo con alguien para, cuando Richart se le acerca, alzar su vaso. ¿No toma nada, comisario? Richart atrasa los hombros, se quita el abrigo y se lo ofrece mientras dice el vino de los bailes no me sienta bien. Hágame caso si le digo que el vino de esta noche es buenísimo, que me he ocupado yo de ello con Domingo Torres, dice Calatrava, y le tiende su vaso. El abrigo y el vaso se cruzan y vacilan como polos de imanes que se repelen, hasta que Ramón Calatrava se percata de que Richart se lo está devolviendo ahí el abrigo. Calatrava le indica con el vaso unas sillas anegadas de más abrigos, capas y capotes y retoma la conversación que había dejado a medias con otro invitado. Richart piensa pila, pira, piensa lo único que distingue a una pila de ropa de una pira de ropa es la inutilidad de la primera frente a la utilidad de la segunda, el punteo de las bandurrias le teje una trenza por dentro, será esto una pila o una pira. Curiosidad irrelevante. Calatrava vuelve a dejar la conversación que había retomado para dirigirse con el vaso al cogote translúcido de Richart ahí, ahí le he dejado también el suyo, su casaca, eche un ojo, le dice.

Juan Antonio Yandiola se quita las gafas después de recorrer la fiesta. Ha besado y estrechado todas las manos que debía besar y estrechar, ha memorizado la localización de las puertas de salida y entrada de los refrigerios, las caras de las mujeres a las que quiere acercarse y la fila de asientos en la que ha dejado su abrigo. Se ha cerciorado de que sus dos ángulos están en el teatro y de que no están juntos, y por la precaución que impone la conjura no ha saludado a determinada persona inmediatamente después que a otra, sino que ha aguardado veinte minutos entre uno y otro. Entonces ha dado por concluidas las necesidades de visión más perentorias y se ha quitado las gafas. Saca el estuche lacado y frota el dibujo con el pulgar dejando finas marcas dactilares en los colores brillantes. Acomoda las gafas en el terciopelo azul, se frota la cima del tabique nasal y mira. Para Juan Antonio Yandiola el carácter del baile ha cambiado porque en la miopía no hay relieves ni hay presencias rotundas. Yandiola está en la fiesta sin esfuerzo, la fiesta es leve, es más fiesta a sus ojos. La música, la comida y las personas le llegan sin origen y las recibe con la misma gratuidad, como buenos amantes. Se topa con Domingo Torres cuando Domingo Torres lleva segundos y segundos viéndole la lisa melena negra. ¿Qué podría perfumar un teatro entero sino el jabón del pelo de Juan Antonio Yandiola?, dice, y le frota un mechón entre los dedos. ¿Tú aquí, torreznillo?, dice Yandiola. ¿Y quién va a sacar la Gaceta de mañana? El aplauso por el final



de una copla de moda arranca unas palmadas vagas de Yandiola mientras Torres responde tú por haber ido a las Indias ya te crees más alto que el Machupichu, y desde tan arriba y siendo tan miope no te das cuenta de que estoy redactando la crónica de esta magnífica reunión para la sección de gente y sociedad. ¿Ah sí? ¿Y dónde está el cuaderno libre del periodista libre que recoge la crónica libre? Domingo Torres pone sus cejas castañas a la altura de las finas cejas de Yandiola y se palpa el chaleco. Aquí mismo, dice, y saca un papel doblado y un carboncillo. Tira de la cadena del reloj del chaleco de Yandiola, lo mira, lo devuelve al bolsillo, y habla con el ritmo de la escritura: A, las, di ez y ve in titrés mi nu tos, habi endo con clui do la orques ta una co pli lla pi can to na, y aca bado de em pe zar otra a bi erta mente guarrí, sima, el ilus tre ex diputado li be ral de Cor tes don Juan An to ni o Machu Pi chu Yan di o la se pa se a entre las fi las de bu tacas, bus can do la más fir me, para en cara marse y que el ca ba llero con el ci po te más gran de y más lim pio de la se lec ta con curren cia, o sea yo, lo jo da por su de li ca do agu je ri to de su de li ca do cu lo. ¿Quieres la primicia? Te la vendo, dice Domingo Torres tendiéndole el pliego con una mano y adueñándose del vaso de Yandiola con la otra. ¿Y quién dices que te ha hecho el encargo, Don Eugenio personalmente?, pregunta Yandiola recuperando su vaso. El mismísimo director de la Gaceta, sí señor, responde Torres. ¿Don Eugenio de Tapia, el mismo que está riéndose a mandíbula batiente con Arriaza? Qué dices, Machupichu. Que los he visto antes por allí detrás. Qué vas a ver tú, si estás cegato perdido. Los habrás confundido con otros. Yandiola deja el vaso vacío en una bandeja que pasa por su lado y coge otros dos. Le da uno a Domingo Torres y dice oye, el tinto está riquísimo. ¿Allí detrás los viste, por las columnas de la entrada, Juanan? Yandiola da un sorbo pequeño y lento. No sé, torreznillo, porque estoy cegato perdido y a lo mejor los he confundido con otros. Venga, te regalo la primicia para que se la vendas a la censura. ¿Por allí por la entrada, por donde las vigas altas?, pregunta Domingo Torres, y da un trago con la nariz dentro del vaso y los ojos arrojados a Yandiola. Yandiola posa su fino perfil en el aire y dice aquí el más Machopicha eres tú. Por dios, Domingo, seduciendo criadas negras. Haces el favor de lavar luego las sábanas y de sacudir el colchón si te la llevas a casa, ¿eh?, que traen cuarenta enfermedades. Domingo Torres apura su vaso y lo deja en el reposabrazos de una butaca. Su cara vuelve al frente azorada, el flequillo descolocado. Pues si son ellos, mejor. Van a ver su propia muerte, la muerte del ranciocinio, ¡ja! ¿No soy muy brillante? La muerte del ranciocinio queda bautizado este baile, dice, y da una enérgica media vuelta que le coloca el flequillo en su sitio. Brillante quiero que me lo dejes todo si te llevas a la india, estamos, le grita Yandiola a la espalda.

El dueño cede el paso a varias personas que entran por los bastidores al teatro y entonces él pasa al corredor. El corredor que comunica la taberna con la caja escénica condensa olores de maquillaje, de perfumes, de sudor y de lana y adoquín mojados, el sonido de la música y el ruido de pisadas, risas y murmullos; condensa una oscuridad marrón. Se pega a la pared del corredor para ceder el paso a una fila de personas y llega al fin a la taberna, al fin a la puerta de la taberna y al fin sale y el frío le hace cruzar los brazos. Da una vuelta rápida al teatro mirando al cielo, comprueba la dirección y la intensidad del viento y atraviesa la calle para alcanzar a ver el pararrayos y la espesura de las nubes. Su respiración es un desaliento, vuelve al teatro y le dice a la compañía nada, chispeando. Quitamos al gorrión entonces, dice Jaime Somorrín. En el rectángulo lateral al escenario que ocupan el dueño, Jaime Somorrín y Arnaldo Cuesta, el revoloteo del gorrión en su jaula minúscula es más nítido que toda la alharaca del baile. Con lo que nos ha costado montar el pararrayos, cómo vamos a quitar el número estelar del espectáculo,

suspira el dueño, y Jaime Somorrín pone cínicas las cejas y piensa número estelar.

Los músicos arrastran las sillas al levantarse, la gente chifla y pide más y Domingo Torres, con su alegre flaccidez de niño, su diplomática borrachera, sus uñas redondas, su terno ceñido a los miembros redondeados, su pene pequeño pequeño, sube al escenario y anuncia damas, caballeros, aplacando el aire con las manos mientras Aleixo Prado, Alfonso Beiro y Leonardo Güemes se encaraman a las lámparas improvisadas en las vigas y apagan las velas. Bienvenidos, damas y caballeros. Bienvenidos a La Muerte del Ranciocinio muérete tú y que salgan otra vez las gitanas, grita Vicente Plaza desde el público, baile patrocinado por Las Amenidades Literarias, su periódico de alto entretenimiento pues como sea tan alto como tú vaya altura. Domingo Torres chasquea la lengua magnánimo. Les ruego tomen asiento mientras todavía quede luz, para evitar accidentes. Las risas de las mujeres trinan porque los hombres las están tocando, Ana Luisa Gil se enrosca en el brazo de Jesús Molina, las pupilas de Diego Lasso se dilatan para encontrar el agreste contorno de Castillejos entre los colores cada vez más tupidos. Les ruego tomen asiento porque va a dar comienzo el espectáculo especial que nos brinda la Compañía González Mantilla, Fantasmagoría Londinense Hecha ¡uuuu fantasmas!, se rebulle el público, al Gusto de Madrid, Caballero de Gracia número treinta y cuatro cuarto principal, tres semanas en cartel. Un hálito frío como un tul finísimo que la envolviera, que la abstrayese del entorno, seca los labios de Gil, le afloja las articulaciones dentro del difícil vestido antiguo, convierte el arrumaco que le estaba haciendo a Jesús Molina en una parálisis. Las pupilas de Arnaldo Cuesta se dilatan y fijan mentalmente el sitio que ocupa José Vargas. Cuenta una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, fila ocho, un, dos, tres, cuatro, cinco, silla cinco desde la derecha, y comprueba que Lolo Martínez y Fermín Carnicero siguen a José Vargas, que Martínez se sienta a su lado y Carnicero detrás. Jesús, aspira Gil en el pecho de Jesús Molina. Dime. Jesús me tengo que ir. Bueno, a ver qué nos enseña esta gente, le dice Lolo Martínez a José Vargas. Pfa, total, yo vengo invitado, lo mismo me da que sea malo que bueno, responde Vargas. Ah yo vengo invitado también por un compadre, pero como hay tantísima gente le he perdido el rastro. Arnaldo ha venido, dice Gil. ¿Cómo, lo has visto? No lo he visto pero está, Jesús, tengo que irme. No es una obra de teatro, no es una ópera, no es un recitado, no es un concierto damas y caballeros. ¿Y usted qué ha venido, solo?, le pregunta Martínez a Vargas. Es algo completamente nuevo, es un juego misterioso entre la ciencia y el arte. Solo, sí. Domingo Torres hace una pausa por donde se le escapa la embriaguez. Es que están las putas carísimas, añade José Vargas, y Lolo Martínez sonríe de verdad por el comentario. Ana Luisa, si queremos salir hay que salir por el escenario, y si te subes ahora al escenario te va a ver Arnaldo desde donde esté, nos va a ver él y nos va a ver el teatro entero. Voy disfrazada. Mi nombre es Domingo Torres, quedo a su disposición para lo que gusten. Ana Luisa, piensa con la cabeza. Nos subimos al escenario con el maestro de ceremonias hablando y montamos el entremés de la función de tu marido, y los que ya te conocen y de momento no te han reconocido te van a reconocer, y los que no te conozcan no se van a olvidar de nosotros en la vida. Disfruten del precarnaval y viva la muerte del ranciocinio viva tu puta madre, vocean desde el público cuando el teatro ya está completamente a oscuras.

## 26

Señora: Le escribo esta nota en un papel y con una grafía indignos de su lectura de usted. Disculpará, señora, una vez más, las formas con las que me dirijo a su persona, pero la urgencia me ha impuesto echar mano de los pocos utensilios de escritura que un baile puede brindar a un escribiente. Y la urgencia ha sido tal porque la vergüenza de mi comportamiento en la noche de ayer me impide acercarme a usted, señora, para presentarle las excusas que merece. Me impide incluso mirarla. Cada vez que mi mirada se detiene en un cuadrado de su vestido, en un remolino de su peinado, en un brillo de sus afeites, mi frente cede vencida por la ignominia. El paseo que hemos dado junto con mi vecina D<sup>a</sup> Petra hasta el teatro ha sido, le confieso, una tortura, pues mi espíritu, aunque siendo de la bajeza del más inmundo de los reptiles o de los roedores o de los cerdos, y aun el de esas criaturas es más elevado que el mío porque no dañan a sus semejantes si no es por supervivencia, al menos esas criaturas cuidan de los de su misma especie y usted, señora, es de mi misma especie, pero usted de una categoría superior, como lo que es un lobo a un chuco, usted es la loba soberana de la manada del bosque que amamanta a Rómulo y Remo y yo el chuco que rebusca un mendrugo por entre las mesas de los mesones de Lavapiés, pues igual rebusco ahora su perdón, el perdón que no le he implorado en la presencia de D<sup>a</sup> Petra por no colocarla a ella en situación embarazosa, y he estado a punto de hacerlo, D<sup>a</sup> Catalina, aunque no debo escribir su nombre ni pensarlo en mi cabeza siquiera porque mi iniquidad lo corrompe. En varios momentos de nuestro paseo he estado a punto de detener la comitiva en mitad de la calle y hacer público mi arrepentimiento, se lo juro, pero un chuco no tiene el derecho de detener el paso de dos damas y hacerlas el centro de atención en plena calle, porque pensaba arrodillarme. Por todo esto es que las prisas de la culpa escriben en el pedazo de un cartel viejo que he encontrado a medio colgar, con la plumilla de punta torcida con la que el tabernero de la entrada firma los recibos, suplico su perdón, que no tiene que ser verbal o escrito pues no merezco su palabra verbal ni escrita. La más mínima señal me servirá, señora. Una mirada aunque sea indiferente, un gesto aunque sea tibio, serán entendidos por este despreciable como la magnanimidad de su perdón. Queda a sus pies, donde siempre estuvo, Diego Lasso.

Fermín Carnicero estará tan absorto en el fragor de las olas del mar que inmovilizará los brazos de José Vargas y le tapaná la boca sin dejar de atender a la pantalla y a la voz de Jaime Somorrín, salvo en el instante en que José Vargas le muerda el interior de la mano. Entonces Fermín Carnicero despertará de su dulce congoja. La interrupción le habrá dado tanta rabia que propinará a José Vargas un rápido cabezazo. Lolo Martínez le habrá incrustado segundos antes el codo en el estómago, y ahora se echará un brazo de José Vargas por los hombros y arrastrándolo y susurrando a la gente disculpe, este hombre se siente mal, me dejan salir, saldrá de la fila. No es

el único que se siente mal, responderá un hombre. Normal, este teatro es como para darle un ataque al corazón a uno, dirá otro.

Tan sencillo como eso. Llegar el domingo y ponerse a gritar en la calle Alcalá como unas locas. Como unas locas y lo que no son unas locas. ¿Y qué te da, si nadie te conoce aquí? Pero a mí sí me conocen, Petra. Pero que va a ser un rato corto, mujer, además, en cuanto empieza una el resto la siguen. Es hacer un teatro, es decir fuego fuego, o socorro un asesino, la peste la gripe, y enseguida se hace el pánico y ya no se sabe quién empezó. Imposible que te señalen luego. Y que van a estar también los hombres rompiendo cristales y ventanas y eso, es decir. Dame una cerilla que esto se ha apagado otra vez. Que ya, que está todo organizado. Gracias. ¡Organizado dice! ¡Está pero requeteorganizado! ¿Tú ves la de gente que hay aquí? Todos de lo mismo. ¿De lo mismo de qué? ¡Ah hola Guatulia, cómo estás mujer, dame dos besos! ¿Fumas? Hoy sí. De lo mismo que... lo mismo que las compañías de antes, con esa gracia de cordobesas y ese garbo, que salía una del teatro pues contenta. Contenta estoy yo pero de que se haya acabado el número, vamos, vamos, haber prohibido los carnavales y no prohibir esto que se ve que es pecado mortal. No me lo creo. Pues créetele, porque dime tú si resucitar a Cristóbal Colón y a Isabel la Católica no es masonería o magia negra o algo. Que no, Bea, que no me lo creo que es Antuán, allí. ¿Qué dices, Antuán Bombón? Si es que cuanto menos se arregla más guapo está, me lo expliquen. Ya lo desarreglaba yo entero, ya. ¿Antuán qué? ¿Jamía no conoces a mesié Antuán Bombón? Claro, como ya no compras donde nosotras, que te vas a Recoletos. Que no me lo creo que viene para acá. ¿Y por qué no iba a venir, si es amigo nuestro? Más amigo de unas de que de otras me parece a mí. Dame que ya se me ha apagado esto otra vez. Buenas noches, señoras. Buenas noches, buenas nobuenas mesié Antuánoches buenas noches Antuán. Qué extraño encontrar un ramillete de azucenas en el mes de febrero. Ay qué tontontuángracias gracias Antgracias Antuán tú cuántos años tienes, blancas como las azucenas nos hemos quedado pero del susto de los fantasmas esos, los caballos esos muertos. ¿Fumas, Antuán? Mejor no fumes de eso que está mojado o yo qué sé. Gracias por la invitación, pero nos vamos mejor al fumadero, ¿no? ¿Hay un fumadero? Ay sí vamos, a ver si se me quitan estos nervios de de de del teatrillo del océano y de los caballos, que todavía estoy, mira, temblando. Uy quita, me sienta a mí el opio como cuarenta escopetazos. Anda tonta, nos probamos uno suave. Pues a mí me ha gustado el muchacho, muy espiritual. Sí lo mismo de espiritual que el demonio de ultratumba, Cristina por dios. ¡De ultratumba no, de ultramar! ¡Y la tonta esta el berrido que ha pegado cuando ha salido la reina! Sí, vamos, que tú no me has estado apretando el brazo toda la santa hora y apretándose la Maritrini la cruz del pecho. Eso es herejía o brujería, esos tienen ahí una cabra o un gato muerto y un anillo de Salomón ¿veis, veis?, exactamente lo que estoy diciendo yo que mira, mira temblando como estoy. ¿Catalina? ¿Es usted? ¿Yo? ¿Es usted Catalina? Yo, sí. Disculpe, no me he presentado. Antuán. Catalina Castillejos de Alhama para servirle. Un placer conocerla, doña Catalina. El placer es mío, don Antuán. Verá, me mandan de emisario de esta nota. ¿Para mí? ¡Anda la niña, que no la conoce nadie en Madrid! Para usted. ¿Y de quién, señor? Lo sabrá cuando la lea. ¡Bueno la niña, con pretendientes! Antuán ¿y no traes una nota para mí? De hecho sí. ¡Qué me dices! Pero si no nos acompaña al fumadero no se la entrego. ¡Buenouf vaya buebueno cómo está la nocheAntuán tú quieres matarme!

Arnaldo Cuesta identificará los volúmenes de Vargas, Martínez y Carnicero dirigiéndose a las ruinas del guardarropa. Cambiará las láminas de unas linternas a azules más intensos, esperará el verso de Jaime Somorrín que le da pie y con limpio estrépito metálico las conducirá por los raíles hasta la posición prevista. Con el impulso del encarrilamiento llegará al guardarropa y encontrará

a Martínez y Carnicero dándole bofetaditas a José Vargas para espabilarlo. Al balbucir Vargas qué queréis, cabrones, Lolo Martínez convertirá la bofetada en un puñetazo y Fermín Carnicero lo imitará. Queremos lo nuestro, dirá Arnaldo Cuesta, y de repente la nerviosa gravedad de su postura se difuminará: suspenderá los codos, ladeará la cabeza y enfocará la oscuridad con una oreja. ¿Joder ya es el galope?, farfullará, y saltará del guardarropa a la linterna que acabara de aparcar para ajustar la lente, dejando a Martínez y a Carnicero improvisando amenazas al oído de José Vargas y retorciéndole un poco más los brazos.

A Vicente Plaza le presentan al polaco. Capitán de húsares como usted, capitán, le dice Mariano Renovales. Vicente Plaza y el polaco miran de arriba abajo el uniforme del otro y cambian sus vasos de la mano derecha a la izquierda para saludarse. Su nombre me suena, capitán Platsa. ¿Estuvo usted en la campaña de Somosierra?, pregunta el polaco. Yo capitaneé la campaña de Somosierra, responde Plaza, y quiere recordar el apellido que acaba de decir Mariano Renovales para dirigirse al polaco y cerrar más rotundamente su respuesta, pero es incapaz de reproducir el cabalgamiento de sonidos eslavos. El suave estar del polaco da una sacudida: ¡Qué casualidad, señores! Yo también capitaneé esa campaña, dice, y las dos filas de humo que salen de la nariz de Plaza se cortan en seco, tose un poco y observa la cara rosa, brillante, la expresión ufana de sudor y alcohol de Mariano Renovales para recordarse el asco que siempre le ha producido. Vicente Plaza se construye una dignidad y le devuelve al polaco la mirada. El cabalgamiento de sonidos del nombre eslavo sopla ahora nítido en sus oídos. Fue un día duro, capitán Wisniewski. Sí que lo fue, no nos lo pusieron nada fácil, responde sin peso el polaco. ¡Qué espléndido que se conocen de antes!, exclama Mariano Renovales, y comienza un brindis que ni Plaza ni Wisniewski continúan. Bebe solo y habla con las líneas interiores de los labios mojadas de vino: Le he adelantado al capitán Wisniewski algo de nuestro asunto del domingo. Es un jinete tan experimentado como usted y como yo, y como cada vez somos más los conjurados, tenemos soldados francos para un tercer escuadrón aparte del suyo y del mío, así, mientras usted y yo detenemos la comitiva real, el escuadrón del capitán Wisniewski va confiscando el pillaje de la zona en nombre del nuevo gobierno y haciendo los presos que haga falta, porque si no, para cuando la noche se haya calmado, ya no quedará nada para compensarnos nosotros, que al fin y al cabo vamos a ser los ejecutores directos del plan. Es lo justo, ¿no? Vicente Plaza vislumbra en el polaco la responsabilidad del buen vencedor, su admiración hacia el vencido. Wisniewski mantiene sin culpa y sin altivez la mirada de Plaza y para Plaza es mirarse en un espejo antiguo. Porque se le hace insoportable el encuentro con esa serena gallardía, hace tanto tan suya, dice me disculpan un momento y se va a buscar a cualquiera, a Richart para decirle ustedes quieren insultarme, piensa, o a Francisco Esbri para decirle tenías razón, son unos pillos que quieren perdernos, que maten ellos al rey y al papa con los huevos, piensa, o a Diego Lasso fíjate qué bien funcionan los triangulitos y los secretitos, ¿eh?, la que están montando a espaldas de todo el mundo, pero lo más insoportable para Vicente Plaza es haberse dado cuenta de que Wisniewski también quería irse y de que también le da asco Mariano Renovales.

Queremos lo nuestro y rápido, susurrará Arnaldo Cuesta. Los relinchos de Jaime Somorrín y los gritos del público serán el silencio de las ruinas del guardarropa. ¡Rápido!, gritará esta vez Arnaldo Cuesta, y le dará una patada en las costillas. Responderá una ronquera pero si yo no tengo nada ni mío, Arnaldo, y entonces Arnaldo Cuesta se reclinará sobre él y lo registrará, y esas dos manos urgentes serán un alivio para José Vargas, se acomodará en las llaves con que lo retuerzan Martínez y Carnicero, las hinchazones le harán de almohadas. Arnaldo Cuesta encontrará una

bolsa, la sacará del cinto de José Vargas y la abrirá, se acercará una moneda a los ojos, volverá a cerrarla, dirá aquí sólo hay veinte reales y se guardará la bolsa en la chaqueta. Una pistola le hemos quitado, dirá Fermín Carnicero entregándosela por el cañón. Esto te has comprado con mis dineros, desgraciado. No sé qué putos dineros ¡los de la conspiración, carajo!, chillará con los dientes pegados a la frente de José Vargas, y Martínez y Carnicero advertirán ssh. Caminar en las ruinas del guardarropa será girar en el sitio hasta que, mareado, Arnaldo Cuesta se pondrá en cuclillas. En una inspiración apretará el cañón de la pistola y en la espiración siguiente encajará la culata en la mandíbula de Vargas, Vargas se triturará la lengua con las muelas, su cabeza golpeará la pared y las cervicales montarán una blanca percusión al chocarse entre sí.

La mirada de Catalina Castillejos salta como un anfibio de la última palabra de la carta de Diego Lasso al entorno, se posa en una cara y otra cara y otra cara y en cada cara deja la onda de su paso. La cara de Vicente Plaza concentra una onda amplia que dura, su oscilación absorbe las demás. La anfibia mirada de Castillejos da ahora un gran salto hasta ella misma y se guarda la carta de Lasso. La cara de Vicente Plaza permanece donde la pulsación de la mirada de Castillejos la dejó, como si la hubiera clavado y la hubiera aislado del resto de caras que la rodean, la cara de Plaza como el insecto disecado de un coleccionista, porque Vicente Plaza está atrincherado en una silla sin atender a nadie. Castillejos deja que la herida se le tiña de vino porque está bien peinada y todo a su alrededor es una oportunidad, y porque tiene en Petra Montes a una aliada y se ve más guapa que su aliada. La herida tintada de vino es como un maquillaje exagerado, es el recibidor de Castillejos, porque la gente repara en esa rosa seca que es su boca y después en su dueña. Catalina Castillejos es hoy la dueña de su herida y no la señorita de la boca reventada, por eso cuando sus ojos anfibios se suspenden en Vicente Plaza se dice yo robé la leche del capitán Plaza, y esa excitación por la responsabilidad asumida le hace decir son tan amables de disculparme, separarse del corro de mujeres y dirigirse a Plaza sin recogerse la cola del vestido y sin preocuparse por el crujido de las costuras cuando se la pisan. Jamía tú ve donde tengas que ir sin pedir disculpas por nada, dice Petra Montes, y coge a Castillejos de la cintura y le susurra que ya sabes adónde tienes que ir. Le besa la mejilla, se lame el pulgar y le frota la marca de carmín.

Bendito, sea, el cielo. Cómo, ¿usted bendiciendo, don Domingo? ¿No es usted ateo? Yo soy borracho, María Manuela, y estoy lo suficientemente borracho como para bendecir, pero no sé si estoy lo suficientemente borracho como para imaginar que doña María Manuela López, viuda de Ulloa, la censurada en Cádiz, está presente en este mi baile de precarnaval bautizado la muerte del ranciocinio. ¡Bautismo! Calle o sus amigotes masones lo van a echar de la logia. Esta es mi logia, señora. Soy yo quien echa y desecha. Y debería echarla a usted. ¿A mí? A usted y a su efebo. ¿Se refiere a mi camarero? Sí, al camarero que se cepilla. Qué observador es usted, Domingo, me sorprende. No fue tan sagaz para adivinar que su colaborador era un topo de palacio que le colaba mensajes antimonárquicos en el periodiquillo. Uno es corto, señora, se lo reconozco, y la censura de Fernando implacable, pero para ver que usted se arrodilla delante del criado no hay que ser mosquetero. Y delante de usted, ¿tiene alguien vocación de arrodillarse, sin cobrar por ello? Corrijame si me equivoco porque voy muy borracho, pero creo que en este momento hay una vacante, ¿gusta? Uh qué va, vengo saciada de casa, no quisiera indigestarme y perderme su magnífica fiesta. Me alegro de que esté disfrutando, señora. ¿Pero no iba a echarme? Fuera de mi baile, realista servil. Si piensa echar a todos los serviles se le queda el teatro a la mitad, le aviso. Ya decía yo que había muchos napoleones en la caja. ¿Sabe usted, María Manuela, que todos los

realistas han pagado su entrada en napoleones?, y yo me pregunto, ¿cómo soportan los realistas llevar la frente laureada de Napoleón en los bolsillos? Entonces yo también me pregunto ¿cómo soporta un liberal como usted llenar la caja con la frente laureada de Fernando séptimo? Los liberales somos españoles viles imbuidos en el orgullo y voces seductivas de igualdad libertad y, qué delirio, nación, independencia, ciudadanos, derechos naturales e imprescriptos, ya lo sabe, pero usted, la paladina pluma del soberano místico edificio... ¡Qué halago! ¡Se sabe usted mis versos como el más pintado de mis admiradores, qué halago! Lo liberal no quita lo valiente, ¿más vino? ¿Está incluido en el precio de la entrada? Los liberales somos liberales, señora mía. Salud. Por los reales. Por los napoleones. Salud.

Jaime Somorrín repetirá el latigazo y Arnaldo Cuesta no estará en la linterna correspondiente. Entonces Somorrín tendrá que retener su última línea y la derivará hacia un lánguido romance sin rima. Los cinco segundos que corran de improvisación estimularán al dueño, lo retarán ante su propia técnica. Tendrá que desenfocar más lentamente la lámina del caballo encabritado y responder a Jaime Somorrín dándole más luz. Me cago en mi puta madre Pepe, dirá Arnaldo Cuesta estrujando las flácidas mejillas de José Vargas. En el sexto segundo de improvisación Jaime Somorrín cerrará los ojos y liberará el efecto del opio. Separará las piernas y decantará una cadera. El foco le calentará los párpados y sentirá que el calor avanza, penetra los nervios, entibia el cerebro. Me dices quién es el ángulo que te iba a pagar esta noche o te reviento vivo, te lo juro por dios que te reviento vivo, dirá Cuesta saliendo de las ruinas del guardarropa. En el séptimo segundo de improvisación la mirada del dueño quedará fija y seca en el mecanismo que no puede activar mientras Arnaldo Cuesta no haga el cambio de filtros, fija y seca en el mecanismo de la linterna mágica gracias al mecanismo personal del dueño que es la máxima mágica de la profesión: sea como sea, no se sabe cómo, en el teatro todo se acaba salvando. En este momento la cantidad de segundos improvisados habrá pasado de lo repentista a lo eterno, al precipicio en la medida del tiempo de los espectáculos. En el octavo segundo de improvisación Arnaldo Cuesta hará el cambio de filtros y Lolo Martínez le dará otro puñetazo a José Vargas y le dirá a Fermín Carnicero qué coño hará el Arnaldo con las máquinas esas cada vez que sale. Jaime Somorrín notará el cambio de luz con los ojos todavía cerrados, se sonreirá a sí mismo y retomará el texto con un alarido puntualmente desafinado, de arcángel que se bate y levanta una polvareda que son los runrunes agitados del público. Al fin podrá el dueño girar los resortes, prender las mechas y cambiar la lámina. Le sonreirá al esqueleto de caballo que acabará de desplegarse en la pantalla, a Arnaldo Cuesta y a Jaime Somorrín, alimentado de hermandad como de un plato caliente, del triunvirato de imagineros de lo oscuro, y se dirá cualesquiera tres puntos en el espacio son un triángulo en potencia, y lo llano y lo verdadero de la fórmula lo emocionará.

Castillejos es conducida por su sonrisa de vino hasta el recodo del palco donde está Vicente Plaza, sentado al filo de una silla de espaldas al teatro, hasta que un segmento del vestido de Castillejos se suma a su campo de visión. Entonces mira de reojo y sonrío de reojo y escucha de reojo la frase de Castillejos hola, capitán. Vicente Plaza da un trago largo y su nuez bombea. Aspira y responde hola, Catalina. ¿Puedo acompañarlo? No espera la respuesta. Se acerca una silla y se sienta de cara al teatro: ¿Le ha gustado el número de los esqueletos? Plaza se encoge de hombros. A mí me han dado menos miedo que los del teatrillo de la otra tarde, se responde a sí misma. Pues a mí me han dado más, responde Plaza. Castillejos está deseando llamarlo miedica, eso es lo que es usted por pegarle y robarle a una señorita, por rechazarla delante de otro y llamar a eso mujer libre y no capitán cobarde, pero se guarda Castillejos la energía del reproche y la

atesora, la raciona, emplea una esquirra de su orgullo para limpiarse la mugre del interior de las uñas y decir ¿no suben las bandejas a los palcos? Con lo que ha costado la entrada, deberían, responde Plaza, y su suspiro pincha el estómago de Castillejos para inclinarla sobre el balcón, extenderle el brazo y nacerle el grito ¡eh mozo, tú! ¡Aquí, arriba! ¡Súbenos unos vasos y unos pasteles, anda! ¡Sé bueno! Vicente Plaza endereza la mirada y recoge la dorada figura de Castillejos. Le llena los ojos y le vacía la mente de la campaña de Somosierra durante ese segundo. El mozo llega y saluda y Castillejos le da una moneda que previamente le había dado Petra Montes. Muchas gracias, señora. Déjanos la bandeja, anda. Emm, ¿la bandeja entera? Sí hombre, para no andar molestándote. El mozo echa un vistazo buscando un sitio. En el suelo mismo, dice Castillejos, y Vicente Plaza vuelve a identificarlo: las maneras de una mujer bonita el día que toma una pequeña determinación. ¿En el suelo?, dice el mozo, y ella lo incita con mirada saltarina. Vicente Plaza sigue la nacarada estría de un pecho de Castillejos sumergiéndose en el escote, el escote precipitándose sobre los vasos y ofreciéndole uno que él acepta. La ve beber y relamerse la herida y le dice oiga. Diga. Todavía tiene usted sus cosas en mi casa.

Pero cómo es posible, pero dígame, pero cómo soportan ustedes mezclarse con los demonios liberales. A mí me han dicho que esto era una velada poética. La muerte del ranciocinio, efectivamente. ¿La muerte del ranciocinio, querido Domingo? ¿Reniega usted de su Vólter y su Dideró? No del ranciocinio, del ranciocinio. ¿Ranciocinio? De rancio, María Manuela. De rancio, ranciocinio, igual que de ratio ratiotinio. Yo soy parte del ranciocinio, y pago en reales. Usted es parte del ranciocinio y paga en napoleones, ¿entiende ahora su mente rancia? Entonces, ¿he de esperar la muerte esta noche, señor Torres? Va a tener que esperar poco, de hecho ya debería estar muerta, como los otros. ¿Otros? ¿Acaso se cree usted la única? Usted me hace sentir la única. ¿O cuántas damas han tenido el placer de ser por usted perseguidas, delatadas y llevadas ante la Junta Censoria por subversivas y sediciosas, y tres veces? Esa es la cosa, esa es la cosa, da usted en el clavo. A los otros no se les pudo llevar ante la Junta Censoria, desde Cádiz llevan creciéndose y pavoneándose y ampliando el imperio de la literatura rancia, y ahora la única solución ha sido su muerte. Por rancios. Creo que empiezo a entender su furor homicida: los Alfonsos esforzados, el hijo de Jimena y gran Rodrigo, rayos horribles de la gente mora, con sus nervudos brazos no cansados, desolación del bárbaro enemigo eran siempre en la lid espantadora... Quite, quite, Quintana, pero sí, para ser usted una rancia, me entiende a la perfección. Pero, Domingo, está usted hecho un Edipo. ¿No fue usted pupilo de Quintana? El respeto al padre tiene sus límites, María Manuela, y lo que no se puede es respetar a un padre que en mil ochocientos dieciséis todavía le escribe odas al Cid Campeador. Ay, Dios me perdone no sólo por entender a un francmasón, sino además por estar de acuerdo con él. Aunque matarlo, Domingo, me parece un exceso. ¿Tanto le molesta don Manuel José Quintana estando como está preso en Navarra? ¡Preso es mucho más peligroso que libre, María Manuela! ¡Preso es un mártir de las letras patrias, preso es un héroe de la España traicionada por Fernando! ¡Preso todavía puede escribir versos en su celda, enviárselos a los quintanillos y hacerlos correr por las tertulias y los panfletos!, ¿qué se cree que hace aquí Eugenio de Tapia? Alto, Domingo, con Eugenio no se meta que es amigo mío. ¿Que es amigo suyo el director de la Gaceta? Ay, señor mío, qué inocente es usted. ¿No se ha preguntado nunca quién firma los artículos bajo el nombre de La Amazona Castellana? Nadie diría que le falta a usted un seno. Lo que usted quiera me falta, pero Tapia me publica lo que me da la gana, ya llame hijo de puta al mismísimo Empecinado. Bastante ha sufrido ya una la censura. Qué vendido, pero qué vendido el Tapia. Para que vea lo que puede confiar usted en sus camaradas



liberales, y mire, yo, Quintana, todavía, pase, porque fue el precursor y lo suyo es suyo con su sello, nos guste más o menos, tiene su sello. Pero los Tapia, los Martínez de la Rosa, los Gallardo... No se olvide de Sánchez Barbero y de Beña. Todos esos, Domingo, qué son. Lameculos. Por no decir otra cosa. ¿Cree usted que para una es fácil meter sus cosas en imprenta? ¿Mujer y, encima, realista confesa, y orgullosa? ¿Sabe usted la oligarquía liberal que son las imprentas de Fernández e Hijos, la de Clemente Ruiz, la de la viuda de Alonso, la de Celestino Gámez? Qué me va a decir que no sepa, si ha enumerado usted una por una las que a mí me dan con Las Amenidades Literarias en las narices, que me las tengo que imprimir yo mismo de mala manera en las prensas viejas de Tapia cuando no mira. Por lo menos tiene usted algo. Manuela. Qué. Páseme sus poemas. Sí, para que los quemé. No, para publicarlos. Domingo. Manuela, tenemos que estar unidos para vencer esta tiranía de las letras, convertiremos Las Amenidades Literarias en una tribuna de resistencia, en una trinchera de poetas enfadados.

Cuesta medirá el tiempo en los últimos versos de Jaime Somorrín y divisará la urgencia. La plancha de Ana Luisa Gil estará dispuesta junto al utillaje linternero, envuelta en un trapo. Arnaldo Cuesta la llevará a las ruinas del guardarropa como a un cachorro, pegada al pecho entre las manos ahuecadas. La prisa le dictará pregunta y golpea, pregunta y golpea, y aun así Cuesta dejará correr un endecasílabo completo delante de Vargas, Martínez y Carnicero, rebotándole las pulsaciones en la plancha, y le parecerá que es la plancha la que late. Arnaldo, lo llamará suavemente Martínez, y acto seguido Arnaldo Cuesta, desacatando el hostigamiento de los versos, dará los dos lentos pasos que lo separarán de José Vargas y con justas pausas dirá habla, quién te paga, con qué clave. La respuesta de José Vargas provendrá de una esponja empapada: Si no hablo, qué. Entonces Carnicero le hundirá un puño en la clavícula y Cuesta, con blando gesto, detendrá el siguiente golpe. Si no me dices quién te paga entramos en tu casa y nos cobramos. No tengo casa, o es que no me has visto mendigando en la Corredera, dirá Vargas, y su burla trascenderá el ganguero de la lengua inflamada. Lolo Martínez acudirá al tenue destello de los ojos de Cuesta para obtener la venia del puñetazo en la otra clavícula. Pero si te hemos quitado la llave del cinto, so gilipollas, dirá. Esa recién estrenada elocuencia le elevará la barbilla a Arnaldo Cuesta, que será la señal para que Martínez y Carnicero levanten a José Vargas hasta la altura de sus ojos. La dicción fragosa de Vargas exhalará no es de una casa la llave, es de un cofre secreto. Se sorberá la sangre de la nariz y escupirá limpiamente en el suelo. Un cofre pirata, devolverá la sonrisa Cuesta. No, amigo mío. Un cofre masón, corregirá Vargas, toserá en la cara de Cuesta y añadirá, acompañado por el muelle de silbidos del pecho, qué poco puesto estás en estas cosas, cómo iba a confiarte ningunos dineros. El antepenúltimo verso de Jaime Somorrín resonará en las ruinas del guardarropa mientras Cuesta diga no te reviento con tu pistola nueva porque sería reventarte con honores. El penúltimo verso resonará mientras Cuesta, con la ceremonia del maître que destapa una bandeja, descubra la plancha, se limpie con el trapo los esputos de tos de Vargas y se lo coloque en el antebrazo. Con la mano libre agarrará el mango y levantará la plancha y el quejido de los pulmones de Vargas, con un atisbo de sorna, pronunciará: una plancha. El último verso de Somorrín resonará mientras Cuesta diga sí, te voy a desnucar con la plancha de mi mujer, eche el codo atrás y le clave el pico en la sien, eche el codo atrás y clave el pico en la otra sien, alce el codo por encima de la cabeza de José Vargas y descargue la plancha en la nuca. Martínez y Carnicero sentirán entonces el peso absoluto de Vargas y cada uno se acoplará una de sus axilas al hombro. Sacarlo ya, dirá Arnaldo Cuesta. Recogerá el trapo del antebrazo, envolverá la plancha, la atesorará en su pecho y saldrá de las ruinas del guardarropa. Se habrá producido la señal de

cambio de luz, Arnaldo Cuesta habrá llegado puntual a su puesto y no actuará. Esperará de pie, en la pequeña claridad que la linterna devuelve al lado del que la maneja, y acompañará la etérea turbación de Somorrín con su propia turbación, porque súbitamente sabrá que las palabras que acabe de escuchar no serán el último verso, no serán su señal para cambiar la luz. El último verso será la respiración de Jaime Somorrín asentándose mientras el público contenga la respiración.

Los pensamientos de Diego Lasso se concretan en una proposición que lo desafía: O los tres o ninguno. Le acelera la digestión, le cosquillea el culo. A una distancia prudente y en una posición accesible Diego Lasso ha acompañado las vacilaciones de Castillejos por todo el teatro desde que leyera su carta. Ella lo ha visto una vez pero ha cambiado de rumbo, no ha ido a su encuentro, y Lasso entonces pensó coquetería, pensó desdén fingido, quiere que la siga, me perdona, desdén real no me perdona me lo merezco, coquetería, coquetería. Fue después, cuando la vio emerger del palco en el que está Vicente Plaza, cuando la losa de significado aplastó las otras justificaciones. Se une al grupo de conocidos más próximo y se hace notar con el envite del despechado, obligándose a no estar pendiente de Plaza y Castillejos, fingiendo indiferencia ante sí mismo. Se crece, le guiña a una mujer y el brazo de Antuán Bombón en los hombros no le pesa. Opina provocadoramente Lasso: Debería haber un tributo para que se limpiaran las calles y los faroles, y contrataca al escándalo de réplicas sí, señores, un tributo, y tenía razón Carlos tercero cuando decía aquello de que los madrileños son como niños, que lloran cuando se les lava. Mientras, la mirada se le escurre por las hojas de parra erosionadas, por las cascarillas de pintura, hasta el interior del palco. La losa cae de nuevo con su insólito epitafio y a Lasso se le acelera la digestión y el culo le hormiguea porque comprende. Niega pequeña y fascinadamente como quien acaba de descubrir una verdad que lo acompañó siempre, como la parábola del profeta comprensivo que consigue que al fin eleve Lasso sus ojos a los cielos, al palco, y se rinda a la oración. O los tres, se susurra Lasso, o ninguno. Piensa Catalina, Vicente y yo somos otro triángulo, Catalina no decide, Vicente no decide, yo no decido, el destino triangular decide. ¿Tú también lloras cuando te lavan, Diego?, le dice Antuán Bombón al oído, pero Diego Lasso no escucha porque sólo se escucha a sí mismo en el bullicio, tan sin esfuerzo y tan sin preguntas. Catalina estaba en la casa de Vicente el día que yo fui a anunciarle el plan, Catalina estaba en misa entre Vicente y yo el día en que Vicente hizo a sus ángulos, Catalina estaba en la plazuela del Ángel cuando yo le presenté a Richart y Richart conoció a Vicente Plaza, piensa, y sale del corro de contertulios arrastrado por la corriente de río amable. Catalina y yo llevamos a Vicente en brazos una noche, Vicente y yo llevamos a Catalina en brazos otra noche, va pensando mientras recorre el pasillo sin iluminar que distribuye los palcos, calculando cuál será. Me esperan pero no saben que me esperan y no saben que no se irán hasta que yo llegue, no lo saben porque no son ellos, es el destino triangular el que decide, no le hablaba yo a Catalina anoche, era el paradigma triangular el que hablaba por mi boca, el destino estaba furioso porque yo quería oh, perdón, le dice a la pareja que se magrea en el suelo de un palco al que Lasso entra por equivocación. Yo quería retener a Catalina para mí sólo, yo quería una comunión de dos y no de tres y Catalina no quería, no porque no quisiera sino porque era el destino triangular el que la conducía, yo quería un simple dos y menospreciaba el sublime tres al que estoy comprometido, tres como la sagrada familia, como el padre y el hijo y el espíritu santo, como Melchor Gaspar y Baltasar, como César Pompeyo y Craso, piensa, y se acaricia el pulido afeitado. La oscuridad no le impone prudencia, no ve ni busca porque está siendo llevado por los torrentes de la conspiración del triángulo, la gran estructura triangular de la vida, el éxito de la conspiración depende de la fidelidad de sus

miembros al sistema, pero no la fidelidad del vasallo porque no es un verdadero ángulo el que sólo obedece y actúa, hay que comprender la filosofía triangular hay que dejar que el tridente de libertad igualdad fraternidad se revele como a mí se me revela porque yo soy un liberal, yo sí soy un liberal, y Plaza es un liberal, y Catalina es una liberal pero no lo saben pero van a saberlo porque a mi anunciación seguirán las tuyas, piensa, no se consumará el triángulo conspirativo si no se consume el triángulo de nuestras almas, piensa, la antesala de nuestra felicidad es ese palco, y se detiene porque reconoce los picos de ronquera de la voz de Plaza tras la puerta que acaba de rebasar.

Estimado diputado:

He dado orden de hacerle llegar esta última entrega durante la celebración del baile de la conjura. Así pues, y antes de nada, espero que se esté usted divirtiendo. Llámeme supersticioso o acúseme de idealista, o de soñador, pero tengo el convencimiento de que ese baile es una señal del destino. ¿Se da cuenta, Juan Antonio, de que fue también en un teatro donde las Cortes de Cádiz nacieron? Si el Teatro Cómico de la Isla de León albergó en 1810 la primera reunión de los padres constituyentes, el Teatro de los Caños del Peral alberga en 1816 la primera reunión de los refundadores de la Constitución. Es como si el teatro quisiera resarcirse a sí mismo y resarcir a sus ocupantes por los penosos meses de 1814 en que fue sede de aquellas Cortes anhelantes de un rey paternal que luego se descubrió como un Saturno devorador de sus propios hijos. Y ese lugar cómplice, ese teatro de patriotas, le toma la revancha a su pasado desdichado con toda pompa y por todo lo alto y, además, con una ventaja añadida: a diferencia de nuestros predecesores, nosotros sabemos hoy que no basta con la letra de la soberanía nacional, que ella por sí sola no es suficiente para remover las injusticias, los obstáculos, la infelicidad de los pueblos en definitiva. Requiere ejecutores virtuosos de esas palabras. Los diezañistas y los catorceañistas pecaron de inocencia, la inocencia propia de los aventureros que se adentran en lo desconocido, a quienes todo les parece posible y prometedor, y creyeron que la Constitución sería tan irresistible para los persas, los secretarios corruptos, los cortesanos intrigantes y los jueces inicuos como lo era para ellos mismos. Nosotros, en cambio, llevaremos la Constitución de la mano de gobernantes capaces.

Respondiendo a su pregunta, le diré que ya está perfilado el nuevo Gobierno. No será oficial hasta después del golpe, pero casi puedo asegurarle que el día 18 usted será llamado para jurar la Constitución como Ministro de Hacienda. La cúpula conspirativa está convencida de que no hay nadie más apto que usted ni con su altura de conocimientos para acabar con la desolación económica de España.

Nuestros cabecillas tácticos tienen previsto montar un buen revuelo para la noche del domingo en todo Madrid, una fiebre colectiva, una llamada al pánico cuyo objetivo no es otro que distraer a los corregidores de casa y cuartel y a la guardia real mientras los nuestros dan el golpe de gracia. Para evitarse complicaciones usted mismo y evitárselas al partido, le recomiendo que esa noche se quede en su casa, donde una comitiva de angulados inferiores pueda encontrarlo fácilmente llegado el momento de presentarse en Palacio para encarar el cambio de Gobierno. Los nombres y las señas de cada uno de los interesados ya están dados. En aras de la preservación del secreto triangular no le puedo adelantar más, pero no albergue duda de que, cuando todo se haya resuelto, descubrirá más

de una y más de dos caras conocidas.

Disfrute de las delicias de un baile en el que todos los danzantes son amigos. ¡Ay, Juan Antonio, confieso que le envidio! Mire que uno se crió labrador y por muchos despachos que llegue a ocupar, por muchos salones que uno frecuente, no encuentro yo dicha más grande que entre amapolas. Cuando llegué a Francia huí de inmediato de la vorágine parisina y me trasladé a las afueras. En Bar-Sur-Aube hacía la vida de un expatriado que, receloso siempre de ser observado de cerca, si no por el gobierno del país, por el de su patria, debía procurar no dar el menor pretexto para ser reconvenido por las autoridades de la localidad, huyendo de concurrencias públicas y de reuniones en sociedades. ¡Mas he aquí que esas ideas remotas hoy se están haciendo realidad, querido amigo! Mi inclinación natural a la tranquilidad se veía reforzada por esa otra inclinación no ya natural, sino impuesta, a la prudencia.

Hace un año me vi obligado a abandonar Francia y a establecerme durante los Cien días de Napoleón en Bélgica, y una vez caído definitivamente el demonio Bonaparte no pude volver al pacífico Bar y hube de asentarme en París, todo ello para poder mantener más ágilmente los contactos con los círculos liberales. No me quedó otra opción que reformar al labrador en político, y la política ya sabe usted donde se hace: en teatros, sean reales o figurados. ¡Y en el teatro sede de la victoria de nuestros anhelos, en el Teatro de los Caños del Peral, no puedo personarme, buen amigo! Porque ese será un teatro franco, franco como los cuerpos francos que yo integré, franco como los oficiales francos que en él se habrán dado cita, franco, desembarazado, libre y sin impedimento alguno.

En fin, señor Yandiola. La melancolía es el cáncer del exiliado, y contársela a un alma afín es su único paliativo. No lo sustraigo más de las delicias de ese baile histórico, de ese subido placer que genera saberse cambiando el curso de la Historia.

Si todo saliera como esperamos, planeo estar en Madrid dentro una semana, tan pronto como el emisario (si es que los papeles no lo publican antes) me comunique la noticia de nuestro triunfo. Por el contrario, si hubiera algún contratiempo u observara usted algún movimiento extraño entre nuestros adictos, le ruego me lo haga saber por el mismo medio que veces anteriores. Este, como mis otros mensajeros, recogerá la misiva en su casa cuando usted le diga, y le dice también cuán urgente es para que ajuste la duración de su viaje. De no haber mensaje por su parte el emisario permanecerá en Madrid hasta consumado el golpe, lo cual quiere decir que lo tendrá a su disposición hasta el final de la semana. Habla perfectamente español.

Esta última talega tiene por fin cubrir los gastos de ejecución inmediata del plan. Sustraiga de ella lo necesario para usted y dé orden a sus ángulos de emplear el resto para convencer a la muchedumbre que tomará las calles la noche señalada, y para comprar las armas y los disfraces necesarios. ¡Ah, disfraces! ¡Qué deseo de juventud de disfrazarme, de unirme a ustedes ese glorioso 15 de Febrero, de sentir su camaradería y el calor del proyecto común! Porque no se puede imaginar, señor Yandiola, el frío y la humedad de París en el mes de Febrero. El Sena se le instala a uno en los huesos.

Reciba el abrazo fraternal e ilusionado de

Francisco Espoz y Mina

Con el primer tablón que retire Lolo Martínez el aire dejará de silbar entre los resquicios.

Ahora fluirá silencioso a través de la geometría dibujada por la madera ausente, y a cada tablón que Martínez descubra la geometría será distinta y las direcciones del aire varias. La cortinilla ondeará. Las ruinas del guardarropa se convertirán en un pulmón ortopédico: reunirá los hilos y las láminas de pesado aire invernal que se cuelen por el limado teatro y distribuirá la corriente, y así creará un viento. Salir Carnicero cargando a José Vargas será una tos en el nuevo aparato respiratorio del Caños. Asomará la cabeza y esta vez recibirá un aire no violento, recibirá simplemente la temperatura. Mirará a un lado y a otro y al no ver a nadie saldrá. Se echará al hombro un brazo de José Vargas y lo apretará por el costado contra su costado, dejándole arrastrando los pies y pendiendo la barbilla, que hará de canaleja de sangre de todas las heridas de la cabeza. Por eso Fermín Carnicero le inclinará el sombrero a José Vargas y el ala le cubrirá el rostro entero. Su ropa de lana basta absorberá el reguerito de sangre y en el adoquinado de las inmediaciones del teatro apenas dejará rastro. Fermín Carnicero mirará atrás y se quedará tranquilo: Más sangra una yegua en celo. Subirá todavía un poco más la Corredera Baja de San Pablo. Le cosquillearán los nervios cuando perciba que la siguiente bocacalle arroja más y más luz conforme él se aproxima. El avance de Carnicero transcurrirá simultáneo al avance de la lengua de claridad, que ya iluminará a una rata, y simultáneo a su temor. Un sereno, pensará, y seguirá andando, se recolocará a Vargas. Es un sereno, pensará, pero el temor será sólo una posibilidad, los pasos que escuche cercanos a doblar la esquina aún podrán ser los de cualquiera, los toques del chuzo contra el suelo aún podrán ser los del chuzo de cualquiera, y por eso seguirá dispuesto a pasar la bocacalle y llegar a la iglesia. La rata se pondrá sobre dos patas frente a la luz, su sombra se extenderá larga sobre los desperdicios que royera y saldrá disparada hacia la oscuridad. El temor al fin será concreto: pensará es un sereno y retrocederá. Actuará con ligereza, sin friccionar los movimientos. Se quitará a José Vargas de encima, lo cogerá por los sobacos, lo sentará apoyándolo en el muro, le recogerá las rodillas, lo arropará bien con la capa, le volcará el sombrero sobre el rostro, se erguirá, ya tendrá el destello del farol en el rabo del ojo. Dará unas zancadas hasta la mitad de la pared y ahí normalizará el paso. Girará en la siguiente travesera y lo envolverá el repique de la helada, que le será refrescante y grato. El sereno llegará a la Corredera Baja de San Pablo, verá a José Vargas y continuará su ronda como si nada.

La fachada lateral del Palacio Real y la fachada principal del Teatro de los Caños del Peral están expeditamente enfrentadas, como dos casas de muñecas de una niña que las contempla, que no juega por no alterar la disposición tan lograda en la que se ha esmerado. La explanada que las separa está parcheada de empedrado, interrumpida a veces por montones de escombros. La explanada es un papel furiosamente emborronado en el que el sargento Núñez detiene la vista hasta que las garras de frío se le clavan en la espalda. Entonces retoma su paseo de un extremo a otro de la fachada lateral del palacio. Su mirada reptante por el borrón y de seguido por la fachada principal del Caños, como la natural prolongación de la enmarañada lobreguez del suelo. Abstrae de la oscuridad las prominencias del teatro, el pararrayos, que es una rotura en la superficie del cielo, y quiere abstraer el sonido amortiguado de la fiesta. La rítmica percusión, los trinos desdoblados de las guitarras, el bosquejo de la acumulación de voces le llegan remotos pero inconfundibles cuando el viento sopla hacia el puesto de guardia. Al cruzarse con el coronel Solana montado a caballo se detiene y saluda veloz y nervioso a sus órdenes mi coronel, sin alzar del todo la mirada hasta la mirada de Solana. El coronel Solana le viene sonriendo como el padre que comete una fechoría con su hijo de la que la madre no se puede enterar, descanse, sargento, descanse, y al sargento Núñez lo intimida esa complicidad. Es el niño que se siente culpable no

por la fechoría cometida, sino por haberla cometido con su padre, porque además de sumisión ahora le debe una nueva lealtad cuyos límites desconoce y no sabe cuál de las dos corresponde aplicar en cada momento, como ahora, porque el sargento Núñez quiere preguntar mi coronel, le ha dado a usted alguna indicación el coronel Rovira para mí, pero no se atreve. El coronel Solana prosigue su lenta guardia, y sólo cuando la grupa marrón, brillante, perfumada, se le planta delante, el sargento Núñez gira sobre el sitio y dice mi coronel, y el coronel Solana da un leve tirón de riendas que detiene el mezo del caballo. El sargento Núñez se acerca, se cuadra de nuevo y alza la mirada hasta la ausencia de mirada del caballo. Permiso para preguntarle, mi coronel. Diga, sargento. No sabrá usted si el coronel Rovira va a venir, es decir va a volver. Va a volver. ¿Sí? Sí. La mirada del sargento Núñez se desploma: es el niño de la fechoría. No se preocupe, sargento, que el coronel Rovira tiene que estar al caer, dice el coronel Solana, y acaricia el cuello del caballo como si acariciara la cabeza del sargento Núñez, como el padre de la fechoría.

Diego Lasso saluda a Vicente Plaza y a Catalina Castillejos pero a quién tenemos aquí, hermosa velada, ¿puedo acompañaros? Vicente Plaza se ensombrece y Castillejos siente la carta de Lasso en el bolsito, pendiendo de las dos vueltas que da el cordón de seda en la muñeca. Piensa quince reales y dice ¿gusta un bollo, teniente? Lasso se sienta entre Castillejos y Plaza y responde quién se atrevería a rechazar un ofrecimiento suyo. Castillejos piensa quince reales y sonríe hacia fuera del palco. Petra Montes la ve desde abajo y le lanza un beso rematado en gran sonrisa, y Castillejos la saluda con dedos bailarines. Lasso busca la frontalidad de Plaza, gesticula con el bollo: Vicente, va Francisco Esbri ya a estas horas ahumadísimo, ¡pero ahumadísimo! Con decirte que ha tenido que guardarle su mujer el dinero que tú le has dado. Y que no se le queda atrás la mujer, ojo. Preciosa, oye. Castillejos piensa quince reales. La había visto yo alguna vez de lejos, de pasada, pero de verdad que es rubia y bonita. Ya ves, que está más embarazada que todas las cosas, ¡pues están bailando los dos agarrados con la barrigaza de por medio! Un espectáculo. A ver dónde acaban los dineros. Lasso da un bocado y una loncha de salchichón se desliza como si el pan les sacara la lengua. Castillejos piensa quince reales y Plaza masca saliva, se frota las muelas con la lengua. Lasso traga y después dice ah, y Richart me ha preguntado por ti, ¿lo has visto?, y da otro bocado. Con el codo en el balcón y los nudillos en los labios Vicente Plaza dice he visto a alguien mucho más interesante. ¿Sabes a quién he visto? Masticando, Diego Lasso señala la bandeja de bebidas del suelo y dirige un sonido interrogativo a Castillejos, pidiendo permiso. Ella piensa sólo quince reales y concede por favor, teniente, y Lasso coge una jarra, cruza una pierna sobre otra, bebe, dice a quién a quién has visto, y sigue comiendo. La voz de Plaza pasa de los nudillos al interior del vaso: Pues ni más ni menos que al capitán de húsares de la tercera compañía de caballería polaca, Jan Hipolit Wisniewski. Diego Lasso deja el bocado inmóvil en la boca. Vicente Plaza apura su copa de un solo trago que hace que su tráquea bombee poderosamente, y a Castillejos le parece de un voluptuoso que la obliga a bajar la mirada, a beber también. La sonrisa agria de Plaza surca el palco. Somosierra, teniente. Treinta de noviembre de mil ochocino hace falta que me recuerdes quién es Wisniewski, lo interrumpe Lasso con un antifaz de tensión en los ojos. Sin darse cuenta aprieta de más el bollo, los dedos se hunden en la miga y el salchichón se desliza otra vez, burlón, fuera del pan. Sí, sí hace falta que te recuerde a Wisniewski, teniente Lasso, sí hace falta, ¿sabes por qué? Porque tus amiguitos de la conspiración no sólo han invitado a Jan Hipolit Wisniewski al baile, eh, no sólo le están dando de comer y de beber y de follar al asesino de tu padre, Diego Lasso, sino que además lo han puesto de jefe, es decir, que el asesino de tu padre ahora te da órdenes, ahora resulta que va

a ser él el que se ponga en la Puerta de Alcalá a repartir los beneficios. Plaza calla y la algarabía del baile penetra otra vez el palco. La humedad en los ojos de Lasso se le hacen a Castillejos de una sensualidad tan insostenible como la tráquea de Vicente Plaza, por eso piensa mejor me voy, pero luego piensa quince reales y se queda. Lleva la barbilla al hombro, la mirada al reposabrazos, y así da por consignada la privacidad de los dos hombres. Es ahora Plaza quien busca la frontalidad de Diego Lasso y sólo encuentra una rojísima mejilla a la que decirle ¿y lo peor sabes qué es, Diego? Lo peor es que lo están montando todo a espaldas de todo el mundo, entre cuatro listos, porque esos son listos y no nosotros, eh, fíjate, fíjate qué bien funcionan los triangulitos y los secretitos, ¿eh?, funciona para quien ellos quieren que funcione, y a ti y a mí y a las otras cuatro docenas de muertos de hambre nos mangonean como les da la gana, nos dan una limosna para hacer de cabezas de turco, porque te digo una cosa, niño. Estos van dispuestos a hacer una escabechina, y si no sale bien tú y yo somos militares de carrera, que no guerrilleros, y acabamos en una cárcel militar, y el Esbri es comandante de guerrilla y eso no le servirá para que le reconozcan honores pero sí para meterlo en otra cárcel militar, y de las cárceles militares no se sale, Diego, y la mujer del Esbri por muy preciosa que sea no va a ser menos desgraciada.

Querido Domingo:

En primer lugar permítame disculparme por no poder asistir esta noche a su fiesta. De nuevo me han atacado las toses flemáticas, según las llama mi médico. Yo sencillamente lo llamo mocarrera, y estar viejo.

En segundo lugar felicitarle, porque tengo entendido que va a movilizarse medio Madrid o, para ser más precisos, va a movilizar usted para nuestra causa a medio Madrid. No hay mejor manera de ganarse a los hombres que mediante los sentidos. Deles unos músicos, unas bailarinas y unas botellas de vino y tendrá su gratitud para, por lo menos, los siete días siguientes, y nosotros no los necesitamos para más de tres. Se confirma que el golpe se dará este domingo.

Aprovecho el bullicio del baile para hacerle llegar esta carta y estos quinientos reales de manera más desapercibida, y para recomendarle que no deje pasar la oportunidad de azuzar a la concurrencia. Contamos con unos sesenta oficiales y soldados de cuerpos francos y de guerrillas, y también militares y marinos regulares, a pie y montados, para apoderarse de la calle Alcalá, lo que significa que necesitamos por lo menos triplicar ese número en gente que rompa ventanas y prenda incendios para tener entretenido al corregimiento. No dudo (es más, seguro que las subestimo) de sus dotes de seducción. No se olvide de las mujeres (a esas sí que las subestimamos): una sola puede revolucionar a un barrio entero. Acuérdesese de la patriota Manuela Malasaña, el bicho.

Uno será ya un carcamal, mi buen Domingo, pero no por ello dejo de darme cuenta de por dónde soplan las modas y los ardores de la juventud. Ayer mismo tuve una reunión con el Alcalde de Casa y Corte porque el Gobierno quiere comprarle al Ayuntamiento el Palacio de Buenavista, y su Bajeza Real me ha encargado a mí personalmente las negociaciones. Si viera usted el palacio, amigo mío: no se cae a pedazos porque lo tienen apuntalado de arriba abajo. Hice yo ese comentario delante de dos alguaciles, unos chicos jóvenes de no más de veinte años cada uno, mientras esperaba a ser recibido, y uno de ellos, con furtiva irreverencia, respondiome diciendo que si Su Majestad estaba dispuesta a reformar todos los edificios ruinosos de la Villa, debería empezar por el Teatro de los

Caños del Peral y hacerlo antes de mañana, refiriéndose a hoy. Los dos alguaciles se intercambiaron pícaras miradas que yo capté por completo, y no pudiéndome reprimir entrar en su sibilino juego (y riesgoso a fe mía, pues podrían haber dado con un Teniente General fernandino que ya les habría mandado interrogar por la mera insinuación de ocupar un edificio cuya entrada está interdicha), les manifesté que gustoso expondría a S. M. la petición, pero que necesitaba una razón que la justificara, pues a qué se debía esa prisa con el Caños, ya seis años clausurado. ¡Y qué temeridad la de los polluelos, que el otro, con voz silbada, respondiome: “Sí, ya, clausurado”, y sus labios y los de su compañero dibujaron una fina sonrisilla! Acto seguido apareció Arjona y los alguaciles se pusieron más firmes que mis soldados, lo cual no hizo sino intensificar mi diversión. Así que por ahí los tendrá a esos dos zorrillos insaciables. Esa seguridad en ellos mismos, ese arrojo, esa osadía es la que necesitamos para nuestra empresa. ¡Qué desprecio por la autoridad! Porque usted sabe cómo va un Teniente General cuando está de servicio, que le falta a uno pechera para colgarse galones. Y ellos tan dueños de sus pareceres sin importarles más. Me recordaron a usted, aunque usted ya no es ningún chiquillo. Usted ha sabido filtrar ese temperamento y se ha convertido en un dirigente social. Ayer lo fue por la prensa, hoy lo es por el gran evento festivo, y mañana, o para ser más exactos el día diez y ocho o la madrugada del diez y nueve, lo será desde la Junta Censoria General, puesto legítimamente suyo tan vilmente arrebatado. Si gustara usted del puesto de director general de La Gaceta, cuente con él, porque dudamos de la afinidad de su actual jefe Eugenio de Tapia por nuestra causa. A estas alturas de la conspiración no podemos conceder el beneficio de la duda a nadie. El tal Eugenio fue llamado y sondeado antes de acercarme yo a usted la primera vez, se lo confieso ahora, y al no obtener de él ninguna muestra de simpatía por la Constitución, siquiera soterrada, lo busqué a usted. Puedo entender que la prudencia de Tapia lo llevara a guardar silencio si es que en verdad fuera adicto al liberalismo, pero es precisamente ese exceso de prudencia lo que tiene a este país aletargado y sometido. No necesitamos más prudencia: necesitamos a los alguaciles del Alcalde. Y vea que le dice esto un viejo, querido Domingo. Las revoluciones las hace la juventud, yo ya viví mis propias revoluciones: la de Esquilache, la del Dos de Mayo, la de la Independencia. Yo ya sólo puedo aconsejar y poner las cosas más fáciles gracias a mi experiencia y mis contactos. Pero qué digo. ¡Las revoluciones, igual que los jóvenes, no admiten consejos! ¡Hagan y deshagan ustedes según sus instintos, no hagan caso de las viejas glorias de épocas pasadas, no haga caso a esta carta!

Juan O'Donojú O'Brien



## 27

La fachada principal del Caños es falsa. La verdadera fachada principal del teatro está en la parte de atrás, como si un buen día el teatro se hubiera enemistado con el palacio y se hubiera dado la vuelta, negándose a recibir abiertamente a sus habitantes y obligando a los suyos propios a lo mismo. El coronel Rovira va desde la verdadera fachada principal del teatro a la fachada lateral del palacio como la figurita que la niña meticulosa hace caminar en su juego de lo perfecto: en vez de acortar la distancia, perfila el mellado perímetro del Caños hasta colocarla en la puerta central, tapiada, de la falsa fachada principal, y desde ahí, atravesando el negro lienzo de la explanada, traza una firme línea recta hasta el sargento Núñez, que también está movido por esta niña que exhibe sus juguetes y que sólo juega a exhibirlos. Por eso el sargento Núñez está esperando al coronel Rovira en el punto de la fachada lateral del palacio que da justo enfrente de la puerta central tapiada del teatro, debajo de un farol. Esta mano de esta niña es la que hace que el coronel Rovira, en vez de quitarse la capa, de encajarse la peluca blanca y de volver a ponerse el tricornio en el oscuro transcurrir de su línea recta, espere a compartir la luz con el sargento Núñez y ahí manifestar su brillante uniforme azul y su hermanamiento. Tira milla, dice con la sonrisa y la mirada acuosas de vino, y en ese momento al sargento Núñez lo asalta un retortijón de impaciencia porque no sabe si el coronel Rovira le está dando una orden o lo está animando. ¿Quieres irte ya, que sólo te puedo hacer el turno una hora? Ah sí, perdona, dice el sargento Núñez, y el coronel Rovira se saca una bolsa del abrigo y dice pon la mano. El sargento Núñez percibe que él y el coronel Rovira constituyen una absoluta excepción a la quietud de la helada, y se asusta un poco. Hay unos cuantos guardias de corps a izquierda y derecha de la fachada lateral del palacio hibernando su turno de guardia. Las blancas pelucas y el cristal de los ojos atentos refúlgan en la noche, y de nuevo lo asalta al sargento Núñez el retortijón de no saber si lo protegen o lo espían. ¡Pon la mano, caray!, insiste el coronel Rovira, y le coge al sargento Núñez la mano libre de bayoneta. Chico, ni que fuera a cortártela. A ver, diez, doce, dice mientras le pone las monedas en la palma. Y cuatro dieciséis, y veinte más treinta y seis... tenía yo aquí una de plata... Sí. Y cincuenta ochenta y seis. La entrada son cinco. Hala, tira, que se acaba el aguardiente, concluye el coronel Rovira, e intercambian las posiciones. La extrañeza del sargento Núñez reposa ahora en los reales amontonados. El dinero lo desafía, le recuerda que también él forma parte del juego de la niña meticulosa que no juega, que sólo cambia a los muñecos de sitio. La espera culmina al clavársele la garra de frío en los costados: esa es la chispa que prende la resolución de cerrar el puño, decir gracias, mi coronel, y brincar fuera del oasis de luz y movimiento. ¡Hora y media como mucho, eh, sargento!, exclama el coronel Rovira, y el sargento Núñez le responde levantando el brazo sin detener la línea recta que lo conduce a la puerta

tapiada, a la falsa fachada principal del Caños. El coronel Rovira se saca una petaca del abrigo, la desenrosca y la levanta por encima del tricornio. A izquierda y derecha de la fachada lateral del palacio los otros guardias de corps sacan sus petacas y devuelven el brindis.

¿Pero cómo le voy a dejar meter una mula en el teatro, pero en qué cabeza cabe eso? Pero torreznillo qué más te da, que la meta y la ate ahí al fondo, ahí por el recibidor de la fachada principal, que está tapiada y no hay nadie. ¡Qué va, que la quiere dejar suelta, que dice que su mula va donde él vaya! ¿Pero tú te crees que la mula va a echar a correr o algo, o que se va a comer las butacas, si es más mansa que, que...? ¡Coño Machupichu, a ver si voy a tener que explicarte a ti las cosas lo mismo que a él! La mula se caga y se mea y me pone esto como una cuadra. ¡Ja! Y te creerás tú que la gente está saliéndose a la calle para mear y para cagar. ¡Pero qué coño pasa aquí que todo el mundo defiende al Renovales este de los cojones!, ¿a usted qué le parece? ¿A mí? A usted, hombre, a usted, que está ahí como un pasmarote. Qué me parese el qué. Meter una mula en un baile. Yo estoy buscando a Juan Antoniό Yandiola. Soy yo, qué desea. ¿No ves? Otro que defiende al tarado del brigadier. An paqueté paga usted, señog. Tengo ogdén de espegag a que tegminé de leeg la cagtá, pog si se le ofgese dag algún mensaje al remitante. Yandiola agita flojamente su larga mano para indicar al emisario que se retire. Reprime el mismo gesto hacia Domingo Torres porque Domingo Torres sube una ceja guasona. Yandiola se sienta una luneta más allá y se pone a leer de medio lado. Bueno, Juanan, estaré vigilando que tu amigo Renovales no me soborne al portero y me cuele la mula, que es que de verdad parezco una yayadiscalpe, ¿Domingo Torres?, le dice un hombre que bloquea la salida de la fila de asientos. Yo mismo. Traigo un paquete para usted. Yandiola levanta la vista de la carta y Domingo Torres siente en la espalda su curiosidad ya satisfecha. La mirada de Yandiola no le interroga la espalda sino que confirma la espalda como la ocultación necesaria y la agradece. La espalda de Domingo Torres en levita mostaza y la espalda de Juan Antonio Yandiola en levita púrpura se reconocen y se sonríen. La luneta intermedia que queda libre es una saludable frontera por la que respirar, por la que el baile transita y arropa la lectura, transita y arropa la lectura, transita y arropa la lectura hasta que la frontera se le hace estrecha porque algo en el teatro se empieza a agrandar, se enerva, y las espaldas de Torres y Yandiola dejan de sonreírse y Torres y Yandiola dejan de leer. Por la bambalina que comunica el exterior con el escenario crece un rumor seguido de un acallamiento, la gente se arremolina. La orquesta suena límpida, desprovista de palmadas y de exigencias del público. El flequillo de Domingo Torres se agita y su nariz apunta como una flecha. Ya me ha colado la mula, dice, y la flecha se dispara y atraviesa la orquesta rozando ágilmente los mástiles de las guitarras y los abombamientos de la madera. El bloque de sonido se dispersa y la música inicia su goteo hacia el mutismo y hacia los abuceos de quienes aún son ajenos al suceso de la bambalina. En un esfuerzo conciliador Domingo Torres exclama por favor don Mariano, no le he dicho claras las cosas o qué problema tiene, y su exclamación es vigorosa porque su voz es la única que no rumorea, Domingo Torres es poderoso porque es el único movimiento en la euforia recién paralizada. Siente que se le espera, lleva el calentón de la responsabilidad, del propietario. Llega a la caja escénica, se recoloca el flequillo y en ese gesto se hace con una panorámica de las caras y los cuerpos que copan el espacio. Busca a Renovales, busca una pista de la mula, vamos a tener la fiesta en paz, don Mariano, cuando de entre la reunión detenida se destaca otro movimiento, otro poderoso como Torres. El sargento Núñez se aprieta el tricornio al pecho y piensa la capa de Rovira, se me ha olvidado pedirle la capa a Rovira, a quién se le ocurre entrar de uniforme, tonto tonto tonto. El portero se acerca a Torres y le susurra ha pagado su entrada y no

ha dicho más. ¿Ha venido solo?, susurra Torres. Sí, susurra el portero. ¿Seguro?, ¿no hay más guardias en la calle? No, he salido y no hay ninguno, por lo menos en los alrededores. Llama a los mozos de cordel. ¿A los gallegos? Sí, y os repartís entre San Bernardo y la Calle Mayor. Asómate primero a las ventanas del recibidor y me dices si se ve algo raro en la fachada del palacio. Porque tenemos a alguien ahí en el recibidor, ¿verdad? Sí, a uno. No llevará una luz muy fuerte que se haya visto desde enfrente. No creo. Bueno ve a ver. La excitación de Domingo Torres se concentra, le da un soplo de aire fresco a la ebriedad. El propietario, el padre, el salvador se manifiestan: Buenas noches, sargento. ¿En qué podemos ayudarle?, y sus palabras abren un pasillo entre la gente para que el encuentro se produzca. El sargento Núñez balbucea no es nada, señor, yo sólo vengo a, yo no soy... Se arranca la peluca y la concurrencia y Domingo Torres enmudecen. No estoy de servicio. Se sujeta la peluca debajo de una axila, el tricornio debajo de la otra, y con los dedos índice y los pulgares hace un triángulo. El murmullo resucita en torno suyo, espera la anuencia. Desde el patio de butacas Juan Antonio Yandiola se pone de pie y se pone las gafas. Domingo Torres da un paso hacia el sargento Núñez y el sargento Núñez tensa el triángulo como un escudo o como un objetivo en el que hacer diana, hasta que la mano tendida de Domingo Torres lo disuelve. Bienvenido, le dice, y enhorabuena. Lleva usted el mejor disfraz de todos.

Las cinco mujeres que rodean a Jaime Somorrín comparten una cajita de rapé. Las esnifadas y los estornudos se suceden formando un concierto de órgano resfriado. La última mujer en aspirar se seca una lágrima y extiende su brazo a Jaime Somorrín con codo y muñeca dulces. Los pliegues de carne de la palma de la mano son cojines en los que la cajita reposa. Somorrín mira sin interés e interpone entre la mano y él mismo una pipa, fuma y baña de humo el ofrecimiento. Las cinco mujeres mecen gestos ante su indolencia, la quinta mujer se atrae la cajita y vierte una dosis de rapé en la parte más tierna del puño. Esta vez la ofrenda es contundente. Las falanges y los nudillos amenazan la cara de Somorrín como un puñetazo a punto de propinarse. Quita esa mierda, dice él, y se evade dando el perfil. Contrarresta el opio, dice la quinta mujer. Somorrín da una larga calada a la pipa que le contrae las mejillas, exhala un torrente de humo que esparce el polvillo, y esa acción de Somorrín da vehemencia al mecer de los gestos de las mujeres, las concentra, las sonrisas adquieren densidad de miel. La quinta mujer sacude con el puño ya vacío la barbilla de Jaime Somorrín y termina ese movimiento repasándole la quijada, y Somorrín asimila el movimiento y hace de él una caricia. No quiero contrarrestar los efectos del opio, dice Somorrín, y fuma. Pues te nos vas a dormir, Jaime, dice una mujer. ¿Vino, entonces?, dice otra. Una tercera se sienta con él en los almohadones y Somorrín le pasa la pipa. No tira, dice ella. Ya, dice Somorrín. ¡Oiga!, llama la mujer al encargado del fumadero. Jaime, has estado..., suspira una mujer. Monstruoso, añade otra. Monstruoso, Jaime. Qué te pasa. ¿No estás contento? Diga la señora, dice el encargado. Que esto no tira. Permítame. Oh pero, Jaime, si has devorado el escenario, Jaime el escenarincreíble estaba un hombre a mi lado dándole bastonazos al aire!, ¿no lo habéis visto? El éxtasis, Jaimextática estaba yo y yo el teatro entero. Aquí tiene, señora. La mujer le da una moneda al encargado del fumadero y coge la pipa como una flauta travesera. La prueba con los ojos cerrados, echa el humo al techo y la desliza hasta los labios de Jaime Somorrín. Las cinco mujeres se acomodan a su alrededor y entre ellas. Cuando el galope es cuando el ahogamiento ha sido, eras como un ser mitológicouncentauro, dicen. Mullen los cojines, se recuestan y observan el lento fumar de Somorrín. No tiene mérito. Jaime pero qué dices Jaimetú hacestú eres ese espectáculo oh Jaime eres un poeta. Somorrín se aleja de la boquilla y una mujer retira la pipa para pasársela a la siguiente más próxima. Al fumar se arrebuja un poco en

Somorrín, un poco también entre ellas. Dinos, Jaime, cómo lo hacéis y los poemas ¿son todos tuyos? ¡Pues claro que son suyos! ¿Dónde escondéis a los caballos? ¿Y la Isabel la Católica cuánto cobra por aparición? Jaime Somorrín se incorpora para beber, queda con las piernas cruzadas y el tronco hacia delante y dice no puedo deciros mucho. Porque... En realidad nosotros no hacemos nada. Se hace por sí mismo. Su habla todavía pende un instante antes de hacerse aliento y así, como si se desinflara, cae de nuevo sobre los almohadones. Estoy en escena y también fuera de escena y... Cabecea y entrecierra los ojos como si una luz le molestara; no mira, busca. Mi estado de ánimo es... una especie de ánimo gris. Como... como alguien que no se siente del todo en casa o... no relajado del todo. Que es consciente de muchas cosas pero... que no está seguro. Lo que me gustaría hacer es... es... Las últimas palabras se deslizan frente, tabique, barbilla abajo: ...sentirme en casa. Asiente para sí mismo confirmando el hallazgo amargo, el resultado de la búsqueda. Un puño servido de rapé le roza la punta de la nariz. Jaime Somorrín lo sujeta y esnifa.

Vicente Plaza arrecia por las galerías y su paso agita las pequeñas fogatas de los vestíbulos. Diego Lasso lo alcanza y le dice Vicente, no te chafe la fiesta ese indeseable. Cuál de todos, teniente, cuál de todos, responde, llega al biombo que hace de entrada y lo traspasa sin transición; Diego Lasso aún se asoma. El eco de los zapatos a medio correr se va concretando en el ruido cierto de Castillejos que llega. Quince reales, piensa, y le sonrío a Diego Lasso, y a Lasso le guiña el estómago y su ceder el paso es en vano porque las puertas del fumadero están echadas abajo.

Cuando el mar calmo conspira  
para volverse armadura  
y las lúgubres corrientes  
abortan pequeños monstruos,  
la fiel navegación muere.

Difícil trance el de arrojar  
al primero por la borda.  
Las patas del animal  
bombean furiosamente  
en un rígido galope.

Las cabezas emergen y desaparecen,  
emergen y desaparecen.  
Aplomo, debilidad,  
debilidad, pausa,  
pausa, resignación.

Muda agonía de los belfos,  
sublime depuración

que los sella de agua para siempre. Las manos de Jesús Molina y de Ana Luisa Gil se

apretaban conforme volvía la luz tras la fantasmagoría. Con el teatro aún en penumbra Molina contuvo el impulso corredor de Gil apretándole la mano más, comprimiéndole los dedos en torno al anillo de casada. Un aplauso aislado fue seguido por otro aplauso aislado. La inercia de las palmas se inhibió bajo el negro murmullo que emanaba de la platea y los palcos como una marea de hormigas. Domingo Torres permitió unos segundos para que la reacción del público se definiera. Desde el palco presidencial el dueño contemplaba el amanecer del teatro con gamberra satisfacción. Jesús Molina retuvo un nuevo impulso de Ana Luisa Gil. Cuando del feroz bisbiseo nacieron los primeros chiflidos y abucheos, Domingo Torres dio orden a la orquesta y los instrumentos se fueron incorporando a la música. El teatro condensó entonces el conato de una revuelta. Ana Luisa Gil se oprimió los ojos con el antifaz y se zafó de la mano de Jesús Molina. Porque la gente se levantaba y bloqueaba las filas Jesús Molina pudo alcanzarla enseguida, la tomó por la dura cintura encorsetada, le dijo vamos. La melodía se hizo clara y la iluminación brillante, el alboroto se empezó a sofocar. Molina y Gil alcanzaron el corredor que comunica el escenario con la taberna, se toparon con Jaime Somorrín, se pararon en seco, Ana Luisa Gil lo reconoció y se apretó el antifaz a la cara. Oh, tanto les ha disgustado la función que ya se marchan, dijo Somorrín. Dio un trago al vaso de leche tibia, hizo gárgaras, escupió a los pies de Gil y Molina y se limpió con una manga. Esta vez fue Ana Luisa Gil quien contuvo el impulso de Jesús Molina apretándole la mano. Lamento que no les haya gustado, añadió Jaime Somorrín, y se pegó a la pared para facilitarles la salida.

Catalina Castillejos piensa quince reales me cuesta la diligencia y mirando alternativamente a Diego Lasso y a Vicente Plaza dice teniente Lasso, capitán Plaza, para qué negarles que ya he adivinado sus inclinaciones, y para qué negarles que las comparto. Vicente Plaza se remansa en el canapé desvencijado, da una chupada a la pipa de opio y lanza el humo desde una mueca de divertida suficiencia. Diego Lasso separa el cuerpo de los cojines, abre las piernas, se queda como un muñeco, y desde ahí le pregunta a Castillejos ¿inclinaciones de qué clase? Otros veinte o treinta reales para el camino, piensa Castillejos, y su acento se transforma con la conversación, se contagia de las eses finales y tiene que darse más tiempo entre plural y plural: Inclinaciones, filosóficas; y darse más tiempo entre sílaba acabada en ese y la sílaba siguiente: Inclinaciones, filosóficas, por supues to, concluye, y le arroja las pupilas a Vicente Plaza a través del humo. Las cosas pueden ser de otra manera. De mejor manera de la que son, añade. Plaza le pasa la pipa a Lasso y en ese gesto Lasso ve el trazo de una línea que une dos puntos. Apunta con la pipa a Castillejos y dice ¿de qué cosas habla usted?, y Castillejos ya sostiene la mirada sin trabajo y suspira como a quien le obligan a explicar una evidencia: de la felicidad de los españoles, Diego, y Diego Lasso se azora ante su nombre aislado, pronunciado tan simple, como si Castillejos le pusiera una prueba de sinceridad. Somos tres o no somos tres, piensa Lasso que piensa Castillejos. Yo lucho por la felicidad de los españoles, dice él. Lo sé, dice ella. Y sé que el capitán Plaza también. Oh sí, dice Vicente Plaza, y tiende una pierna a lo largo del canapé, un codo por detrás del respaldo y deja caer la nuca por el reposabrazos. Castillejos lo mira concediendo, piensa treinta reales y dice yo también quiero luchar. Lasso le pasa la pipa y al hacerlo se traza otra línea que une el punto anterior con el siguiente. ¡Ja!, se ríe Plaza exhibiendo sus dos filas de dientes redondos. ¿Y cómo va a ser esa lucha?, pregunta. Castillejos mulle el gesto y regodeándose en la equis responde ecsactamente como vosotros mandéis. Acaricia la pipa y se la acerca a los labios como una cucharada caliente. Vicente Plaza la ve invertida, muy de cerca. Ve la barca de los pechos suspendida y en un constante a punto de derramarse. Así que

quieres servir a la felicidad de los españoles, dice, y Castillejos, afirmando con las cejas, pensando cuarenta reales, aprieta la herida a la pipa y succiona. Los ojos se le humedecen y expele una tosecilla. La posibilidad grande, sin nombre, hace vibrar los labios de Diego Lasso, los conecta al riachuelo de risas. Vicente Plaza está riéndose a bocanadas cuando ve aparecer invertido al polaco, le ve la pluma del colbac barriendo el techo. En una de esas bocanadas exclama ¡Wisniewski! y, al recoger el cuello para levantarse, se marea.

Señor don Francisco Espoz y Mina, señor:

Todo en lo que yo pueda ayudarle a superar su cáncer de exiliado será poco tratándose usted del libertador de los navarros y tratándome yo de un pobre exdiputadillo de las horas más bajas y más amarillas de las Cortes. Le devuelvo la familiaridad que deposita en mí al hablarme del cáncer de los exiliados y le hablo yo del cáncer de los diputados. Los americanos cayeron los primeros, y a mí una vomitera me entró que ya me veía contagiado, señor libertador, yo que pensaba que Méjico me había inmunizado de las fiebres y pues vea que sí, que sólo fue una indigestión porque de verdad y como usted bien sabe de oídas de que se lo hayan contado que no de haber estado allí, estábamos muy mal avituallados en Cádiz, muy mal. Total: Que el cáncer nuestro se llamaba fiebre amarilla y a ese no le podía poner remedio ni el libertador de los navarros.

De verdad que el artículo 2 de la Constitución es hermoso y yo que me alegro que sea del gusto de un paladar tan hecho a la libertad como el suyo, que distingue entre una libertad y otra y aprecia sus matices lo mismo que un catador de vinos lo hace de un vino a otro. Es que usted es un catador de libertades. Pero verá, don Francisco, y discúlpeme que se lo diga ahora y no se lo haya dicho antes porque, y eso sé yo que lo comprenderá usted bien, porque a uno le gusta la adulación, a quién no le gusta que lo adulen, don Francisco. Usted me viene reconociendo el mérito del artículo 2 y me repite en todas y cada una de sus cartas que la nación española no es patrimonio de nadie, que es independiente, que no es, que no puede ser, que lo que es la nación española es libre y es independiente (como los navarros lo son gracias a usted). Pero es que yo, señor libertador, yo no he escrito el artículo 2 y no sé quien le ha dicho que yo he escrito el artículo 2 de la Constitución que por otro lado ni me acordaba de él pero ahora me lo sé de memoria de lo que usted me lo ha repetido, don Francisco, porque yo el artículo que he escrito es el 339, tres cientos treinta y nueve, no el 2, el 3-3-9, tres tres nueve, que dice “Las contribuciones se repartirán entre todos los españoles con proporción a sus facultades, sin excepción ni privilegio alguno”. Ese. No el 2. El 339. Las contribuciones se repartirán entre todos los españoles con proporción a sus facultades, sin excepción ni privilegio alguno. Y tampoco lo escribí yo directamente, ni lo voté, ni lo defendí con parlamentos ni mucho menos con armas como se defiende la libertad de los navarros. Yo lo propuse en mi informe anónimo sobre hacienda que usted adula y yo encantado de que me adule el informe anónimo sobre hacienda. ¿Y sabe por qué? Porque yo no estaba en las cortes constituyentes, señor libertador. Le aconsejo cambie usted de secretario de adulaciones. Yo llegué a Cádiz en 1813 con la Constitución ya escrita y con Antonio de Capmany y otros 59 diputados más muriéndose de fiebre amarilla. 339: Las contribuciones se repartirán entre todos los españoles con proporción a sus facultades, sin excepción ni privilegio alguno. 339: Las contribuciones se repartirán entre todos los españoles con proporción a sus facultades, sin excepción ni privilegio alguno. A ver si se lo aprende lo mismo de bien que el artículo 2.

Oh Mina libertador de los navarros, permítame enternecerme ante su sorpresa. ¿No se da cuenta Su Superior Suspiciacia por qué el absolutista Luis XVIII acepta de mejor grado a los bonapartistas afrancesados de Europa que a los patriotas liberales? Pues porque los afrancesados no son afrancesados por gustarles Pepe Botella. Son afrancesados como habrían podido ser alemanizados o italianizados o suicidados o inglesados. Son, en definitiva, meapilas. Les da igual que el poderoso se llame Napoleón o Metternich o Sha de Persia porque le rendirán pleitesía con tal de mantener su puesto y su posición. He ahí la naturaleza del afrancesado: es constitucionalista si se aviene la constitución, es absolutista si lo otro. Y Luis XVIII se vale de los afrancesados españoles y, como a usted, les paga pensiones de 500 francos. Entonces yo me pregunto cómo, ¿cómo, siendo usted el azote de los opresores, acepta pensiones de un monarca absolutista, más absolutista que el mismísimo Fernando? Lo que pasa es que usted es más intrigante y más rastrero que los meapilas afrancesados, esos por lo menos van por las claras y mean en la pila enseñando la chorra. Pero usted mea en la pila de Luis mientras se las da de liberal, usted va a los saloncitos reales y se codea con los realistas y se atreve a decirme que lo maltratan, que sufre en su compañía. Qué pero qué sensibilidad la suya, qué ánimo sutil, libertador de los navarros y cortesana fina en un mismo hombre. ¡Para mí quisiera yo ese maltrato, para mí quisiera yo ese exilio y todos sus cánceres! Se creerá usted que no sabemos que mandó a una tropa de sus navarros libertados fusilar la Constitución con su hermoso artículo 2 para hacerse con el favor de los persas. ¡Pero es que ni los persas querían a un hipócrita de su calibre! Mire, Mina: Yo me cago en Navarra y en todos los muertos de Navarra. 339: Las contribuciones se repartirán entre todos los españoles con proporción a sus facultades, sin excepción ni privilegio alguno.

J. A. Yandiola

Mateo Arruchi esquiva a los grupos de fumadores y suda frío. Dice no al encargado del fumadero que le dice ¿lo acomodo, señor? y deja que la espalda le arrastre por la pared hasta quedar sentado en el suelo. Se pega la muñeca a la frente, llama al encargado con poca voz y el encargado, ya en el otro extremo, atiende como una ardilla. ¿Señor? Por favor agua. ¿Se encuentra bien el señor? Por favor una escudilla. El encargado asiente, se interna tras unos biombos y vuelve con una diligente bandeja. Se pone en cuclillas para servirle agua y Arruchi dice deje, deme la jarra entera. Bebe y se la separa de los labios hasta mojarse la cara y chorrearle la pechera, el chaleco, señor, insiste la solicitud de ardilla. Haría usted bien en acostarse. El encargado del fumadero observa los torpes movimientos de Arruchi: apoyar las manos en el suelo, erguir primero la cintura y luego el abdomen y enseguida aflojarse, y entonces lo agarra por el tronco y siente la adolescente frugalidad de su cuerpo. Con su lamentillo de rueda sin engrasar en la oreja lo carga, esquivando a los grupos de fumadores. Algunas caras soñolientas se giran a su paso y luego vuelven a su conversación, a su silencio o a su pipa. El encargado reúne unos cuantos cojines con un pie y sobre ellos estira a Mateo Arruchi, que se contrae hasta la posición fetal. El encargado se va directo a por una palangana y la pone delante de Mateo Arruchi, que al poco vomita. Las caras soñolientas se giran oh que alguien recoja esooh por favor, el pobre, oiga, dele algo al muchacho, una toalla un digestivo, digestivos ya ha tenido bastantes, y se deshilachan en risas tontas o vuelven a su conversación, a su silencio o a su pipa. Mateo Arruchi boquea, eructa y sonrío de alivio. Oye, perdona, se ríe. Nada, señor. Ay, se ríe. Oye que yo he venido por algo, no para venir aquí a hacertle digo que no es nada, lo corta el encargado. A José Vargas, ¿lo has visto?

¿A quién? José Vargas, un viejo así alto. No tengo el gusto, señor. Así alto. ¡Padrino! Haga el favor de no pegar esos berridos, chista el encargado perdiendo la paciencia. ¿Y a Domingo Torres lo has visto, eh? El encargado engurruña el trapo sobre la bandeja y responde por ahí estará. ¿Por ahí por dónde? ¡Domingotorres!, grita Arruchi. ¡Niño con los gritos!, grita el encargado. Sin abandonar la escritura Domingo Torres exclama quién me quiere. ¡Matearruchi!, dice Arruchi levantando primero el brazo, luego levantándose, y lo tumba otra vez el mareo. El encargado dice aquí el alma de cántaro, y por la diligencia con la que atraviesa el fumadero el mimoso humo hace bucles.

Diego Lasso pierde la cuenta de líneas trazadas entre Castillejos, Plaza y él mismo porque la línea que se dibuja entre Plaza y Wisniewski acaba de interponerse. Castillejos dice oh capitán no se vaya y extiende una pierna hasta la silla de enfrente para cortarle el paso. Plaza aprieta la rodilla de Castillejos con dos dedos y ella exclama una a nerviosa y picuda, la raíz de una carcajada, lanza un puntapié al aire y Vicente Plaza pasa. Lasso murmura Vicente no vayas como una advertencia extemporánea, como un pésame dirigido también a sí mismo porque está lamentando su cuenta de líneas echada a perder. Mira el encuentro entre Plaza y el polaco formando otra geometría que no es la de Castillejos y la suya. La mira a ella, sus manos pender abandonadas de las muñecas sobre el reposabrazos, y ve la cojera del triángulo, algo abominablemente incompleto. Ah, suspira Castillejos. ¿Me das un poco de eso? Castillejos piensa cuarenta reales y emite un sonidito nasal de insistencia, y eso pertrecha a Lasso de una razón brillante y renovada, perfila una arista más de su destino: ¿De eso es de fumar, Catalina? De qué si no, ¿o tienes alguna otra cosa que puedas ofrecerme? ¿Aparte de mis respetos? Yo no quiero tus respetos para nada, Diego Lasso.

Capitán Wisniewski. Capitán Platsa, le pido perdón por la incómoda situación de antes. No venía a conseguir sus disculpas, pero me alegro de recibirlas. Además, seguro que usted se ha sentido tan violento como yo. ¿Los acomodo a los señores?, pregunta el encargado. ¿Gusta usted de acompañarme?, pregunta Plaza. Am... Sí, si es su gusto, aunque..., responde Wisniewski. Sólo si le apetece, no se vaya a sentir obligado, dice Plaza. No, sí, es por si fuera posible encargar algo para beber. ¿Un licor para los señores? Me imagino que tservertsa no tendrán. Bien dicho, una cerveza bien fría. Quizás si preguntan los señores abajo, yo aquí no tengo. No pruebo la tservertsa hace más de un mes. Cuesta conseguir cerveza en España, pero en el Café de Malta tienen casi siempre. ¿Aquí en Madrid? En Caballero de Gracia, muy cerca de Alcalá. ¿Sí? ¿No lo conoce usted? ¿Mientras se deciden los señores gustan de un licorcito? ¿Hecha por ellos mismos? Sí sí tráigalo. A unos franciscanos dice el dueño que se la compra, aunque vaya usted a saber con Virgilio Gallego. Y le digo, no será como a la que está usted acostumbrado en Polonia, pero a mí me gusta. Ah capitán, una tservertsa bien fría y un gulash. Y ¿qué hace todavía en España, capitán Wisniewski? Me gusta España. ¿No echa de menos su país? También echo de menos tener veinte años, capitán Platsa.

Querido, admirado señor O'Donojú:

Por estar de fiesta voy a confesártelo. Juan. Me encantan tus cartas. No es que seas como el padre que nunca tuve, quién quiere un padre. Eres como el maestro que nunca tuve y siempre quise tener. ¿Estamos ya demasiado viejos los dos para entablar una relación maestro-pupilo a la griega? A mí no me tengo por viejo, y a ti tampoco. ¿Quieres enseñarme, Juan? Ya me enseñas. No te darás cuenta pero me enseñas. Tus cartas no sólo



me informan de esto y de aquello y de a quién hay que sobornar. Tus cartas son el medio de expresión natural, sin artificios, sin pretensiones, de un hombre de gran trayectoria. Yo de mayor quiero ser como tú y escribir esas cartas. Condenaría mi prometedor carrera de literato sólo para escribir esas cartas. Porque, ¿qué ha de ser la literatura sino una dirección? Tú te diriges a mí y consigues hincharme, Juan, el espíritu. ¿Pero quién me asegura a mí que con mi grandilocuencia y mis ínfulas universalistas me estoy dirigiendo a alguien? ¿Escribo yo con dirección o a un desolador vacío? La carta, la epístola, la nota depositada disimuladamente en el sombrero del amado o en el abanico de la amada es la forma más sublime de literatura. El universalismo de nuestra época es una patraña que genera hombres solos. En nuestra discusión socrática, Juan, tú me preguntarías ahora: “¿Entonces por qué la más excelsa de las cartas, joven Domingo, la Carta Magna de los españoles, ha fracasado?”. Y yo te respondería: “La Constitución ha fracasado, maestro, porque sólo es una carta en apariencia, es una carta falsa, porque la Constitución no tiene ni remitente ni destinatario”. ¿Quién es la Nación española, con qué mano firma? ¿Quiénes son los españoles de ambos hemisferios, con qué mano la reciben? Que se lo pregunten a los dueños del Teatro Cómico de la Isla de León. Lo reforman para convertirlo en Cortes Generales de la Nación Española. Muy bien, bien gracioso que quedó. Yo asesoré en el color de las maderas. Pero ¿a quién libran la factura los señores Salinas y Arenas? ¿A las Cortes Generales? ¿A la Nación Española? La nación española es que no existe. Las cortes sí existían un poco, en tanto que suma de 102 diputados. ¿Deberían haber librado 102 facturas? ¿Y por qué iba a tener que pagar un diputado los costes ocasionados por la nación española? “Que pague la nación española, que para eso son tuyas las cortes”, dirían, y muy bien dicho. “Pues me voy a cagar en la nación española”, dirían lo mismo de bien los dueños del teatro. En resumidas cuentas, que allí no pagó nadie y Salinas y Arenas se comieron con patatas un teatro que no sirve para hacer teatro y unas Cortes de la Nación Española a cuatro meses de reinstaurarse el absolutismo. El peor negocio del mundo. En cambio mírame a mí, maestro. Cojo, igual que Salinas y que Arenas, un teatro y unos diputados. Pero esta vez los diputados sí pagan. ¿Y por qué esta vez sí pagan, joven Domingo? Pagan porque, si no, ni beben ni bailan, maestro. ¿Tan frívolos son nuestros diputados, joven Domingo? No es frivolidad, maestro, es que ven la mano, es que hay dirección. La conspiración tiene cara y su cara es este baile. ¿Ves el mérito, maestro? Lo veo, Domingo. Veo que has hecho de una intriga una fiesta sin quitarle secreto a la intriga ni lucimiento a la fiesta. El mejor negocio del mundo. ¿Y qué vas a hacer con los beneficios, joven Domingo? Voy a pagar lo que se le adeuda a los señores José Antonio Salinas y a Manuel Arenas, maestro. ¿Estás seguro que vas a hacer eso con los beneficios, joven Domingo? En realidad voy a comprarle los Caños del Peral al corregidor y voy a levantar las Cortes que la Nación Española merece, maestro. ¿De verdad, joven Domingo, que vas a hacer eso con los seis mil reales de beneficios que te van a quedar después de haberle pagado a Mantilla y compañía, de haber pagado la cena y la orquesta y las gitanas y los mozos y las velas y los opios? A decir verdad voy a publicar mis escritos sin seudónimo y con dibujos de Goya, maestro. ¿Y qué más, joven Domingo? Voy a mandar a tomar por culo a Eugenio de Tapia, maestro. Eso está muy bien, joven Domingo, porque Tapia es un mindundi. Tú me has enseñado a juzgar con certeza, maestro. ¿Y qué más vas a hacer con esos seis mil casi siete mil reales de beneficios, joven Domingo? Voy a encargarle a Goya que me haga un retrato. ¿Algo más, joven Domingo? Sí, maestro. Voy a

publicar nuestra correspondencia con nuestra firma y con un retrato tuyo y otro mío hechos por Goya. ¡Joven Domingo! Maestro, sé que puedes temer a las represalias, yo también temo un poco. Pero piensa que para entonces ya habrá triunfado nuestra revolución, se habrán depurado responsabilidades y mindundismos y nuestras cartas serán tomadas como las declaraciones de principios de los padres fundadores del nuevo orden. ¡Pero ah, quién quiere padres! ¡Será el espectáculo de la realidad! Sin artificios: lo que somos con todo lo excelso y miserable. Nos da miedo desnudarnos, ¿eh, maestro? Pues el que no quiera desnudarse, que no hubiera escrito cartas.

Este que se te postra de ignorancia es

Domingo Torpero qué gusto da ver a un periodista aplicado a su trabajo, le dice Juan Antonio Yandiola a Domingo Torres. Porque estarás terminando la crónica social, ¿no, torreznillo? Mira que si no voy y me chivo a Tapia. Torres apareja las hojas, las dobla en tres partes y rastrea con la mirada alrededor. Dice a mí es que Tapia me paga por rellenarle la gaceta, ¿pero tú, qué has tenido que escribir tan urgente que no podía esperar a mañana, eh?, y señala con la barbilla la esquina de papel que asoma del chaleco de Yandiola. Ah, responde, y da una calada a la pipa. No es nada, añade sonriendo. Ya, dice Torres. ¿Puedo, señor?, le pregunta Mateo Arruchi. ¿Fumar? Tú verás si no vas a echar las asaduras otra vez. No señor, ya estoy mejor. Ves que aquí hay gente muy distinguida, como don Juan Antonio Yandiola, diputado por Vizcaya. Sí señor. Otra vomitera y arruinas mi reputación, Mateo, está en tus manos. Si empiezo a encontrarme mal salgo pitando a vomitar al pasillo, lo juro. Domingo Torres le da un golpecito con la carta en la cabeza, le dice anda y le acerca la boquilla. Rastrea el fumadero más concienzudamente, girándose en los almohadones. Yandiola dice los mensajeros están abajo y Torres finge disimulo: Ah, y evita socarronamente la socarrona evidencia de Yandiola y se queda mirando, a través de los velos de humo, el letargo de Jaime Somorrín. Bueno, Domingo. Bueno, Juanan. Dime a quién le has escrito, ¿no?, dice Yandiola. Torres empieza a acariciar a contrapelo el cogote de Mateo Arruchi y una fina perversión se esboza en sus labios. Y yo te digo a quién le he escrito yo, añade Yandiola.

La criada nueva reconoce a Arruchi antes que Arruchi a ella. Arruchi oscila entre la descomposición y el cachondeo y por eso no se da cuenta de que la criada nueva lo mira con fijeza de animal. La criada nueva bosteza y se estira hacia todas las direcciones y con ese gesto se desprende del brazo de Torres que la rodeaba. De estar sentada sobre los talones pasa a extender las piernas y es ahora cuando Mateo Arruchi la observa, porque la criada nueva tiene los tobillos y los pies marrones y desnudos y se los está frotando entre sí. Domingo Torres dice ¿qué curiosidad de verdulera es esa tan impropia de un hombre de Estado, señor Yandiola?, y la mano recién desprendida del hombro de la criada nueva va a posarse sobre los pies recién descubiertos. Poco a poco los presiona, se desliza por la curva interior, por el empeine, hace circulitos en las yemas de los dedos, mima un padastro, una dureza o el pico de una uña mal cortada. También es ahora cuando Mateo Arruchi se da cuenta de que Domingo Torres con la otra mano le está acariciando a él el cogote. Oh, no es de verdulera, dice Yandiola. ¿Ah, no?, ¿y entonces de qué es preguntar por la correspondencia de los demás? Mateo Arruchi alucina: siente que Domingo Torres es el intermediario entre la criada nueva y él mismo, que así la criada nueva le está tocando el cogote a él y que él le está tocando los pies a la criada nueva, que cada movimiento de Torres en los pies de la criada nueva es el movimiento que ordena su voluntad, no la de Torres.

Siente que los tiene ásperos porque siempre anduvo descalza, siente sus cayos como doradas resinas de ciruelo, que si los hidratara serían ámbares, y siente que ella siente que él tiene una verruguita en la nuca y se la ronda con suavidad. Me ofendes, torreznillo, si piensas que tú para mí eres como los demás. ¡Acabáramos, Machupichu! ¡Si va a resultar que me das trato de favor! De favor no, corrige Yandiola. De amistad. Tras un instante de silencio clavado a los cuatro ojos, Torres y Yandiola revientan de risa: ¡Que sí, carajo, Domingo! ¡Que yo te quiero! ¡Que no, si sí, que ya, hombre, que ya lo sé, que yo también te quiero! ¡Que a quién le has escrito esa cartita! Las manos de Domingo Torres se han separado del cogote y de los pies para acompañar a las carcajadas, han sacado a Mateo Arruchi de su trance y lo han desangelado ante la intimidatoria opacidad de la sirvienta nueva.

Castillejos dice estoy al tanto de lo que pasa y Lasso piensa por supuesto que estás al tanto de lo que pasa; piensa: Amiga. Es un pensamiento en el que acomodarse. El moño de Castillejos se ha aflojado y desprende una rosa de pitiminí, suspendida del revés como el tirador de una campanilla oculta en su cabeza. Hace un círculo con la mirada que es el tránsito desde la estrategia de que quiere que cuenten con ella hacia la convicción de que quiere que cuenten con ella. Contad conmigo el capitán Plaza y tú, dice, y el círculo se cierra en la mirada de Lasso. Ochenta reales, piensa, y porque teme que manchen su flamante voluntad, que enfríen la mano que acaba de poner sobre la mano de Lasso, los disipa los ochenta reales, los disuelve con la música que llega de abajo, con el opio y con el licor. No hemos dejado de contar contigo ni un solo momento, dice Lasso, y cubre con su mano libre la mano de Castillejos que lo toca. Tienes toda nuestra confianza. Y vosotros la mía. Lo sabemos, aunque a veces no lo parezca o no lo hagamos notar, porque a veces somos torpes y no vemos lo que está delante de nuestras narices. Yo también he sido torpe, y te he desafiado y te he hecho enfadar, y también al capitán Plaza, he sido orgullosa oh no Catalina, no te laments. El camino hacia la plenitud no siempre es fácil. Hacia la plenitud, repite interrogadora Castillejos. Hacia la comunión de las almas afines, quiero decir, dice Lasso. Yo soy plenamente afin a la causa, teniente. Sé que el golpe se dará este domingo. Se ahueca la mano de Lasso que cubre la de Castillejos, se tensa la que está abajo, cubierta, y Castillejos se la contiene, la aprieta, la rosa de pitiminí titila. En Madrid nadie me conoce, puedo estar en la Venta del Espíritu Santo el dieciocho por la noche, hacerme pasar por una de esas mujeres, dar la señal. La imaginación de Diego Lasso se dispara desde el algodónado concepto de amiga hacia una Castillejos morenísima, violentamente sinuosa, apoyada con un hombro en la pared, ofreciendo una cadera. En el lapso de un segundo le parece ridículo, después le repugna y por último su boca se convierte en un árido agujero vacío de la lengua de Castillejos.

Los vasitos de cristal de Plaza y Wisniewski vacilan a la altura de sus pechos y finalmente no brindan. Plaza acaba de un trago con el suyo y el polaco lo imita provocado por la obligación de corresponderle. No está mal, dice Plaza. El polaco sonríe leve y verdemente. El licor, digo. Ah, sí, marrons, ¿no? De castañas, sí, parece. Plaza mira fijo a Wisniewski y Wisniewski devuelve el gesto hasta donde su cortesía puede soportar, entonces se desvía hacia la mesita que los separa. Plaza siente una pequeña superioridad porque nota que le está infligiendo un pequeño castigo al polaco, como el amante abandonado que pretende indiferencia ante el amante que lo abandonó. ¿Más licor, capitán?, dice. No no no, gracias, estoy bien así. Vamos, Wisniewski, usted es polaco, y el polaco le sonríe tímidamente a la pipa. ¡Oiga!, llama Plaza al encargado. ¿Sí, señor? Nos trae una botella entera. Ahora mismo. Todavía me acuerdo del asalto de sus hombres a la taberna de Buitrago, dice Plaza, y por las comisuras de los labios del polaco asoma la impaciencia del

amante abandonador, dos anzuelos dispuestos a pescar reproches para devolverlos. Plaza reacciona: No nos dejaron nada para cuando fuimos a asaltarla nosotros. El encargado del fumadero llega y sirve. ¿Desean algo más? El polaco se reclina en el filo de la silla, cruza las manos sobre el vientre y una pierna sobre otra, y esa es la actitud de dejar que Plaza decida y de amenazar con romper la indiferencia si no decide bien. Nada más, gracias. El encargado se va y el polaco dice ¿no desea nada, capitán? Bueno, tomaría un dulce, un pedazo de tarta, una cerveza si la hubiera. No me refiero a eso, dice el polaco. Usted desea algo de mí. ¿Por qué si no iba a estar perdiendo el tiempo conmigo en vez de con las doscientas mujeres borrachas que hay en el cotillón? El polaco fuma y le tiende a Plaza la pipa. Y me lo está haciendo perder a mí. La indiferencia del amante abandonado se pone en guardia: Lo primero que le he dicho es que no se sintiera obligado a acompañarme. Puede marcharse cuando quiera. La condescendencia del amante abandonador lame las palabras del amante abandonado: No me malinterprete. Pero convendrá conmigo que esta situación es extraña. Vicente Plaza fuma y retiene la pipa. Sí, lo reconozco. Y también le reconozco que... El arquear de cejas le arquea los hombros. No sé por qué lo hago, Wisniewski, concluye. Destensa Plaza los arcos y persiste una sonrisilla residual. En el polaco aflora una indignación tenue que no le da para marcharse, pero que le devora la ligereza necesaria para jugar a los despechos. Wisniewski bebe y siente que Plaza lo ha desarmado. Bueno, digamos... retoma Plaza. Digamos que quería volver a verlo después de ocho años, y verlo más de cerca, ponerle un rostro a su uniforme. ¿Qué tiene eso de malo? ¿No es una apetencia razonable?

Muy bien, Juanantonio. Está visto que vas más ciego que yo y que has perdido todo el sentido del deber, cosa contra la que yo no tengo objeción ninguna, dicho sea de paso. Salud, dice Yandiola. Por el sentido del deber. Así que el que tiene que poner orden aquí soy yo, ¿estamos? Estamos. ¿Me vas a hacer caso? Con lo que yo te quiero, Domingo. Bueno, pues escucha. Domingo Torres se inclina hacia delante, llama con los dedos a la inclinación de Yandiola y dice de mi boca no va a salir a quién le escribo me vayas a decir otra vez que a Blanco White, lo interrumpe Yandiola, que eso no se lo cree ni ¿te callas, Machupichu, y me escuchas? Blanco White, se ríe Yandiola con los dientes azules. Qué mierda de apellidos son esos. Juan Antonio, dice Torres con una mano en el hombro de Yandiola: De mi boca no va a salir quién es a quien le escribo ni quiero escuchar de tu boca a quién le escribes tú. Con la mano libre, de una limpia fricción entre el papel y la tela, Torres desenvaina su carta del pecho, apunta a Yandiola y añade las paredes tienen oídos y esta fiesta cuatrocientos invitados. Vamos a leer las cartas que hemos escrito uno delante del otro, nos las vamos a devolver y después no vamos a hablar más de esto, nunca, sentencia Torres con los ojos de almendra enrojecidos. Yandiola tantea el bolsillo del chaleco como el que no sabe si lleva cargada el arma o si su arma es más potente que la de su rival. ¿Estamos, Machupichu? Yandiola mira a izquierda y derecha y la negra melena cae a un lado y a otro de la cara como dos bambalinas. ¿Te estás rajando, Machupichu? Yandiola se saca la carta del bolsillo y la alinea con la de Torres. Cago en el copón, Domingo. El intercambio se produce suavemente, implica pocos dedos. Torres y Yandiola las desdoblan atendiéndose, procurando ir a la par. Echan un rápido vistazo para verificar que se trata de la caligrafía del otro, se recuestan, Yandiola apura su vaso, Torres lo imita, oiga señor Torres, dice Arruchi. ¿Ha visto usted a José Vargas? ¿Señor Torres? No sé quién es esa persona, intercala Domingo Torres entre la grafía que todavía es garabato, que aguarda significarse. El caer de párpados de Torres y Yandiola son la señal de empezar a leer el ángulo mío, dice Arruchi, que me tiene que pagar, uno

viejo así alto Mateo no sé quién es el Vargas ese, y me dejás que estoy ocupado. ¿Qué te he dicho de mi reputación? ¡Mi padrino, mi dinero!, exclama Mateo Arruchi impulsándose sobre las rodillas. ¡Vargas, José Vargas! ¡Otra vez con los gritos!, grita el encargado mientras recarga la pipa de Diego Lasso, y Arruchi se reduce como el muñeco muelle de una caja sorpresa. Lasso despegá largamente la atención de la blanca concavidad del cuello de Castillejos y decirle a ella me permites un segundo es pedirse permiso a sí mismo. Se levanta, se abrocha el botón central de la chaqueta, va hacia Mateo Arruchi y le habla desde arriba. Qué has dicho de José Vargas. Mateo Arruchi despegá largamente la atención de los ondulados labios de pato de la criada nueva y dice ¿lo has visto, mi padrino? antes de llegar a ver a Lasso. Torres y Yandiola despegan largamente la atención de las cartas y repasan de arriba a abajo a Diego Lasso. Ahora que Lasso se siente oportunamente observado y turbador se agacha y le habla quedo a Arruchi: No lo he visto, ¿pasa algo? Que no lo encuentro. ¿Y para qué lo quieres? Arruchi mira a Torres buscando su consentimiento o su indiferencia pero sólo ve la boca de pato de la criada nueva. Que me tiene que dar una cosa, murmura. ¿Dineros? Sí. Juan Antonio Yandiola lanza una carcajada en mitad de la lectura y niega con la cabezaaaayyy, torreznillo. Calla Juan Antonio, calla, que si yo me riera por todo lo que me hace gracia de tu carta... Y qué pasa, ¿que no está en el baile?, dice Lasso. No está. Estaba al principio, y al principio me dijo que esta noche me iba a dar el dinero, me dijo que lo buscara más tarde cuando fuera habiendo menos gentío y me lo daba, pero ya no está. Se habrá ido a dormir, está viejo para aguantar tanto baile. Que no señor, que mi padrino no me miente, y le gustan las verbenas cosa mala. Algo le ha pasado. ¿Estaba malo de algo? ¿Mi padrino?, ¡ay señor, que le ha podido dar un infarto, que está viejo y bebe mucho! Las miradas de Diego Lasso y Mateo Arruchi se encajan en un temblor, se aprestan de incertidumbre, se salen del fumadero. ¡Mucha comunión de las almas, Diego, mucha comunión de las almas pero me tenéis más sola que la una!, exclama Castillejos varada en el canapé. A la señorita le arrastra el vestido, exclama Vicente Plaza. Pues ven y me lo coges. ¿Está usted seguro, Platsa, de que prefiere seguir perdiendo el tiempo conmigo? Qué infarto ni qué infarto, chaval, que no, dice Lasso brincando de las cuclillas. Si tu tío es un guerrillero más, más, más..., y en tres pasos se pone en Castillejos. Más duro que una piedra. Mi padrino. Tu padrino, eso, más duro que una piedra. El polaco rellena los dos vasitos mientras dice usted tiene la apetencia razonablemente heterodoxa de que yo me tome una copa con usted, y yo accedo. Y yo se lo agradezco, capitán. Pero en cambio usted no accede a hacer negocios conmigo. Negocios, interroga Plaza, y da un sorbito sonoro. Yo no pretendo ser su amigo, capitán Platsa. Ni yo el suyo, Wisniewski, se lo garantizo. Una copa no nos convierte en camaradas. ¿O se le ha pasado por la cabeza que yo...? No no, en absoluto. Una copa no reconcilia a dos ejércitos. Y sin embargo aquí estamos, resuelve el polaco con una palmada. Aquí en vez de recogiendo el vestido a la señorita, añade, y desvía unos segundos la mirada hacia Castillejos. Si tiene interés vaya, que a estas alturas no creo que distinga entre un capitán de húsares y otro. El verde de los ojos del polaco vuelve a Plaza arrastrando una seducción y una frase: Tengo más interés en otra cosa, capitán. Qué cosa. Pero usted no quiere. El qué, sonrío Plaza. No quiere hacer negocios conmigo el dieciocho por la noche. Por favor, Wisniewski. ¿No me confía, Platsa?, porque yo sí le confío. Por el amor de dios, como si la guerra no hubiera acabado antesdeayer. Hay que mirar al futuro, capitán. ¿Pero cómo confía en mí después de haberle matado ochenta hombres? Bueno, en realidad fueron alrededor de dos secciones, no llegó a sesenta. Me va a perdonar, capitán, pero hacia el mediodía ya había caído toda su vanguardia, y para las cinco de la tarde estaban todos descabalgados. Me va a perdonar usted a mí, capitán, pero pasada la ermita yo sólo había perdido dos columnas, y fue por la artillería, porque con la

caballería apenas habíamos entrado en combate. Aunque claro, luego aparecieron los guerrilleros como salvajes y me masacraron por la espalda, Wisniewski, haga memoria y no mezcle aquí a las guerrillas, que la partida de Pereda llegó cuando yo ya me había retirado. ¿Qué? ¡Pero si estaban sus oficiales escoltados por cuatro bandoleros cada uno! ¿Cómo es esa canción española? ¿Cuatro esquinitas tiene mi escuadra cuatro bandidos que me la guardo; no le consiento una palabra sobre la limpieza de mis tenientes! ¿O quiere que le recuerde yo la impiedad de sus lanceros? ¡Eso sí que era atacar por la espalda dándole que envidie una superioridad militar tan evidente, capitán Platsa, pero no esperaba de usted este rencor tan impúdico. ¡Tengo todo el derecho del mundo a guardarle rencor, Wisniewski! ¡Tengo derecho a odiarlo impudicamente, y también tengo derecho a no querer hacer negocios con usted, y esos son los únicos derechos que asisten a los vencidos y usted y Renovales me los quieren quitar! Machupichu: tú no tienes cojones de mandarle esto a Espoz y Mina. El runrún del fumadero contiene a Vicente Plaza y al polaco en un aceite de decepción. Las palabras de Wisniewski surcan trabajosamente el fluido: Ya me temía yo que esta copa no era una buena idea. La respiración de Vicente Plaza se endurece, el aire que toma por la nariz apenas le alcanza el pecho. Ni tú tienes cojones de mandarle esto a Juan O'Donojú. El polaco se carga la viscosidad sobre los hombros, dice como si la guerra no hubiera terminado antes de ayer, y se levanta. Se pone el colbac, añade buenas noches y se va chorreándole de aceite el uniforme. ¿Que no tengo cojones? ¿No me has dicho que no íbamos a hablar más de esto? Muchos cojones para escribir la carta, Machupichu, pero ningunos para mandarla. ¿Que no?, ¿pero y tú, Domingo, que tu profesión es nadar y guardar la ropa? Tú no le mandas eso a Mina. ¿Que no? ¡Tu reputación, torreznillo! ¡Te tachan de todas las listas de invitados! Ya no me hace falta. El qué. Les doy una patada en el culo a todos los culos que he lamido. A tomar por culo. No hay cojones, Domingo. Y tú qué, porque el virrey de Navarra paga para que te corten esos huevos tan grandes que tienes. Yo ya estaba buscando al mensajero. Vamos. ¿Vamos? Vamos. Has dicho antes que los mensajeros estaban abajo. Abajo están. No hay cojones. ¿Te estás rajando, torreznillo? Qué nos apostamos, en serio, Juan Antonio. A tu puta madre nos apostamos. Vamos, maricona. Hostia puta ya, Machupichu.

Están desbaratadas las filas de lunetas y de bancos de iglesia que hacen de lunetas, el patio de butacas es una pista de baile entorpecida. Un grupo baila una contradanza y otro juega al juego de las sillas con un guitarrista en el centro. El guitarrista acompaña a la orquesta y cuando se detiene todos corren a sentarse, pero como casi no se aprecia la diferencia de la música con una guitarra más o menos, la confusión es sistemática. El guitarrista la aprovecha y a veces hace como que toca, aunque en realidad está tañendo el aire. Entonces la confusión es total, los jugadores bailan y bailan con la guitarra callada. El que pierde acusa al guitarrista y acto seguido una luneta o un banco de iglesia es arrastrado del corro a la mitad de la pista. Los que bailan en la pista acusan a los jugadores de las sillas porque tienen que detenerse ante el obstáculo, y finalmente incorporan a la danza las patadas a las sillas. Richart atraviesa unas cuantas que se apretujan en un rincón y se sienta en el meollo del desorden, cercado como en un corral. Contempla las dos y media largas en el reloj. Ataja la contemplación y cierra la esfera porque no quiere aparentar impaciencia ante su perseguidor. Bosteza y censura el bostezo derivándolo a los orificios de la nariz. No quiere parecer cansado. Calentándose con un subibaja de rodillas al lado de una estufa, el perseguidor observa sus movimientos y reacciona mirando la hora cuando Richart mira la hora y se contagia de su bostezo. Una madamita se le acerca y le dice nos falta uno para estar pares para una bachante, ¿baila usted? Desde el corral de sillas, Richart ve al perseguidor negando con la cabeza,

a la mujer insistiendo con saltitos, al perseguidor negando de nuevo y diciéndole algo. Entonces la madamita gira el cuello hacia Richart y Richart ve a su perseguidor afirmando esta vez y a la madamita brincar hasta el límite del corral de lunetas. Nos falta uno para estar de a cuatro para una bachante, ¿baila vuesa merced? No, gracias. La madamita sube un pie en una luneta y señala al perseguidor. Su amigo dice que es usted muy buen bailarín. Richart y su perseguidor reprimen mohines de travesura, preservan sus rictus de ajedrez, se cruzan sus respectivas censuras a través del desbaratado patio de butacas.

De qué se protege usted, exclama alguien al otro lado del apelonamiento de sillas. Richart examina la apariencia y el tono de voz de su interpelante a la vez que responde da igual de lo que uno se proteja, nunca se está a salvo, y en el transcurso de esas dos frases ya está completamente seguro de que es un aristócrata de inclinaciones liberales. No por simpatía sino por la diplomacia de su oficio, la balsa que es el labio inferior de Richart se relaja y da a entender una sonrisa. ¿Me permite que me desproteja junto a usted?, le pregunta el aristócrata, y con esa segunda interpelación Richart realiza su segundo examen: toma conciencia de que su traje y las telas de la caja escénica son de la misma tonalidad y textura. Cómo no, le responde. El aristócrata se encarama en el banco que tiene enfrente y avanza en un rápido equilibrio. En un momento dado resbala y da el gritito ¡uá!, sin llegar a caerse. Fondón mas ágil, registra Richart, y registra también la total ausencia de barro en sus zapatos, con lo que concluye que es un aristócrata vigente, no venido a menos. ¿Ve como no se está a salvo en ningún sitio?, responde Richart, y el aristócrata llega, abre un espacio entre dos sillas con el bastón y por ahí baja. El tercer examen de Richart es definitorio: el aristócrata no se presenta a sí mismo porque no quiere ponerme a mí en el aprieto de yo tener que presentarme, o sea, que está metido en la conspiración. Por lo menos estamos a salvo de la ciencia contradanzaria, dice el aristócrata. Oh, ha leído usted ese librito, los Elementos de la Ciencia Contradanzaria, dice Richart. Le he echado un ojo, no está mal para lectura veraniega. Con el calor las cabezas no quieren pensar mucho. ¿También lo ha leído usted?, dice el aristócrata. También le he echado un ojo, tiene su gracia. ¿En verano también? También. El calor y las cabezas, lo que yo digo. Richart y el aristócrata se dan los perfiles y miran la fiesta. Richart registra que su perseguidor registra al aristócrata. Porque se aburre está tentado a ponerse a jugar al intrigante, como un novato del oficio, y decirle de hecho, señor... fantasea con decirle Richart. La conjugación del aristócrata con las cortinas deja de revelar un dato y empieza a revelar un chiste. De hecho, señor, piensa decir. De hecho, señor, este es probablemente el lugar menos seguro del teatro, está deseando decir. De hecho, señor, este es probablemente... abre por fin la boca Richart, y en ese momento la profesionalidad corre a arrullarlo como una madre: No hay que ser intrigante, hay que ser anodino. Probablemente qué, dice el aristócrata. Probablemente este es el mejor baile al que he asistido en Madrid. Estoy de acuerdo. ¿Rapé? No, gracias, dice Richart, y piensa estoy cansado.

Es el avance de un gato gordo, unos blandos pasos de gato sobre baldosas sin dejar huella, el vértigo de Catalina Castillejos de sólo temer lo concreto, de no esperar lo trascendente. Un abigarramiento de corona de flores que al principio es ligero y perfumado y que después se le enreda en los cabellos, la despeina y el abigarramiento se convierte en su melena, una fragantísima melena de flores en sus tallos y de mechones de humo de las pipas. Una ofrenda que le hace su propio cuerpo, siente Castillejos, y la sensación se va estilizando: una ofrenda del cuerpo para el cuerpo, sabe, con certeza, Castillejos. Esa sabiduría es el gato gordo que sale del fumadero y que baja al patio de butacas, y ella lo acompaña con su misma cadencia. El gato gordo

es Vicente Plaza, el gato gordo es Diego Lasso, el gato gordo es Castillejos y su pelo almizcla el camino.



## 28

A Aleixo Prado se le ordena reponer las bujías del techo y responde sí sí sí, ahora mismo, y sigue charlotteando con unas chicas que se ríen de su acento. Oye nena yo soy un artista, sabes, y el mío primo y el mío compadre también, les explica con manos achispadas. El Leo toca la guitarra y yo la gaita y ¿la gaita tocas?, se ríe la chica. La gaita yo, y el Alfonso que es el mayor la flauta, y hemos venido a Madrid porque un tío de nosotros tiene un mesón galego y tocamos allí a veces, cuando puede pagarnos, cuando nochaval, ¿estás sordo?, se le ordena a Aleixo Prado poniéndole una caja contra el pecho. Que cambiéis las bujías, del techo las centrales sólo, de los palcos no hace falta, de los laterales las que veáis, ¿está claro? Pero patrón, qué vamos a ver si está cada vez más oscuro, dice Aleixo Prado dedicándoles la broma a las chicas. Las carcajadas las doblan por la cintura, hacen vibrar las peinetas ay niña, se agarran la una a la otra, se secan las lágrimas con cuidado de no correrse el maquillaje. Bueno, vosotros veréis, dice el ordenador. Si no están puestas en media hora, no cobráis. ¡Ni falta que les hace, patrón!, que son artistas de soplar la gaita ¿en cuál mesón?, exclama una chica. El mesón do Vigo, en la calle de Hortaleza. ¿No nos presentas a tus primos? ¡Pero pues claro! Nos esperáis que colocamos esto en nada y ya venimos, dice Aleixo Prado, y empieza a buscar a Alfonso Beiro y a Leonardo Güemes con la caja de velas por delante y las risas por la espalda.

Mateo Arruchi se levanta cuando la criada nueva se levanta cuando Domingo Torres se levanta. Juan Antonio Yandiola es quien da los pasos más largos porque es quien tiene las piernas más largas y por eso va el primero. La melena se le expande al viento que provoca su ritmo y al que sopla por lo arruinado del teatro. Vaya que se vayan, dice para atrás. Domingo Torres medio lo corretea por los pasillos, la criada nueva corretea a Domingo Torres, Mateo Arruchi corretea a la criada nueva hasta que corretea a su lado. Porque las galerías están oscuras, los ojos, como planetas, captan todos los atisbos de claridad y se hacen de una luz propia. Mirarse a los ojos crea un flujo de iridiscencias, de planetas que se iluminan entre sí y expanden su luz al universo cercano. Así se miran a los ojos los invitados que retozan en las galerías y así se miran a los ojos Arruchi y la criada nueva, como cuatro planetas amigos que forman una pequeña galaxia.

La primera polla entrará y Castillejos aún se estará riendo. La polla desalojará la risa del vientre, la lanzará lejos y bronca. La polla saldrá y la risa recuperará su espacio, la polla entrará de nuevo y la risa será expulsada. La primera polla bombeará la risa de Castillejos hasta dejar sólo un eco de pozo.

El aristócrata liberal se escurre, encaja el tacón del zapato en la silla que tiene enfrente y cruza la otra pierna por encima. En los labios se le extiende una satisfacción de artista regocijado ante la obra acabada. Richart nota un alfilerazo de celos. Cuál es su paz, se pregunta, qué es lo

acabado. Fondón mas ágil, viejo mas apuesto, piensa: caray: intrigante mas no anodino. El aristócrata le parece absolutamente misterioso incluso ahora que Petra Montes, tras atravesar el cenagal de sillas con los bajos del vestido remangados, con ligereza de grulla, llega a su lado y le dice buenas, ¿señor marqués de Santa Cruz? Absolutamente misterioso incluso cuando el aristócrata responde puede llamarme Gabriel. Petra Montes López, marquesa del dedal, y reverencia con la oreja hacia el suelo. Petra Montes López, buenas, repite dirigiéndose a Richart. Por un instante Richart teme tener que decir su nombre o tener que hacer una pausa un segundo más larga de lo habitual para inventar un nombre, pero el marqués de Santa Cruz, o salvándolo o desdeñándolo, dice me va a disculpar, doña Petra, pero no tengo el gusto de conocer su marquesado. Petra Montes se sienta y exclama buá, lo conoce usted de sobra, ¿me puedo sentar? La casa veintiocho de la calle de Preciados, Sastrería de Tomás Álvarez. Vino a hacernos un encargo de disfraces hace cosa de un mes largo. Sí señora, pero sólo conocí al marqués. Me atendió exquisitamente. Señor mío, qué esperaba, y oiga. Dígame. Que nada, que si está contento con el resultado. No se puede hacer usted una idea: esto es un espectáculo de buen gusto. Gusto el que usted tiene, señor marqués. Ni en la corte se ve esta armonía de colores y formas entre los seres humanos y el entorno. Ay no exagere. Pero me va a disculpar otra vez, marquesa. Encargué tantos disfraces aquella tarde en tantas sastrerías distintas, que no recuerdo exactamente cuáles fueron los suyos. Lo importante es el conjunto, señor marqués, pero ya que pregunta, los de pastorcillo y pastorcilla fueron los nuestros, quince de cada. Un trabajo excelente, señora marquesa. De les Costún Parisién miramos alguna cosa. ¿El Costún Parisién reciben ustedes? ¡Bueno!, y el Leidis Monli y el Repositorí, y el Bels Cour, pero la mayoría inventiva nuestra, sello de la casa. Tres semanas que me ha tenido usted cosiendo borrego y laurel, que lo sepa, ¡pero agradecida, eh! Y mi Tomás lo mismo. Y yo agradecido a ustedes. Señor marqués. Por favor, llámame Gabriel, entre marqueses hay confianza. Que nada, don Gabriel, que lo que usted necesite, al por mayor o para usted mismo, mi Tomás y yo encantados de atenderle. No le quepa a usted la menor duda de que están en mis pensamientos. Y si le gustan a usted los diseños franceses o ingleses o alemanes incluso, nos ponemos y miramos las revistas, y le ponemos y le quitamos lo que usted quiera, no sabe usted lo inventora que estoy yo hecha. Preciados veintiocho, ¿no? Veintiocho bajo, una puerta azul que resalta. Sus ojos azules resaltarán desde la calle sin necesidad de pintar la puerta. Ay, marqués, bueno, no le molesto más. Qué va usted a molestar, ¿rapé? Venga una chispa. Petra Montes acerca el puño, mira hacia fuera del perímetro de sillas y hace una señal con la mano libre. El grupo de mujeres al que se dirige bulle indeciso. Montes las llama con un gesto más amplio, sacudiendo la cabeza. ¿A quién reclama usted, querida?, pregunta el marqués. Montes esnifa el polvillo, se sorbe los mocos que le vienen, responde ah, unas amigas que le han estado cosiendo a usted estas dos semanas, y estornuda. La docena de mujeres se acerca y trepa el corral, lo desarma, deja un rastro de alegre devastación, rodea al marqués. Marquesas todas, añade Montes.

Cuando Juan Antonio Yandiola se pone las gafas para encontrar a su mensajero la fiesta se le vuelve desagradable de lo precisa, una realidad avasalladora: la música le suena estridente, las caras le parecen histriónicas, la belleza de las mujeres agresiva, la cera derretida le huele a capilla ardiente. Espera a que la canción termine y las parejas se separen y entonces toca el hombro de su correo. Oúi? Una carta para tu mandante. El correo da media vuelta y extiende la mano. No, aquí no, dice Yandiola. Aquí non, pourquoi?, dice el correo exhibiendo el zurrón. La siguiente canción empieza y el mensajero se gira y sigue bailando. Yandiola lo coge por el

hombro, se sobrepone al volumen de la música ¡ven un momento, un momento! El mensajero congela un chasquido de dedos, resopla y acompaña a Yandiola a través de la gente. El bullicio expulsa a los no danzantes como algo indigesto y con esa inercia llegan hasta las escaleras principales. Domingo Torres se levanta del peldaño y su mensajero lo imita. Muy bien, dice Yandiola. Muy bien, confirma Torres sacándose la carta del pecho, y Yandiola confirma su gesto sacando la suya. Los mensajeros se miran interrogativos. Domingo Torres le dice al de Yandiola usted es testigo de que hago entrega de esta carta, y ostenta el rectángulo con las dos manos, al señor emisario de..., y señala a su mensajero con un dedo. Juan O'Donjú, murmura el mensajero, quedándosele la boca en la posición de la u. Observa la carta por un lado y por otro, dubitativamente se la pega a la oreja, a la nariz, mira al otro mensajero, se la guarda al fin en la chaqueta. Yandiola sujeta los cantos del papel entre las palmas de las manos y dice y usted es testigo de que yo le entregFngsiscó Espós y Miná, se adelanta el mensajero extendiendo la mano. Yandiola deposita la carta con ceremonia y vigila cómo el correo la mete en el zurrón, cómo cierra el zurrón, cómo ladea el zurrón hacia la espalda. Fini?, interpela el correo, y Yandiola devuelve la atención al mensajero de Torres: ¿Es testigo, no? Sí señor, murmura. Pues finí, zanja Yandiola. Gracias, caballeros, zanja Torres. Los mensajeros se funden en el baile y Yandiola y Torres todavía permanecen en las escaleras. Se sonríen estrictamente: Ya está. Ya está.

En un minuto coordinado Mateo Arruchi divisa a Diego Lasso y piensa en José Vargas, Diego Lasso divisa a Mateo Arruchi y piensa en José Vargas, Richart divisa a Diego Lasso y sabe que algo falla y el perseguidor de Richart divisa a Richart y sabe que algo falla. Las cuatro miradas trazan una sierpe que sortea las lunetas desbaratadas, la oscilación de la música, las risas, los gritos, el humo, el olor a humedad, la luz menguante. La sierpe sortea el macizo y aceitunado estar de la criada nueva; las olorosas guedejas del moño de Castillejos, el rabioso dolmán de Vicente Plaza, el misterio revelado del marqués de Santa Cruz, sortea la hora. En este minuto, la incertidumbre por José Vargas ensordece la fiesta. Los enunciados se precipitan sobre Arruchi, Lasso, Richart y su perseguidor como una catarata he perdido un ángulo he perdido tres mil reales he perdido un ángulo. A alguien están buscando a alguien han perdido hay que reemplazarlo padrino padrino. Y estamos a jueves más bien a viernes cómo quién reemplaza a Vargas algo pasa padrino. Si voy a preguntarle a Lasso el perseguidor me sigue muévete Richart y pregunta para que te siga algo pasa me tienen rodeado entre varios me cogen a la salida por eso no te mueves Richart Lasso no te acerques. Han hecho preso al padrino han capturado a Vargas me ha delatado, piensa Lasso, me ha delatado, piensa Richart, me han delatado, piensa el perseguidor. La sierpe termina por despistarse porque la euforia es fiera, no se puede contener más de un minuto y regresa como una avalancha de inmediateces voy mejor a buscar a Jesús Molina que Molina sabrá lo de los dineros Vargas ha sobrevivido a una guerra cómo no va a sobrevivir un baile ya te moverás Richart es listo Lasso que sabía que no tenía que acercarse y si hay que sustituir a Vargas pues se le sustituye no les ha dado tiempo a delatarme y organizarse el padrino está viejo y no me ha visto se ha olvidado será por liberales no les ha dado tiempo a descubrirme y organizarse yo y Vicente Plaza antes van a por el marqués de Santa Cruz yo y Vicente Plaza y porque el marqués frecuenta la corte Jesús Molina está aquí con una mujer está escrito yo y Vicente Plaza y Catalina estará Molina de buen humor y me dará algo está escrito que es Catalina la que sustituye a Vargas cómo se nota que Diego Lasso estudia Derecho.

A la novicia Julia Fuentes le temblará la sonrisa, la aspirará, la espirará en el murmullo José, José, José, sacudirá por tercera vez a José Vargas, el alarido estallará ininteligible padre, padre

un moribundo, padre la camilla, y los huevos cocidos rodarán Corredera abajo.

Lo siento Jesús. Nada mujer. Gracias por el vestido y por todo. Gracias a ti por ir tan guapa. Ana Luisa Gil se habrá quitado el antifaz y estará acariciando las plumas a pelo y a contrapelo. ¿Tú te vuelves al baile? Qué va, ya la hora que es. Pero si en el carro no tardas nada. Pero qué voy a hacer en el baile sin ti. Pues anda que no hay muchachas. Y para qué quiero yo ninguna muchacha. Gil se encogerá de hombros. El leve movimiento de su cintura provocará una amplia oscilación de la falda, elevará el olor a orines y a heces del callejón. Peor para ti, sonreirá. Jesús Molina la besará sin acercarse y la esposa de Arnaldo Cuesta retendrá el beso sin acercarse y sin dejar de acariciar las plumas. Bueno, me voy, no sea que... sí, mejor vete, no sea que, bueno. Jesús Molina y Ana Luisa Gil se tomarán de la mano para recorrer el callejón. El nuevo gesto se les hará familiar y propio, una intimidad, las manos del otro conocidas. Se soltarán drásticamente a un paso de salir. Jesús Molina se subirá al carro, tirará suave de los estribos y se colocará a una distancia diagonal. Vigilará a Ana Luisa Gil sacando la llave, abriendo el candado y empujando la puerta, y mientras tanto ella vigilará que Jesús Molina desde el carro la vigile.

Leonardo Güemes suelta su extremo de la escalera, da un pisotón en el suelo y exclama hacia arriba carallo, por qué teño que ir eu á casa polas gaitas? Leo, suxeita a escaleira, ou máto-me!, grita Aleixo Prado desde el otro extremo. Apura e en vinte minutos estás de novo aquí, dice Alfonso Beiro desde la platea, y le alcanza otra vela a Aleixo Prado. Pois si non é nada, ide vos. Leo, ti corres máis. Sí, e téño que sair eu do baile, con frío que fai, e que báixeme a borracheira. Mellor, porque para cantar terás que estar sobrio. Bo, Leo, xa está. Se non podemos contar contigo para as cousas da banda de música, xa apañarémonolas Aleixo e eu. O xa nos buscaremos a alguén. Para qué viñeches a Madrid, para ser mozo de cordel toda a túa vida? Me sorprendes, Leo, porque ti eras ó que máis lle petaba venir, e voute ser sincero, e écheme o mesmo que o teu primo este adelante: ti es mellor músico ca el. Fillos de puta, que sempre me facedes o mesmo, o mesmo que na verbena de Ourense, o mesmo que cando a procesión do Santo! Facémoste qué, Leo? Me cago na cona, siempre teño que ir eu! Pero Leonardo, alguén terá que ir! E aún temos que negociar o recital co patrón do teatro, que é falando en castelán. Ti cánto castelán falas, Leo? Dime, dime! Bueno, xa está, Aleixo, que non é culpa súa. Ou prefires quedar aquí poñendo buxías, eh, prefires iso? Si o prefires, eu cámbiome por ti agora mesmo. O que di o teu primo é que temos que facer as cousas entre os tres, porque a música é dos tres, e se non nos axudamos non sae ben, entendes? Leonardo Güemes mete los codos por un cuadrado de la escalera y esfuerza una resignación. Tamén querrás que che traia a flauta, non?, dice. Nel armario debaixo de todo, envoldida nunha camisa está, dice Alfonso Beiro. Pero por Deus agarda que remate de poner esta lámpara, non soltes a escaleira!, dice Prado.

El gato gordo es errático. Retrocede, lame un charquito de vino, se frota el lomo en las piernas de la concurrencia y maúlla por maullar. Castillejos, Lasso y Plaza se pierden y se encuentran como si bailaran un baile amplísimo que abarcara al teatro entero, como si cada uno estuviera unido al otro por un muelle que los recolectara de nuevo al alcanzar su máxima extensión. El gato gordo no tiene iniciativa y a Castillejos la atrae un corrillo escandaloso y va. El cabo tuerto señala a cada una de las mujeres que lo rodean con un chasquido de dedos para que digan su nombre ¡Rosana!, ¡Filena!, ¡Inés!, ¡Dolores!, ¡Elisa!, ¡Clotilde!, ¡Paquita!, ¡Encarni! Tras el último chasquido el cabo tuerto recoge el puño a la altura de la sien y recorre con su ojo solo, minucioso y afilado, a cada una de ellas. Se arrebujan de alegre vergüenza ay qué miras tanto, tss calla, que está concentrado. Los tuertos es que tenemos que mirarlo todo dos veces. ¡Claro, será eso!, se

ríen. ¡Ya quisieran entonces todos ser tuertss calla, que así no lo dejáis! Un hombre del corro exterior de hombres vigilantes dice Dolores, tenemos que irnos, que son ya las ¡me enamoran los ojos de Filena!, arranca el cabo tuerto. Y de Cloti la túrgida cintura ¡uuuuuh! exclaman, aplauden las mujeres, y el corro de hombres murmura. En Rosana me hechiza la blancura, y Encarni me cautiva por morena ¡ole ahí! El talento de Elisa me enajena ¿le qué? ¡Tss!, me embelesa de Inés la travesura, y aun de la bizca Paqui la dulzura..., dice, y bajo la tormenta de risas le toma la mano y clava su ojo solo en el ojo derecho de la bizca... forja a mi corazón blanda cadena, añade, y la besa. ¡Oooohla Paaaaquiiii! ¡No hay una fea que me cause espanto! Gorda, flaca, alta, baja, ardiente, fría. En todas hallo celestial encanto. Encanto voy a darle yo a este listo ¡Pepe calla! Perdona, de mi estrella es tiranía, mas... El cabo tuerto casi roza su pecho con el pecho de la mujer que queda y mira al hombre que la escolta: ...aunque a todas quiero, a nadie tanto como a ti que me escuchas, Lola mía. ¡Ole, ole, y ole! ¡Chiquillo qué arte, pero qué arte! ¿Tú quieres ser ciego en vez de tuerto o qué, desgraciado? ¡Eeeeeeeeeeh!, exclama el corro interior. ¿Pepe estás tonto? No hagas caso, poeta, que la envidia es muy mala. Eso, no hagas caso, que estos son unos brutos. ¿Qué pasa, eh, que te proteges en las faldas de cuatro frescas? ¡Eeeeeeeeeeh!, exclaman el corro interior y el corro exterior. ¿A mi prometida llamas fresca, lechuguino? ¡Fresca será tu madre! ¡Benito esa boca! ¡Pepe ya está bien! ¡Ah y ahora te protegen también sus novios, eh! Mitad preciosa del linaje humano, triste mujer esclavizada al hombre, que tu escudo nació, no tu tirano. Así, bien que de cólera reboso, combatiré del hombre la injusticia en tono menos grave y ampuloso. ¡Toma ya, qué huevos tiene el tuerto! ¿Te estás riendo de mí, niño? El corro se nutre ¿ca póllah passa?, se le suman filas, risas, aplausos, na, una pelea, chiflidos, advertencias. El cabo tuerto se regodea en el centro, alza la voz, declama ¡compara tu braguero miserable, y tu rugosa frente ilimitada, y el asma que te aflige perdurable...! Gira bruscamente, extiende el brazo, dirige a la mujer la mano abierta: ...con aquella cintura delicada, aquellas formas de beldad modelo, aquella tez brillante y sonrosada. ¡Ole! La mujer contiene al hombre a la vez que mira al cabo tuerto, susurra ya está, Pepe, es un chiquillo, una tontería. El Pepe a este lo mata, ¿que no?, se ríen. Sujétalo que lo mata, que es que, se ríen, que es que lo mata. El cabo tuerto llama al silencio levantando los brazos, como ostentando dos banderillas, y camina el radio que lo separa de la pareja. ¡Sepoeta bueno ahítssss, que va a hablar! ¡Po, e, ta! ¡To, re, ro tssssssssss! El cabo tuerto se detiene a un palmo de la mujer. El ojo del cabo tuerto corre de un ojo al otro del hombre y el hombre hospeda una expectación que superficialmente es una sonrisa. El cabo tuerto se acerca más, hasta que los bajos del vestido de la mujer se le posan en las puntas de los zapatos. La mujer se aprieta más al hombre, el hombre sonrío más, el cabo tuerto conduce la cabeza por encima del hombro de la mujer, delante de la respiración del hombre, como si fuera a susurrar pero grita, pulsa el diafragma como una catapulta de voz y grita ¡y luego, si te atreves, clama al cielo, y acúsala de infiel y de perjura, si sucumbe al amor de algún mozuelo! Deja caer los brazos como ostentando la ausencia de las banderillas clavadas ¡oooooole!, vocean, aplauden. Te mato hijo de puta ¡Pepe! El hombre se deshace de la mujer, supera el corro interior, agarra al cabo tuerto y empieza la pelea.

Al pie de cada catre habrá una llama débil y cada tres catres un fino tragaluz. En cada catre un moribundo. Julia Fuentes se pasará la cabeza de José Vargas de una mano a otra para vendársela. Sonará una palangana volcándose y unas raudas patas atravesarán el hospital. Un rosario de estertores, como una guirnalda exigua, decorará los muros. La garganta de José Vargas reverberará Julia, Julia. Ya está, ya está, le susurrará la novicia. No es nada, un perro, a dormir. Fuentes

posará la cabeza de Vargas, se levantará e irá a la puerta. Esta noche me quedo yo de guardia, hermana, le dirá a la otra novicia que aguarde, sesteando, en la banquetta del pasillo. Hermana, le tocará un brazo. ¿Hmm?, reaccionará aquella al fin. Hermana vete a dormir, me quedo yo de guardia esta noche. La otra novicia se estirará dentro del hábito, bostezará dentro de la cofia mujer, tú has tenido ronda esta noche, cogerá la palmatoria, se pondrá de pie y se hará crujir la cintura contracturada. Tengo penitencia pendiente, responderá Julia Fuentes. La otra le dará la arandela de llaves, le dirá bueno, te la debo, y añadirá la tuberculosa que está aquí, la medio calva. ¿La del tajo en el pecho? Esa, esa está para morir. Estate atenta de llamar al padre para los aceites. Qué padre está de vigilia, preguntará Fuentes. Don Olavio creo, responderá la otra. Uff, don Olavio. Ya, por eso yo no lo he llamado todavía. Estaba esperando a que se muriera seguro para no despertarlo en balde. Bien, ve con Dios. Ve con Dios, hermana. Julia Fuentes entrará en el hospital y al cerrar la pesada puerta generará corriente. La luz y los faldones de la otra novicia ondearán y las cejas se le alzarán de extrañeza porque será la primera vez, caerá adormiladamente en la cuenta, que vea a alguien cerrando la puerta del hospital.

Diego Lasso arremeterá contra la ropa de Catalina Castillejos hasta obtener un pecho. Al principio será distorsionador porque los dos momentos del cuerpo de Castillejos no sabrán congraciarse. El placer será difícil. El ritmo sustraerá recurrentemente el pecho de la boca de Lasso y la sustracción creará un ritmo nuevo y complementario, un bucle invitador. Arremeterá ahora contra su propia ropa y liberará la erección, y la solidaridad de placeres durará lo que tarde en consumirse una unidad de tiempo en la cama. Entonces Lasso no volverá a dejar pasar el pecho, lo agarrará. Entonces Plaza se juntará los tobillos de Castillejos en un pectoral y le inmovilizará las piernas. Entonces Castillejos gritará sí.

Domingo Torres se está arrancando un padraastro y mira como si mirara por una ventana. La pelea sucede a ese otro lado y Torres se fija como si se fijara en un avatar del horizonte, en una quema de rastros. Se hace sangre. Sólo cuando la pelea ya no es horizonte sino orilla Torres atiende, escupe el padraastro y va, sonámbulo de la culebra que se le lía como un turbante a las sienes, como un fajín a la barriga: la carta. Se deja puyar por la feliz masa gritona. Como una gorguera al cuello, la culebra. Atisba el zarandeo de los peleantes, unos codos, un pelo que se agita, una pincelada de sangre, su mensajero vitoreando. El turbante, el fajín y la gorguera se le ciñen que le aprietan, que lo conducen como un retortijón a la letrina. Lo coge del brazo damelacarta. La cabeza del mensajero yerra, bobona, hasta toparse con Torres ¿eh? Que me des la carta. ¿Carta? ¡La carta de antes! El mensajero parpadea asimétrico, eructa suave y vuelve a los gritos ¡uuuyyy! La fina nariz de Domingo Torres se preña. Mete la mano en la chaqueta del mensajero y el mensajero yerra de nuevo hasta darse cuenta ¡eeeh!, y lo empuja. ¡Que me des la carta! ¿Qué quieres, robarme, eh? Alegremente, la porción de masa cercana abre un nuevo espacio para Torres y su mensajero. ¡Este, metiéndome la mano en la chaqueta!, y vuelve a empujarlo ¡anda, el choricillo petimetre!, dicen. Domingo Torres muestra las palmas de las manos, se acerca, aplaca, no quiero robarte nada ¿metiéndome la mano en la chaqueta no quieres robarme nada, eh? ¡Entonces querrá tocarte algo!, se ríe el corro nuevo. ¡Los señoritos son todos unos viciosos! Domingo Torres mete entonces la mano en su chaqueta ¡uuuh, que te saca una pistola! ¡Una pistola! ¡Pistola! ¡Rufio quita de en medio te vayan a pegar un tiro! ¡Niña que te matan al Lucio! ¡Lucio! El mensajero se tantea el cuerpo en busca de un arma que no tiene, Domingo Torres se saca una bolsa y la agita. El tintineo de las monedas acalla el bullicio y hace audible la refriega de la primera pelea. Amigo, no quiero quitarte nada. Sólo quiero darte algo a cambio de algo. La bolsa, como un

artilugio mágico, amansa al mensajero. Domingo Torres le echa un brazo por encima y sale con él del corro. La masa feliz se siente decepcionada.

Cada vez que alguien pida agua otros lo seguirán agua, hermana, hermanagua agua, hilvanándose los ruegos en una nueva, flaca guirnalda de hospital. Julia Fuentes acudirá, dará de beber y volverá al lado de José Vargas. José, José, despiértate tú también y bebe, le dirá a la venda que le cubra el oído, le acariciará con los labios la mejilla inflada de morado, con los labios los párpados inflados de morado, con los labios los labios inflados de morado vamos, José, Joselito, un poquito de agua. A través de la hinchazón de los ojos se dibujarán dos líneas brillantes, a través de la hinchazón de la boca silbará una afirmación. Fuentes pegará su pecho al de Vargas y el frío de su cuerpo superará las mantas, la alcanzará a ella. Lo abrazará y tensará las manos para sostenerle la espalda sin causarle presión. Entonces liberará una mano para coger el vaso, llevarlo al hematoma de los labios e inclinarlo apenas. Muy, bien, muy, bien. Le he puesto adormidera, verás qué bien, dirá la novicia. Se levantará prestísima, irá al camastro de la tuberculosa, observará el delirio de su fiebre y le quitará una manta. La sacudirá y la sacudida estirará las llamas de las velas y esparcirá un olor a podrido. Julia Fuentes estará mirando a la tuberculosa, a su alucinado bisbiseo. Al quitarle la segunda manta le descubrirá las piernas temblorosas. La sacudirá también, volverá al lado de José Vargas y lo arrojará. Ya mi niño, ya, responderá la novicia a los ronroneos de Vargas Julia, ángel. Se arrodillará al principio del camastro y le palpará el cruzado de vendas, la que vaya de la mandíbula a la coronilla y la que rodee el cráneo, formando una cofia sucia frente a la limpia cofia de la novicia. La inflamación entorpecerá el castaño de los dientes, la novicia le tocará la frente vendada y la alarmarán los escalofríos. Ya entra en calor mi niño, ya. Empezará a frotar el cuerpo envuelto pero la lamentación de Vargas la detendrá, le expulsará las manos ya ya ya ya, no más mi príncipe no más, correrá a recogerle el gemido, no más. No es nadddda, me quejo dddel gusto ddde que mme toques, dirá Vargas entre tiritones. Una escalada de soluciones para el frío y sus desechos por poco operativas le contraerán el entrecejo a la novicia aguardiente, el brasero de mi cama, el brasero de la capilla, una fogata, quemo los jergones, aguardiente brasero fogata, pensará, se acalorará de apremio y al fin resolverá: se pondrá de pie a los pies de Vargas y pasará la tensión del entrecejo a las rodillas. Las piernas no te duelen, ¿verdad? No tanttto, no. Fuentes se arrodillará en los muslos de Vargas pero sosteniéndose con las manos en el suelo. Bien mi niño, bien. Estirará lentamente sus piernas sobre las piernas de Vargas pero sin apoyarlas, sin darles peso, sólo tacto. Trasladará entonces Fuentes su propio peso de las abiertas manos a los antebrazos, paralelos y firmes en el suelo como esquíes. En esa gimnástica flexión suspendida quedará mientras calcule el paso siguiente en la consecución de su objetivo de dar calor a Vargas, sostenida por los abdominales y los abductores y con los faldones del hábito arrastrando como en una santa levitación. Subirá primero un antebrazo, después otro, al catre, y ese mínimo movimiento levantará un bronco quejido de Vargas. Fuentes susurrará sssssh ese José bueno, hecha toda de tensión. Sus ojos saltones, los orificios expandidos de su nariz, el redondel de su boca serán las esferas de un astrolabio por ella misma construido y que a ella misma indique el camino del descenso desde la cintura. Se tumbará encima de José Vargas, dura, sosteniéndose aún a sí misma, y el dolor de José Vargas a cada contacto será una brasa, un aliento que será el humo de la brasa. Julia Fuentes pondrá su oreja cubierta de cofia en el esternón de Vargas cubierto de ropas, de venda y de carne herida y el astrolabio aún seguirá en funcionamiento ¿sí, sí, vamos bien? Sí, exhalará Vargas. Entonces Fuentes respirará y ahora sí descansará en él y el dolor será pleno,

simétrico, plano, un buen dolor que ya se pasa. ¿Sí? Sí, responderá Vargas, por fin, sin tiritar.

Aleixo Prado, Leonardo Güemes y Alfonso Beiro irrumpen con Domingo Torres por delante. ¡A ver qué cojones pasa aquí!, dice. ¡Tú, coge al tuerto!, ¡tú, coge al gordo! ¡Tú, coge también al gordo! ¡A pelear a la calle! ¡En la calle te cojo y te remato, tuerto de mierda! ¡A callar, gordo!, ¡vergüenza tenía que darte, no ves que es un chavea! ¡Qué chavea, lo que es es un gallito que calles la puta boca te digo! ¡Y tú un cornudy tú, niñato, si no sabes comportarte te quedas en tu casa con tu puta madre! ¡Es que, de verdad, parezco una yaya!, dice Domingo Torres posando en el centro del corro como un héroe indignado. Se recoloca el flequillo y se estira la ropa. La carta recuperada atrae la mano al lado del pecho que la abriga. Domingo Torres entona íntimamente su himno del control sobre las cosas. Ya sabemos cómo perdiste el ojo, ya, asienten las mujeres alrededor del cabo tuerto, condescendientes. Anda, majo, qué piquito de oro, lo sientan, le secan el sudor, le dan una colleja, una palmadita, las palmaditas se vuelven mimos si es que no puede ser, le limpian la sangre del labio con la puntilla de los pañuelos. Castillejos ve la herida del cabo tuerto y se acuerda de su herida. Las yemas de los dedos recorren los labios y reconstruyen el puñetazo de Vicente Plaza. El recuerdo se le hace estimulante, las costras vivas. Se pulsa hasta que le duele y para, se pulsa hasta que le duele y para, se pulsa hasta que, señora, el cabo tuerto rompe la castilleja ensoñación. Dígame su nombre. ¡Díselo, díselo, verás qué risa! ¡Pero míralo que no escarmienta! ¡Díselo! Catalina. ¿De dónde es usted? Natural de Granada. ¡No me diga! Yo serví en Granada. ¿Ah sí? En la Calahorra. Oh. Segunda compañía de caballería ligera, cabo primero. Lasso escucha el rango inferior desde su teniente jerarquía y eso lo mueve para escoltar a Castillejos y preguntar ¿y ahora dónde sirve, cabo? Ahora sirvo a las musas ¡buenoooo, ya empezamos!, palmean las mujeres. Catalina se llama usted, ¿no? Castillejos sonrío sí y le sonrío a Lasso, y Lasso cruza los brazos y el cabo tuerto las piernas con una tracción de dolor en la cara, y se concentra en un punto del suelo. En alabanza de Catalina, dama granadina, se yergue el cabo tuerto. ¡Uuh! ¡Que va! ¿Cuál de tus joyas, inmortal Granada, mayor sorpresa al caminante ofrece? ¿El áureo Darro que en tus muros crece, o tu fecunda vega dilata? ¡Áua! ¡Ssepoeta! Aleixo Prado se acerca a Domingo Torres con el cuello bajo y las manos recogidas al pecho como pezuñitas: señor. ¿Será Generalife do encantada primavera sin término florece? ¿Será...? ¿Señor Torres? Alfonso Beiro y Leonardo Güemes guardan la espalda de Aleixo Prado. ¿...el claro Genil quien te envanece? ¿Será acaso tu Alhambra celebrada? ¿Será tu cielo plácido y sereno?, ¡será...! Se señor Torres!tsh!, lo corta Torres lanzando el anverso de la mano. Dímelo en fin, así en tus flores no torne a solazarse el agareno. Prado duda mímicamente hacia atrás, Beiro y Güemes le insisten batiendo la gaita, la flauta y la guitarra. Guarda, me dijo, admiración y amores, y el cabo tuerto vocaliza alevoso el nombre: Ca ta li na, y Castillejos revuelve la mirada, que nació en mi seno, para abrasar el alma a los pastores. ¡Uaía, bravo! ¡Olahí! ¡Venga el siguiente en despacharse con el poetpoeta pasa la gorra! Cabo primero, rumia Lasso. Señor, disculpe señor. Ay, qué. Señor Torres, ya cambiamos las bujías. Hasta que no esté todo esto recogido no se cobra ¡nonononó, señor, no es para eso! Es que, señor, verá, aquí el mío primo y el mío compadre y yo, dice Prado y señala, somos músicos. Beiro y Güemes avanzan hombro con hombro, abrazados a los instrumentos como niños que abrazaran cabritillas. Y que se ve que la orquesta está recogándose y bueno y y y la gente, se suma Alfonso Beiro, señor la gente quiere más música. Sin música pasa esto de las peleas, señor, la gente cuando están bebidos o bailan o se pegan. ¿Don Domingo Torres?, se acerca el cabo tuerto. Otro, dice Torres con su sonrisa de control sobre las cosas. Y tú qué quieres, bardo. Señor, yo quiero su venia para recitar mis versos en el escenario. ¡Eh eh eh



eh!, dice Prado. Que nosotros estamos primero. Don Domingo, he de felicitarle por organizar un espectáculo de luces tan impresionante, yo no estoy a la altura del recitador caballil ni en porte ni en aptitudes, pero ya ha visto usted que soy capaz de amenizar a una audienseñor, lo interrumpe Beiro. Nosotros hacemos una música que esque no es la música gallega normal, lo interrumpe Prado. ¿Ah, no?, se interesa afectado Torres. ¡Nonononónó, señor! ¿Muiñeiras? Sí, máis;nonononó!, cortan Beiro y Prado a Güemes. Es en castellano y con guitarra, ¿ve usted?, y da un toque de nudillos en la caja de resonancia. Y es alegredon Domingo, dice el cabo tuerto sacándose unas cuartillas de la levita, las desdobra y las ofrece. Tengo más de cuarenta poemas, me los sé de memoria todos, y de temas distintos. Domingo Torres ojea los papeles y Beiro, Prado, Güemes y el cabo tuerto entrecruzan la expectación. Torres lee en voz alta oh tiempos, oh infelice poesía, por la pobreza sólo cultivada y más pobre en España cada día. El cabo tuerto corre a pasar las páginas en las manos de Torres y dice eh... sí, pero para la fiesta son más oportunos los picantes, mmm, a picos pardos me voy, que como dijo un poeta, fruta de cercado ajeno es la que a mí más me peta ¡pero señor!, protesta Aleixo Prado. ¿Cómo va a dejar a este agitador subirse al escenario? Le da un codazo a Leonardo Güemes y apunta a la guitarra con los ojos. Güemes comienza un ritmo rápido, Beiro se atraviesa la flauta y sopla. Señor los que me zurren son unos brutos, me zurren por poeta, dice el cabo tuerto por encima de la música. Por decir verdades porque la poesía no miente, eso lo sabe usted señor que es literatbueno ya está bien, exclama Domingo Torres acallando la flauta y la guitarra, devolviendo las cuartillas, y coge el vaso de vino con el que Juan Antonio Yandiola le envuelve el hombro. Os subís al escenario o al tejado si os da la gana. Pero primero nosotros, ¿no, señor? Don Domingo yo creo que es mejor empezar con el recitado para caldear y luego ya la músentre vosotros os las apañáis. Señor pero¡por dios qué cruz, Juan Antonio! ¿Tú has visto? Una yaya, una yaya parezco. Hala, artistas, dejad al maestro de ceremonias que se relaje, que está bajo mucha presión, dice Yandiola. Beiro, Prado, Güemes y el cabo tuerto se solidarizan en la irritación de ver alejarse a Domingo Torres. Ay, Machupichu, tú eres el único que me quiere bien en este baile. Nada, hombre, torreznillo. ¡Tú eres el único que no me quiere por el interés en este baile!, dice Torres, da un trago y palmea el lado del pecho de Yandiola que abriga la otra carta recuperada.

Conque abrasas el alma a los pastores, dice Plaza. Eso parece, mi capitán, dice Castillejos. ¿Sólo el alma?, ¿y sólo a los pastores? No te hace honor ese poetucho. Voy a desafiarlo. ¡Capitán! Sí, voy a decirle ¡eh tú, rufián! ¡Canta mejor las gracias de la hermosa Catalina o sal a batirte en duelo! ¡El pobre!, si canta, malo, si no canta, peor, dice Castillejos. Teniente, qué hora es. Yo qué sé. Coño no te habías comprado un reloj. Ah sí calla. Para abrasar el alma a los pastores, murmura Castillejos. ¡Eh, tú, rufián! ¡Capitán! Las tres, dice Lasso. ¡Uuh, tardísimo!, dice Castillejos, y recuerda reales, reales, diligencia, sin vislumbrar los extremos del pensamiento. Plaza dice hora de irse, ¿verdad? Tenían que ser las tres, dice Lasso, y su mariposa inevitable aparece por entre Castillejos y Vicente Plaza y viene a posarse en la esfera del reloj.

## 29

La segunda polla entrará y saldrá inmediatamente porque Castillejos habrá gruñido. Lasso urgirá qué, qué pasa, y esa legibilidad dotará de razón al dormitorio, les recordará su humanidad, su carga. Plaza dejará caer el dolmán al suelo y susurrará en la oreja de Lasso no pasa nada, y después en la oreja de Castillejos no pasa nada, y los susurros sofocarán la conciencia. Nada, susurrará Plaza en la boca de Castillejos, y le dará un quieto beso de aliento. Nada, exhalará Castillejos despierta de inconsciencia en la boca de Plaza, y Lasso repetirá nada, nada, como un conjuro. Juntará su cara a las caras y con la boca nerviosa arrebatará la de Castillejos, hiriendo su boca herida. Capitán, rogará Castillejos, y Plaza viajará desde los senos para socorrer los labios no es nada, susurrará. Lasso elevará las nalgas, se escupirá en los dedos, se los llevará primero al glande y después a la vagina y en la vagina se encontrarán con los de Plaza. Eres tú. Soy yo. La segunda polla entrará con un concierto de respiraciones. No, es Diego. Diego soy yo.

La temperatura exterior da a Mateo Arruchi un aire nuevo que respirar, le afina los poros, le hace caminar deprisa. Tras él la criada nueva estornuda. La última posibilidad, como la vara de una institutriz, pone seria a la borrachera de Arruchi. Rodear el teatro es una misión y Arruchi siente que lo está rodeando bien. El carro de Jesús Molina, piensa. En el carro estará Jesús Molina y si no está Molina estarán sus cosas, los dineros están en el carro, piensa Arruchi flamante, sano. La ausencia de dolor en el vientre lo vuelve capaz. Va vacío de entrañas, todo él es un hueco: puedo conspirar. Agarraré fuerte el cuchillo. Puedo matar y no habrá quien me mate, piensa, y recibe la llovizna como un bautismo. El dolor es el órgano vital de Arruchi y sin él es libre de puro muerto. Se para y la criada nueva se para a distancia. Estoy buscando un carro, dice Arruchi. ¿Has visto tú alguno? Ella mira a su alrededor y niega con la cabeza. Porque tendría que estar aquí, aquí lo dejamos. Un carro tirado por una mula. La criada nueva repite la búsqueda y la negación. La mula es clara, añade Arruchi agarrando las argollas salientes del muro. Aquí la dejamos. Clara y con una mancha en... Aunque a lo mejor se la ha llevado Molina para que no nos descubrieran, ¿sabes? Es que es un secreto, ¿sabes? La criada nueva estornuda de nuevo y comienza a tiritar. Se abraza a sí misma, sobrepasa a Arruchi y continúa el recorrido. Se para en seco frente a un velo de luz que hay en el suelo. Mira, dice, y señala pisadas de cascots en la tierra. Pff, pueden ser de cualquiera, dice Arruchi, y piensa hay que pensar como un conspirador. Huele, dice la criada nueva. ¿Que huelo? La criada nueva se agacha, asoma medio cuerpo por el agujero del muro, ¿qué haces?, e introduce el cuerpo completo. Eh ¿dónde vas? La criada nueva pone un pie, otro, sobre los tablones en penumbra, un pie y luego otro sin erguirse del todo, sin recogerse el vestido, hasta chocarse con unas gordas grupas negras. Quién anda ahí, pregunta Arnaldo Cuesta emergiendo de detrás del negro hocico, y antes de apagarla y guardarla ilumina

con una de las linternas mágicas las ruinas del guardarropa.

José Vargas se despertará de noche. El hormigueo de las extremidades cederá paso al dolor, el nublado del interior de la frente se irá solidificando. Boqueará y después esforzará una respiración desde el pecho que elevará la blanca cabeza de cofia de Julia Fuentes, gris por la noche. Vargas pensará en su mano para moverla. Superará el refajo de mantas y la pondrá sobre la blanca cabeza de Fuentes, gris por la noche. El cuerpo de José Vargas se irá dando cuenta del otro cuerpo, de su extensión y de su peso, del tenue bombeo de su aire y sus latidos, y sentirá alivio de sentir. Fuentes entreabrirá sus ojos de camaleón y arrastrará la mejilla por el pecho de José Vargas. Ahí sonreirán sus dientes apelotonados, darán luz, y la boca deformada de Vargas devolverá una sonrisa opaca. Ya hasta se ríe mi Joselito, anda, susurrará Fuentes, y arrastrará la barriga por la erección de José Vargas hasta ajustar las dos pelvis, y Vargas jadeará un crujido. Fuentes se apoyará en una mano y meterá la otra bajo las mantas, y cuando José Vargas vaya a asistirle ella chistará quieto tú. Le encontrará el cinto, lo abrirá, superará el obstáculo erecto, bajará el pantalón. Hará las mantas a un lado, elevará las nalgas y se meterá la mano por debajo del hábito. Vargas tendrá frío los segundos que Fuentes tarde en bajarse el calzón, sacárselo por un solo pie, humedecerse de saliva la entrada de la vagina, introducirse la polla y acomodarse. Entonces Julia Fuentes recogerá las mantas y girará el tronco para arropar las piernas desnudas de Vargas, y volverá el tronco al frente para arropar el resto.

Esta no es la mula de Molina, resopla Arruchi. La criada nueva se remanga el rígido bolero y sus finos antebrazos recorren el lomo de hierba planchada, llegan al cuello y lo estrechan. La gorda mula menea las orejas. Es bonita, ¿a que sí?, dice Arnaldo Cuesta mientras empaqueta los últimos raíles. No la iba a dejar fuera con este frío. La criada nueva afirma fuerte con la cabeza. ¿Es tuya?, le pregunta Arruchi a Cuesta. No. ¿De quién, cómo se llama? Creo que dijo Agustina, o Agustinilla. ¿Agustinilla? Debe de ser un nombre en clave, piensa Arruchi. Jaime Somorrín pone un cofre en la ventanilla de las ruinas del guardarropa, echa un vistazo adentro y dice los químicos. Con esto ya está todo. Pues en la carretilla no cabe, dice Cuesta. Pues lo lleva usted en la mano, dice Somorrín. ¿Y quién lleva la carretilla, usted? Con esto ya está todo, llega a la ventanilla el dueño. Las tintas, dice poniendo otro cofre en el mostrador, y cuando distingue entre las sombras la cabeza de la mula da un respingo ¡coño!, y los vidrios chocan entre sí dentro del cofre. Don Manuel, no hay más sitio en la carretilla, dice Cuesta. ¿Y en el carro?, pregunta el dueño. ¿Ha visto usted un carro?, pregunta Mateo Arruchi, y esquiva las cajas y se apoya en el interior del mostrador para mirar al dueño y a Somorrín a los ojos y decirles la reciente clave conspiradora: Agustinilla. ¿Agustinilla?, repite el dueño, y se dirige otra vez a Cuesta: El carro que nos recogió por la tarde, ¿ya no está? ¿Con una mula blanca?, pregunta Arruchi. ¿Tú, chaval, tú llevabas el carro?, pregunta a su vez el dueño. ¿Yo? Piensa como un conspirador, piensa Arruchi. El dueño pregunta ¿la mula qué era, blanca? Yo qué sé de qué color era la mula, Mantilla, dice Somorrín. No era una mula, era un mulo, dice Cuesta. ¡Y qué más dará!, dice Somorrín. Le decimos a Domingo Torres que nos busque otro coche y solucionado, dice el dueño. Me parece a mí que Domingo Torres no está en condiciones de buscar nada, dice Somorrín, y añade ¿el mulo este no nos sirve? No es un mulo, es una mula, vuelve a corregirlo Cuesta. Jaime Somorrín da un puñetazo en la pared exterior de las ruinas del guardarropa y se precipita hacia el baile.

Entonces: Introducción musical de un minuto y entras tú. Nonononó: Introducción poética de un minuto y entráis vosotros. ¿Pero dónde se ha visto eso?, salta Aleixo Prado. ¡La música siempre va antes que la voz! ¡Hace falta empezar con la música para que la gente nos vaya prestando

atención poco a poco! ¡Esa es la cosa!, salta el cabo tuerto. Si yo empiezo la atención no nos vendrá poco a poco, sino de golpe. Golpe, piensa Aleixo Prado. Mirad, me subo al escenario yo solo, me pongo en mitad¿cómo que te subes al escenario tú solo? ¡Pero enseguida subís vosotros y os ponéis a la zaga! ¡Sí hombre, sí, ni que fuéramos tu comparsa! ¡Qué comparsa ni qué niño muerto! ¡Se llama puesta en escena, artista, puesta, en, escena! El poeta tiene razón, Aleixo. Todos a la vez no podemos empezar. Eso, tú ponte de su parte. Leo?, Leonardo que carallo fas fumando! Que en cinco minutos tes que cantar!, dice Alfonso Beiro quitándole el cigarro de la boca. Ponte a acalorar a voz agora mesmo que luego te salen los gallos! ¿Cinco minutos sin ensayar ni nada?, coinciden en decir Aleixo Prado y el cabo tuerto, se miran y se repelen. ¿Es que estáis todos lerdos?, explica Alfonso Beiro: Son cerca de las cuatro de la mañana. O nos subimos al escenario ya o nos quedamos sin público. Leonardo Güemes tose iso é por fumar, eh, primo, por fumar, se frota los ojos y le dice al cabo tuerto dame iso. El qué. As poesías. Qué, cuáles. As que queiras ler. El cabo tuerto localiza las cuartillas en el fajo de pliegos, las saca, las desdobra y se las da con cautela. Güemes las ojea con vista rápida, se hace a la caligrafía y empieza a mover los labios y a contar con los dedos. El cabo tuerto calla de la sorpresa de que Leonardo Güemes sepa leer Leo, pero si non sabes castelán máis que as cançons aprendidas de memoria, se sonríe Aleixo Prado, y añade mirad, yo no quiero discutir. Yo no tengo nada en contra tuya, le dice al cabo tuerto. Te he escuchado y eres bueno, pero así a bote pronto ponernos de acuerdo contigo es imposible, y ni tú ni nosotros queremos hacer el ridícson de once, non?, interrumpe Leonardo Güemes. ¿Perdón? De once... partes, as poesías. Dice que si las poesías son de once partes. ¿De once sílabas? Iso, sílabas. La mayoría, sí, de once, balbucea el cabo tuerto, estupefacto ante la niña habilidad de Leonardo Güemes. Lo hacemos cada uno por su lado y listo, ya está, dice Prado conciliador. Subimos nosotros, tocamos tres o cuatro, luego subes tú, recitas tus tres o cuatro poemas e estas outras de oito, dice Güemes. Leo, estou falando eu!, exclama Prado dándole una colleja y Leonardo Güemes le devuelve un empujón vago, al cabo tuerto las cuartillas, se pone la guitarra al frente y empieza a puntear. Iso é o que tes que facer, poñerte a afinar e deixar aos maiores!, exclama Aleixo Prado, y regresa suavemente al cabo tuerto. Tú terminas y nosotros cerramos con unas pocas jotás ligeras y mira, dice. Despedimos juntos para que no se vea aversión, porque la realidad es que no hay aversión, ¿no es lo mejor, Alfonso? Quedamos cas de once, dice Leonardo Güemes. ¿Perdón? As poesías de once sílabas son coma a nosa balada de Cachamuña. Dice que las poesías de once sílabas son como la balada de Cachamuña nuestra, dice Beiro. Qué dices, Leo, dice Prado. E coma Al otro lado de la ría, axustase, dice Güemes, y empieza a tocar. Ti, declama. Dice que se ajustan y que declames, traduce Beiro. Declama calquiera de once, unha liña. Cualquiera de once, una línea. ¿Un verso? Iso, un verso. Leonardo, qué carallo fas. Dices que me dejas por un albino, dice el cabo tuerto. Leonardo Güemes marca el ritmo con la cabeza y tararea con silbido gallego dices que me dejas por un albino... dices que me dejas por un albino. Vedes? Outro. Dices que tú recorres tu camino, dice el cabo tuerto. Dis que ti qué? Dice que dices que tú recorres tu camino, dice Alfonso Beiro. Iso non son once. Dice que eso noya ya, sí son once, lo corta el cabo tuerto, y repite más despacio, con su solo ojo maravillado de atención: Dices que tú recorres tu camino. Dices que tú recorres tu camino, tararea Leonardo Güemes, e invita con la cabeza al cabo tuerto a continuar. Dices que yo me busque mi destino. Dices que yo me busque mi destino, canta Güemes, y el cabo tuerto suelta una risotada de euforia. Isto non pode sair ben, Leo, dice Aleixo Prado, fixo que te trabucas. Mira, facemos así, dice Güemes: ti recitas unha liña e eu a repito cantando, e cando eu che diga, ti dis a seguinte. Alfonso Beiro traduce dice que tú leas y él repiya, ya he entendido. ¿Pero cómo me indicas?

Porque a música farase máis baixa. Cómo que a música farase baixa? Primo, déixame, que estou a falar eu! Aleixo, atende al Leo, que logo pasa o que pasa, dice Beiro. Qué e o que pasa, eh? Que entras tarde. Que eu entro tarde? Es ti o que sempre salta un compás!

La criada nueva está acurrucada entre las patas de la mula. Chico, se te duerme la mulata, le dice Arnaldo Cuesta a Mateo Arruchi, y Arruchi la mira y le entran ganas de dormirse. ¿Vas a dejar que se duerma, so tonto? Arruchi se reposa en el lomo del animal y le toquetea el tapasillas sin silla que tapar, libre de montura. Los dedos adivinan un bordado, la imaginación una deuda, la clave, padrino, Molina, cobra tu dinero, tu última posibilidad, y la misma imaginación refuta nadie está conspirando a estas horas. Desde luego, vaya juventud más alelada, dice Cuesta, y cuando termina la cuenta mental de bártulos se gira hacia la mula, se acuclilla y arrima el quinqué a la criada nueva. Fuera visto yo una india a tus años. El tibio cubículo filtra la algarabía del teatro a través de su carcoma y su umbría. El baile se inflama en los minutos previos al fin de la euforia como la mejoría de la muerte. Arnaldo Cuesta recuerda de pronto: el gorrión. Suelta el quinqué y sale, y deja la puertezuela de las ruinas del guardarropa abierta. As poesías de a oito son como las muiñeiras lentas nosas, dice Leonardo Güemes encaminando al grupo hacia el escenario, tocando los primeros acordes. Prado le increpa al cabo tuerto ¿ves como siempre va primero la introducción musical, ves?, y entonces Güemes canta a una isla del Caribe, he tenido que emigrar, trabajar de camarero, lejos lejos de mi hogar. La mula pestañea ante la nueva claridad y el nuevo aire que entra, y arremolina las orejas y el rabo. La miña terra galega, donde el cielo es siempre gris, la miña terra galega, es duro estar lejos de ti. Mira, o que facemos é tocar de entrada unas rápidas, que son as de a once túas. Cuántas. Coma cuatro, non, Alfonso? Sí, cuatro. Entón metemos una muiñeira, que é una poesía de ocho, e logo outra serie de rápidas. Veña una de oito, ocho. Qué placer tan delicado, dice el cabo tuerto. Qué placer tan delicado, canta Güemes. Es estar excomulgado, dice el cabo tuerto. Es estar excomulpero si é que é un dexenerado!, dice Aleixo Prado. ¡Yo me niego, me niego a tocar eso! Anda, primo, vai buscar o home do baile e lle dis que xa estamos listos. Carallo! E agora o paspán daimo ordes! Vai ti si che peta! Pero primo, si eu non falo castelán. Cuando la mula gorda desplaza pequeñamente las patas, la criada nueva se escurre y el lomo en movimiento desequilibra la espalda de Arruchi. Ti non cantas?, le pregunta Güemes al cabo tuerto. ¿Cantar? Cando recitas tes unha voz bonita. Vaya, gracias. Es verdad, confirma Alfonso Beiro. Gracias, gracias, pero cantar... Por lo menos haces los coros, que este teatro es muy grande y no sé yo cómo se nos va a oír. La mula gorda como preñada recorre lentamente el apretado espacio que la separa de la puertezuela del guardarropa, se asoma primero. ¿Y la pandereta, la tocas? Todos los poetas tocan la pandereta. Las grupas caben justas por la puertezuela pero salen. La mula como preñada pasa al patio de butacas sin ruido, sin peso, sólo con su negro volumen. Anda con el solfeo de una mujer despampanante pero discreta cuya discreción la hace más despampanante. Es un foco negro que ilumina de oscuro a su paso, que absorbe la luz clara y los gritos ¡hala, una mula! Aleixo Prado, de nuevo con las manos recogidas al pecho como pezuñitas, dice se señor. Domingo Torres suspira y responde qué me quieres, amor. ¡Churri, una mula! ¡Aúpame, aúpame! La gente le pone una toquilla, un corbatín, vacían una jarra de vino en un cubo y se la arriman al morro. ¡Así que este era el truco de los comediantes! ¡Con que este era el fantasma que relinchaba!, ¿eh? ¡Bien escondida que la tenían! Mariano Renovales se pone de puntillas y otea: ¿Agustinilla? Aleixo Prado titubea hacia atrás, confundido: ¿S se señor? ¡Agustinilla!, exclama Mariano Renovales, y echa a correr como el cerdo que huye de la matanza. Señor, informarle que ya estamos listos nosotros y el otrme cago en babilonia, dice

Domingo Torres cuando se da cuenta del nuevo tumulto. ¡Que relinche otra vez, que relinche otra vez! Disculpe, señor mío, pero esta mula no tiene nada que ver con mi compañía, se defiende el dueño. Mariano Renovales se abre paso a empujones y llega, le recoloca el tapasillas sin silla que tapar y le besa los suaves belfos. Bas, bas bas bas bas, mi Agustinita guapa, la arrulla, le acerca un merengue al morro y la mula lo prueba con su media luna de lengua morada; después lo devora. Déjalo estar, Domingo, dice Jaime Somorrín tirándole de la mano, devolviéndolo a la contradanza. ¡Jaime cómo lo voy a dejar estar, una mula dentro del teatro! ¡Con cuidado!, no le deis de beber de sopetón que le entran gases, dice Mariano Renovales, y arrebatada el cubo, lo pone en el suelo y dirige el cuello de la mula. ¿Verdad, Gustina, que te entran gases? ¡Esta es la gloriosa caballería de Palafox, señoras y señores!, prorrumpe Vicente Plaza. ¡Una mula de titiriteros que se tira pedos! Renovales interrumpe las caricias a la mula y dice quién dice qué sobre el capitán general de Aragón. El dueño se sube en una silla y exclama ¡señoras y señores, he de insistir! ¡Esta mula no es nuestra! ¡La única criatura relinchante de nuestro espectáculo es el señor don Jaime Somorrín, ventrílocuo! ¡Pues eso, ventrílocuo! ¡Mueve la boca y la mula relincha! Torres deja de bailar y dice Jaime, pero si hasta por culpa de la mula te están desacreditando a ti. Somorrín detiene otra vez el intento de Torres de salir del corro de danzantes diciéndole los créditos para González Mantilla, Domingo, que yo no necesito ningunos. Vicente Plaza se sube a otra silla, estabiliza la borrachera y responde con el vaso en alto Vicente Plaza, capitán de húsares de Castilla la Vieja. ¡Pues si eres húsar cuádrate ante el coronel de los húsares más valerosos!, dice Renovales emergiendo sobre las cabezas en una tercera silla. ¡Vivan los Húsares de Palafox!, grita, y lo corean los invitados cercanos y luego el teatro entero ¡viva! ¡Viva José de Palafox! ¡Viva! ¡Viva el defensor de Zaragoza! ¡Viva! ¡Viva Agustina de Aragón! ¡Viva! ¡Muerte a los franceses! ¡Muerte!, ¡francés el que no bote, francés el que no bote! Si se le escucha a la perfección al enano ese subido a una silla, ¿no se nos va a escuchar a nosotros desde el escenario?, dice Alfonso Beiro. Tú no sabes, Jaime. El Renovales ese es un desquiciado. Pero está metido, ¿no?, dice Somorrín. ¿En lo del golpe? Sí. Es de los de arriba. Pues entonces qué le vas a decir, déjalo estar, no sea que diga de separarte, dice Somorrín. O sea, de separarnos, dice Torres. Y viva la madre que te parió, Mariano, dice Vicente Plaza desde su silla. Y la madre que parió las rodillas de Palafox que se hincan en el suelo que pisan el rey y su camarilla, y los labios de Palafox que besan el suelo que pisan el rey, Plaza hipa, y su camarilla, añade. Y la lengua de Palafox que lame el culo con el que caga la camarilla del rey ¡y la cerviz de Palafox que se dobla delante del rey! Las atenciones rastrean un viva o un muere al que adherirse pero el discurso de Plaza aturde la excitación de la concurrencia. ¿Qué es lo que pasa con el culo del rey?, se preguntan. El peloteo de miradas hacia los tres hombres se ralentiza, la estridencia baja. Aleixo Prado aprovecha para interrumpir el tira y afloja de Torres y Somorrín, ves como ya se ha calmado la cosa, es inofensivo, y plantarse delante: Señor Torres. Su permiso para empezar la función. Jaime Somorrín lo mira de arriba abajo y dirige su asombro a los lamparones de la camisa: ¿Qué función? Nada, unos gaiteros. ¿Su permiso? Que síiiii, dice Torres, y otra vez tensa el blando cuello hacia la vacilación que pende entre Plaza, el dueño y Renovales como la ropa tendida entre casas vecinas. Voy a decirle que por lo menos la ate. Somorrín le agarra las mejillas y lanza su deseo como un dardo, una delicada orden: Vamos a bailar, y sin desviar la mirada ni aflojar las mejillas de Torres se dirige a Aleixo Prado: Qué quieres ahora. Se señor... La mano de Somorrín cede y los ojos de Torres piden que no ceda. Señor, ¿no nos presenta usted como ha hecho con los otros artistas? Las expresiones imantadas de Torres y Somorrín se cuentan un acertijo resuelto. ¿Eh, señor? Domingo Torres respira en la cara de Jaime Somorrín y es como

soltar ancla llegado a tierra. Con esa tranquilidad le responde a Aleixo Prado por supuesto que os presento, artistas, ¿cómo os llamáis?, con el buen humor que proporciona el susurro en los oídos del himno del control sobre las cosas.

Castillejos dará un caderazo que la dejará vuelta de espaldas, a la rosa polla de Lasso pendulando, a la castaña de Plaza detenida y le sonreirá con sopor a la almohada. Plaza le dará una sonora palmada en el culo que hará estallar la risa de Castillejos. Buen culo, dirá, y saldrá de la habitación con la polla por delante. Lasso descansará en las rodillas e iniciará un nuevo tanteo, un redondo tanteo con dedos redondos. El reverso de Castillejos se agitará como un blanco cachalote varado. ¡Cosquillas!, se reirá. No quiero hacerte cosquillas. Pues me estás haciendo cosquillas. ¿Tú has visto agua por algún sitio, un botijo no habéis visto?, gritará Plaza desde la otra punta de la casa. Castillejos enderezará el cuello y responderá, arrebujándose entre las risas mira a ver, ¡ay Diego!, en el salón ¡Diego, cosquillas! ¡Capitán, mira Diego! Lasso hará un mohín y se cruzará de brazos. Plaza regresará con el botijo en alto y la polla adormilada. Quién tiene sed, qué pasa aquí, y palmeará el culo de Castillejos de nuevo, más sonoro, y el trino de su aguda risotada convertirá la habitación en una caja de música que se abre y se cierra de golpe. ¿Catalina, por qué me das la espalda?, preguntará Lasso, pesaroso por mantener la erección. ¡Ayyyyy... los niños!, dirá Plaza, y empezará a desabotonarle el vestido a Castillejos. No te da la espalda, te la ofrece. Besaré la piel que vayan descubriendo los botones, besaré el corsé cuando se descubra, luego el último rectángulo de espalda, luego el cuello y respirará en su oreja ¿verdad, Catalina, que le ofreces la espalda al teniente Lasso? Introducirá el brazo entre la cama y el abdomen de Castillejos y la levantará, dejándola a cuatro patas. Plaza se pondrá debajo, con las piernas recogidas en el cabezal de la cama, y cuando la lama con la lengua fría de haber bebido agua será como darle de beber a Castillejos por el clítoris. Entonces Lasso de nuevo podrá penetrarla y la caja de música de nuevo se abrirá, esta vez rebosante de dinero y de huida, quinientos reales y me voy mil reales y me voy, en el horizonte del placer como su fin último me voy, pensará Castillejos, me voy, me voy, me voy, dirá. ¿Te vas, sí?, dirá Lasso dándole una palmada en el culo. Plaza se vaciará un segundo la boca: Diego no te corras dentro, y se la llenará otra vez de urgencia.

¡Mucha envidia es lo que yo veo por aquí!, exclama Mariano Renovales, y el público vuelve a atender. ¡Mucha envidia, capitán Plaza! Vicente Plaza reafirma su verticalidad en la silla, Diego Lasso le toca una pierna desde abajo Vicente, vámonos. ¿Envidia de ti, Mariano?, responde Plaza. ¿De un oficial de caballería al que no le llegan los pies a los estribos? ¿De un mataindios que de salvaje y de recortado se confunde con los indios?, y el sembrado de risas que se extiende bajo su cintura lo espolea como la arenga que hace tiempo que no recibe. Mariano, ¿por qué no te quedaste en las Américas, Mariano? Vicente, le insiste Lasso desde la bota. Las rizadas patillas de Mariano Renovales se mueven sobre la mandíbula nerviosa. ¿Qué te pasa? ¿Te aprieta el taparrabos? Vicente por favor, le tira Lasso de la pelliza. ¡Pasa que no mereces el uniforme que llevas!, explota Renovales. ¡Pasa que insultas a la patria con tu deshonor y por eso la patria nunca te honró! ¡Ah!, ¿es que a ti sí te ha honrado la patria? ¿Con qué, con una mula, Sancho Panza? ¡Infame, estás hablando con el coronel de los Húsares de Palafox! ¡No hay honor más grande que ese! ¡Viva el duque de Zaragoza! ¡Viva!, replica el público. ¡A cualquier cosa se le llama húsar!, lo acusa Plaza. ¡A cualquier cosa!, lo acusa Renovales. La criada nueva sigue la bronca con la cabeza ladeada y las cejas arrugadas de interés. La criada nueva es celeste y marrón, un paisaje que Mateo Arruchi contempla como desde una colina, como si el amanecer se lo estuviera descubriendo, y le da unos toquecitos en el hombro. Oye, yo me voy, le dice, y ella se gira hacia

él, calla y espera. Mmm, ¿tú no te vas con Domingo Torres?, dice Arruchi. La criada nueva se encoge de hombros y dice no sé. No sé dónde está. ¿Quieres que te ayude a buscarlo? Ella bosteza con sus colmillos de cachorro y a Mateo Arruchi lo asalta una nueva forma de dolor, que consiste en imaginarse esos colmillos clavados en su cuello. ¿Qué es un húsar?, le pregunta la criada nueva. ¿Y dónde está el honroso Palafox ahora para honrarte, eh, dónde? ¡En su palacio!, brama Plaza señalando a ninguna parte con brazo largo, se desestabiliza en la silla y Lasso lo sujeta por las caderas. ¡Recluido en un palacio!, continúa. ¡Como una princesa, para que nadie le moleste y para no gastar un ochavo! ¡Viva el duque pobretón! ¡Viva!, replica el público, y brotan nuevos vivas entre la concurrencia ¡viva el Empecinado! ¡Viva! ¡Vivan Daoíz y Velarde! ¡Viva! ¡Vivan los novios! ¡Viva! ¡Viva Vicente Plaza!, grita Catalina Castillejos. ¡Viva Fernando séptimo!, se escucha, y el viva consecutivo se divide, se accidenta ¡persas!, ¡serviles! ¡Viva la Constitución! ¡Viva! ¡Viva la Pepafrancesados!, ¡traidores!, ¡jacobinos!, ¡Vivan las Cortes! ¡Vivaateos viva el rey! ¡Vivabsolutistas! ¡Damas y caballeros!, grita Domingo Torres desde el centro del escenario, y Mateo Arruchi y la criada nueva lo miran y se miran. ¡Damas y caballeros, les ruego un momento de atención! Los colmillos se desclavan de la imaginación de Arruchi y por sus marcas supura un temor: Y si me la llevo y luego él la busca y se enfada. ¿Pero quién eres tú para faltarle el respeto al alma más noble de España, de quien juntó a diez mil hombres en cuatro días? ¡De quien siempre fue leal, de quien no conoce la intriga, de quien nunca pidió galones aun mereciéndolos! ¡Quién eres tú!, dice Renovales. El bullebulle de cabezas se vuelve unánime y marcial hacia Vicente Plaza. ¡Quién eres tú!, insisten desde el público ¡eso, quién carajo eres tú! Un asco triunfal desfigura a Vicente Plaza, un regodeo en la pregunta y en la expectación de la respuesta. ¡Yo no soy nadie! ¡No soy una mierda! ¡Un viudo, un viudo es todo lo que soy!, dice, y el baile se emboba, se contiene, atraído como atrae la violencia. ¡No soy una puta mierda, Mariano, lo mismo que tú!, dice señalando a las cabezas con la jarra de vino, y Richart y Wisniewski, entre el público, sonríen de admiración. ¡Lo mismo que Palafox, lo mismo que el Empecinado y que Castaños y que Villacampa, y que Merino y que Mina y que Agustina de Aragón! ¡Lo mismo que el rey, y lo mismo que el rey las Cortes, y lo mismo que las Cortes el rey! ¡Nadie, despojos! ¡Tragaos el honor y la lealtad porque no sois nadie! ¡Nadie!, exclama Plaza enérgico, feliz, llorando, y se baja de la silla.

Y si me la llevo y luego él la busca y se enfada se acabaron los dineros, se acabó el conspirar. Mateo Arruchi tira de la mano de la criada nueva y la encamina al escenario. Vamos. Dónde. Con Torres. La criada nueva se para en seco, se desase de Arruchi y dice no. ¿Cómo que no? ¡El último número de la noche, señoras y señores! ¡Una mágica combinación de música y poesía! ¡No son juglares, no son gaiteros, no son cantantes señoras y señores! ¡Son todo eso y mucho más! ¡Domingo, no queda vino!, interpelan desde el público. Me voy a casa, dice la criada nueva. ¿A tu casa?, dice Arruchi. ¿Tú sola? La criada nueva da media vuelta y es engullida por entre los costados de la gente. ¡Tengo el gusto de presentarles a...!, dice Torres, empuja el aire con los brazos y Prado, Beiro y Güemes avanzan, ¡...los Tres de Vigo, trío de flauta, gaita y guitarra! ¡Y sí, sí queda un licorcito! ¿Dónde? ¡En mis huevos! Revolotean unos pocos aplausos entre el público, Mateo Arruchi alcanza a la criada nueva ¡oye oye!, y ella intenta zafarse. Sola no te puedes ir de noche. ¿No? ¡No! ¡Pues llámame un coche!, refunfuña. El estómago de Arruchi no reconoce el alambre que se le está enredando, más acuciante que el dolor: tener que elegir. ¡Y a mi izquierda, señoras y señores, no por más joven menos experimentado! ¡Promesa de la lírica española, con ustedes...! Torres empuja el aire en la otra dirección y el cabo tuerto avanza y se



dobra en un ampuloso saludo. ¡...Manuel Bretón de los Herreros! Colmillos, piensa el estómago de Arruchi, y la criada nueva bosteza como si hubiera recibido la consigna. Mira, son más de las cuatro y yo tengo que estar en la tahona a las seis en punto. Un conspirador debe ser resolutivo, piensa el estómago de Arruchi. Vamos allí, dice, y al decirlo recupera los ojos almendrados de la criada nueva. Se está calentito. ¡Baile patrocinado por Las Amenidades Literarias, su periódico de alto entretenimiento!, dice Domingo Torres con el fulgor y la ansiedad de la última bengala de un naufrago. Se mete entre bastidores de un brinco disimulado como el actor novato que no conoce la densidad del escenario, como el actor veterano que sabe cuándo los escenarios han perdido la densidad. Leonardo Güemes ocupa intuitivamente el frente, se acomoda la guitarra hacia atrás y Beiro, Prado y el cabo tuerto se colocan los instrumentos y aguardan su señal. Dice un... dos... un, dos, tres y, y Torres besa a Somorrín en el límite de la bambalina.

Pescado vendió, dice Petra Montes, se da con las palmas en el regazo y se levanta. ¿No nos quedamos al poeta, Petra? Hartura poetas ya to la noche. Os quedáis vosotras si queréis, yo me voy con la francesa. ¡Catalina!, grita. ¿Qué francesa? La que estaba conmigo, la de las flores en el pelo. Ah, esa. ¿Es francesa? Qué va, es que va sin corsé, dice Petra Montes, y las mujeres redondean los ojos de escándalo. ¿Qué pasa? ¡Yo tampoco llevo! ¡Porque a ti no te hace nada, Petra, cariño! Ya, es verdad. Pero hoy sí llevaba. ¿Tú? No, la francesa, ¡Catalina, Cataaaa!, otea Petra Montes. ¿No la habéis visto? ¿No ha visto usted una capa azulona de terciopelo?, le pregunta el marqués de Santa Cruz a Richart. Como me la haya dejado en el batiburrillo de bancas la puedo dar por perdida. Richart se abrocha alevosamente el abrigo y se permite una meditada rudeza: Si no la encuentra siempre puede usted liarse una cortina. Como van a juego. Esta se ha ido, mírala qué rápido aprende, dice Petra Montes. Niñas ¿y al Diego Lasso no lo habéis visto tampoco? ¿Tu vecino el tenientillo? Ese sí que lo he visto yo irse cogido de una. Noooo. Se ha ido con el militar del discurso. ¿El enano? No, el otro. Qué hombre. Pues yo sola a mi casa no me puedo ir la hora que es. Brigi, te vienes conmigo que te pilla al lado. Ay Petra, quédate un rato que veamos los músicos y ya nos vamos todas. ¿Qué prisa tienes? Que no me gusta llegar y que ya esté mi Tomás despierto. ¡Acabáramos, la dulce esposa! ¡Pero si lo dejas solo todas las santas noches! ¿Qué te ha entrado, Petra? ¿Una calentura?, se ríen las mujeres, y Montes se aprieta la risa dentro de la boca.

Richart y su perseguidor se dirigen paralelamente a la salida. Una aglomeración de abrigos poniéndose y de bostezos se empieza a formar en el lateral del escenario que comunica con el exterior, comiéndole espacio y sonido a Prado, Beiro, Güemes y Bretón de los Herreros. Algunos bailan flojamente mientras hacen cola. Richart y su perseguidor, en todo un despliegue de temeridad proscrito por el oficio, se ven venir y no se evitan. Se acompañan el uno al otro con miradas furtivas hasta que confluyen en el peldaño. Los dos pares de pupilas, en un perfecto ejercicio de irresolución proscrito por el oficio, danzan sin fijarse, sin crear el dato. Sólo cuando el hombre que viene detrás los azuza, carámbano con la parsimonia, y pasa entre ambos, Richart y su perseguidor reaccionan súbitamente, como amantes descubiertos, y se miran a los ojos. Las sonrisas brotan con la naturalidad proscrita, con la veracidad proscrita, con la amplitud proscrita, como entre amantes que no saben guardar las formas. El perseguidor de Richart sube al fin el peldaño, pasa por al lado de la gaita de Aleixo Prado y se mete por el corredor. La arenosa esfinge de Richart se construye de no saber, de asimilar que no hay respuesta sino instinto. Entonces Richart persigue a su perseguidor, busca su calva en el cañón de oscuridad que es el pasillo, sale disparado a la taberna, disparado a la calle y allí lo ve: se ha puesto un sombrero y

se aleja lentamente bajo la llovizna, y Richart toma esa lentitud como la indicación de que todavía puede alcanzarlo, como una llamada. Echa a correr, y cuando el perseguidor de Richart escucha la carrera se detiene. Richart frena en seco, atiende al negro rectángulo que es la espalda de su perseguidor, espera. El perseguidor de Richart espera. La espera no contiene nada. El perseguidor de Richart se encamina de nuevo y Richart lo mira irse. Agradece la razonabilidad pero se siente abandonado.

Dices que me dejas por un albino,  
bino, bino, bino, bino.  
Dices que tú recorres tu camino,  
mino, mino, mino, mino.  
Dices que yo me busque mi destino,  
tino, tino, tino, tino.  
Pero yo me dedico sólo al vino,  
vino, vino, vino, vino,

¡vino, vino, vino, vino! ¡Esto no es un público mermado, amigos míos!, exclama Bretón de los Herreros dándole a la pandereta. ¡Es un público selecto! Unas mujeres se sujetan el vestido y bajan de un saltito y de un gritito al foso de la orquesta. ¿Cómo se baila esto?, espetan al escenario. Se cogen de las manos y bailan a tropezones. Porque el público llama al público otros bajan. ¿Sí, te llamas?, recoge un borracho la cintura de una borracha, y en el lapso de una canción el foso de la orquesta se convierte en un oasis invertido, un islote de sed y calor adonde va la gente a saciarse de agotamiento.

Y esos hombres que tú admiras  
que parecen visigodos,  
músculo y poco cerebro,

luego lloran como todos ¿o te quieres quedar a ver el número?, le pregunta Arruchi a la criada nueva cuando pasan por el escenario para entrar al pasadizo. Ella niega con un sonido gutural y lo empuja dentro, va tras él y le busca la mano, y a Mateo Arruchi lo inflama la nueva responsabilidad adquirida y la ejecuta: ¿Quieres algo, agua o algo? Agua no queda, dice el tabernero. La criada nueva niega con la cabeza. ¿O leche, algo caliente, que hace frío? Leche sí, dice el tabernero. No no, sonrío la criada nueva. ¿No? Sí o no, dice el tabernero. Ponga un poco de leche, que esté caliente¡quenó!, sonrío la criada nueva, y lo empuja fuera. En la calle Mateo Arruchi se empieza a desabrochar el abrigo y la criada nueva lo detiene poniéndole la mano sobre los botones. ¿No tienes frío? Tú también tienes frío, responde la criada nueva. Nonononó, insiste Arruchi. Termina de desabrochárselo y se lo echa por los hombros. La criada nueva le coge esta vez la mano con severidad, como si agarrara a una mascota por la correa, y esta vez Arruchi responde al gesto: resucita su mano y la entrelaza. Por allí, señala con la otra. Ralentiza el paso, lo ajusta al de ella, y es ahora cuando Mateo Arruchi se da cuenta de que la criada nueva sigue descalza. Y ¡qué es ver sobre el puente de Triana,

a babor y estribor terciado el dengue,  
pasearse la gárrula gitana

meneando con brío el bullarengue!

Tú menea, menea el bullarengue. El vaivén de Julia Fuentes se acelerará y José Vargas crepitará debajo. ¿Paro, paro? No, no. Arnaldo Cuesta cerrará cuidadosamente la puerta, se quitará el sombrero y los zapatos, se meterá en el catre de espaldas a su esposa y tirará de la manta. Ana Luisa Gil dará media vuelta y lo abrazará Arnaldo, le dirá al oído. Arnaldo te quiero. La respiración de Castillejos se estabilizará poco a poco, meciendo la cabeza de Diego Lasso reposada en su pecho. Te quiero, Arnaldo. Ana Luisa es tardísimo. Ella lo tumbará de espaldas y se arrodillará entre sus piernas. La reverberación de José Vargas y Julia Fuentes se incorporará al canto de estertores del hospital como un nuevo canon. El menos moribundo se masturbará. Agua, pedirá Castillejos, y desde la cama Vicente Plaza tanteará el suelo hasta chocarse su mano con el botijo. Ana Luisa Gil se la comerá a Arnaldo Cuesta, Castillejos se apoyará en el almohadón, levantará el botijo por encima de la cabeza y beberá. Julia Fuentes se pondrá de pie inmediatamente, con el gemido aún en la boca, y el semen le correrá muslos abajo. Así que esto es conspirar, pensará Castillejos. Tú menea, menea el bullarengue,

tú menea, menea el bullarengue,  
tú menea, menea el bullarengue.

# **VI**

**RESACA TERRORISTA Y REPRESIÓN POR EL CLÁSICO MATAR MUCHO**

## 30

Madrid entero es un suburbio, un erial sin centro. Un barrizal sin centro cuando llueve. En los encinares hay ciervos asustadizos.

El carruaje que sale a Granada desde la plaza de la Cebada está listo. El equipaje es un prisma trabajoso en el techo.

Los terrenos de los franciscanos son una terraza de escombros. Dan al río y a las primeras encinas enmarañadas.

La niña que juega a lo perfecto pone los muñecos a comer cuando ella tiene ganas de comer, a dormir cuando tiene ganas de dormir, los enferma cuando está enferma. Por el interior de las ventanas del palacio real se condensa el calor de sus habitantes. Las estufas del teatro de los Caños del Peral apenas humean. Los que tienen casa están en su casa. Las pretendidas se dejan besar por los pretendientes, los maridos están con las esposas, los esposos se quieren, los deseos posibles se cumplen. La niña estaba agotada de su juego de anoche, de lo bien jugado, y no llegó a poner los muñecos a dormir cuando a ella le entró sueño. Todavía exhibió su saber jugar, como obligada por el deber, hasta que no pudo más y se quedó dormida encima de los juguetes derribando algunas chimeneas del palacio, haciendo tambalear el pararrayos del Caños, cayéndosele la baba.

La calle del Olmo no está vigilada. Sólo hay hipo de gallinas, sed y tabaco. La mañana es débil y agria y no levanta. El nublado del cielo y el nublado de las cabezas se alimentan entre sí. Todo el día es por la tarde.

La plaza de toros tiene eco. Los golpes de pezuña en la arena llegan a las tres únicas filas de espectadores. El novillo es el mismo que la niña pone en Navidad en el portal de Belén. Esta niña gorda y con hirsutismo que juega con Madrid y que es Madrid.

## 31

Cuando la criada nueva regresó a casa desde la tahona eran las seis y sólo tuvo tiempo de dormir un rato. Saltó la verja, trepó a la ventana de la cocina y cayó dentro a cuatro patas, cayó en la cama vestida. Los golpes de nudillos de la mayordoma en su puerta se integraron en el sueño como un tambor de guerra. La almohada disparó la cabeza de la criada nueva a la segunda llamada, más vigorosa. En el sueño ya estaban invadiendo el poblado. Con la misma aceleración del sobresalto se desnudó y metió la cabeza en el aguamanil. El frío la devolvió a la hora y a la prisa aprendidas. Se aceitó la negra melena y se la ató sin lazos ni horquillas. A medio vestir salió para la cocina y se plantó de espaldas a la cocinera para que la abotonara. El tacto de los dedos fríos le irguió la columna. Cogió la cesta, recibió el dinero de la mayordoma y fue a comprar los dulces del desayuno. Mateo Arruchi llevaba el mandil encima de la levita y la levita remangada. Hola, Cuicátel. Cuicatl, lo corrigió sonriendo la criada nueva.

Castillejos estaba sentada en la cama de espaldas a Lasso, intentando que la mañana le entrara. Lasso recogió las botas del suelo y se sentó en la cama de espaldas a ella. Se puso la primera e hizo una pausa. Se giró y le tocó un brazo. Se giró y se puso la segunda bota. Se giró y le besó una oreja, y a Castillejos le pitó el oído. Te falta un pendiente, dijo Lasso. Castillejos desenterró una mano de las mantas y se tocó el lóbulo. A saber, suspiró.

El primo político de Richart estaba desayunando a la luz de un quinqué cuando Richart llegó. Buenos días, señor, dijo la criada desde la hornilla. Quiere desayunar el señor. El primo político de Richart respiraba dentro de su café. No, María, gracias. Buenos días, Blas, dijo Richart sin detenerse, andando el pasillo que divide el comedor y la cocina. Tito, lo llamó con poca voz el primo político. Durante dos pasos Richart pensó en hacer como si no hubiera oído. Después dio media vuelta y atendió enmarcado en la puerta abierta: Dime. No ha habido guardias en toda la noche, dijo el primo político. ¿No? No. Permiso, dijo la criada trayendo una bandeja, y Richart se hizo a un lado. Ni el alguacil de por las mañanas ha aparecido todavía, dijo el primo político, y descargó la tensión de la mandíbula en la tostada. Seguro que no quiere desayunar nada el señor. No, María, gracias, dijo Richart, y de nuevo se hizo a un lado para que pasara. ¿O has visto tú a alguien? No, respondió, y miró a su primo político comer. Al fin se han cansado, dijo Richart. ¿Se han cansado? De vigilarme, digo. Han visto que no hacen nada, que no me muevo de Lavapiés. Richart se tomó el tiempo de quitarse el abrigo para construirse la convicción: Así estamos más tranquilos todos. Tito, lo cortó el primo político, y le habló a la bandeja. Por mi hijo y por mi mujer te juro que como les pase algo, te lo juro Tito, como le pase algo al niño o a la Ramona, o a la María, dijo, y hubo un silencio de cacharros en la cocina. Como alguien me pregunte por ti, yo no te cubro. Richart admiró a su primo político y se admiró a sí mismo. Sonrió satisfecho. Que tengas

un buen día, le dijo, salió del marco de la puerta y retomó el pasillo.

Estimado comisario Richart:

Desde el Cuartel del Conde-Duque informan que el domingo el rey llevará más escolta a su escarceo. Se conoce por la tabla de relevos para los dos días próximos. Los nuestros seguirán en su turno, pero se les han añadido otros guardias ajenos al objetivo. No es raro que se refuerce la escolta cuando el rey sale por la noche, y más si va acompañado. El coronel Solana de los Guardias de Corps, que es el superior después del Duque de Alagón, nos informa de que es el mismo Duque quien, por ir con el rey, ha ordenado cinco guardias más. Así pues se retrasa el golpe dos días. En lugar de pasado mañana domingo día diez y ocho se hará el martes día veinte, sin variar en nada más los planes. El recorrido de la carroza será el mismo. El coronel Solana se ocupará de que toda la escolta de la noche del martes sea de la facción, pues es él mismo quien nombra a los hombres, y necesita de al menos tres días para cuadrar los relevos a nuestro favor sin levantar sospecha. Se está intentando también hacerse con hombres del regimiento de marina, que tenemos pocos, y que nos servirán para controlar las inmediaciones del Palacio la noche de ejecución.

Huelga decir, tratándose de usted, que ya que dispone de más tiempo no escatime en cautelas, y disculpe, tratándose de mí, que le escriba en lugar de citarlo, siendo mucho más seguro y más rápido, me consta, lo segundo, pero es que estoy destrozado del baile de anoche. No me regañe, comisario. Al mensajero nadie lo conoce en la villa y es de absoluta confianza, aunque lo vea tan desaliñado y francés. Es porque estuvo también en el baile y habrá dormido poco. No dude en darle recado para mí o para quien sea si le hiciera falta.

J. A. Yandiola

Lasso se oreaba el tupé en el cuadradito de espejo sin prestarse atención. El rabo del ojo se lanzó como un anzuelo a la garita sin soldado que era Castillejos, un gris montículo de mantas, y tiró mmm ¿Catalina? Castillejos respondió con una nota nasal. ¿No tienes hambre? No, estoy bien, gracias. Lasso recogió el anzuelo no, ya, si yo tampoco tengo hambre. Obligó a la mirada a concentrarse, se inspeccionó un grano, se censuró reventárselo y el anzuelo salió otra vez despedido oye, sobre lo de ayer..., dijo Lasso, y a la garita le floreció, de pronto, un soldado del suelo. Si de verdad quieres meterte en los planes... Que puedes, que por supuesto que sí. Castillejos dio una respiración honda como afirmación, el soldado bajó el arma, el anzuelo de Lasso recogió la pequeña pieza de pesca. Se necesita gente para el domingo, cuantos más seamos mejor, añadió y, ahora sí, se anudó de verdad el pañuelo. Amm en casa tengo..., dijo, y esta vez sus ojos lanzaron una red: En mi casa tengo los detalles de todo, los planos y el dinero, todo. Castillejos se abrazó a las mantas, el soldado de la garita oteó el horizonte, miró dentro del cañón de su fusil. Si vienes te lo explico todo, lo dejamos todoes que hoy estoy muy cansada, Diegosí sí claro, entiendo, si yo también tengo un dolor de cabeza..., recogió, vacía, la red. El soldado recargó la pólvora: Pero mañana que estaremos más descansados podríamos, ¿no?, hablarlo todo, dijo Castillejos mesándose el pelo. Su cuello nació de la manta como una paloma de alas abiertas, batiendo las frases. ¡Claro que sí!, ¿quieres que almorcemos juntos? Me encantaría, dijo Castillejos. ¿Te recojo aquí mismo? ¿Aquí, en la casa del capitán Plaza?, preguntó Castillejos. Bueno, si es aquí donde paras... Sí sí, es aquí donde paro pero... Ya sé, perdona. Perdón por qué.

Por el capitán Plaza, que no tiene por qué enterarse, ¿no? Eso. Entonces, a ver, te voy a buscar a, no sé... ¿A la plaza de la Cebada sabes llegar, al final de esta calle? ¿Donde el Mesón Nuevo?, preguntó Castillejos. ¿Conoces el Mesón Nuevo? Sí. Pues ahí. Que paran las diligencias, puntualizó Castillejos. Sí, ese es el Mesón Nuevo. ¿A las... una? Mmm a la una no me da tiempo a llegar, Catalina, tengo que hacer cosas antes. ¿Y a las dos? Como tú prefieras. Pues a las dos. Cosas de lo nuestro, sabes. Sí claro. Recoger unos encargos, hablar con gente... Ya ya. Unos disfraces para el día del golpe, ¿sabes? Los organizadores han pensado en todo. Pero no nos quedaremos en el mesón de la Cebada, ¿no, Diego? ¡Ni hablar, si eso es un sitio de paso! Iremos al Leonés o algo, ¿te apetece? Sí, mucho. A mí también. Bueno pues, te veo mañana. O oye. ¿Sí? El capitán Plaza, Diego, ¿dónde habrá ido? Pues yo escuché que llamaron a la puerta como docena y media de veces hasta que nos despertaron a los tres. Ya. Y luego el portazo de haberse ido. Ya. Hoy qué es, ¿viernes? Sí. Se ha ido a los novillos seguro. ¿A torear? Con Plaza nunca se sabe. Ya, no, nada, buenohastamañanaDiego. A las dos en la Cebada. Sí. ¿Seguro que sabes llegar? Sí sí. Bien. Con dedos volarines Lasso tomó la barbilla de Castillejos y la besó. Adiós, que descanses. Y tú.

Dentro de las mantas Catalina Castillejos barajaba bañarse. Se olió el pelo y el rosado perfume duraba, oscurecido de humo. Deslizó un dedo por la axila y olió un sudor más rico, abigarrado. Se rascó la vulva y la mano regresó dulzona y adictiva. Aspiró para adivinarla. Se propuso encontrar tres olores pero sólo obtuvo la fragancia conocida de lo impropio. Toda ella un alambique. Se le quedó pintura en los dedos al rascarse los ojos. Se palpó una costra de los labios pendiente de un pellejo. La desprendió alevosamente, quejándose con la saliva, y cuando la tuvo se pulsó el punto curado, herido. Miró la escama de sangre seca y la perdigoneó. Cogió el botijo creyéndolo pesado y le sobró fuerza, apenas le dio para un trago. Quiso una naranja o una manzana, algo que le limpiara la boca. Localizó un barreño en una esquina del dormitorio. Se levantó de la cama y miró el círculo de agua. Tenía hambre y frío y decidió no bañarse. Se agachó delante de su baúl y sacó ropa limpia, un frasco de colonia y un cepillo. En un rincón, apartada de los ventanales desnudos, dejó caer las mantas al suelo y puso los pies descalzos sobre el montón. Se echó colonia en las palmas de las manos y se frotó la piel de gallina. El frío la vistió rápido, dejó algunos lazos de la ropa sin hacer. Se peinó y el olor borracho del pelo se esparció por las cerdas del cepillo. Los tirabuzones enredados se disolvieron en abiertas ondulaciones, la melena quedó inflada, ligera y seca; una melena de salvado. Recogió las mantas, las sacudió e hizo la cama. Recogió su ropa de anoche del suelo y la extendió sobre la cama hecha. Abrió el balcón para airear. Recogió la camisa de anoche de Vicente Plaza del suelo, la sacudió y la extendió al lado de la suya. Se miró en el cuadradito de espejo, se lamió el pulgar y se quitó el tizón del lunar pintado, y con la manga del vestido limpió los salpicones del cristal. Echó un vistazo alrededor, vio el portapliegos del uniforme de húsar colgado de una alcayata. Acarició el escudo en relieve de plata sucia, después metió la mano. Sacó un trozo de cordel y pedacitos de hojas secas. Se sacudió las hojas, devolvió el cordel, fue al salón. Rebuscó en los cajones de la cómoda y no encontró nada; sábanas carcomidas. Entre las sábanas carcomidas encontró agujeros más grandes. Planchó la superficie con las manos y cerró los cajones. Giró la llave puesta de los armarios y respiró el polvo. Destapó la sopera de cerámica, la cerró, la centró en la mesa. Miró en las alacenas de la cocina, se subió a una banqueta y tanteó los altillos, se manchó de comida podrida. Puso la banqueta donde estaba y, brazos en jarra, suspiró. El fino hilo de nervios que se le ovillaba en el espinazo esta vez la azotó, la envió al salón de nuevo. Miró alrededor, fue a los



cojines. Cogió el primero con las dos manos y lo agitó al lado de la oreja, con brío inútil. Cogió el segundo y no necesitó agitarlo. Horadó un roto de la costura y la lana parió una moneda. Presionó y obtuvo consecutivamente tres más, la cuarta en asomar la empujó adentro. Mulló los cojines y los dispuso a la misma distancia unos de otros. Se metió el dinero en el bolso, se anudó los lazos que había dejado sueltos y se puso el abrigo. Salió de la casa y entornó la puerta. En el rellano se aseguró de que a simple vista parecía cerrada. Bajó el primer piso, el entresuelo, abrió el portal, lo dejó entornado, pisó la calle de Toledo. Le pareció ancha como un cauce seco y, decidida, vagó. Iba embarazada de hambre, el suyo un apetito merecido, una natural asunción de sus raras acciones. El hambre un compañero de juegos, un confidente que la pasea por Madrid y que sabe escuchar, que no pregunta. En torno a Castillejos, como una aureola, el sentimiento de extrañeza buena, de curiosidad hacia sí misma. La melena inflada y seca de árbol pelado, su aureola. El sentimiento de extrañeza cambió su percepción de la ciudad. La ciudad se convirtió en su ciudad, el dinero de Plaza en su dinero, la casa de Plaza en su casa. La Castillejos intrépida en una Castillejos hambrienta. La extrañeza creó familiaridad y Castillejos caminaba por la calle de Toledo sin sentirse observada, aunque de hecho la observaban porque era una forastera caminando familiarmente por la ciudad. Con su acento liberado de eses y jotas, su pronunciar crujido, compró bollos y naranjas, bólloh y naránhah, y pidió un chocolate. Desayunó de pie, al lado del chocolatero. Bebió agua de una fuente un rato largo, pensó tenía que haberme bajado una jarra, y volvió al chocolatero. Pidió otro chocolate y pidió llevarse el vaso se lo prometo, mañana por la mañana sin falta se lo traigo. Bébetelo aquí. Es que no es para mí. Pues quien sea que venga a bebérselo aquí. Se lo prometo, oiga, dijo, y le dio un real. De fianza, añadió, y volvió a casa. Miró por delante y por detrás dos platos, les pasó un pico del vestido y los llevó a la mesa del comedor. Puso las naranjas en uno y los bollos en otro, y el vaso de chocolate coronando el servicio. Pensó tenía que haber comprado mantequilla. Sacó una servilleta apolillada del cajón de la cómoda, la colocó, y cubiertos. Vio inútil la cuchara pero la dejó. Envolvió entre las manos el vaso de chocolate para tomarle la temperatura y lo tapó con un platito.

## 32

Richart se ha sorprendido al ver a Vicente Plaza a la sombra del edificio de Correos. Comisario, ha saludado Plaza. Capitán, qué puntualidad. No obstante cuando yo lo esperaba a usted era ayer, le ha dicho sin duelo, mascando la flema de la indulgencia. Ya pensábamos el teniente Esbri y yo que le había pasado a usted algo. Richart y Plaza han mirado pasar la gente. Estábamos preocupados. Estaba reflexionando, comisario. Los novillos es que le inspiran a uno elevadísimas reflexiones, ¿verdad, capitán? Vicente Plaza ha alzado las cejas y ha dicho se gana usted el nombre de espía. Ay, capitán. Un hombre de su refinamiento, gustarse de esa bajunez de los toros... Es para mezclarme con la chusma y pasar desapercibido. Richart y Plaza se han sonreído de reojo. Richart ha tomado a Plaza por el brazo y han dado unos pasos al frente. Venga, sepárese del muro, ha dicho, y han hablado con los ojos arrugados por el sol del mediodía. Pero he querido devolverle la cita, señor comisario. ¿No cuenta eso? Porque, no sé lo que le habrá dicho el Esbri, pero yo estoy muy interesado en el proyecto. Me alegra oírle decir eso porque usted es una pieza clave en el proyecto. Su ausencia de ayer me hizo temer que se desmarcara. A punto estuve, no se lo niego. Pero lo he pensado mejor. El otro día en lo de la venta del Espíritu Santo al Esbri le entró miedo porque no trajo usted a los generales que dijo que iba a traer. No lo culpe, capitán. Hay hombres que necesitan ser mandados, la mayoría de los hombres necesitan ser mandados. Lo sé, pero yo me he dicho que yo soy mi propio general, no ha necesidad de generales que me respalden. ¿Y el coronel Renovales, ya no le supone un problema? Nunca me supuso un problema, comisario. Me suponía una ofensa. ¿Y? ¿Ya no le ofende? Me cobré la ofensa anteanoche por adelantado, en el baile. ¿Y cree usted que él se ofendió? A quien no tiene moral no se le puede herir la moral. En fin. En fin. Que la ausencia de moral puede ser muy útil, capitán Plaza. Sí, a esa misma conclusión llegué yo ayer. En los novillos. En los novillos, sí, comisario. Así que dígame, que estoy listo para actuar mañana. No será mañana, será el martes. A eso los convoqué a usted y al teniente Esbri ayer. Ah, entonces... Entonces todo igual, pero que se mueve al día veinte, que cae en martes. Así puede usted ir a la novillada de mañana también. Uh, comisario, mañana domingo no es novillada, es corrida, ¿y sabe usted lo que cuestan las corridas? Un asiento medio bueno cincuenta reales como cincuenta luceros del alba. Ya. Carísimo. Hágame un recado y la conspiración le invita. Usted dirá. Richart ha vuelto a tomar a Plaza por el brazo y han penetrado más en la solana, han esquivado a un coche. Vaya a la plazuela de Santo Domingo y acérquese a un hombre que estará esperando. ¿Ahora mismo? Ahora mismo, de hecho..., ha dicho Richart levantando la cabeza hacia el reloj de la iglesia, haciendo con la mano de visera. De hecho ya debe de haber llegado. Ni alto ni bajo, con un poco de bocio pero que se lo disimula la barba, barba castaña, cobriza por las patillas. Nariz de papa y una mancha rosada en la mano izquierda.

No se equivocará de hombre. Nonó. Pues se le acerca, le dice que va de mi parte a lo del piso de la calle de las Beatas y él ya le da las indicaciones. ¿Y se llama? Ni su nombre le importa ni hace falta que le dé usted el suyo. Por el secreto de los triángulos, ¿verdad? Claro. Muy bien. ¿Cuánto decía que eran los toros? Setenta reales un tendido normalito. Pues tome doscientos e invita a usted al teniente Esbri, que se le pase el miedo.

Castillejos llega a la plaza de la Cebada antes de la hora; lo ve en el reloj de la iglesia. La mirada recorre los grumos de la cal de la fachada, sale y recorre las construcciones ladeadas alrededor, vuelve dos veces a una puertezuela. Las modistas, piensa. La lejana puertezuela y la iglesia crean una unidad, algo nombrable: Nuestra Señora de Gracia, recuerda. Ve la alegoría de la abundancia, el lugar donde se monta el patíbulo, ve el mesón Nuevo, los carruajes parados delante, los caballos abrevando. Se ve a sí misma la noche que se restregaba por el barro y se ve este mediodía, limpia y rosada y la plaza de la Cebada cobra sentido. Pues no es tan grande Madrid, se dice.

Vicente Plaza llega al Café de Malta antes de la hora; lo sabe porque la mesa habitual está vacía. Lo de siempre, dice, y se repantinga en la silla. Aquí tienes, Vicente, vocea el mesonero desde la barra. Coño tráemela, Virgilio, que no tienes gente. El mesonero chista, arrastra la jarra por el asa y va. Gracias, hombre, dice Plaza. El sonido del grueso cristal contra el mármol tiene el timbre de un punto y final alegre, el dorado de la cerveza y el blanco de la piedra le dan a Plaza sensación de opulencia. Francisco Esbri entra en el Malta y le habla desde antes de sentarse. Vicente, macho, vaya plantón. ¿Qué plantón, si he llegado antes que nadie? Encima tú hazte el loco, ayer una hora esperándote con el comisario el valenciano rubio, y yo que no sé cómo hablarle a ese. Que me sacó un gabacho de la cama a las once de la mañana dando tu nombre y el suyo, y yo que no podía con mi alma, que nos habíamos acostado a más de las seis, y la Encarni mala del día del baile; ya está, Pacorróooooon!, le dice Plaza dándole un socarrón zarandeo, y añade qué quieres que te convidó. Vicente, escucha. Otra cerveza, Virgilio. Vicente. Qué pasa Paco. Que estando yo solo no me atreví a decirle que nos separábamos de la cosa. Aquí tenéis, dice el mesonero desde la barra. ¡Carajo, no seas zángano y tráela! ¡Pero qué os habéis creído, que esto es la Zarzuela! ¡Pues a los de las sociedades bien que les sirves, y cuando está todo lleno, eh, así que no te pongas tan digno!, y volviendo a Esbri qué decías. Que como no viniste me callé, le dije que sí a todo, que se iba a hacer todo el martes en vez de mañana, que tú ibas a capitanear con el Renovales el de la mulno, si al final voy a tener que ir yo, lo corta Plaza y se levanta, hace tronar la silla. Grita hacia la cocina ¡sieso, que eres un sieso! y recoge la cerveza. Todavía vuelve a gritar antes de sentarse ¡a ver quién te llenaba esto de gente cuando no te conocía nadie, eh, y cuando te lo cerraron, eh, Virgilio!, y con esa misma energía que busca motivos para estallar pone la jarra delante de Esbri y brinda.

Diego Lasso ha subido y bajado la Corredera Baja de San Pablo buscando a José Vargas. Ha seleccionado a la mendiga de debajo del azulejo que dice Que San Pablo corrija a los transeúntes de la Corredera para preguntarle eh. Deme argo, señorito. ¿Has visto a José Vargas? Tenga piedad el señor. Lasso ha desatascado del bolsillo mínimo del chaleco un ochavo y se lo ha lanzado al regazo. Ni ayer ni hoy lo he visto, mi vecino de pedir. ¿Vargas el de Trujillo?, ha exclamado el mendigo contiguo. Sí. Algo he oído. El mendigo le ha mostrado la oscura palma de la mano y Lasso ha dejado caer otra moneda. Dicen que lo han matado. ¡Qué dices!, ¿al Vargas?, ha exclamado la mendiga. Eso dicen. El muro del hospicio chorrea mendigos y la altura de Diego Lasso está hecha de reluciente sol de mediodía, refulge la negra lana de su abrigo y refulge el

negro fieltro de su chistera. Tras un cacareo de la letra cu ha alcanzado a decir ¿qué? y se ha doblado por la cintura. Parece ser que las monjas lo recogieron sangrando la otra noche. ¿Muerto? Si no muerto, medio muerto. ¿Qué monjas, qué noche? El mendigo ha vuelto a agitar los negros dedos y cuando Lasso ha bufado y se ha palpado los bolsillos la mendiga ha irrumpido ¡desalmaa! ¡Hablando de los muertos y pidiendo dineros! Señorito, las monjas de aquí de San Antonio de los Portugueses. ¿Aquí? Aquí mismo, ahí tiene la puerta. Diego Lasso se ha quitado el sombrero y se ha agarrado el tupé como si se agarrara las ideas. Vaya usted y pregunte, que lo mismo ya lo han sacado. Sí, lo han sacado pero en carreta. Mala sangre tienes, Joaquín. Se le ha estirado una risilla a Diego Lasso y se ha vuelto a poner la chistera, ha dado el primer paso cuando la mendiga lo ha llamado ¡señorito, una moneda, compasión!, y ha seguido adelante en un trote feliz. ¡Cucha el desagradecido, mal dolor le diera! Si es que no aprendes, tonta, le ha dicho el mendigo a la mendiga.

Esbri da un trago y se le avinagra la cara buá Vicente. Yo no sé cómo puede gustarte esto, la bebida de frailes esta. Pues que voy corriendo a la plazuela Santo Domingo y encuentro al susodicho, continúa Plaza. Le digo buenos días, vengo de parte de Richart el valenciano, y él me mira de arriba abajo, así, así como si se le hubiera presentado un burro con alas¿ves?, lo corta Esbri. Ese desconfiaba. Hombre, Paco, normal, imagínate, te llega un desconocido en vez de quien estabas esperando, y respirando fuerte de la carrera que me había metido, pues imagínatebueno y qué, se impacienta Esbri. Que le digo vengo a lo del piso de la calle las Beatas. ¿Y el comisario?, me pregunta. Y yo me lo ha encargado a mí. Y él ¿pero está bien el comisario? Y yo sí, es sólo que él tenía cosas que hacer. Y entonces he ido yo a darle un apretón de manos y a presentarme pero me he acordado de lo del secreto de los nombres, y me he quedado ahí, en el gesto, la mano aquí parada, y entonces ha sido él el que ha alargado la mano y ha dicho Baltasar Gutiérrez, y ya yo Vicente Plaza. Ese no te ha dado su nombre de verdad, Vicente. Tenías que haberte inventado tú uno. ¡Qué va, que es que el valenciano es muy exagerado! A mí no me sale estar delante de una persona y no saludarla, caray. ¿No vas a querer más? Esbri agita flojamente la mano y Plaza se atrae su cerveza. Pídete lo que quieras. Esbri tuerce el tronco en el respaldo de la silla y le dice al salón vacío un orujo. Así no te oye. ¡Un orujo, Virgilio! ¡Y no me hagas levantarm... pero que no te levantes, Paco, que venga él con la punta del nabo! Esbri porta el vaso hasta el reducto de la conversación, le da un sorbito sonoro y dice bueno entonces qué.

Castillejos ve que se pasa la hora pero no siente el duelo de la espera. Siente que es ella la esperada, es Lasso quien corre a su encuentro, es ella la que concede almorzar. Soy yo, piensa Catalina Castillejos, y piensa en que anoche también era ella. Era yo, se dice, y se sonríe con la ironía del que encuentra el cofre del tesoro vacío. Despertarla la cerradura, ese sonido de martillo de pistola tensándose el segundo antes del disparo. Oír a Vicente Plaza arrastrar los pies y la silla y sentarse a desayunar después de que el sereno cantara la medianoche. Oírlo desvestirse. Oírlo en el umbral de la puerta del dormitorio, oírlo mirar el bulto latiente que era ella, oírlo pensarse entrar y ella sentir, entonces sí, el duelo de la espera, sentirse una esposa abnegada, absolutamente suya. Oír a Plaza irse a dormir al salón.

Madrid entero se le ha convertido a Diego Lasso en música, en un himno que exalta su juventud, su inteligencia, su hermosura, su suerte; y ha hecho el camino hasta el prendero francés marcando un ritmo marcial nuevo, una marcha militar que no invita a dar la vida en el campo de batalla sino a hacer el amor en el campo de batalla. Ha negado con la cabeza y se ha mordido el labio de fascinada incredulidad, como si una mujer inalcanzable le hubiera guiñado desde detrás

del abanico y ahora le tocara a él dar el siguiente paso. Catalina, ¿quieres ser mi ángulo?, ha pensado, y le ha entrado un nervio en la piel. Catalina, ha habido una baja, ha surgido un contratiempo y te necesitamos. No, Catalina, no sustituyes a nadie, era el otro el que te sustituía a ti, el otro te estaba calentando el sitio, porque la mañana después de que yo angulara a Vargas apareciste tú, y de eso hace una semana justa porque el destino se manifiesta siempre así, cíclico y exacto, el sábado pasado apareciste proclamando camufladamente el destino, el destino proclamándose a través de ti porque tú, inocente, sólo has sido su dulce herramienta, yo su dulce carpintero, y Plaza... Plaza el banco de trabajo. La pregunta se ha hecho voz en el pensamiento de Lasso, le ha ribeteado los laberintos de la oreja Catalina, ¿quieres ser mi ángulo?; la voz se ha extraviado en las cavernas de cartílago Catalina, ¿quieres casarte conmigo? ¡Antuán, los trajes!, ha exclamado Lasso sacando a Antuán Bombón de su baño de sol de invierno en la puerta del negocio, y ha entrado en la tienda desatendida. Bombón ha separado la barbilla de los nudillos, ha descruzado las piernas ¡alé alé!, lo ha llamado Lasso con dos golpes de bastón desde dentro, se ha levantado del taburete pero dónde va le petit Diegó con tanta prisa, y ha entrado. Su rostro encarnadísimo ha iluminado la umbrosa estancia como un farolillo.

Cogemos San Bernardo para arriba y la segunda a la derecha. ¿Las Beatas no es la primera a la derecha? O la primera, no me acuerdo. Total, ¡ah sí!, la primera a la derecha. Ya decía yo. Total, que nos paramos enfrente de una casa grande, antigua, y me dice aquí tenemos una habitación arrendada. ¿En una casa rica? Si es lo que te digo, Paco, que aquí se maneja una cantidad de dinero que no es normal, que cómo vamos a quitarnos de en medio. Yo qué sé, Vicente. Bueno, eso, que la conjura tiene arrendada una habitación en el piso bajo para meter las armas, los disfraces y todas las cosas del golpe. La conjura quién. La conjura, la... Esta gente. ¿No te ha dicho quién? Habrá sido el valenciano, que está en todo. ¿Pero no te ha dicho quién? Me ha dicho que a la familia que vive en la casa le han dicho que la habitación es para uno de la caballería de Borbón en Ocaña, y que ellos se han hecho pasar por sus criados. ¿Ellos quiénes? Ellos los de la conjura. ¿Y ese de la caballería de Borbón quién es? Uno inventado. Pero Vicente, ¿por qué no te dicen los nombres de la gente? Paco porque es secreto, o es que ya no te acuerdas de cuando te lo expliqué, que no nos podemos conocer los unos a los otros. A mí lo que me parece es que tanto secreto no es bueno, que algo nos ocultan. De eso precisamente nos vamos a aprovechar Vicente, desde ahora mismo te lo digo, lo interrumpe Esbri doblándose por el estómago en la mesa. Abre las manos a los lados de la boca y susurra yo al rey no pienso matarlo ni mañana ni el martes. Acabáramos, Paco, se expulsa Plaza hacia el respaldo. ¡Ni yo tampoco! ¿Entonces? Mira, este me ha dado la llave, que al parecer les dijeron a los propietarios que la necesitaban para ir acomodándole la estancia a su señor. El inventado. Ese. Que necesitaban la llave para que la mudanza estuviera lista cuando él llegara. Qué es, ¿una habitación sin amueblar? Pues será, y me ha dicho que todas las cosas las vayamos metiendo allí, que de vez en cuando llevemos una mesa o un armario, para disimular. ¿Como si fuéramos mozos de cordel? Hombre, por mozos ya no pasamos ni tú ni yo, pero que por lo menos no vayamos de uniforme. ¿Tú tienes otra ropa, Vicente? ¿Y tú? Nada más que unos zapatos. ¿Cómo es que no te has hecho nada nuevo? La Encarni me llevó el otro día al sastre y está ella pendiente de recogerlo. Pues yo como el Lasso era el que tenía encargado ordenar trajes para todo el mundo, me espero a que él me dé uno a mí y eso que me ahorro. Para todo el mundo quiénes, Vicente. Para los de la conjura. ¿Sin medirnos ni nada? Porque a mí nada más que me ha medido el sastre al que me llevó la Encarni. ¡Pero cómo van a medirnos, Francisco! Ahí, venga, uno por uno en fila, doscientos conspiradores ¡shhhhh!, lo

censura Esbri, y exclama sin volumen ¿doscientos conspiradores? Es un decir, pero vamos, a ojo de buen cubero eso es lo que había en el Caños.

Castillejos rodea la plaza por si Lasso estuviera en otra parte, por si no se hubieran visto. Se adentra en los puestos del mercado, pregunta precios y no sabe si es caro o barato. Se admira de quien regatea. Reposa en una indiferencia liberadora, desvalora el paso de los minutos, se acomoda al tiempo flotante. No está esperando a Lasso, se está esperando a sí misma. Oír el sigilo de Vicente Plaza esta mañana disculpa, no quería despertarte, sólo vengo a por el barreño, tú sigue durmiendo, y verlo al fin, a través de la nublada pantalla de los ojos que se desperezan, salir del dormitorio con la palangana y cerrar la puerta. Destaparse Castillejos en un solo y amplio gesto, como abriendo un sobre. Apresurarse a salir del dormitorio y acudir tras ella un dolor blanco, como si el diáfano dormitorio se le hubiera mudado al interior de la cabeza. Decir capitán Plaza cuando Plaza está agachado en el barreño en el centro del salón. Ah gracias por el chocolate y los bollos, Catalina. De nada. Y las naranjas. Pero capitán vaya usted a lavarse a su habitación, que es suya. Nada, si ya he terminado, sigue durmiendo, si he quedado y debe de ser tardísimo. Las once. Bueno, siendo sábado, tampoco tan tarde. Cruzar los brazos debajo de los pechos y darse cuenta de que así los realza y por eso achaparrarse. Mmm, Catalina, ¿necesitas algo de la calle? ¿Yo? Es que voy a salir. ¿Ahora mismo, lleva usted prisa? Un poco, pero que si necesitas algo no me cuesta nada nononó, capitán, no se preocupe. Me preocupo porque la casa está..., en fin, por eso te lo digo. No se preocupe, vaya, no llegue tarde. Sacarse Vicente Plaza una llave de la bota y ofrecérsela como se ofrece un cuchillo. Decirle es una copia y no ver Castillejos la llave sino la mano que la sostiene, quedarse alelada al reconocer unos dedos ajenos. Cuesta encajarla pero al final abre. Retirar la llave de la mano de Plaza. Del portal no tengo copia, pero puedes abrir por dentro y cuando salgasya, ya sé. Entornar. Eso fue lo que hice ayer. Sonreír Plaza y decir bien hecho. Cuando ya no la necesites cierras por fuera y la entierras en la maceta del rellano, ¿la has visto? No saber si la está invitando a necesitar la llave o a no necesitarla, igual que no sabe si un duro la libra de patatas es caro o barato. Sí, una maceta seca. Llegar Plaza a la puerta y decir cierras ahora tú por dentro, ¿no? Llegar Castillejos a la puerta y decir sí. Decir Plaza hasta luego. Colorear el hasta luego la situación, o emborronarla. No entender la llave.

Antuán Bombón ha hecho un lazo al final del cordel y ha dicho aquí van diez. Antuán, que llevo prisa. ¿Prisa un sábado, pero tú no respetas el sabbat? Lasso ha esbozado un escándalo debajo del sombrero, ha intentado replicar y por último se ha rendido al travieso sonreír del prendero francés anda que... Ya podías habérmelos tenido empaquetados para cuando llegara. Bombón ha tirado de los extremos del otro lazo y ha dicho y aquí los otros diez. Trescientos cincuenta, ¿no?, ha dicho Lasso. Cuatrocientos, ha dicho el prendero francés. Porque no tengo tiempo de ponerme a regatear, que si no... Que si no te colocaba otros veinte, chéri. Con afectado desdén Lasso ha dejado caer una bolsa en el mostrador. ¿Y lo otro?, ha mascullado. Bombón se ha sumergido en el mostrador y ha emergido con una funda de pellejo. Lo otro sí te lo tenía preparado. A verlo. Bombón ha mirado más allá de Lasso, hacia la puerta, y Lasso lo ha apurado venga ya con la parsimonia, quién te va a entrar un sábado. ¿Quién? Toda la calle del Carmen quiere mi ruina, ha respondido, ha desenrollado el cuero y Lasso le ha sonreído a las pistolas. Ha levantado la de la culata labrada. Por favor, puede entrar cualquiera, si quieres las puedes mirar en la trastienda;ah, ahora el que tienes prisa eres tú! Más te vale que funcionen las tres. No tienes motivos para desconfiarme, chéri. Tres duros y ni medio cuarto más, ha sentenciado Lasso, y ha puesto tres napoleones en el mostrador. Ouh là là! Mon ami l'empereur me honra con su visita! Se

me ha acabado el suelto en reales, perdona. Bombón ha gesticulado quitándole importancia y ha guardado el dinero. Diego Lasso se ha encajado un paquete debajo de cada brazo y ha agarrado la funda por una esquina. ¿Parece una bolsa de... pepinos? ¿Pepinos en febrero?, dice el predero francés. Ay esos trajes de ciudadano, no tienen dónde enfundar ni un cachorrillo, pero quién se va a atrever a pararte con esa pinta de prestamista que tienes. ¿Verdad?, ha aprobado Lasso, y ha tenido que doblar el tronco para poder atraerse el bastón a la mano libre. Antuán Bombón le ha dardeado la espalda a ver si un día vienes con más tiempo para pasar a la trastienda. A Lasso se le ha obstruido la locuacidad un largo segundo. Entonces ha dicho adiós, judío, y ha abierto la puerta de un puntapié.

A ver la llave esa. El individuo Baltasar me ha dicho, y con mucha razón, que por seguridad la lleve encima el menos tiempo posible, que la guarde bien. Que no tienes la llave. No. Y cómo piensas robar las escuucha, que no me dejas terminar. Se la he dejado a Diego Lasso. ¿Al niño ese? Oye si el negocio va a tres partes no me compensa Paco, escucha. Diego Lasso es fiel al valenciano como a su padre que en gloria esté. Lasso no hace nada que el valenciano no le diga, no aceptaría desvalijar el piso de las Beatas. Es más, es que si se lo digo me denuncia al valenciano. Pero Lasso tiene los trajes. Los doscientos trajes. Y es él el que tiene que ir a guardarlos a las Beatas, hoy o mañana el valenciano le dirá que yo tengo la llave y me vendrá el Lasso y me dirá Vicente, vamos al piso franco. Yo le diré muy bien, venga, Diego, vamos. Y vamos y dejamos los trajes, yo me guardo la llave y al cabo vamos tú y yo y nos encontramos la habitación con doscientos trajes más que antes para traficar. Hm, rumia Esbri. Teniendo la llave Lasso desde ahora mismo, dos ventajas. Primera, que así Lasso no sospecha de mí, porque desde el primer momento he venido diciéndole Dieguito, Richart me ha nombrado ama de llaves de la conspiración, pero yo te la dejo a ti porque sé que tienes la encomienda de la ropa, y como nadie más tiene que entrar en el piso mientras tú no lleves la ropa pues te la dejo a ti. Cuando te haga falta me lo dices y te llevo al piso. Y segunda ventaja, que yo me quito de encima el riesgo de llevarla encima. Pero quién te va a robar una llave corriente y moliente que no se sabe para lo que es, Vicente, por favor. ¿Que quién? A saber quién anda detrás de nosotros pendiente de todo lo que hacemos. Los doscientos trajes son para vestir a doscientos conjurados, Paco. Se corre la voz como la pólvora. Plaza se dobla con la mesa por el estómago y susurra que yo creo que aquí el Virgilio algo sabe. Yo sigo viendo más fácil que la hubieras dejado en tu casa, y que cuando el Lasso la necesitara te la pidiera y tú fueras a abrir, y con las mismas te la guardas otra vez en tu casa. Es que me pillaba su casa más cerca. Si no es que fijate lo que es bajar de San Bernardo a mi casa en la calle Toledo, y luego subir otra vez aquí a la calle del Soldado, y todo ese recorrido con el riesgo de que te la roben, sí, y así el riesgo se lo pasas al niño. Bueno, sí. Bueno sí, no, Vicente. Sí de sí. Pero que como sea verdad que alguien te haya seguido y trinquen a Lasso con la llave, el primer nombre que da es el tuyo. No, si tampoco le he dado la llave a Lasso. Tú qué quieres, Vicente, ¿volverme loco? que noooo, escuuuucha. Que es que Lasso no estaba y se la he dejado a la esposa del sastre que vive debajo de su edificio. Con el recado de que se la dé a Lasso nada más lo vea. De mi parte. Le he dado mi nombre completo. ¡Una pobre física, Paco, no me mires así!

Diego Lasso ha sostenido los paquetes en tensión, pretendiendo que la arruga se quedara en el abrigo y no afectara al frac. Ha caminado a una velocidad aristocrática, dándole un airecillo al bastón sin tocar el suelo, evitando acalorarse. Ha ido pensando Catalina, ¿quieres ser mi ángulo? Se lo digo sin sofoco, sin abrumarla. ¿Catalina? ¿Te gustaría participar en...? ¿Sería de tu

agrado...? Ha podido mantener la pose hasta que ha escuchado las campanadas del primer cuarto de las dos. Ha apretado los sobacos, ha agarrado la funda de las armas por una de las armas y el bastón por el medio, se ha encajado el sombrero hasta las cejas y ha corrido. El pensamiento también se ha acelerado sé mi ángulo Catalina, Catalina esto es lo mejor que nos ha podido pasar en la vida, no es sólo tú ser mi ángulo es yo ser el tuyo, ¿sabes manejar un arma, un cachorrillo?, un cachorrillo es ideal para una dama cabe en el bolso para ir a la Cebada me cojo un calesín una calesa lo primero que pase, ha pensado. ¡Petrábreme, que voy cargado y llevo prisa! ¡Ni buenas tardes, paqué!, ha dicho Petra Montes desde la sastrería. Tan petimetre y tan emperejilao y luego ni saludar. Lasso ha dicho gracias hermosa y se ha lanzado a escalar las escaleras. Jomío un momento. Ahora no puedo Petra. Que Vicente Plaza te ha dejado una co, ha dicho Montes, cuando la figura de un portero de vara se ha recortado en la hoja del portal abierta. Ha mirado al interior, a Petra Montes, a la carrera detenida de Diego Lasso. Ha entrado al rellano y ha dado paso a un alguacil. Con el segundo alguacil el rellano se ha quedado estrecho y el portero ha tenido que subirse al primer peldaño y Petra Montes pegarse a la pared. Por último ha entrado un alcalde y ha señalado a Lasso con la barbilla usted, y se ha sacado un papel del capote. En virtud del auto del dieciséis de febrero de mil ochocientos dieciséis del señor don José Manuel de Arjona, del consejo de Su Majestad y alcalde de Su Real Casa y Corte, por el cual se le imputa noticia y complicidad en una conspiración contra la sagrada persona del rey y contra su gobierno, queda preso como reo de infidencia. Se ha guardado el papel y ha dicho ¿baja o tiene el portero que subir?, y le ha lanzado la barbilla a Petra Montes. Y usted, qué tiene que ver con este caballero. La barbilla del alcalde ha ordenado a un alguacil que la registre. Montes ha puesto el cuerpo duro, como para que le rebotara el manoseo. El alguacil se ha pinchado con la aguja que Montes tenía ensartada en una hombrera y ha chistado. Qué. Nada mi señor, una aguja. Qué es usted, ¿costurera? Sí señor juez. El alguacil le ha sacado del bolsillo del mandil una llave y un dedal. La llave, mi señor. Pues se va a venir usted a acompañar a su vecino. ¿Es usted casada? Sí señor juez, ha hipado Petra Montes. Dónde está su marido. No está ahora señor, a casa de un señor ha ido a tomarle la medida. Pues se queda aquí un alguacil para hacerle saber a su marido cuando regrese. Cómo se llama. Petra Montes López señor juez. Digo su marido. Tomás Álvarez Bidasoa señor juez. La cuerda rodeándole las muñecas le ha rodeado también los nervios, hasta entonces dispersos y confusos, concretándolos en un ramillete de hipidos. El llanto de Montes ha alimentado a Lasso, quien por fin, ya maniatado, ha abierto la boca y ha vuelto a respirar.

Es hipnótico el cachorro negro lamiendo un bloque de hielo con su fina lengua rosa. La indagación de la lengua le mueve el rabo. El perro le está sacando iridiscencias al hielo desechado por el botillero, la lengua tenaz lo bruñe. Tiene el perro algo de artista o de drogadicto. Al principio siente Castillejos una fascinación activa por desentrañar la situación, una búsqueda de significado. Se pregunta tendrá el perro hambre o sed, cómo no se le queda pegada la lengua, estará la lengua más caliente que frío el hielo, la lengua gana, el calor gana, la lengua no sale del todo para no comprometerse del todo. Lengua lista, piensa Castillejos. Después es una fascinación adormecida. Lo más interesante de la plazuela de la Cebada es el cachorro negro lamiendo un bloque de hielo con su fina lengua rosa. Castillejos constata que está al filo del aburrimiento cuando, normalmente, debería estar al filo de la desesperación, de maldecir a Lasso por un plantón tan exorbitante. Pero esta vez lleva una economía de sentimientos en el bolso: la llave de hierro marrón de Vicente Plaza. El perro se le parece a Diego Lasso.

Plaza y Esbri juntan el pan y el queso. Virgilio, ¿este pan de cuándo es? Vicente, me ofendes,



dice apático el tabernero. ¡Cuidado con ofender al marqués del vino agrio! Pues yo lo noto tierno, dice Esbri. Si no te conviene, puerta, que hay ochenta mesones más en Madrid. Esbri moja un pellizco de hogaza en el vino y dice eso eres tú, Vicente, que tienes el gusto arranciado por la cerveza. ¡Si lo digo para rabiarte, Virgi, si esta es la mejor botillería de Madrid! La mejor o la única de la que todavía no te han echado. ¡Ahí te quería yo ver!, dice Plaza celebrando con la jarra en la mesa y saluda, señora, a la prostituta que baja de la fonda. ¡Y encima a los toros que nos invitan, Pacorro! Y toros, no novillos. Y quién viene. El torito Mariposa, un espectáculo. Cinco o seis indultos que lleva ya. Dicen que revolea a los toreros treinta palmos para arriba del suelo. ¿Y de toreros? Yo qué sé, unos sevillanos. Desde la guerra no hay torero bueno. ¿Y qué más te da? Mira que no te iba a decir nada y me iba a sacar yo con el precio de dos sombras una barrera para mí ¡mmm...!, exclama con la masticación. Muy bueno el curado este. Sí está bueno, sí. Pero he dicho, el Paco es mi socio, para lo bueno y para lo malo, vamos a darle un gusto al cuerpo, ¡lo mismo que aquí el caballero!, saluda Plaza al prostituyente que baja de la fonda: ¡Que le haya aprovechado, oiga! ¡El colmo es ya que me molestes a los clientes, haz el favor!, dice el chuloputas del mesonero cobrándose el servicio. ¿Qué molestar ni molestar, si eso es de buena educación? ¿Le ha molestado a usted que le deseara buen provecho? ¿A mí? En absoluto, porque de verdad que ha sido provechoso. ¿Ves, Virgilio, como no se puede ser alcahueta con tantos remilgos? Sí se la ha visto jaca buena, sí, dice Esbri, afanado en cortar a triángulos el queso. ¡Pero bueno, y el malnacido este! ¡Si tú tienes la mejor hembra de Madrid en tu casa! Ay, pero después de paridas, Vicente, se ensancha la cosa y ya no es lo mismo. ¿De cuánto está ya? Cerca de ocho meses. Entonces voy a tener que darme prisa. Te rebano el pescuezo, dice Esbri devolviendo la tabla al centro con el queso ya cortado, y añade yo muy agradecido, muchas ganas de ir a los toros Virgilio lo siento, interrumpe Plaza, pero a ti ya no te puedo invitar. ¡Una pena!, sale de la cocina. Esbri baja la voz, se refugia en los hombros. Ahí el recorrido del queso desde la tabla a la boca es mínimo: Pero no estarán estos engatusándote. Hombre, Paco, se burla Plaza del sigilo. Tampoco es que vayamos a los toros de gratis.

Castillejos se queda a las puertas del mesón Nuevo como quien alarga las formalidades del saludo para darse tiempo de acordarse de quién es el otro. Sopesa y no hay recuerdo. No hay el lugar de la vergüenza. No hay ella abandonada ni recogida, no hay el sábado pasado. La memoria es un mal dato y Castillejos se siente recién creada. Ni melancólica ni sabia, sólo posible. Feliz agresividad de no tener pasado y no tener casa, la felicidad de los bandidos. Ahora que por primera vez en una semana ha hallado un oasis para enfrentarse a sí misma y tomar decisiones, resulta que no encuentra nada que afrontar y poco que decidir. Entra en el mesón y pregunta oiga, la diligencia a Granada qué cuesta y cuándo sale.

Las cosas las metemos en tu casa. Y por qué no en la tuya. Vicente, porque está la Encarni, y las mujeres todo lo largan, y tú estás solo. Plaza calla en diagonal. ¿O tienes arrendada alguna habitación de la casa? Nononó. Pues entonces. Yo lo decía porque siempre es mejor tener las cosas repartidas, no todo en el mismo sitio. Ya, eso también es verdad. Por lo que pudiera pasar. Ya, pero es que de verdad, Vicente, la Encarni es un fiscal. Y que tampoco quiero mezclarla, por lo que pudiera pasar. Hombre, propone Plaza con los hombros. También, lo que podemos hacer, es alquilar nosotros otra hab... dice, y las pupilas se le desvían a la puerta del café. Habitación, Paco, calla, ¡buenas tardes nos dé dios!, exclama el alcalde, y tras él se despliega un negro abanico de alguaciles. El mesonero se esconde el asombro en una cordial sonrisa: A estas horas no hay orquesta que clausurar, don Andrés. Es Andrés Oller, el justicia, le cuchichea Plaza a

Esbri. Hostia Vicente. Nada, es por Virgilio, que siempre está liado con las licencias. ¿Qué pasa, no soy bien recibido de mañana?, dice el alcalde. Qué tontería, señor ministro. ¿Su anisado de siempre? Ponlo, concede, y se sienta en la mesa de al lado de Plaza y Esbri, con la negra pared de alguaciles como un decorado a sus espaldas. Cruza una pierna sobre otra y la blanca pantorrilla hecha de media alcanza el reajo de Esbri. Es que he pensado... Porque no sois los liberales los únicos que pensáis, ¿sabes, Virgilio?, dice cuando le trae la copa. El mesonero limpia la mesa ya limpia y estira la dura sonrisa. He pensado que si venía por la mañana no estarías tan ajetreado y podrías enseñarme tranquilamente todos los permisos y todas las cuentas, y que todo está reglamentariamente. Muy considerado, señor ministro. Ahora mismo le saco today he pensado que, además, exclama el alcalde, y la exclamación reverbera en lo hondo del salón. Así mataba dos pájaros de un tiro. Da un sorbo, carraspea por la quemazón del licor en la garganta y añade: Bueno, tres pájaros. Esbri y Plaza se miran con ojos de piedra, discutiendo la parálisis y, cuando los alguaciles cierran el cerco en torno suyo, se ponen de pie espasmódicamente, atronando las sillas. Cuchillitos ni medio, ¿eh?, dice el alcalde. A rendir declaración derechos por conspiradores. Al mesonero se le va la lividez por las manos. Se las aprieta para forjarse la solicitud debida. ¿L los papeles, señor? El alcalde apura el anisado y responde ya vengo esta noche con la orquesta, que es más entretenido.

Pasa el tiempo consabido de después de llamar a una puerta sin obtener respuesta y Castillejos usa la llave. No encaja bien, se emplea con las dos manos, se recoge el pelo detrás de las orejas. Sólo existe un enunciado: Si antes cerró ahora tiene que abrir. Los demás los arrincona y es el pensamiento el que abre. Castillejos devuelve la llave al bolso y echa uno de los cerrojos por dentro. ¿Capitán? ¿Capitán Plaza? Echa un cerrojo más. La casa es una tibia caja de mugre y luz, una primavera doméstica. Se quita los guantes y al pasar entre los canapés se baña en el estático calor que almacenan las ventanas. Pega las manos a los cristales, pega una mejilla, se temple. Ve, al otro lado, otro balcón acristalado y a una mujer que, como ella, mira la calle desde dentro, y le parece una vitrina que guarda una muñeca. Amplía la visión y descubre más balcones, astillados y herrumbrosos como bubones secos de los edificios, guardando sus caras muñecas. Saberse una de ellas la dota de un fiero anonimato que la lanza a destripar el cojín.

## 33

La noche que Catalina Castillejos estuvo por última vez en la plaza de la Cebada no reparó en los vértigos circulares de los que se nutren el amor y la literatura. Un mozo amarraba los equipajes en el techo de la diligencia. Un hombre levantó su baúl por ella y ella le dio las gracias. ¿Viaja usted sola? Gracias, insistió Castillejos evadiendo la pregunta. Trató de distinguir en la oscuridad las manecillas del reloj de Nuestra Señora de Gracia y, ahora sí, atendió a la coincidencia: No le he dado las gracias a Petra. Oteó el blanco pardo de la iglesia buscando una pista de luz. Recorrió la plaza con la mirada buscando en los hombres a mujeres disfrazadas. Mientras se subía al coche el pecho se le colmó de la inmediatez de correr y aporrear la puertezuela y exclamar Petra, gracias, pero ya estaba Castillejos encajada entre dos viajeros y el líquido de la acción a punto de derramarse, la acción derramándose, la acción derramada y el coche arrancando. Se culpó por su desapego. Habrían sido unas gracias sinceras. Y debí coser el cojín. Ese mismo nubarrón de deuda transportaba el cojín magullado, disimulado entre los demás cojines. No porque Plaza no lo descubriera sino por consideración hacia el cojín, el canapé, la casa, los objetos que la acogen a una. Sentía la frente una lápida, algo pesado pero seguro, un agotamiento merecido en el que regodearse. Cansada y contenta como una heroína o una recién parida y el traqueteo del coche se le metió a través del asiento, a través de las piernas cruzadas, vagina a través, y concurrió a las contracciones del no embarazo, al cascarilleo de los ovarios los días previos a la regla. Castillejos hizo la cuenta y pensó que aunque la ovulación le venía tarde no la había echado de menos, y con la bizarría que da salir indemne y recompensada de las temeridades deseó, como una perversión salvaje, el retraso menstrual. El retraso con su vergüenza y su desgracia para tener un reproche que publicar contra quien hace una semana la abandonó.

Ramón Calatrava fue sorprendido por su cuñada arrancando ropa de las perchas. Ramón, qué pasa. Me voy. ¿Te vas? Me tengo que ir. La maleta de tu hermano está ahí arriba. Si alguien viniera preguntando por mí, tú no sabes nada. Te preparo algo de comer, para el camino. La cuñada de Calatrava estuvo todo el día sin salir de casa, toda la noche maldurmiendo en el salón, esperando la visita. Detuvo a la criada, ya abro yo, cuando oyó los bastonazos en la puerta. Como a las diez de la mañana se fue, me dijo que para Portugal, hizo una maleta con ropa como para cuatro o cinco días, cogió un coche al final de Concepción Jerónima, dando con Embajadores, llevaba una semana saliendo y entrando mucho, a deshoras, haciendo planes de irnos a vivir a otra casa, varias veces lo vi despidiéndose de un hombre rubio y menudo, ese es su despacho, ahí están sus papeles, ¿desean tomar algo?, les dijo a los alguaciles.

Preguntado el teniente general de los ejércitos D. Juan O'Donojú cuánto tiempo hace se halla arrestado, y si presume la causa, dijo que desde la noche del lunes 26 de febrero, y que no

presume cuál pueda ser la causa que ha motivado su arresto. Sobre si conoce a don Juan Antonio Yandiola, don Ramón Calatrava, y al mariscal de campo don Mariano Renovales, desde cuándo y con qué motivo, dijo que a don Juan Antonio Yandiola no le conoce, aunque recuerda que en el tiempo en que el declarante desempeñó el Ministerio de la Guerra se hallaba en alguna de las secretarías un oficial de este apellido, pero no ocurrió tratarle. Al mariscal de campo don Mariano Renovales tampoco le conoce más que por haberlo oído nombrar en los primeros años de la última guerra, y aun puede asegurar que hace cerca de tres años, o algo más, que su nombre no ha llegado a sus oídos. De don Ramón Calatrava no puede afirmar si lo conoce o no, a no ser que sea un Calatrava hermano del exdiputado de este apellido preso actualmente en Melilla.

Preguntado D. Juan Antonio Yandiola, oficial reformado de la secretaría del despacho de Hacienda, natural de la villa de Galdames en Vizcaya, de 30 años de edad, soltero, declara que no sabe el motivo de su prisión pero que recela que es efecto de una nueva intriga de sus enemigos, y que puede provenir o de un plan de hacienda que le presentó al Rey Nuestro Señor previa su soberana anuencia, o de una exposición que también presentó a S. M. proponiendo los medios que creía más conducentes para la pacificación de las Américas.

Preguntado D. Vicente Ramón Richart, abogado residente en Madrid, natural de la villa de Viart en el Reino de Valencia, de edad de 42 años, soltero, por qué causa o motivo estándole mandado por auto de la sala primera de corte con fecha de 6 de enero del corriente guarde carcelería domiciliaria la ha quebrantado, dijo que estaba en el entender que se extendía también a Madrid la carcelería. Preguntado que cómo es posible que un exabogado de los Reales Consejos no conozca el alcance de la letra de una sentencia dijo que no es a él achacable la equivocación, sino al Juez Velasco que en su momento se la leyó con mucha prisa porque tenía a otras personas esperando en la sala para tomarles declaración, que el declarante dice sufrir de mala visión y no pudo leerla por sí mismo para corroborar su contenido.

D.<sup>a</sup> María del Carmen Verdier, esposa de D. Baltasar Gutiérrez, de edad de 34 años, impelida a confesar como es cierto que se halla detenida en esta cárcel desde el 21 de febrero próximo pasado, y si es cierto tiene hechas en esta causa una declaración y dos careos, dijo: Es cierto.

Que S. M. tuvo a bien prevenirlo en este recelo, pues tanto en uno como en otro papel sobre hacienda se comprenden objetos de la mayor trascendencia para la administración de las colonias en ultramar, los cuales deben excitar la emulación de los enemigos de España, y mucho más de los extranjeros, sobre todo de los ingleses, cuyos intereses ha procurado el declarante, gracias a sus conocimientos en hacienda y a sus años de experiencia en Méjico, atacar en beneficio del Rey y del Reino. Preguntado si era sabedor y consentidor del proyecto de mudar de gobierno y reinstaurar la constitución, siendo motivo de ello la mayor influencia y proximidad que se le suponía tener con S. M., pues como ha declarado Richart sería el que más influyese en el ánimo del Rey, dado que el declarante le había dicho que tenía audiencias con S. M. con mucha frecuencia, dijo que el sujeto Richart ha debido suponer al declarante sin juicio ni talento alguno si creía que iba a dejarse lisonjear con eso de influir en el ánimo del Rey y no poner en conocimiento de su augusta persona el malévolo plan en una de sus frecuentes audiencias sobre la reforma de la hacienda en las Indias, cuyas conversaciones se hayan, por cierto, muy avanzadas.

Impelida a confesar ser sabedora de los planes y maniobras en que estaba metido su marido, a consecuencia de lo que había tratado con Richart, y por tanto haber faltado la que confiesa en este punto a la verdad en su referida declaración, se la requirió a confesar cuanto supiera acerca de dichos planes y proyectos y personas que en él intervinieran, sin faltar a la religión del juramento.

Dijo que es cierto todo cuanto dijo en la anterior declaración, y añadió la confesante que cuando le preguntó a su marido qué era lo que hacía con aquellos soldados, pues lo veía salir de continuo aun cuando estaban vestidos de militares, la contestó que se dejase de aquello, que él bien sabía lo que se hacía, que todo era en beneficio del Rey y que a él no le podía venir nunca ningún mal.

Hallándose D. Vicente Ramón Richart cargado de grillos y cadenas, y por vía de apremio por no querer declarar el nombre de ciertos sujetos, fue preguntado si además de las personas referidas ha contado y tratado el proyecto expresado con algunas otras, especialmente con las que viven en su casa, a saber D. Blas Velázquez y D<sup>a</sup>. Ramona Pont, y José Velázquez hijo de ambos, más la criada María Fernández, además del compañero de cuarto de D. Juan Antonio Yandiola de nombre Domingo Torres, la mujer del barbero Baltasar Gutiérrez de nombre María del Carmen Verdier y su amiga Cosma Guijarro, los mancebos del mencionado Baltasar Gutiérrez de nombres Policarpo Antón y Félix de Luis, así como Mateo Arruchi aprendiz de panadero, Jesús Molina bollero del mismo despacho, Manuel Montalvo oficial de zapatero, Pedro Pomares maestro chispero y Petra Montes costurera. Dijo que no hay más personas en el proyecto que las que ya ha dejado referidas, y que con los antes dichos no ha contado para nada ni saben tan solo una palabra del referido proyecto, y así, si están presos, cree el declarante es sin motivo, pues ni por él ni por encargo suyo tienen el más mínimo conocimiento del referido proyecto.

Se la hizo cargo confesar estar instruida en alguna cosa más de lo que tenía declarado, pues el jueves próximo pasado les dijo a los referidos militares que se ofrecía a buscarles casa y que Richart y su marido les darían trajes de paisano y llegado el caso les facilitarían la fuga, y así la que confiesa les alquiló un cuarto en la calle de las Beatas, propiedades de D.<sup>a</sup> Eulalia Zubira y del Oriente, conocida de D.<sup>a</sup> Cosma Guijarro, amiga esta de la confesante. Negó el cargo y dijo no conocer a esas señoras más que de la ronda del pan y huevo, que hacen juntas con los monjes de San Antonio de los Portugueses para asistir a los menesterosos de la Corredera Baja de San Pablo, que no se explica qué pueden tener esas señoras contra la persona de la confesante para inventar semejantes acusaciones contra ella, como no sea envidia que la tienen por haber sido la confesante nombrada por el prior camarera primera de la congregación, y añadió que de haberla hablado claro su marido ya hubiera tomado la que confiesa otras medidas para no hallarse en el estado en que ahora se ve.

Preguntado D. Juan Antonio Yandiola si ratifica la confesión de Richart según la cual el lunes de la semana próxima pasada este individuo fue a su casa con el propósito de instruirle en el plan o de exigirle cooperación, dijo que para contestar a esa pregunta había que hacer un raciocinio: Cuando Richart fue a la casa del declarante tenía el propósito de, o bien instruirlo en el plan, o bien de exigirle cooperación. Lo primero no es verosímil, pues dijo el declarante que según lo acusan sus señorías, él ya estaba enterado de todo por medio de un supuesto corresponsal en el extranjero cuya correspondencia dicho sea de paso no ha quedado probada. En cuanto a lo segundo, dijo el declarante que Richart habría tenido que especificar la clase de cooperación que le exigía, y lejos de eso, según le han comunicado sus señorías, en su última declaración Richart ha dejado dicho que nada le ha pedido al declarante. Por tanto, nada ha podido el declarante dar. Visto lo cual, la pregunta referida a la visita de Richart a la casa del declarante el lunes de la semana próxima pasada parece ridícula. En consecuencia de la anterior declaración el Juez de la causa solicitó a la sala reunida en pleno elevar a S. M. petición de autorización para exceptuar la Real cédula de 25 de julio de 1814 por la cual se abole la práctica de apremios y todo género de tormento personal para las declaraciones y confesiones de los reos y los testigos, permitiéndose

apremiar al declarante con dos pares de grillos a salto de trucha, sin que sirviera de ejemplo para otro, auto que se proveyó el 29 de febrero del corriente con rango de decreto especial de S.M., que de ser auténtico yo el Escribano doy fe.

# **VII**

## **TRIUNFO DEL PERIODISMO**

## 34

¿No te puedes quedar en casa por una vez, que no sales de una para meterte en otra?, dijo el sastre Tomás Álvarez. Petra Montes se colocaba y recolocaba la caída de la mantilla. Cómo queda así, preguntó. ¿Me estás escuchando? Tomás no me lo repitas más, eh, no me lo repitas más y vámonos, quítate las alpargatas y ponte los zapatos. Petra, ¿ni pidiéndotelo yo? ¡Pero Tomás, es jueves santo! ¡Pero tú estás loca, tú y todas las demás! ¡Os van a encerrar a todas! Tú siempre has estado conforme, qué te pasa ahora, dijo Montes, e hinchó las mejillas para colorearlas. Me pasa, dijo Álvarez poniéndose los zapatos, que no tienes entendimiento. Que los mismos que te interrogaron hace dos meses van a estar ahí viendo la procesión. Esos ya no se acuerdan de mí. Álvarez lanzó un zapato contra la pared y gritó me cago en San Dios, y Montes derramó la polvera. ¡Esto es culpa mía, esto me pasa por consentirte! ¡Esto pasa por no darte bien cuando te lo mereces! Montes se agachó, manteniendo el equilibrio de la peineta y la mantilla, arqueó el meñique y barrió los polvos del suelo. Hizo un montoncito y lo pellizó varias veces hasta vaciárselo en la palma de la mano. Lo sacudió en la ventana y le habló de frente a Álvarez. Puedes pegarme lo que quieras, Tomás, pero yo me voy a sacar a la virgen. Con la toma de aire Álvarez tomó también el pensamiento. Soltó la bofetada, soltó el aire. Montes perdió el equilibrio de la peineta y la mantilla. ¿Te has quedado más tranquilo?, ¿nos podemos ir ya?, dijo con los ojos húmedos. Se posó las yemas de los dedos en el colorete latiente, volvió al espejo e igualó en rojo el otro lado de la cara. Recolocó la caída de la mantilla. Álvarez recogió el zapato y tembló al ponérselo, al estirarse las medias, al abrir la puerta de la casa, al cerrarla y al preguntar están allí los cirios, y porque Petra Montes respondió sí, el tuyo y el mío, mirándolo con ojos serenos, ya no tembló Tomás Álvarez al introducir la llave en la cerradura ni al empujar la puerta. Le estaba cediendo el paso a su mujer cuando ella le devolvió, redoblado, el bofetón. Dedicó un segundo a la cara vuelta del sastre, rubricando el golpe con la mirada, y puso el primer pie en la calle. Con la mano abofeteadora temblándole se recolocó la mantilla. Salió entonces el sastre, cerró el portal y se puso el sombrero. Se agarraron y fueron a la iglesia.

Calor diosanto, qué abril más tonto. Jamía haberte puesto la camisa de algodón, el raso es cocerse. Y cuándo encuentro otro día para lucir el raso. ¿Quién es este niño tan bonito, eh, quién es? Pedrín, dile a la chacha Loli, dile, Pedrín. ¿Y cómo es que no se le ha llevado tu Pedro con el cristo? Porque llora que se quiere ir con la mama que se quiere ir con la mama, así que con la mama. Pues muy mal, porque tiene que acostumbrarse a ir con el cristo. ¿Es que no te gusta el Señor, eh, con lo guapo que es el Señor? Di que no, Pedrín, que la virgen es más guapa, que tú vas a ser porteador cuando seas mayorcito. Que por cierto, menudos los meneos que la están pegando. Tú verás caérsele el hábito antes de tiempo. Petra Montes se salió de la comitiva y adelantó a los



porteadores hasta ponerse al lado de la cabecera. Pablo, pon orden que es que cada uno va por su lado. Chica, es que esto pesa más que nunca, resopló el primer porteador. Qué le habéis puesto a la santa. Jomío es que este año los has elegido muy dispares. Unos muy altos y otros muy taponés, y así la lleváis, daleá. Es por los disciplinantes de este año, unos brutos, dijo el segundo porteador de la fila. Dan unos acelerones adelante y atrás que se nos meten al lado, que tenemos que andar frenando cada veinte pasos. Me ha silbado a mí un látigo en la oreja, dijo el tercer porteador. A mí hasta me ha llegado sangre, como te lo digo, dijo el segundo. El primer porteador arrugó la nariz y salpicó sudor. Me haces el favor, dijo. Faltaría, dijo Montes, y sacó un pañuelo y le secó la cara. Vaya calorazo de abril, dijo el primer porteador, y dirigió un chiflido a los demás ¡leeeento! ¡Clavad el hombro! Pablo, en el palacio la quiero tiesa como una vela. Que sí mujer. Montes alargó la mano hasta el manto de la virgen y lo acarició apenas. ¡Bueno hala ánimo!, arengó al listón de porteadores de vuelta a la comitiva de camareras. Estarse atentas que en medio minuto llegamos. Ay qué nervios, Petra. Nervios ningunos. Las tres sabéis quiénes sois, ¿no? Sí sí. ¿Y Remedios? ¿Qué hace allí a lo hondo? ¡Reme! ¡Vente palante, que ya mismo...! Yo contigo en este lado y tú con Pili en el otro, ¿estamos? Tiramos con la misma fuerza las cuatro, y a la par, que no se quede medio hábito quitado y medio puestserénate, chiquilla, que lo hemos ensayado diez docenas de veces. A ver si vas a ser tú ahora la que está nerviosa.

Los balcones sobre la Plaza de Palacio borboteaban negro. El gentío de fieles y el corro de disciplinantes abandonaron la procesión en el límite marcado por los guardias de corps. Nuestra Señora de Gracia avanzó paquidérmica hasta detenerse en el centro. Sus porteadores y sus camareras se arrodillaron ante la balconada regia, desde donde empezó a extenderse un aplauso de trámite, desgano. Petra Montes transformó el arrodillamiento en reverencia y la reverencia en erección, seguida en su gesto por las tres camareras siguientes. El aplauso de trámite titubeó, regresó a la balconada regia hecho rumor. Petra Montes y las otras tres camareras se colocaron por parejas en la parte de atrás del trono. A una señal de Montes, las cuatro extendieron el brazo y sujetaron un extremo del manto de la virgen. Las demás camareras vigilaban, cómplices. Los porteadores, los balcones y el más allá de los guardias, el sastre Álvarez, eran siseo y golpe de abanico. Petra Montes elevó el codo del brazo libre, a la altura de la peineta, y chasqueó los dedos. Las cuatro camareras tiraron del manto y apareció la virgen fantoche. Callaron los abanicos. Nuestra Señora de Gracia, voluptuosa y escotada, envuelta en una mantilla de encaje, coronada por una peineta de nácar, llorando lágrimas maquilladas como las de una pretendiente rechazada. Lo que se rumiaba en la balconada regia remató en un alarido: ¡Viva la Virgen de Gracia! Tronaron entonces los balcones y el más allá de los guardias, el sastre Álvarez, los porteadores y las camareras, y la niña gorda que juega con Madrid dejó su juego de lo perfecto y jugó sin más. ¡Viva! ¡Guapa la Virgen de Gracia! ¡Guapa! ¡Guapa, guapa y guapa!

## 35

Jaime Somorrín duerme en la cama de Juan Antonio Yandiola y Domingo Torres le susurra Jaime, Jaime. Tengo que ir a cubrir una ejecución, ¿quieres venir? Somorrín respira una interrogación, abre un ojo trabajosamente y se desploma de nuevo en sus propios rizos. Algo sonado, algo gordo, dice Torres. A mediodía ahorcan a dos y por la tarde ponen la cabeza de uno en una pica. Empieza a cambiarse la camisa y la levita de mañana por las de media mañana. Algo de aquello. ¿De lo de...?, rezonga Somorrín lleno de nube. ¿Eso? Sí. A las nueve se ha hecho el pregón. ¿Después de tanto? Somorrín se pone la almohada en la espalda y cruza los brazos en el cabezal de la cama. Ya iba siendo hora, dice Torres, y le besa la axila que ha aflorado. No será tan tarde, ¿no? Como las doce, ¿no? Digo las ejecuciones, dice Torres, que ya iba siendo hora, que han pasado cerca de tres meses. Y sí, son muy dadas las doce. Somorrín tatea el suelo, la mesilla, dice dónde está la, ah aquí. Encuentra la cajita de rapé y da una esnifada. Suspira y dice pues lo que han tardado en procesar a medio Madrid. Menos Madrid, dice Torres. Más bien es que a los jefes guerrilleros es mejor no ejecutarlos en público, por no hacer mártires, y que los pocos importantes habrán alegado y sobornado hasta la extenuación. ¿Y tú no eras de los importantes, Domingo?, dice Somorrín saliendo de la cama y cegando el cuarto con su antorcha desnudez, su llamarada de rizos revueltos. Se pone sin cerrar el batín de Torres y se enfrenta a él, ofreciéndose. ¿Eh, no eres importante? Dímelo tú, ¿soy importante? Bueno, hay grados de importancia, dice Somorrín. Un poeta está en el grado cero de importancia, dice Torres. Un libelista, corrige Somorrín. Un libelista está en el grado uno, corrige Torres. ¿Pero qué les habría costado desterrarte, como a Yandiola? ¿Te habría gustado eso?, dice Torres. ¿Me habrías delatado?, dice Somorrín. Nunca. ¿Ni bajo tormento? ¿Un tormento como este?, dice Torres. ¿Como este?, gime Somorrín. Torres le suelta abruptamente la polla y eleva la mano hasta el perchero. Se pone el sombrero y dice vienes o no, tengo prisa. Hijo de puta, soy yo el que tiene prisa, dice Somorrín.

Domingo Torres está en primera fila con el papel y el cuaderno a punto. Empieza anotando el ambiente Jolgorio primaveral. Si comparamos con la ejecución última de hace cuatro semanas, se han multiplicado floristas y fruteros. Vientecillo de eficacia suficiente para refrescar el apretujamiento de los concurrentes de la concurrencia del público y balancear las sogas dos sogas. Las dos sogas son dos ojos azules observadores del público asistentes concurrencia. Domingo Torres cambia de pliego La llegada de las mulas anuncia el fin del arrastre de los condenados. Los asistentes tornan los rostros como girasoles, el público se convierte en un campo de girasoles que sigue la trayectoria de la Muerte Justicia Condenados. La mirada de Domingo Torres penetra las magulladuras de los reos hasta que reconoce a uno. Lo recuerda despidiéndose

apuradamente de Yandiola en la puerta de casa, lo recuerda felicitándole en el Caños: Muy bonito espectáculo, joven, la Isabel la Católica esa da miedo de verdad. El lápiz se vigoriza S.M. habrá abolido el tormento pero no se nota. Eleva la voz por encima del griterío para decirle a un guardia que custodia el patíbulo oiga, guardia. ¿El de la derecha es el tal Richart?, y el guardia asiente. ¡Un comisario de guerra!, le dice el hombre que tiene al lado. ¡Disculpe! ¡Que era comisario de guerra! ¡Ah! ¡Un traidor! ¿Y el otro? ¡Otro traidor! ¡El barbero de los sacristanes de Fuencarral!, dicen desde otro lado, y Torres anota. ¡Baltasar Gutiérrez, el de la Maricarmen Verdier, la de Leganitos! ¿Los sorianos? ¡Qué me dices, la pobre! ¡Ya te digo si pobre, dos años de cárcel que le han echado a ella! ¡Bueno, tampoco es para tanto dos años!

La plaza de la Cebada se vacía lentamente por sus flacos accesos, como una embolia que se diluye a golpe de campana. Primero Domingo Torres adelanta pidiendo permiso, después dando codazos y por último se resigna al ritmo. En el tapete de fin de fiesta de cáscaras, papeles y mendigos que se va desplegando, un niño subnormal atolondrado por el repique de las campanas corretea en círculos, con los brazos abiertos, queriendo abarcar el sonido. Domingo Torres lo ve, le parece gracioso y sigue su camino, pero la imagen del niño subnormal lo reclama, detiene su prisa de las siete. No le da pena el niño subnormal ni un momento, por ningún gesto, ni por los harapos ni por la delgadez, y por eso tampoco le da una limosna. Le parece hermoso, dignísimo. Darle dinero sería abaratarlo, piensa Torres. El niño subnormal se ríe con su risa de ganso y sus ojos bizcos no miran las campanas sino las campanadas. Baila las campanadas como la última pieza de la orquesta. El niño subnormal es el último del baile, más último que los ahorcados. De vivo y de pleno que es el niño subnormal a Domingo Torres se le saltan las lágrimas y escribe, a renglón seguido de Introducción de la cabeza del Valenciano Richart en una caja: Lloró de vivo y de pleno que era el niño subnormal, no de pena, No le dio pena ni un momento en todo el rato que lo estuvo observando, y por eso tampoco le dio (una) limosna. Mal peinado pero bien, Su madre mendiga lo cuida mejor más algo más que a sus otros hijos. Por eso está bien peinado, Darle dinero habría sido abaratarlo. Domingo Torres se pregunta qué hacer con esta escena del niño subnormal, tan hecha de literatura. A qué personaje suyo le encajaría experimentar esa sensibilidad tan extrema de que le haga llorar de hermosura un niño subnormal, piensa Torres, y escribe Buscar o crear personaje que lllore ante la hermosura de un niño subnormal. El sol se pone por el campanario de Nuestra Señora de Gracia y Torres escribe Atardece. Cuando las campanadas cesan la madre se lo lleva por un brazo, y todavía el niño subnormal aletea con el brazo libre despidiéndose de los otros bailantes, de la orquesta, de su público invisible. Torres escribe La madre se lo lleva por un brazo y con el otro aletea para decir adiós a su público invisible. Empiezan a desmontar el cadalso. Empiezan a desmontar el cadalso. Ahora el último del baile es Torres. Ahora el último del baile soy yo.

Esta novela está dedicada a mi madre, a mi padre y a Leli, a quienes les inundé la casa de notas, cuadernos, planos y libros durante años; desorden que respetaron escrupulosamente. Los personajes de Petra Montes y Domingo Torres están inspirados en la artista plástica Paloma Montes López y en el poeta Nacho Montoto, que acompañaron la gestación de esta novela en la intimidad y en los saraos del mundo del arte. A ellos dos está dedicado cualquier atisbo de vida y cualquier acierto literario que emane de sus alter ego.

La fiesta de esta novela siempre estará dedicada a su primer lector y defensor, Juan,

bona fides  
ni falta que hace. Sólo una  
llamarada de amor